

# CHARLES CUMMING EN UN PAÍS EXTRAÑO



se

Lectulandia

Seis semanas antes de asumir la dirección del MI6 y convertirse en la primera mujer que encabeza uno de los servicios de espionaje más prestigiosos del mundo, Amelia Levene desaparece sin dejar rastro, provocando así la crisis más grave que la institución ha vivido en una década. Los altos mandos se encuentran en un trance: no solo tienen que encontrar a Levene, sino que la tarea tiene que realizarse en el más absoluto secreto si quieren evitar un duro golpe a la imagen y credibilidad del MI6. Así pues, la mejor opción que les queda es acudir a Thomas Kell, un agente al que despidieron del cuerpo ocho meses atrás por presuntas torturas a un detenido durante una antigua misión en Kabul.

Incapaz de adaptarse a la vida civil y en medio de una tormentosa ruptura matrimonial, Kell está a punto de tocar fondo, pero a sus cuarenta y dos años no puede rechazar esta oportunidad, tal vez la última de su vida, para redimirse ante sus colegas y volver a ejercer el único trabajo que sabe hacer. Una primera pista lo conducirá a Niza, Marsella y finalmente Túnez, donde, en la nueva situación creada tras la Primavera Árabe, estaría gestándose una trama que podría dañar seriamente los vínculos de Gran Bretaña con sus aliados.

**Lectulandia**

Charles Cumming

# **En un país extraño**

ePub r1.0

Titivillus 04.09.2017

Título original: *A Foreign Country*  
Charles Cumming, 2012  
Traducción: Maia Figueroa

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*A Carolyn Hanbury*

—Hay una cosa que debe tener en cuenta antes de empezar su trabajo. Si lo hace bien, nadie le dará las gracias; y si necesita ayuda, nadie se la proporcionará. ¿Está usted de acuerdo?

—Completamente.

—Entonces, que pase una buena tarde.

W. SOMERSET MAUGHAM, *Ashenden o el agente secreto*

El pasado es un país extraño: allí las cosas se hacen de otra manera.

L. R. HARTLEY, *El mensajero*

# TÚNEZ, 1978

Jean-Marc Daumal despertó con el alboroto de la llamada a la oración y con el llanto de sus hijos. Acababan de dar las siete de la mañana, y el ambiente tunecino era sofocante. Durante un momento, mientras sus ojos se adaptaban a la luz del sol, Daumal se permitió olvidar que se hallaba en una situación lamentable, pero el recuerdo lo asaltó de pronto, como si se hubiera quedado sin aire. A punto de gritar de la desesperación, permaneció contemplando las grietas del techo encalado; un hombre casado de cuarenta y un años a merced de un corazón roto.

Amelia Weldon se había marchado seis días antes. Sin previo aviso, sin motivos, sin dejar una nota. Estaba cuidando de sus hijos en el chalet —preparándoles la cena, leyéndoles un cuento en la cama— y, de pronto, había desaparecido. El sábado al amanecer, Céline, esposa de Jean-Marc, había descubierto que en el dormitorio de la *au pair* no quedaba ninguna de sus pertenencias, las maletas de Amelia no estaban en el armario y en las paredes ya no se veían sus fotos y sus pósteres. La caja fuerte que la familia tenía en el cuarto de la lavadora estaba cerrada, pero dentro faltaban el pasaporte y el collar que la joven había guardado en ella. En el puerto de La Goulette no tenían constancia de que una británica de veinte años que se ajustase a la descripción de Amelia hubiera embarcado en el ferri hacia Europa, y en ninguna de las compañías aéreas europeas que volaban desde Túnez había viajado una Amelia Weldon. Ninguno de los hoteles u hostales tenía una huésped registrada con ese nombre, y ni los estudiantes de rostro juvenil ni los expatriados con los que ella se había relacionado en Túnez parecían saber nada sobre su paradero. Interpretando el papel de empleador preocupado, Jean-Marc había acudido a informarse a la embajada británica; también había enviado un télex a la agencia de París que había gestionado el puesto de Amelia, y telefoneado a su hermano en Oxford. Al parecer, nadie era capaz de desentrañar el misterio de su desaparición. El único consuelo de Jean-Marc era que no hubiese aparecido su cadáver en ningún callejón de Túnez o de Cartago y que no hubiese ingresado en ningún hospital, lo cual le habría obligado a asimilar que la había perdido para siempre. Por lo demás, se sentía absolutamente abandonado. La mujer que le había infligido la tortura exquisita de la infatuación amorosa se había desvanecido como un eco en la noche.

Los niños no dejaban de llorar. Jean-Marc retiró la sábana blanca que le cubría el cuerpo y se sentó en la cama para masajearse un dolor que tenía en los riñones. Oyó a Céline: «Thibaud, te lo digo por última vez: no vas a ver los dibujos hasta que te acabes el desayuno», y necesitó toda su fuerza de voluntad para no levantarse, ir a la cocina dando zancadas y, enfurecido, pegarle un buen cachete a su hijo a través de los pantalones cortos del pijama de Astérix. Lo que hizo fue beber agua del vaso medio vacío que tenía en la mesita de noche, descorrer las cortinas y salir al balcón del primer piso a contemplar los tejados de La Marsa. Un buque cisterna avanzaba hacia el este por el horizonte, a dos días de Suez. ¿Era posible que Amelia hubiese partido



en una embarcación privada? Sabía que Guttmann tenía un yate en Hammamet: el judío estadounidense y adinerado, con sus contactos y privilegios y, según los rumores, sus vínculos con el Mosad. Daumal había visto cómo miraba a Amelia: un hombre a quien nunca le había faltado nada deseaba cobrarse esa presa. ¿Se la había quitado él? Lo cierto era que no tenía ninguna prueba que justificase esos celos infundados, solo el miedo de los cornudos a la humillación. Aturdido por la falta de sueño, Daumal se acomodó en una silla de plástico del balcón. De un jardín vecino le llegaba el olor a pan recién horneado. A dos metros de él, cerca de la ventana, vio un paquete a medio acabar de Mars *légères*; encendió uno con mano firme y, a la primera bocanada de humo, se puso a toser.

Pasos en el dormitorio. Los niños habían parado de llorar. Céline apareció en la puerta del balcón y dijo:

—Estás despierto.

El tono logró hacerle sentir aún menos simpatía por su esposa. Sabía que lo culpaba de lo sucedido, pero ella no conocía la verdad. De haberla intuido, quizá habría llegado al extremo de consolarlo; al fin y al cabo, su padre se había relacionado con muchísimas mujeres durante su matrimonio. Se preguntó por qué Céline no se había limitado a despedir a Amelia. Al menos eso le habría ahorrado esa fase de dolor, pero a veces le daba la impresión de que quería torturarla manteniéndola en casa.

—Estoy despierto —contestó.

Sin embargo, Céline ya se había ido y se había encerrado en el cuarto de baño para darse la ritual ducha de agua fría, en la que se frotaba el cuerpo, transformado tras el nacimiento de sus hijos, que Jean-Marc había acabado por encontrar tan repulsivo. Apagó el cigarrillo, regresó a la habitación, halló la bata tirada en el suelo y bajó a la cocina.

Fatima, una de las dos empleadas que su empresa francesa había asignado a la residencia Daumal como parte del paquete para expatriados, estaba poniéndose el delantal. Jean-Marc no le prestó atención y, al ver la cafetera en el fogón, se preparó un café *au lait*. Thibaud y Lola soltaban risitas en la sala contigua, pero no tenía ganas de verlos. Se sentó en su despacho con la puerta cerrada y bebió un sorbo del tazón de café. Todas las habitaciones, todos los olores, todas las idiosincrasias del chalet contenían algún recuerdo de Amelia. En aquel despacho se habían dado su primer beso. Bajo las adelfas que había detrás de la casa y que ahora veía desde la ventana habían hecho el amor por primera vez, a altas horas de la noche, mientras Céline dormía en el interior, ajena del todo a lo que ocurría. Más adelante, Jean-Marc había empezado a arriesgarse de forma vergonzosa y salía a hurtadillas de su dormitorio a las dos o las tres de la madrugada para estar con Amelia, abrazarla, devorarla, tocar y manipular un cuerpo que lo embriagaba hasta tal punto que incluso al recordarlo se echó a reír. Pero entonces se oyó a sí mismo pensando en eso y se dio cuenta de que era poco más que un necio romántico y autocompasivo. Había estado a

punto de confesar muchas veces, de contarle a Céline hasta el último secreto de su idilio: las habitaciones que habían alquilado en los hoteles de Túnez, los cinco días de abril que habían pasado en Sfax mientras ella estaba en Beaune con los niños. Jean-Marc sabía, como había sabido siempre, que disfrutaba mintiendo a su esposa: era su retribución por el inmovilismo y el hastío de su relación. Gracias a esas mentiras, él mantenía la cordura. Y Amelia comprendía esa circunstancia. Quizá fuera eso lo que los había unido: la aptitud que compartían para el engaño. A él lo asombraba la facilidad con la que ella ingeniaba sus indiscreciones y eliminaba todo rastro para que Céline no sospechase lo que se traían entre manos. Durante el desayuno decía mentiras maliciosas —«Sí, gracias, he dormido *muy* bien»— y las combinaba con una indiferencia muy estudiada hacia él siempre que estaban en presencia de su esposa. La idea de pagar las habitaciones de hotel en metálico para evitar que apareciese cualquier transacción sospechosa en el extracto del banco había sido de Amelia. Y también había dejado de ponerse perfume para que la fragancia de Hermés Caléche no llegase hasta el lecho matrimonial. A Jean-Marc no le quedaba la menor duda de que aquellos juegos clandestinos proporcionaban una gran satisfacción a Amelia.

Sonó el teléfono. Como era extraño que recibiesen llamadas antes de las ocho de la mañana, Jean-Marc dio por hecho que ella trataba de contactar con él. Cogió el auricular y saludó casi con desesperación:

—*Oui*?

Le contestó una mujer con acento estadounidense.

—¿John Mark?

Era la esposa de Guttman. La heredera *wasp*, hija de senador, miembro de una familia cuyo dinero dejaba un rastro apestoso que llegaba hasta el *Mayflower*.

—¿Joan?

—Sí, soy yo. ¿Llamo en mal momento?

No tuvo tiempo de lamentar que la mujer diese por sentado, como si tal cosa, que todas sus conversaciones debían llevarse a cabo en inglés. Ni Joan ni su marido se habían molestado en aprender tan siquiera los rudimentos del francés, solo el árabe.

—No, no es mal momento. Estaba a punto de irme al trabajo. —Supuso que Joan querría quedar para pasar el día con sus hijos en la playa—. ¿Quieres hablar con Céline?

Una pausa. La voz de Joan perdió parte de su acostumbrada energía y sonó formal, incluso triste.

—De hecho, John Mark, quería hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Se trata de Amelia.

Joan lo sabía. Había descubierto su aventura. ¿Pretendía ponerlo en evidencia?

—¿Qué pasa con ella?

Su tono de voz se había vuelto hostil.

—Me ha pedido que te dé un mensaje.

—¿La has visto?

Fue como enterarse de que un pariente a quien habían dado por muerto estaba sano y salvo. En ese instante tuvo la certeza de que regresaría con él.

—Sí, la he visto —respondió Joan—. Está preocupada por ti.

Daumal se habría abalanzado sobre aquella expresión de devoción como un perro sobre un hueso de no haber sido necesario mantener la mentira.

—Bueno, sí, Céline y los niños están muy preocupados. Amelia estaba aquí con ellos y de repente desapareció...

—No. No es por Céline. Ni por tus hijos. Le preocupas tú.

Sintió que el soplo de esperanza lo abandonaba. Una puerta se cerraba con la corriente.

—¿Se preocupa por mí? No te entiendo.

Otra pausa prudente. Joan y Amelia siempre se habían llevado muy bien. Del mismo modo que Guttman la había atrapado con su encanto y su dinero, Joan había interpretado el papel de afectuosa hermana mayor, modelo de elegancia y sofisticación al que quizá algún día Amelia aspirase.

—Creo que sí me entiendes, John Mark.

Lo habían descubierto, habían destapado el romance. Todo el mundo sabía que Jean-Marc Daumal se había enamorado de una *au pair* de veinte años, que el enamoramiento era ridículo e irremediable. Sería el hazmerreír de la comunidad de expatriados.

—Quería hablar contigo antes de que te fueras a trabajar. Y asegurarte que nadie está al tanto de esto. No he hablado con David y no pienso decirle nada a Céline.

—Gracias —respondió Jean-Marc en voz baja.

—Amelia se ha ido de Túnez. Anoche, para ser exactos. Tiene intención de viajar durante un tiempo y quería que te dijese que siente mucho cómo han acabado las cosas. No pretendía hacerte daño ni abandonar a tu familia de este modo. Te tiene en muy alta estima. Comprendes que era demasiado para ella, ¿verdad? Tenía el corazón confundido. ¿Entiendes lo que estoy diciendo, Jean-Marc?

—Sí, te entiendo.

—En ese caso, podrías decirle a Céline que era Amelia, que llamaba desde el aeropuerto. Cuéntales a tus hijos que no regresará.

—Eso haré.

—Creo que es lo mejor, ¿no estás de acuerdo? Será preferible que te olvides de ella.

# EL PRESENTE

Philippe y Jeannine Malot, del número 79 de la rue Pelleport de París, llevaban más de un año planeando las vacaciones de sus sueños en Egipto. Philippe, que se había jubilado poco antes, había ahorrado tres mil euros y había encontrado una compañía aérea dispuesta a llevarlos a El Cairo (si bien a las seis de la mañana) por menos de lo que costaba el viaje de ida y vuelta en taxi al aeropuerto Charles de Gaulle. Habían buscado en internet los mejores hoteles de El Cairo y de Luxor, y conseguido un descuento para pensionistas en un centro vacacional de lujo de Sharm el-Sheij, donde planeaban relajarse los cinco últimos días del viaje.

Los Malot llegaron a El Cairo una tarde húmeda de verano e hicieron el amor en cuanto pudieron cerrar la puerta de la habitación del hotel. Después, Jeannine se dispuso a deshacer las maletas mientras Philippe se quedaba en la cama a leer *Akhenatón: El rey hereje*, una novela de Naguib Mahfuz que no le estaba convenciendo. Tras un paseo corto por el vecindario, cenaron en uno de los tres restaurantes del hotel, y antes de medianoche se durmieron arrullados por el sonido amortiguado del tráfico cairota.

A continuación se sucedieron tres días agradables, aunque agotadores. A pesar de tener ciertas molestias estomacales, Jeannine consiguió pasar cinco horas boquiabierta en el museo egipcio, donde admitió que los tesoros de Tutankamón la habían sobrecogido. La segunda mañana de sus vacaciones, los Malot cogieron un taxi poco después de desayunar y se quedaron pasmados —como todos los visitantes primerizos— al ver las pirámides alzándose a poco más de cien metros de un barrio anodino de las afueras de la ciudad. Acosados por los vendedores de baratijas y por los guías de medio pelo, completaron el circuito de la zona en un par de horas y le pidieron a un turista alemán que les tomara una foto delante de la esfinge. Jeannine tenía muchas ganas de visitar la pirámide de Keops, pero lo hizo sola porque Philippe sufría de claustrofobia leve y un compañero de trabajo le había advertido de que el interior era estrecho y el ambiente, sofocante. Llena de júbilo por haber sido testigo de un fenómeno que la había cautivado desde la infancia, Jeannine pagó a un egipcio el equivalente de quince euros por un paseo breve en un camello que no había dejado de quejarse en todo el camino y olía mucho a gasoil. Al día siguiente, tratando de organizar las fotografías de la cámara digital durante la comida, borró sin querer la foto de su marido subido a la bestia.

Siguiendo la recomendación de un artículo de una revista francesa de tendencias, viajaron a Luxor en el tren nocturno y reservaron una habitación en el Winter Palace, si bien se alojaron en el Pavilion, el anexo de cuatro estrellas que se había añadido al hotel colonial original. Una empresa de turismo con gran iniciativa ofrecía unos paseos en burro hasta el Valle de los Reyes que salían de Luxor a las cinco de la madrugada. Los Malot no faltaron a la cita y presenciaron un amanecer espectacular en el templo de Hatshepsut poco después de las seis. Luego disfrutaron de lo que más

tarde coincidirían en señalar como el mejor día de las vacaciones: una excursión a los templos de Dendera y Abydos. La última tarde en Luxor, Philippe y Jeannine tomaron un taxi hasta el templo de Karnak y permanecieron allí hasta la noche para ver el famoso espectáculo de luz y sonido. Philippe se durmió a los tres minutos del inicio.

El martes ya estaban en Sharm el-Sheij, en la península del Sinaí. El hotel contaba con tres piscinas, peluquería, dos coctelerías, nueve pistas de tenis y suficientes guardias de seguridad para disuadir a todo un ejército de fanáticos islamistas. Esa primera noche, los Malot decidieron dar un paseo por la playa. A pesar de que el hotel estaba al cien por cien de su ocupación, no vieron a ningún otro turista a la luz de la luna mientras bajaban desde el paseo de cemento del perímetro del hotel hasta la arena de la playa, aún caliente.

Más tarde se estimó que los habían atacado al menos tres hombres, cada uno de ellos armado con una navaja y una barra de metal. En la refriega le habían roto el collar a Jeannine, y las perlas se habían esparcido por la arena. También le habían quitado la alianza de oro del dedo. Philippe tenía una cuerda atada al cuello y uno de los hombres había tirado de él mientras otro asaltante le rebanaba el pescuezo y lo apuñalaba repetidas veces en el torso y en las piernas. Se había desangrado en cuestión de minutos. El pedazo de sábana que le habían metido en la boca a Jeannine sofocó sus chillidos. Ella también tenía la garganta cortada y los brazos amoratados. Le habían golpeado el vientre y las caderas varias veces con una barra metálica.

Una pareja de jóvenes canadienses que estaban de luna de miel en un hotel cercano se percataron del jaleo y oyeron los gritos apagados de *madame* Malot, pero a la luz de la luna menguante no alcanzaron a ver lo que estaba sucediendo. Cuando llegaron al lugar, los hombres que habían atacado y asesinado a los ancianos franceses habían desaparecido en la oscuridad, dejando atrás una escena de devastación que las autoridades egipcias se apresuraron a calificar como un acto de violencia aleatoria que había sido perpetrado por unos desconocidos y que «muy difícilmente podría repetirse».

### 3

Agarrar a alguien en la calle era tan fácil como encender un cigarrillo, según le habían dicho, y mientras esperaba en la furgoneta, Akim Errachidi sabía que él tenía huevos para llevarlo a cabo.

Era un lunes por la noche de finales de julio. Le habían asignado un sobrenombre al objetivo —HOLST— y llevaban catorce días vigilando sus movimientos. Teléfono, correo electrónico, dormitorio, coche: el equipo lo tenía todo cubierto. Akim les reconocía ese mérito a los responsables: eran meticulosos y trabajaban con gran resolución; habían anticipado todos los detalles. Ahora trataba con profesionales y, sí, la verdad era que se notaba la diferencia.

A su lado, sentado al volante de la furgoneta, Slimane Nassah tamborileaba con los dedos al ritmo del R&B que sonaba en RFM y le contaba, con todo lujo de detalles, lo que quería hacerle a Beyoncé Knowles.

—Vaya culo, tío. Cinco minutos con ese culito, no me hacen falta más.

Imitó la forma con las manos y se lo acercó a los vaivenes que estaba dibujando con la entepierna. Akim se rio.

—Quita esa mierda —ordenó el jefe. Estaba agachado junto a la puerta lateral, listo para salir de un brinco. Slimane apagó la radio—. HOLST a la vista. Treinta segundos.

Fue tal como le habían dicho. La calle oscura, un atajo muy conocido, casi todo París en la cama. Akim vio al objetivo al otro lado de la calle, a punto de cruzarla junto al buzón de correos.

—Diez segundos. —El jefe en todo su esplendor—. Recordad: no quiero heridos.

Akim sabía que el truco era actuar cuanto más rápido mejor y hacer el mínimo ruido posible. En las películas, sin embargo, siempre era al revés: asaltos relámpago perpetrados por una unidad de élite que irrumpía a través de una pared y lanzaba granadas aturdidoras con los rifles de asalto de color negro azabache cargados al hombro. «Pero nosotros no —había dicho el jefe—. Nosotros actuamos en silencio y con fluidez. Abrimos la puerta, nos ponemos detrás de HOLST y nos aseguramos de que nadie nos vea».

—Cinco segundos.

Akim oyó a la mujer decir «despejado» por radio. Eso significaba que desde la furgoneta no se veía a ningún civil.

—OK. Adelante.

Esa parte de la operación tenía cierta belleza coreográfica. Justo cuando HOLST pasaba sin prisa por delante de la puerta de Akim, ocurrieron tres cosas de forma simultánea: Slimane encendió el motor, Akim salió del vehículo y el jefe abrió la puerta corredera del lateral de la furgoneta. Si el objetivo sabía lo que estaba pasando, no dio ninguna muestra de ello. Akim le rodeó el cuello con el brazo izquierdo, le

tapó la boca abierta con la mano y, con el brazo derecho, lo levantó del suelo y lo metió en la furgoneta. El jefe se encargó del resto: lo agarró por las piernas y tiró de ellas hacia dentro. Akim entró detrás de ellos y deslizó la puerta, tal como había ensayado tantas veces. Empujaron al prisionero al suelo. Oyó que el jefe decía: «Vamos», en un tono tan tranquilo y controlado como si estuviera comprando un billete de tren, y Slimane salió con el vehículo a la calzada.

En total, habían tardado algo menos de veinte segundos.



Thomas Kell despertó en una cama ajena, en una casa ajena, en una ciudad de sobra conocida. Eran las once de la mañana, agosto, el octavo mes de su retiro forzado del Servicio Secreto de Inteligencia. Un hombre de cuarenta y dos años separado de su esposa de cuarenta y tres, y con una resaca comparable en grado e intensidad con la reproducción de Jackson Pollock que colgaba de la pared de ese dormitorio temporal.

¿Dónde narices estaba? Kell tenía algún recuerdo poco fiable de una celebración de cuarenta cumpleaños en Kensington, un taxi abarrotado de camino a un bar en Dean Street, un club en lo más profundo de la selva de Hackney... Después de eso, la noche era un fundido a negro.

Apartó el edredón y vio que había dormido medio vestido. En un rincón de la habitación había una pila de juguetes y de revistas. Se levantó como pudo, buscó en vano un vaso de agua y abrió las cortinas. Tenía la boca seca y, mientras se acostumbraba a la luz, era como si le apretasen la cabeza con una abrazadera metálica.

Era una mañana gris de ambiente estancado y húmedo. Según podía ver, estaba en el primer piso de una casa adosada de ubicación indeterminada, en una calle residencial tranquila. En el jardín de delante había una bicicleta rosa atada con una cadena negra, gruesa como una pitón. A unos cien metros, un aprendiz de la autoescuela Jackies School of Motoring había calado el motor del coche tratando de girar en mitad de la calle. Kell cerró las cortinas y aguzó el oído para identificar señales de vida en la casa. Poco a poco, como una anécdota medio olvidada, los fragmentos de la noche anterior comenzaron a recomponerse. Bandejas de chupitos: absenta y tequila. Bailes en un sótano de techos bajos. Había conocido a un grupo numeroso de estudiantes checos y había mantenido una conversación muy larga sobre *Mad Men* y Don Draper. Kell estaba bastante seguro de que en cierto momento había compartido un taxi con un tipo enorme llamado Zoltán. Las lagunas del alcohol habían sido un elemento habitual de su juventud, pero hacía muchos años que no despertaba sin recordar casi nada de lo ocurrido la noche anterior. A lo largo de veinte años en el mundo de los secretos había aprendido la ventaja de ser el que permanecía en pie al final.

Estaba buscando los pantalones cuando le sonó el móvil. Era un número oculto.

—¿Tom?

En un primer momento, y a través de la neblina de la resaca, Kell no reconoció la voz. Pero entonces le vino a la cabeza esa cadencia conocida.

—¿Jimmy? Madre mía.

Jimmy Marquand era un antiguo compañero de Kell y, ahora, uno de los sumos sacerdotes del ssi. Su mano era la última que había estrechado antes de marcharse de Vauxhall Cross una fría mañana de diciembre, ocho meses antes.

—Tenemos un problema.

—¿Directo al grano? —comentó Kell—. ¿No quieres saber qué tal me va la vida en el sector privado?

—Es un asunto serio, Tom. He caminado casi un kilómetro hasta una cabina de Lambeth para que no rastreen la llamada. Necesito que me ayudes.

—¿Es personal o profesional?

Kell encontró los pantalones debajo de una manta, en el respaldo de una silla.

—Hemos perdido a la jefa.

Se detuvo en seco. Estiró el brazo y apoyó la mano en la pared del dormitorio. De pronto estaba tan sobrio y lúcido como un niño.

—¿Perdona?

—Ha desaparecido. Hace ya cinco días. Nadie tiene una idea fiable de adónde narices ha ido ni de qué le ha pasado.

—¿La jefa?

Hacía tiempo que la brigada del MI6 contraria a Stella Rimington tenía alergia a la mera idea de hacer jefa a una mujer. Que la cohorte de residentes de Vauxhall Cross —formada en su totalidad por hombres— hubiera permitido al fin que una mujer fuese designada para el puesto más prestigioso de la inteligencia británica era casi imposible de creer.

—¿Cuándo ha sido eso?

—Hay muchas cosas que no sabes —respondió Marquand—. Ha habido varios cambios. No puedo contarte más si seguimos hablando así.

«Entonces ¿para qué me llamas? —pensó Kell—. ¿Quieren que regrese después de todo lo que ha sucedido? ¿Que escurramos el bulto de Kabul y Yassin?».

—No pienso trabajar para George Truscott —advirtió, para ahorrarle a Marquand la molestia de hacerle la pregunta—. No volveré mientras Haynes lleve el timón.

—Es solo para este asunto —contestó Marquand.

—No, para nada.

Era casi cierto. Pero entonces Kell se oyó decir:

—Estoy empezando a disfrutar de no tener nada que hacer.

Cosa que era una mentira descarada. Se oyó un ruido que podrían ser las esperanzas de Marquand extinguiéndose de una vez por todas.

—Tom, es importante. Necesitamos repescar a alguien, a una persona que ya conozca el mundillo. Eres el único en quien nosotros podemos confiar.

¿A quién incluía ese «nosotros»? ¿Los sumos sacerdotes? ¿Los mismos hombres que lo habían puesto de patitas en la calle por lo de Kabul? ¿Los mismos que no se lo habrían pensado dos veces a la hora de sacrificarlo en la investigación oficial que en ese misn<sup>3</sup> momento estaba reuniendo los tanques en el césped del ssi?

—Confiar, ¿eh?

Se puso un zapato.

—Sí, confiar —confirmó Marquand.

Sonaba casi como si hablara en serio.

Kell se acercó a la ventana y miró afuera: la bicicleta rosa, el aprendiz de conductor tratando de dominar las marchas. ¿Qué le deparaba el resto del día? Aspirinas y la programación de televisión diurna. Pasar la resaca a base de *bloody marys* en el Greyhound Inn. Llevaba ocho meses rascándose la barriga: esa era la verdad sobre su nueva vida en el sector privado. Ocho meses viendo la sesión matinal en blanco y negro de la TCM y bebiéndose el finiquito en el *pub*. Ocho meses esforzándose por salvar un matrimonio que no había manera de salvar.

—Seguro que hay otra persona que pueda encargarse de eso —repuso.

Pero esperaba que no la hubiera. Esperaba que lo dejaran entrar de nuevo.

—La nueva jefa no es alguien sin importancia —lo avisó Marquand—. En el cartelito de la puerta pone «Amelia Levene». Tenía que asumir el cargo dentro de seis semanas.

Marquand acababa de sacarse el as de la manga. Kell se sentó en la cama y se inclinó un poco hacia delante. La baza de Amelia lo cambiaba todo.

—Por eso tienes que ser tú, Tom. Necesitamos que seas tú quien la encuentre. Eras el único del Ministerio que la conocía de verdad.

Estaba dorándole la píldora, por si Kell todavía vacilaba.

—Es lo que querías, ¿no? Una segunda oportunidad. Ocúpate de esto y cerraremos el caso de Yassin. Esto viene de las esferas más altas. Encuéntrala y podrás volver con nosotros.

Kell regresó a la habitación de soltero que tenía alquilada en un Fiat Punto destartado. El taxista sudanés que lo conducía tenía otro trabajo de noche y llevaba un paquete de caramelos Locketts y una copia sobada del Corán en el salpicadero. Mientras se alejaba de la casa —que al final resultó que pertenecía a un polaco jovial y adicto al gimnasio llamado Zoltán con el cual había compartido taxi desde Hackney estando borracho— reconoció las deslucidas calles de Finsbury Park por una operación antigua en la que había colaborado con el MI5. Trató de recordar los detalles: un republicano irlandés, y también una trama para volar unos grandes almacenes. Más tarde habían soltado al convicto bajo el acuerdo del Viernes Santo. En aquella época, Amelia Levene era su jefa.

Que su desaparición era la crisis más grave a la que el MI6 se enfrentaba desde el fiasco de las armas de destrucción masiva, era un hecho incuestionable. Los agentes no se esfumaban, era así de simple. No los secuestraban, no los asesinaban y tampoco desertaban. Y sobre todo, no se ausentaban sin permiso seis semanas antes de asumir la jefatura. Si la noticia de la desaparición de Amelia se filtraba a los medios —joder, bastaba con que se difundiera entre las cuatro paredes de Vauxhall Cross—, las repercusiones serían catastróficas.

En casa, Kell se duchó, se acabó las sobras que tenía de comida libanesa para llevar y se tomó un par de comprimidos de codeína con medio litro de Coca-Cola tibia para limar los efectos de la resaca. Una hora más tarde estaba a la sombra de un sicomoro, a doscientos metros de la Serpentine Gallery, y Jimmy Marquand se acercaba a él deprisa y con cara de estar jugándose la pensión. Llegaba directo desde Vauxhall Cross con traje y corbata, pero sin el maletín habitual que lo acompañaba en las visitas de asuntos oficiales. Era un hombre delgado y larguirucho, un ciclista de fin de semana que conservaba el bronceado todo el año y se había ganado en los pasillos del ssi el mote de Melvyn, por el presentador de radio y televisión, gracias a su mata lustrosa de pelo. Kell tuvo que recordarse que estaba en su derecho a rechazar lo que Marquand le ofreciera. Aunque, por supuesto, eso no iba a ocurrir. Si Amelia había desaparecido, él debía encontrarla.

Se dieron un breve apretón de manos y se encaminaron hacia el noroeste, en dirección a Kensington Palace.

—Bueno, ¿qué tal te va en el sector privado? —preguntó Marquand. El humor nunca le había resultado fácil, sobre todo en momentos de estrés—. ¿Estás muy ocupado? ¿Te portas bien?

Kell se preguntó por qué se tomaba tantas molestias.

—Sí, más o menos —contestó.

—¿Estás leyendo todas esas novelas del siglo diecinueve que te prometiste? —Marquand parecía recitar palabras que alguien había escrito para él—. ¿Cuidas del

jardín? ¿Te has puesto ya con las memorias?

—Ya las terminé. Y tú sales muy mal parado.

—Es lo que me merezco.

Marquand parecía haberse quedado sin nada más que decir. Kell era consciente de que su cordialidad aparente era una máscara que ocultaba un pánico institucional muy serio en torno a la desaparición de Amelia. Así que le ahorró la agonía.

—¿Cómo cojones ha pasado esto, Jimmy?

Marquand trató de esquivar la pregunta.

—Nos avisaron desde el Número 10 poco después de que te marchases —explicó—. Buscaban un perfil arabista, una mujer. Ella le había causado muy buena impresión al primer ministro durante el comité conjunto de inteligencia. Si se entera de que la hemos perdido, se baja el telón.

—No me refería a eso.

—Ya lo sé.

La respuesta de Marquand había sido cortante. El hombre apartó la mirada como si se avergonzase de que la crisis hubiese empezado mientras estaba él de guardia.

—Hace dos semanas tuvo una reunión con Haynes, el típico *téte-á-téte* para pasar el testigo de un jefe a otro. Intercambio de secretos y trolas, todo lo que tú y yo y los buenos ciudadanos de Gran Bretaña no debemos saber.

—¿Como por ejemplo?

—¿Y yo qué sé?

—¿Quién disparó a JR? ¿Un quinto avión del 11S? Quiero que me expliques los hechos, Jimmy. ¿Qué le dijo a Amelia? Basta ya de hacer el capullo.

—De acuerdo, está bien. —Marquand se pasó la mano por el pelo—. El domingo por la mañana, ella anuncia que tiene que ir a París a un funeral. Que se va a tomar un par de días libres. Entonces, el miércoles recibimos otro mensaje. Un correo electrónico. El funeral la ha afectado y ha decidido cogerse unas vacaciones. Se va al sur de Francia. Así, sin previo aviso, pero va a aprovechar los días que le quedan antes de que el trabajo la absorba. Un curso de pintura en Niza, algo que, según ella, siempre había querido intentar.

A Kell le pareció detectarle un rastro de alcohol en el aliento. Pero bien podía ser el suyo propio.

—Nos dijo que regresaría al cabo de dos semanas y que, en caso de emergencia, podríamos contactar con ella en tal y tal número de teléfono de no sé qué hotel.

—¿Y después?

Marquand se sujetaba el peinado para resguardarlo del fuerte viento londinense. Se detuvo en seco. Una bolsa de plástico azul rodaba a su lado en un pedazo de césped sin cortar, pero se enredó en un árbol cercano. Bajó la voz como si lo que estaba a punto de decir lo avergonzase.

—George envió a alguien tras ella. De forma extraoficial.

—¿Y por qué hizo algo así?

—Le pareció sospechoso que se fuese de vacaciones tan poco tiempo después del intercambio con Haynes. No le parecía normal.

Kell sabía que George Truscott, como ayudante del jefe, había sido el siguiente en la cola para la sucesión de Simon Haynes a la cabeza del Servicio. Según la mayoría de los observadores, solo era cuestión de que el primer ministro le diese luz verde. Truscott debía de tener el traje ya hecho, el mobiliario preparado y las invitaciones de lujo impresas y listas para enviar. Sin embargo, Amelia Levene le había arrebatado el premio. Una mujer. En el firmamento del SSI, ella era una ciudadana de segunda. El resentimiento que debía de haber acumulado tenía que ser tóxico.

—¿Por qué le parece raro cogerse vacaciones en esta época del año?

Kell pensó que ya sabía la respuesta a su pregunta. La historia no tenía sentido. Apuntarse a un curso de pintura no era propio de ella; una mujer así no necesitaba aficiones. Hacía muchos años que la conocía, y ella siempre había aprovechado las vacaciones para relajarse. Balnearios, clínicas de desintoxicación, hoteles de cinco estrellas con bufet de ensaladas y masajistas como armarios roperos. Jamás había mencionado el deseo de pintar. Mientras Marquand le daba vueltas a su respuesta, Kell cruzó el césped sin cortar, desenganchó la bolsa de plástico del árbol y se la metió en el bolsillo trasero de los vaqueros.

—Eres un ciudadano modélico, Tom. Modélico.

Marquand se miró los zapatos y soltó un suspiro profundo, como si estuviese cansado de excusar los defectos de otros hombres.

—Por supuesto que tomarse unas vacaciones en esta época no tiene nada de raro. Pero lo habitual es saberlo de antemano; lo apuntamos en la agenda con varios meses de antelación. Esto parecía una decisión repentina, una reacción a algo que le hubiese dicho Haynes.

—¿Y qué opina Haynes?

—Está de acuerdo con Truscott. Por eso pidieron a unos amigos de Niza que le echasen un ojo.

Una vez más, Kell se guardó su opinión. Hacia el final de su carrera profesional, él mismo había sido víctima de las maniobras paranoicas y casi delirantes de George Truscott, pero no por eso dejaba de asombrarlo que las dos personas con el perfil más alto de todo el Servicio hubiesen dado luz verde a una operación de vigilancia de un agente propio.

—¿Quiénes son los amigos de Niza? ¿Algún enlace?

—No, por Dios. Hay que evitar a los gabachos a toda costa. Son dos de los nuestros, repescas: Bill Knight y su esposa, Barbara. Ambos se jubilaron y se trasladaron a Menton en 1998. Los matriculamos en el curso de pintura, vieron que Amelia llegaba el miércoles por la tarde y charlaron con ella. Y cuando faltó por tercer día consecutivo, Bill informó de su desaparición.

—¿Qué tiene eso de raro?

Marquand frunció el ceño.

—No sé si te sigo.

—¿No cabía la posibilidad de que se hubiera tomado un par de días? ¿De que estuviese enferma?

—Esa es la cuestión: que no avisó a la escuela. Barbara llamó al hotel y no había ni rastro de ella. Telefoneamos al marido de Amelia...

—Giles —aportó Kell.

—Sí, a Giles. Pero no sabe nada de ella desde que salió de Wiltshire. Desde entonces tiene el móvil apagado y no responde a los correos electrónicos. Ningún movimiento en sus tarjetas de crédito. Ha caído en un agujero negro.

—¿Y la policía?

Marquand enarcó el par de orugas peludas que tenía por cejas.

—*Bof!* —exclamó con un acento francés muy forzado—. No la han recogido de la cuneta de la autopista ni han encontrado el cadáver flotando en el Mediterráneo, si te refieres a eso.

Entonces notó la reacción de Kell a su comentario y sintió la obligación de disculparse.

—Lo siento, no ha tenido gracia. No pretendía frivolar. Todo este asunto es un maldito misterio.

Kell repasó la lista de explicaciones posibles, tan arbitrarias como inagotables: interferencias rusas o tal vez iraníes en algunos de los aspectos de la vida personal de Amelia; un acuerdo clandestino con los yanquis relacionado con Libia y la Primavera Árabe; una crisis de fe repentina, engendrada durante la reunión con Haynes. En el período previo a la caída en desgracia de Kell en el ssi, Amelia estaba metida hasta las cejas en la parte francófona de África occidental, lo que podría haber despertado el interés de Francia o bien de China. El calado islamista era una preocupación constante.

—¿Qué me dices de sus alias conocidos? —De nuevo, sintió la crudeza de la resaca, la contundencia de apenas tres horas de sueño—. ¿No es posible que esté llevando a cabo una operación de la que Tararí y Tarará no sepan nada?

Marquand reconoció esa posibilidad, pero se preguntó qué era lo que requería tal grado de secretismo para que Amelia Levene desapareciese sin recabar al menos el apoyo técnico del Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno.

—Mira —respondió—, los únicos que están al tanto son Haynes, Truscott y los Knight. En la delegación de París no saben nada, y debe seguir siendo así. Si esto sale a la luz, el Servicio será el hazmerreír de Europa. Dios sabe dónde acabaríamos. Amelia tiene una reunión formal con el primer ministro dentro de dos semanas. Es evidente que no podemos cancelarla sin crear un puto caos en Whitehall. Si en Washington se huelen que hemos perdido a nuestra principal espía, se subirán por las paredes. Haynes quiere dar con ella en los próximos días y fingir que no ha pasado nada. Se supone que regresa este lunes no, el siguiente.

De pronto Marquand se volvió hacia la derecha, como reaccionando a algún ruido

inesperado.

—Mira, es posible que aparezca sin más. Seguro que está con algún yogurín de París, cualquier Jean-Pierre o Xavier con la polla bien grande y una *gîte* en Aix-en-Provence. Ya sabes cómo es Amelia con los chavales. Le podría dar clases a Madonna.

A Kell le sorprendió oír a Marquand hablar sobre la reputación de Amelia con tal franqueza. Meterse en líos de faldas, igual que el alcohol, era casi un requisito del cargo, pero era un deporte masculino y jocoso, y del que no se dejaba constancia. Desde que Kell la conocía, Amelia no había tenido más que tres amantes y, en cambio, se hablaba de ella como si se hubiese acostado con tres cuartas partes del funcionariado.

—¿Por qué París?

Marquand levantó la vista.

—Hizo una parada allí de camino a Niza.

—Aun así, ¿por qué París?

—El martes fue al funeral.

—¿De quién?

—No tengo ni idea.

Para ser un arribista de opiniones categóricas, no parecía preocuparle demasiado admitir que no sabía según qué cosas.

—Todo ha ocurrido muy deprisa, Tom. No hemos averiguado el nombre. Giles cree que fue al crematorio del distrito decimocuarto. Montparnasse. Un viejo amigo de la facultad.

—¿Y él no la acompañó?

—Ella le dijo que no quería que fuese.

—Y Giles hace lo que le mandan.

Kell conocía muy bien la mecánica del matrimonio Levene: la había estudiado con atención a modo de advertencia, cual cuento con moraleja. Marquand parecía estar a punto de echarse a reír, pero se lo pensó dos veces.

—Exacto. El síndrome de Dennis Thatcher. Los maridos deben ser vistos pero no oídos.

—Yo diría que lo primero que tienes que hacer es averiguar quién era el amigo.

Kell estaba diciendo algo obvio, pero Marquand parecía no saber hacia dónde tirar.

—¿Debo tomármelo como indicación de que me ayudarás?

Kell levantó la mirada. Las ramas del árbol ocultaban un cielo gris marengo. No tardaría en llover. Se acordó de Afganistán, del libro que debería estar escribiendo, de las noches insulsas y aburridas de agosto que lo esperaban en su estudio de soltero de Kensal Rise. Pensó en su esposa y en Amelia. Estaba convencido de que estaba viva y también de que Marquand escondía algo. ¿A cuántos otros espías repescados de la jubilación tenía intención de poner tras la pista?



—¿Cuánto ofrece Su Majestad?

—¿Cuánto necesitarías?

Como el dinero no era suyo, Jimmy Marquand podía permitirse gastarlo a placer. A Kell el dinero lo traía del todo sin cuidado, pero no quería parecer poco profesional por no mencionarlo. Le pidió la primera cifra que le sugirió el cielo húmedo de la tarde.

—Mil al día. Más gastos. Me hará falta un portátil, que sea encriptado. Igual que el móvil. También quiero el alias de Stephen Uniacke. Y un coche decente esperándome en el aeropuerto de Niza. Si me encuentro un Peugeot de dos puertas con radiocasete, me vuelvo a casa.

—Por supuesto.

—Y George Truscott se hace cargo de las multas de velocidad. De todas.

—Hecho.

## 6

Kell tomó un vuelo desde Heathrow a las ocho. Justo cuando ponía el móvil en modo avión, le llegó un mensaje de texto:

No olvides la cita de mañana. Finchley a las 14 h. Nos vemos en el metro.

Finchley. Los últimos estertores de su matrimonio. Una hora con una asesora matrimonial de expresión adusta que dispensaba lugares comunes como si fueran galletas en una bandeja. Mientras se abrochaba el cinturón en el asiento de pasillo, se dio cuenta de que era tan solo la segunda vez que salía de Londres desde que había dejado el ssi. A mediados de marzo, Claire le había propuesto un fin de semana romántico en Brighton —«Para ver si podemos ser algo más que compañeros de piso»—, pero en el hotel se celebraba una boda que duró toda la noche, durmieron apenas tres horas y pasaron el domingo sumidos en la consabida tormenta de reproches y peleas.

A su lado viajaban una madre joven y su niño pequeño, sujeto con el cinturón de seguridad en el asiento de la ventana. La chica se había preparado para la batalla que tenía por delante y ya había sacado la bolsa de revistas y pegatinas, un paquete de galletas sin azúcar y una botella de agua. Cada cierto tiempo, cuando el crío se movía mucho o chillaba demasiado, la madre ofrecía a Kell una sonrisa de complicidad que era casi una disculpa. Él intentó tranquilizarla. No le importaba en absoluto: el viaje duraba una hora y media, y le gustaban los niños.

—¿Tiene hijos? —inquirió ella.

La pregunta que jamás debía hacerse.

—No —respondió él, y recogió una figurita de plástico que había caído al suelo—. Por desgracia, no.

La joven continuó ocupada con el crío durante todo el vuelo, y él tuvo tiempo para leer lo que había anotado del archivo confidencial de Amelia sin preocuparse de que hubiera alguien echando un vistazo a las páginas: el tipo del otro lado del pasillo estaba absorto con su propia hoja de cálculo, y la mujer de atrás, la del asiento de la izquierda, dormida con la cabeza sobre una almohada hinchable. Ya conocía casi todo el historial de Amelia: en la extraña intimidad que procura una amistad de toda una década, habían compartido algunos secretos. El viaje de Amelia hacia el mundo de los secretos había empezado en su juventud, cuando a finales de los setenta trabajaba de *au pair* en Túnez, y Joan Guttmann, una agente encubierta de la CIA, descubrió su talento. Guttmann había advertido al ssi sobre Amelia, que a su vez no la perdió de vista mientras estuvo en Oxford y dio el primer paso hacia su reclutamiento poco después de obtener matrícula de honor en la licenciatura de francés y árabe en el verano de 1983. Tras un año en MECAS, el centro de estudios árabes de Oriente Próximo de Líbano conocido como la «escuela de espías», la destinaron a Egipto en

1985 y a Irak en 1989. La primavera de 1993, Amelia Weldon regresó a Londres, conoció a Giles Levene —un operador de bonos de cincuenta y dos años que tenía treinta millones en el banco y una personalidad, según la descripción de uno de los antiguos compañeros de Kell, «agresivamente soporífera»—, y enseguida se comprometieron. El expediente apuntaba, con un antisemitismo pasivo que Kell creía extinguido hacía ya tiempo en el SSI, que se consideraba a Levene ambivalente respecto a Israel, pero que «no obstante, convenía monitorizar la actitud de su esposa en esos asuntos, por si se diese señales de parcialidad en una u otra dirección».

En ese contexto, la subida al poder de Amelia proporcionaba un rato de lectura fascinante. Había sido objetivo de una cantidad sorprendente de ataques sexistas, sobre todo durante los inicios de su carrera. En Egipto, por ejemplo, no la tuvieron en cuenta para ningún ascenso, alegando que no era probable que permaneciese en el Servicio más allá de su «edad fértil». El puesto se lo habían asignado a un famoso alcohólico de El Cairo con dos matrimonios a la espalda y un historial de entregar informes de inteligencia sacados tal cual de las páginas de *Al-Ahram*. La suerte le cambió en Irak, donde trabajó de analista en un grupo empresarial francés, infiltrada y sin cobertura diplomática. Gracias a un pasaporte irlandés, «Ann Wilkes» permaneció en Bagdad durante toda la primera guerra del Golfo, y el acceso que consiguió a funcionarios del partido Baaz, así como a varias figuras prominentes de la jerarquía militar iraquí, fue loado tanto en Londres como en Estados Unidos. Desde ese momento, su carrera había avanzado a pasos agigantados: la enviaron a Washington y también a Kabul, donde tuvo el control total de las operaciones del SSI en Afganistán durante los dos años siguientes a la caída de los talibanes. La tesis que defendía sobre la necesidad de aumentar la influencia británica en África, en una postura que, tras la Primavera Árabe, Downing Street consideró profética, aunque le supuso un conflicto con George Truscott, burócrata corporativizado con una mentalidad de la Guerra Fría que contaba con el desprecio general del personal de base del SSI.

Kell cerró el cuaderno. Miró al niño, que ahora dormía en brazos de su madre y trató de entusiasmarse con la idea de volver al ruedo. Sin embargo, no sintió nada. Llevaba ocho meses nadando sin llegar a ninguna parte, fingiendo para sí y ante Claire que, gracias a sus principios, se había plantado ante la hipocresía y mendacidad del estado secreto. Pero ni que decir tiene que todo era una farsa: lo habían echado de allí con oprobio. Y cuando Marquand, correveidile de Truscott y de Haynes, había acudido a él, Kell se había subido al carro como un niño a una atracción de feria, encantado con la idea de dar una vuelta más. Era consciente de que toda intención de demostrar que se habían equivocado, de proclamar su inocencia o de forjarse una nueva vida no era más que un castillo de arena. No tenía nada de que vivir más allá de su pasado. Contaba solo con su habilidad como espía.

En algún momento mientras sobrevolaban el sur de los Alpes, las luces de la cabina se atenuaron como en una revisión oftalmológica. El vuelo llegaba puntual.

Miró por la ventanilla de estribor y buscó el resplandor de Niza. Una azafata se abrochó el cinturón en un asiento situado de cara a los pasajeros, se miró en un espejito de maquillaje y le ofreció una sonrisa fría y breve. Kell contestó con una inclinación de cabeza, se tomó dos aspirinas con el agua que le quedaba en la botella y se recostó mientras el avión viraba sobre el Mediterráneo. El aterrizaje le valió al piloto un aplauso de los tres borrachos de Yorkshire que estaban sentados dos filas más atrás. Kell viajaba con equipaje de mano, y a las once y cuarto ya había pasado por el control de inmigración con su propio pasaporte.

Los Knight lo esperaban en la zona de llegadas. Jimmy Marquand le había dicho que buscara una «pareja de británicos de entre sesenta y setenta años», que él era un «habitante del solárium con el bigote teñido» y ella «una tipa diminuta, bastante cordial y de mente afilada, pero que siempre estaba a la sombra de su marido».

La descripción era casi perfecta. Al salir de la aduana por las puertas automáticas, Kell se vio frente a un caballero inglés lánguido y muy bronceado que vestía pantalones de pinza bien planchados y una camisa de color crema. Llevaba un jersey de cachemira de color pistacho sobre los hombros, con las mangas atadas en el pecho, al estilo mediterráneo. Ya no tenía el bigote teñido, pero Bill Knight daba la impresión de haber dedicado al menos quince minutos a peinar hasta el último mechón de la cabellera blanca y rala. Un hombre que no había logrado perdonarse por envejecer.

—Tom, si no me equivoco —lo saludó en voz demasiado alta.

Le estrechó la mano con mucha efusividad y se lamió los gruesos labios por debajo del bigote como si el mundo fuese un vino y él acabase de probarlo. Kell contempló la idea de decir: «Preferiría que me llamase señor Kell en todo momento», pero no tenía energías ni para ofenderlo.

—Y tú debes de ser Barbara.

Detrás de Knight, esperando en lo que Claire llamaba «la pose Rain Man», había una señora menuda con gafas de media luna y la postura deteriorada. Con su mirada tímida y esquiva consiguió a un tiempo disculparse por el comportamiento algo ridículo de su marido y establecer una química profesional inmediata que Kell agradeció. Sabía que Knight sería el que más hablaría de los dos, pero que la información más productiva la obtendría de su esposa.

—Tenemos un coche para usted esperando fuera —anunció ella.

Knight se ofreció a llevarle el equipaje. Kell desestimó la oferta con un gesto de la mano y de pronto lo inquietó darse cuenta de que, de haber seguido con vida, su madre tendría la misma edad que aquella señora diminuta de melena canosa y descuidada, ropa arrugada y gestos sencillos y delicados.

—Es un turismo de lujo —apuntó Knight, como si no aprobase el gasto. Su voz tenía un timbre gangoso y pagado de sí mismo que ya le resultaba irritante—. Creo que estarás satisfecho con él.

Se dirigieron a la salida. Kell alcanzó a ver su reflejo en un escaparate y se sintió

como el hijo díscolo que visita a sus padres en un complejo para jubilados de la Costa del Sol. Le resultaba pasmoso que lo único que hubiese hecho el SSI para evitar que la desaparición de Amelia Levene se convirtiese en un escándalo nacional fuese recurrir a un espía retirado con resaca y a dos repescas de geriátrico que no habían participado en ninguna operación desde la caída del muro de Berlín. A lo mejor Marquand andaba buscando el fracaso de Kell. ¿Era ese el plan? ¿O acaso los Knight tenían intenciones ocultas de frustrar sus intentos desde el principio?

—Es por aquí —le indicó Knight.

Una joven tan desnutrida como una modelo de pasarela salió corriendo por la puerta automática y se lanzó a los brazos de un donjuán de piel curtida, apenas unos años más joven que Knight. Kell la oyó decir: «*Mon chéri!*» con acento ruso y se percató de que lo besaba sin cerrar los ojos.

Sumidos en la humedad ambiental de la noche francesa, atravesaron una amplia pasarela de cemento que conectaba la terminal con un aparcamiento de tres plantas, unos cien metros hacia el este. El aeropuerto estaba cerrando poco a poco, y había varios autobuses aparcados uno al lado del otro, debajo de un puente ennegrecido. Uno de los conductores dormía recostado en el volante. Una hilera de gente que había llegado a última hora esperaba el transbordo a Mónaco, todos mucho más elegantes y serenos que las hordas que había visto bebiendo pintas en el aeropuerto de Heathrow. Knight pagó el aparcamiento, con mucho cuidado dobló el recibo, se lo metió en la cartera para pasar el gasto y se dirigió a un Citroën C6 negro que esperaba en la planta superior.

—La documentación que pediste ha llegado hace una hora y está dentro de un sobre, en el asiento del copiloto.

Kell dio por sentado que hablaba de la de Uniacke, que Marquand había enviado por mensajero para que Kell no tuviese que pasar la aduana francesa con un pasaporte falso.

—Te advierto —continuó Knight, y dio un golpecito con los dedos en una de las ventanas traseras como si hubiera alguien escondido dentro— de que es diésel. Ni te imaginas cuántos de nuestros amigos han venido aquí, han alquilado un coche de Hertz o de Avis y han echado a perder sus vacaciones al poner gasolina sin plomo...

Barbara atajó el asunto.

—Bill, estoy bastante segura de que el señor Kell es muy capaz de llenar el depósito en una gasolinera sin tu ayuda.

Bajo aquella luz amarillenta, le costaba apreciar si le había sacado los colores a su marido. Kell recordaba una frase de su expediente, al que había echado un vistazo de camino al aeropuerto: «Aborrece el silencio en una conversación. Tiende a hablar cuando le convendría más permanecer callado».

—No pasa nada —repuso Kell—. Puede ocurrirle a cualquiera.

El coche de la pareja, que estaba aparcado junto al C6, era un Mercedes con el volante a la derecha, matrícula británica de hacía veinte años y una abolladura en el

panel frontal derecho.

—Un Mercedes viejo y algo maltrecho —explicó Knight en vano, como si estuviera acostumbrado a que la gente mirase el vehículo con extrañeza—. Pero va muy bien. Una vez al año, Barbara y yo tenemos la obligación de cruzar el canal para hacer la inspección anual y renovar el seguro, pero merece la pena.

Kell ya había oído suficiente. Lanzó la bolsa al asiento trasero del Citroën y fue directo al grano.

—Hablemos de Amelia Levene —propuso.

El aparcamiento estaba desierto y el sonido ambiental —algún que otro avión esporádico y el tráfico rodado— amortiguaba el ruido de sus voces. Knight, que había tenido que callar a media frase, prestaba la atención requerida.

—Según Londres, la señora Levene desapareció hace varios días. ¿Hablasteis con ella mientras estuvo asistiendo a las clases?

—Por supuesto —contestó Knight como si Kell hubiera puesto su integridad en tela de juicio—. Claro que lo hicimos.

—¿Qué podéis decirme sobre su estado de ánimo y su comportamiento?

Barbara iba a responder, pero Knight la interrumpió.

—Era completamente normal. Muy amistosa y entusiasta. Se presentó diciendo que era una maestra jubilada, viuda. No hay mucho de que informar.

Kell recordó otra frase del expediente: «No siempre está preparado para esforzarse. Al cabo de los años, sus compañeros han llegado a la conclusión de que Bill Knight prefiere vivir tranquilo que mancharse las manos».

Barbara rellenó los huecos.

—Bueno —empezó, pues había notado que Kell no estaba satisfecho con la respuesta de su marido—, Bill y yo no estamos de acuerdo en ese punto. A mí me dio la sensación de que parecía distraída. No pintaba mucho, cosa que es extraña, dado que había ido allí a aprender. También comprobaba a menudo si tenía mensajes en el móvil.

Lo miró un instante y le ofreció una sonrisa breve de satisfacción, como la de quien acaba de encontrar la respuesta a la pista complicada de un crucigrama.

—Eso fue lo que más me extrañó. Quiero decir que la gente de su edad no vive pegada al móvil como las generaciones más jóvenes, ¿no le parece, señor Kell?

—Llámame Tom —le pidió Kell—. ¿Alguna amistad, conocidos? ¿La visteis con alguien? Cuando Londres os pidió que estuvieseis atentos a sus movimientos, ¿la seguisteis hasta Niza? ¿Por las noches iba a alguna parte?

—Vaya retahíla de preguntas... —comentó Knight, pagado de sí mismo.

—Responded de una en una.

Por fin sentía en la sangre el subidón de adrenalina de las operaciones. Hubo una ráfaga momentánea de viento y Knight la compensó peinándose con la mano.

—Bueno, Barbara y yo no tenemos constancia de que la señora Levene haya ido a ningún lugar en particular. Por ejemplo, el jueves por la noche cenó sola en un

restaurante de la calle Masséna. Yo la seguí hasta el hotel y esperé en el Mercedes hasta medianoche, pero no la vi salir.

Kell lo miró a los ojos.

—¿No se os ocurrió alquilar una habitación en el hotel?

Una pausa y un intercambio incómodo de miradas entre marido y mujer.

—Lo que debes comprender, Tom, es que no hemos tenido mucho tiempo para reaccionar, que digamos.

Knight había dado un paso atrás, tal vez de forma inconsciente.

—Londres solo nos pidió que nos apuntásemos al curso, que estuviéramos pendientes de la señora Levene e informásemos de cualquier cosa que pareciese misteriosa. Eso es todo.

Barbara tomó las riendas. Era evidente que le preocupaba que Kell se llevara una mala impresión de sus habilidades.

—No parecía que Londres esperase que ocurriera nada —le explicó—. Tal como nos lo expusieron, era como si solo nos pidieran que le echásemos un vistazo. Y ¿cuántos días han pasado desde que informamos de su desaparición? Solo dos o tres.

—¿Estáis convencidos de que no está en Niza? ¿De que no está en casa de algún amigo?

—No, no estamos convencidos de nada —repuso Knight.

Era lo más convincente que había dicho desde que Kell había pasado por el control de pasaportes.

—Hemos hecho lo que nos han pedido. La señora Levene no se presentó en clase, y nosotros llamamos para avisar. El señor Marquand debía de tener la mosca detrás de la oreja y por eso ha enviado refuerzos.

Refuerzos. Kell se dio cuenta de que justo veinticuatro horas antes estaba bebiendo en un bar abarrotado de Dean Street y cantándole *Cumpleaños feliz* a un amigo de la universidad de cuarenta años al que llevaba quince sin ver.

—En Londres les inquieta que no haya movimientos en sus tarjetas de crédito. Y que no conteste al móvil.

—¿Cree que ha... desertado? —preguntó Knight, y Kell reprimió una sonrisa.

¿Adónde? ¿A Moscú? ¿A Pekín? Antes que eso, Amelia viviría en Albania.

—No es probable —contestó—. Los jefes del Servicio tienen un perfil demasiado alto. Las repercusiones políticas causarían un auténtico terremoto. Pero nunca se sabe.

—No, nunca se sabe —masculló Barbara.

—¿Qué me decís de la habitación? ¿La ha registrado alguien?

Knight se miró los zapatos, y Barbara se colocó las gafas. Kell entendió entonces por qué esos dos no habían ascendido más allá de la posición de apoyo operativo cuando estuvieron en Nairobi.

—No teníamos instrucciones de realizar ningún registro —contestó Knight.

—¿Y los organizadores del curso de pintura? ¿Habéis hablado con ellos?

Knight negó con la cabeza sin apartar la mirada de los zapatos, como un niño al que acaban de regañar. Kell resolvió acabar con aquella agonía.

—Bueno, se me ocurre una cosa —dijo—: ¿A cuánto está el hotel Gillespie de aquí?

Barbara parecía preocupada.

—Está en el boulevard Dubouchage. A unos veinte minutos.

—Yo voy a ir hacia allá. Habéis reservado una habitación a nombre de Stephen Uniacke, ¿verdad?

Knight se animó.

—Eso es. Pero ¿no te gustaría ir a comer algo? Barbara y yo habíamos pensado que podríamos llevarte a la ciudad, a un sitio pequeño cerca del puerto que nos gusta a los dos. Abre hasta pasada la...

—Eso luego —contestó Kell.

En Heathrow se había comido un burrito de pollo cajún acompañado de una lata de Coca-Cola. Con eso tenía hasta el desayuno.

—Pero necesito que me hagáis un favor.

—Lo que haga falta —respondió Barbara.

Kell se daba cuenta de lo mucho que ella quería prolongar su regreso a la acción y entendió que aún podía serle de ayuda.

—Llama al Gillespie. Di que acabas de aterrizar y que necesitas una habitación. Id al hotel, pero esperad fuera y no os registréis hasta haber hablado conmigo.

Knight parecía desconcertado.

—¿Podéis hacer eso? —preguntó Kell con suspicacia.

Si a él le pagaban mil al día, lo más probable era que a los Knight les hubiesen ofrecido por lo menos la mitad. Y al fin y al cabo, tenían la obligación de hacer todo lo que él les pidiese.

—Necesito acceder al sistema informático del hotel. Quiero la información sobre la habitación de Amelia, las horas de llegada y de salida, el uso de internet y todo eso. Para conseguirla, tendré que distraer al del turno de noche, hacer que salga del mostrador durante cinco o diez minutos. En ese sentido, podéis ayudarme mucho: pidiendo servicio de habitaciones, quejándoos de un grifo roto, tirando del cordón de emergencia del baño o cualquier cosa por el estilo. ¿Comprendido?

—Comprendido —confirmó Knight.

—¿Tenéis una maleta o algo que dé el pego como equipaje de mano?

Barbara pensó un momento y respondió.

—Creo que sí.

—Dadme media hora para llegar y registrarme y después id hacia allá.

Era consciente de que estaba improvisando a toda velocidad, de que estaba recuperando la soltura de otros tiempos. Era como si su cerebro hubiese pasado ocho meses sumergido en formol.

—Ni que decir tiene que si me veis en el vestíbulo, no nos conocemos.



Knight soltó una risotada.

—Claro que no, Tom.

—Y no apaguéis el móvil. —Subió al Citroën—. Es probable que tenga que llamaros antes de una hora.

El sistema de navegación por satélite del Citroën sabía guiarse por las calles de sentido único de Niza y condujo a Kell hasta el boulevard Dubouchage en menos de veinte minutos. El hotel Gillespie era exactamente del tipo que Amelia prefería: de tamaño modesto, pero con clase; cómodo y sin ostentaciones. George Truscott habría reservado una *suite* en el Negresco a cargo del erario británico.

A tres manzanas había un aparcamiento subterráneo. Kell buscó un lugar seguro para esconder su pasaporte y lo que llevaba en la cartera, y a unos dos metros del suelo encontró una grieta estrecha en un bloque de hormigón. Marquand había enviado toda la documentación de Stephen Uniacke, lo que incluía tarjetas de crédito, un pasaporte, el carnet de conducir y la parafernalia general de la vida diaria en Inglaterra: tarjeta de puntos del supermercado, tarjeta de socio del jardín botánico Kew Gardens, tarjeta de asistencia en carretera. Había hasta fotos descoloridas de la esposa y los hijos fantasma de Uniacke. Kell se deshizo del sobre y subió a la calle en el ascensor. Uniacke, que se suponía que era un consultor de *marketing* con sede en Reading, era uno de los tres alias que había usado de forma habitual durante los veintidós años de carrera profesional en la inteligencia británica. Asumir una vez más esa identidad le resultaba tan natural —y, en muchos sentidos, tan reconfortante— como ponerse su abrigo favorito.

La entrada del Gillespie estaba algo apartada de la calle, separada por un tramo corto y semicircular de calzada que permitía a los vehículos depositar pasajeros y equipaje. Kell atravesó una puerta automática, subió los escalones y llegó a una recepción nocturna e íntima, salpicada de fotografías en blanco y negro de Duke Ellington, Dizzy Gillespie y demás leyendas musicales de antaño. Su aversión al *jazz* era intensa e incurable, pero tenía debilidad por los vestíbulos sobrios con luz tenue, con suelos de madera cubiertos de alfombras, cuadros decentes al óleo y bares para clientes donde resonaban el tintineo del hielo y las conversaciones. Un joven con chaqueta oscura, acné y el pelo rubio y muy corto estaba preparando un cuenco de flores secas aromáticas. El recepcionista del turno de noche. Saludó a Kell con una sonrisa forzada, y este observó que parecía cansado, al borde del agotamiento.

—¿En qué puedo ayudarlo, caballero?

Kell dejó la bolsa en el suelo y explicó en francés que había reservado una habitación a nombre de Uniacke. El joven le pidió la identificación y una tarjeta de crédito, y también que rellenase el formulario de registro, cosa que Kell hizo de buen grado. Sobre la mesa había un ordenador en el que el recepcionista introdujo los datos. Como el teclado estaba debajo del mostrador y, por lo tanto, fuera del alcance de su vista, Kell no pudo fijarse en qué teclas pulsaba para introducir la contraseña.

—Ya he estado aquí antes —le comentó, y echó un vistazo al despacho pequeño que había detrás de la recepción. Allí vio otro ordenador.

Junto a la pantalla, había una lata de Coca-Cola y, sobre la mesa, un libro grande

de tapa blanda abierto. Había estado buscando indicios de la presencia de un circuito cerrado de televisión en el vestíbulo, pero aún no había dado con él.

—¿No estoy ya en el sistema?

Era una pregunta preparada con antelación y cuya respuesta ya sabía. No obstante cuando el recepcionista contestase, le brindaría la oportunidad de inclinarse sobre el mostrador y mirar el sistema de reservas fingiendo sorpresa.

—Permítame que lo compruebe, caballero —respondió el joven, tal como esperaba.

Una pelusa aterciopelada le cubría la tez pálida y descolorida; un grano a punto de reventar le coronaba la barbilla.

—Pues no, creo que no tenemos constancia de visitas anteriores.

—¿De verdad?

Kell exageró la sorpresa y, con la mano en la esquina del monitor, lo ladeó hacia él para identificar el programa informático que utilizaban para gestionar reservas. Era Opera, el sistema más utilizado en toda Europa. Kell lo conocía bastante bien. El recepcionista introdujo los datos en un perfil de cliente donde se detallaba el gasto futuro en una serie de campos titulados «comida», «alojamiento», «bebidas», «teléfono». Suponiendo que no cerrase la sesión, acceder a la información de Amelia sería coser y cantar. Kell sabía que se había alojado en la 218 y que el sistema de pestañas de Opera le permitiría visualizar los datos personales con tan solo dos o tres clics.

—Puede que esté a nombre de mi esposa —dijo, y sacó la mano de detrás del mostrador.

Un cliente salió del bar, saludó al recepcionista con la cabeza, cruzó el vestíbulo y fue hacia los ascensores. Kell se alejó unos pasos, escrutó el bar y vio a una pareja de jóvenes bebiendo coñac en la mesa del rincón más alejado. Una camarera de caderas anchas recogía cacahuetes de la moqueta. Aparte de ellos tres, la sala estaba desierta.

—Bueno, tampoco importa —concluyó al regresar al mostrador—. ¿Pueden despertarme por la mañana? A las siete.

Era un detalle nimio, pero así el recepcionista se llevaría la impresión útil de que monsieur Uniacke tenía intención de acostarse en cuanto subiese a la habitación.

—Por supuesto, caballero.

Como le había dado una habitación en la tercera planta, subió por la escalera para familiarizarse con la distribución del edificio. En el rellano del primer piso vio algo que le dio una idea: un armario con la puerta entreabierta donde la gobernanta había dejado una aspiradora y varios productos de limpieza. Recorrió un pasillo corto, entró en la habitación usando la tarjeta y deshizo el equipaje de inmediato. De camino a Heathrow, Marquand le había dado un portátil. Kell conectó el módem 3G encriptado en el puerto USB y accedió al servidor del SSI mediante tres cortafuegos protegidos por contraseña. En el minibar había dos botellitas de Johnny Walker que se bebió mezcladas al cincuenta por ciento con agua Evian mientras comprobaba el correo

electrónico. Marquand le había enviado un mensaje con la última hora de la desaparición de Amelia:

Confío en que hayas llegado sano y salvo. Seguimos sin rastro de nuestra amiga. Periféricos aún sin actividad.

«Periféricos» era una referencia a las tarjetas y el móvil de Amelia.

Funerales en los *crematoria* de París 14 en los días relevantes. Apellidos que investigar: Chamson, Lilar, de Vilmorin, Tardieu, Radiguet, Malot, Bourget. Seguimos indagando. Tendremos información específica en 24.

«Crematoria». Nadie como Marquand para ser quisquilloso con el latín. Kell se roció *aftershave* por debajo de la camisa, cambió las tarjetas SIM del móvil para ver si tenía mensajes privados de Londres y devoró el paquete de Pringles del minibar. Después colocó de nuevo la SIM de Uniacke y marcó el número de los Knight. Contestó Barbara. Según parecía, su marido estaba conduciendo.

—¿Señor Kell?

—¿Dónde estáis, Barbara?

—Estamos aparcando a la vuelta de la esquina. Llegamos un poco tarde por culpa del tráfico.

—¿Habéis cogido habitación?

—Sí, hemos llamado desde el aeropuerto.

—¿Cuál de los dos ha hecho la llamada?

—Yo.

—¿Has dicho que es para dos?

Barbara dudó un instante antes de contestar, como si sospechase que Kell le tendía una trampa.

—No lo he especificado, pero creo que el chico ha dado por sentado que estaba con mi marido.

Kell decidió correr ese riesgo.

—Cambio de planes —anunció—: quiero que entres sola. Necesito que dejes a Bill fuera.

—Vaya.

Hubo una pausa incómoda mientras Barbara digería las instrucciones.

—A las dos de la madrugada provocaré una distracción y el recepcionista deberá subir a por una aspiradora.

La cobertura falló un momento, y Barbara preguntó:

—¿Una qué?

—Una aspiradora. Para limpiar. Escucha con atención, lo que voy a decir es importante. La aspiradora está en un armario, en el rellano de la primera planta. A las dos, tú estarás esperando allí. Cuando el recepcionista suba, dile que te has perdido y no encuentras la habitación. Haz que te muestre el camino. No dejes que regrese a

recepción. Si insiste en bajar, haz algo. Finge estar enferma o échate a llorar; lo que haga falta. Cuando lleguéis a tu puerta, pídele que entre y te explique cómo funciona la tele. Mantenlo distraído, eso es lo principal. Si la sesión ha expirado, puede que tarde hasta diez minutos. Hazle preguntas. Eres una anciana con *jet lag* que ha viajado sola, ¿de acuerdo? ¿Crees que podrás hacer eso?

—Parece bastante sencillo —repuso Barbara, y Kell le detectó un matiz cortante en la voz.

No se le escapaba que estaba siendo brusco y que, pensándolo bien, haberla llamado *anciana* no había sido del todo constructivo.

—Cuando te registres, exagera la parte más excéntrica de tu personalidad —continuó, tratando de restablecer la buena relación—. Confúndete con la documentación, pregúntale cómo se abre la puerta con la tarjeta. Flirtea un poco. El recepcionista es un tipo joven y seguro que habla inglés. Prueba con eso antes de pasar al francés, ¿de acuerdo?

Tenía la impresión de que Barbara estaba anotándolo todo.

—De acuerdo, Tom.

Kell explicó que la llamaría a la una y cuarenta y cinco de la madrugada para confirmar el plan. Mientras tanto, debía observar si había señales de algún guardia de seguridad o de alguna chica de la limpieza o de trabajadores de la cocina que se hubieran quedado en el hotel. Si veía a alguien, debía notificárselo de inmediato.

—¿En qué habitación estás? —quiso saber Barbara.

—En la 322. Dile a Bill que no pierda de vista la puerta. Si alguien intenta acceder desde la calle entre las dos menos cinco y las dos y cuarto, debe entretenerlos.

—Eso haré.

—Asegúrate de que le queda bien claro. Lo último que necesito mientras esté sentado en el despacho es que pase algún cliente por recepción.

—No lo entiendo, la verdad. No entiendo por qué no quiere que participe.

Bill Knight estaba desplomado sobre el volante del Mercedes, mirándose los zapatos de charol color beis y negando con la cabeza mientras trataba de comprender el alcance de aquel último, y tal vez definitivo, insulto del SSI a su capacidad operativa. Cualquiera que pasase por allí y mirase por la ventanilla daría por sentado que estaba llorando.

—Cariño, sí quiere que participes. Solo que desde fuera. Necesita que te ocupes de la puerta.

—¿A las dos de la madrugada? ¿Quién regresa al hotel a las dos de la madrugada? Lo que pasa es que no confía en mí. Cree que no estoy a la altura. Le han dicho que la estrella eres tú. Siempre ha sido así.

Barbara Knight llevaba consolando a su marido y recogiendo los pedazos de su frágil ego casi cuarenta años: miles de humillaciones profesionales, crisis financieras constantes. Había tenido que reconfortarlo incluso después de sus propias infidelidades desventuradas. Le apretó la mano mientras él se aferraba al freno de mano y trató de resolver ese bache de la mejor manera posible.

—Bill, mucha gente vuelve a esas horas, pero tú eres demasiado mayor para acordarte. —Menudo error, mencionar su edad. Probó con otra táctica—. Kell necesita acceder al sistema de reservas. Si alguien entra por la puerta y lo ve detrás del mostrador de recepción, se olerá algo.

—¡Y un huevo! —protestó Knight—. A esa hora no hay manera de entrar en ningún hotel medio decente sin llamar a un timbre y que alguien venga a abrirte. Kell quiere deshacerse de mí. Aquí fuera pierdo el tiempo.

Justo entonces aparecieron dos clientes en la entrada del hotel Gillespie que llamaron al timbre y esperaron mientras el recepcionista de noche bajaba los escalones. Era como si un dios travieso los hubiera puesto allí para demostrar que Knight tenía razón. El chico confirmó sus identidades y los dejó entrar en el vestíbulo. Bill y Barbara Knight, aparcados a cincuenta metros, lo vieron todo por el parabrisas de la antigualla que conducían.

—¿Lo ves? —preguntó él con un aire cansado de triunfo.

Por un momento, Barbara se quedó sin palabras.

—De todos modos —consiguió decir al final—, es mejor que no lleguen a llamar al timbre. ¿Por qué no compras un paquete de tabaco y pasas el rato aquí fuera? Cariño, todavía puedes ayudar mucho.

Knight sintió que estaba camelándolo.

—Yo no fumo —repuso.

Ante aquel arrebató de mal humor, Barbara sacó fuerzas de flaqueza.

—Mira, es obvio que dentro del hotel no hay ningún papel para ti: Kell quiere que

haga de Miss Marple y me ponga pesada. Y si vamos como matrimonio, solo por eso ya soy menos vulnerable. ¿Te das cuenta?

Knight no hizo caso de la pregunta, y Barbara perdió la paciencia.

—Bueno, como quieras —dijo—. Quizá lo mejor sea que te vayas a casa.

—¿A casa?

Knight se irguió de pronto, y Barbara percibió el resentimiento en su mirada. Por extraño que pareciese, era la misma cara de desdicha que tenía después de casi todas las conversaciones con su hijo errante de treinta y seis años.

—No pienso dejarte sola en un hotel con un hombre al que ni siquiera conocemos para que trabajes hasta altas horas de la madrugada en no sé qué plan de locos para...

—Cariño, no me digas que no lo conocemos.

—No me gusta su aspecto. Ni sus modales.

—Pues estoy segura de que es mutuo.

Ese fue el segundo error. Knight inspiró con violencia por la nariz y se volvió hacia la ventanilla. Instantes después, había encendido el motor y estaba indicándole a Barbara que se marchase solo con la fuerza de su lenguaje corporal.

—No te enfades —le pidió ella con una mano en la puerta y la otra aún en el freno de mano.

Estaba ansiosa por entrar en el hotel y registrarse, por llevar a cabo la tarea que le habían asignado. La atención constante que exigía su marido no tenía sentido y, además, era contraproducente.

—Sabes que no es nada personal.

Un hombre obeso vestido con un chándal y zapatillas de deporte blancas recién estrenadas pasó por delante del Gillespie, giró a la izquierda en la rue Alberti y desapareció.

—No me pasará nada. Te llamaré enseguida. Si te preocupas, espera en un bar. Seguro que Tom me envía a casa dentro de un par de horas.

—¿En qué bar? Por Dios bendito, ¡tengo sesenta y dos años! No puedo ir a pasar el rato a un bar.

Knight continuó mirando por la ventanilla con cara de amante desdeñado.

—En cualquier caso, no seas ridícula: no puedo abandonar el puesto. Él quiere que vigile la puta entrada.

Empezaba a llover. Barbara negó con la cabeza sin dar crédito y fue a abrir la puerta. No le gustaba oír a su marido decir palabrotas. En el asiento trasero había una bolsa de lona que los Knight usaban para llevar las botellas y las latas a la planta de reciclaje de Menton. Dentro Barbara había metido un ejemplar sobado del *Nice-Matin*, un gorro viejo y un par de botas de agua. La cogió.

—Que no se te olvide que estos últimos días nos hemos divertido mucho —le recordó—. Y que nos están pagando muy bien.

Sus palabras no tuvieron ningún impacto apreciable.

—Te llamo en cuanto llegue a la habitación, Bill —dijo, y le dio un beso suave en

la mejilla—. Te lo prometo.



Kell aprovechó las últimas gotas de Johnnie Walker, cogió el teléfono de la mesita de noche y marcó el cero para llamar a recepción. El joven respondió al segundo toque.

—*Oui, bonsoir, monsieur Uniacke.*

A partir de ahí, era cuestión de inventarse una buena historia. La conexión *wifi* no funcionaba en la habitación, explicó, y le pidió que comprobase el sistema. El recepcionista se disculpó por las molestias, le dictó los datos de otra red y le deseó al señor Uniacke mejor suerte con esa.

Pero no pudo ser. Diez minutos más tarde, Kell cogió el portátil y bajó a la planta baja en ascensor. El vestíbulo estaba desierto. Los dos clientes que antes bebían coñac en el bar se habían acostado, y la mesa estaba recogida y limpia. Habían atenuado las luces y no se veía ni rastro de la camarera.

Kell se acercó a la recepción y estuvo allí varios segundos antes de que el chico del turno de noche, enfrascado en el libro que leía en el despacho, alzase la mirada, se levantase de un brinco y se disculpase por no haberle hecho caso.

—*Pas de problème* —contestó Kell.

Siempre era aconsejable dirigirse a los franceses en su idioma nativo: te ganabas su confianza y respeto con mayor celeridad. Levantó la tapa del portátil, señaló la pantalla y explicó que todavía tenía problemas para conectarse.

—¿Hay alguien en el hotel que pueda ayudarme?

—Lo siento, pero no, caballero. Hasta las cinco estoy solo. Aunque, como podrá comprobar, aquí abajo la señal es más fuerte. Si me lo permite, le sugiero que se siente en el bar e intente conectarse desde allí.

Kell miró la sala a oscuras, y pareció que el recepcionista le había leído el pensamiento.

—No me cuesta nada encender las luces. ¿Le apetece tomar algo?

—Sería muy amable por su parte.

Momentos después, el recepcionista había abierto una puerta baja para salir al vestíbulo y desapareció detrás de la barra. Kell cogió el portátil, se apresuró a mover el cuenco de popurrí quince centímetros hacia la izquierda y después lo siguió.

—¿Qué lees? —le preguntó en voz alta.

Escogió una mesa desde donde veía parte del vestíbulo. El joven estaba accionando interruptores en un panel situado junto a la señal de salida de emergencia. Kell continuaba sin encontrar ningún indicio de que hubiera cámaras de seguridad.

—Es para la universidad —contestó en voz alta para que Kell lo oyese—. Estoy haciendo un curso de teoría cuántica.

Kell apenas sabía nada del tema: había leído un puñado de críticas de libros que ya casi había olvidado y escuchado alguna charla en el programa de radio «Start the Week». No obstante, fue capaz de mantener una conversación breve sobre agujeros negros y sobre Stephen Hawking con el recepcionista mientras este le servía un vaso

de agua. El joven se presentó diciendo que se llamaba Pierre. En cuestión de minutos, ambos habían desarrollado una relación específica, característica de los desconocidos que se encuentran en mitad de la noche mientras el resto del mundo duerme a su alrededor. Kell notó que Pierre lo veía como un tipo de trato fácil que no ofrecía amenaza alguna. Era probable que le conviniese tener un cliente con el que hablar para que el tiempo pasara más deprisa.

—Parece que aquí sí tengo señal —anunció.

Pierre se remitió la camisa en el pantalón y sonrió aliviado. Kell abrió una cuenta moribunda de correo electrónico del SSI y se puso a leer mensajes.

—En cuanto pueda, me vuelvo a mi habitación.

—Tómese su tiempo, monsieur Uniacke. No tenga prisa. Si necesita cualquier otra cosa, avíseme.

Al cabo de un instante, sonó el timbre de la entrada. Pierre atravesó el vestíbulo, bajó los escalones dando brincos y desapareció de su vista durante un momento. Kell oyó a una mujer hablando en inglés con tono atropellado y contrito sobre el «asco de tiempo» y sobre lo mucho que sentía estar molestando a esas horas.

Barbara.

—Por aquí, madame.

Pierre le cogió la bolsa de mano, se la echó al hombro y acompañó a la mujer hacia recepción con una galantería muy ensayada. Se colocó tras el mostrador y le tomó los datos.

Ella hizo el registro como una auténtica profesional.

—Ay, ay, ay, el vuelo ha sido horroroso. Creo que el comandante no tenía ni idea de lo que hacía. Estábamos en el aire y, de repente, hemos empezado a dar botes por la pista como un tractor. Discúlpame por no hablar francés. De joven viví en el Loira y me las apañaba bastante bien, pero parece que a mi edad estas cosas se te van de la cabeza, ¿no?

—Madame, ¿viene usted sola?

—Sí, solo yo. Mi marido, el pobrecillo, falleció hace tres años.

Kell estuvo a punto de escupir el agua con gas.

—Al final se lo llevó el cáncer. Eres muy amable por haberme conseguido una habitación con tan poca antelación. Ay, si es que no hago más que molestar. En el aeropuerto había varias personas que no tenían ni idea de dónde iban a quedarse. Debería haber compartido el taxi con ellos, pero me he confundido con todo el alboroto. Y tengo que admitir que este hotel ¡es precioso! ¿El pasaporte? Por supuesto. Imagino que también necesitarás una tarjeta de crédito. Hoy en día siempre hace falta la tarjeta. Con todos esos números PIN. ¿Cómo esperan que nos acordemos de todos?

Kell sonrió de oreja a oreja, oculto tras la pantalla del portátil. Una pared en la que la dirección del establecimiento había colgado un retrato monocromático de Nina Simone impedía que Barbara lo viese. De vez en cuando, Kell pulsaba teclas al azar

para dar la impresión de estar trabajando de verdad. Llegado el momento, Pierre entregó a Barbara la llave de la habitación 232, le explicó cuál era el horario del desayuno y se despidió de ella.

—Pulse el botón de la segunda planta, por favor, madame —le pidió cuando ella se dirigía hacia los ascensores—. Le deseo que pase muy buena noche.

Kell miró la hora. Era la una y treinta y cinco de la madrugada. Le concedió a Barbara otros diez minutos para instalarse y familiarizarse con el hotel y entonces le envió un mensaje de texto para poner en marcha la parte final del plan.

Hora actual: 1:45. Luz verde en el vestíbulo. ¿Y tú?

Barbara respondió de inmediato.

Sí. Estaré en posición a partir de las 2. Buena suerte.

Kell estaba guardando el teléfono en el bolsillo cuando Pierre salió de recepción y le preguntó si necesitaba algo más del bar.

—No, muchas gracias —respondió—. No me hace falta nada.

—¿Qué tal la conexión? ¿Funciona de forma satisfactoria?

—Muy satisfactoria.

Esperó a que regresase al despacho antes de escribir un mensaje de texto para Bill Knight.

¿Despejado?

No recibió respuesta. Miró el reloj del portátil avanzar hasta la una y cincuenta y siete, sabiendo que Barbara ya estaría en posición. Insistió.

¿Hay alguien fuera?

Seguía sin recibir contestación. No podía hacer otra cosa que proceder según lo planeado y confiar en que Knight tuviera la situación controlada. Kell desenchufó el portátil, se lo metió bajo el brazo, cogió el vaso de agua vacío, lo llevó a recepción y lo dejó en el extremo derecho del mostrador, junto a una caja de plástico llena de folletos turísticos. Pierre estaba sentado en el despacho, bebiendo Coca-Cola y deleitándose con la astrofísica.

—¿Te importaría mirarme una cosa? —le preguntó Kell.

—Por supuesto, caballero.

—¿Qué tarifa voy a pagar por la habitación? Tengo un correo de confirmación de la oficina y el precio me parece más barato de lo que recordaba.

Pierre frunció el ceño, se acercó al mostrador, inició sesión en Opera y abrió la cuenta de Uniacke. Mientras tanto, Kell posó el portátil en el mostrador, a unos cinco centímetros del cuenco de popurrí.

—Vamos a ver —musitó Pierre con la vista fija en la pantalla—. Aquí dice que...

Kell apoyó el codo en el ordenador, dejó que se deslizase por el mostrador y mandó el popurrí al suelo de golpe.

—¡Mierda! —exclamó en inglés justo cuando el cuenco estallaba en una explosión de pétalos y cristal.

Pierre se levantó del mostrador con un «*Merde!*» equivalente, y Kell contempló el maravilloso caos que había creado.

—Lo siento muchísimo —se disculpó, primero en inglés y después lo repitió en francés.

—No pasa nada, caballero, no importa. Estas cosas pasan. No me cuesta nada limpiarlo.

Kell se agachó a recoger los trozos de cristal más grandes e intentó recordar cómo decir «cepillo y recogedor», pero se dio cuenta de que solo le salía:

—¿Tenéis una aspiradora?

Pierre había salido de la recepción y estaba a su lado con los brazos en jarras, tratando de decidir cuál sería la mejor estrategia.

—Sí, es una buena idea. Hay una. Enseguida lo limpiaré todo. No se preocupe por nada, señor Uniacke, por favor.

—Pero tienes que dejar que te ayude.

Pierre se agachó a su lado. Para su sorpresa, hasta lo consoló poniéndole la mano en el hombro.

—No, no, por favor. Usted es un cliente. Relájese. Ya me ocupo yo.

—Creo que al subir a la habitación he visto una aspiradora en la escalera. ¿Es ahí donde las guardan? Puedo ir a por ella. Me gustaría ayudar.

Ese era el único riesgo que corría: que al chico del turno de noche le preocupase tanto la seguridad de recepción que aceptase la ayuda de un cliente. Sin embargo, Kell había hecho una buena lectura de su personalidad.

—No, no —contestó el joven—. Ya voy yo. Sé a qué armario se refiere. Será un momento. Si espera aquí...

A Kell le vibró el móvil en el bolsillo y lo sacó en cuanto Pierre se alejó. Por fin Knight se dignaba a contestar.

No hay moros en la costa, comandante. Corto y cambio.

—Gilipollas... —murmuró Kell.

Comprobó que Pierre hubiera subido la escalera y entró en recepción.

Al cerrar la puerta de la habitación, Barbara Knight dejó la bolsa en el suelo junto a la puerta del baño, se sirvió un coñac del minibar y llamó a su marido.

La conversación fue mejor de lo esperado. Al parecer, Bill había pedido un cigarrillo a alguien que pasaba por allí, había encontrado asiento en una parada de autobuses a diez metros de la entrada del hotel y estaba concentrado en pasar el rato tratando de rememorar los detalles de una aventura amorosa entre el cónsul francés en Lagos y la hija de un especulador petrolífero angoleño, que habían sido la comidilla durante los tres años que pasaron contratados en Nairobi, hacía ya unos veinte años.

—Al final a él le cortaron la mano o algo así, ¿verdad? —preguntó Knight.

—Cariño, ahora no tengo tiempo para eso.

Barbara corrió las cortinas y encendió la luz de la mesita de noche.

—Creo que era un dedo. Y, además, fue un accidente. Escucha, voy a tener que colgar.

Entonces contestó al mensaje de Kell —«Estaré en posición a partir de las 2. Buena suerte»—, se quitó la blusa y la falda y, sin más ropa que unas medias y un albornoz blanco del Gillespie, salió al pasillo. Menos de un minuto más tarde, Barbara Knight estaba apostada en un escalón entre la primera planta y la segunda con el calzado en la mano, aguzando el oído para averiguar cuándo se aproximaría el recepcionista rubio del acné horrible que le había tomado los datos hacía un rato.

Pierre apareció, tal como ella esperaba, a las dos y cuatro minutos de la madrugada, y dio un respingo ante la aparición espectral que se le acercaba deprisa, con el pelo alborotado y un par de zapatos en la mano.

—Madame, ¿se encuentra bien?

—¡Ay! ¡Gracias a Dios que te encuentro!

Barbara estaba temblando con frustración fingida y tuvo que recordarse que no debía sobreactuar demasiado.

—Me parece que me he perdido. Estaba bajando a recepción para hablar contigo. Es que... verás, quería dejar los zapatos en la puerta para que me los limpiasen por la mañana, pero me he quedado encerrada como una tonta.

—No se preocupe, madame, eso lo podemos...

Ella lo interrumpió.

—Y ahora no sabría decirte en qué planta está la habitación ni harta de vino. Creo que has tenido la amabilidad de darme la 232, pero parece que no atino con...

Pierre la guio hasta el rellano de la primera planta, donde estaría más segura. Una ventaja con la que el Servicio Secreto de Inteligencia no contaba era que la abuela del recepcionista había empezado a mostrar síntomas de demencia senil y, al ver en ella un alma gemela, le puso la mano en la espalda y lo informó de que estaba encantado

de acompañarla a su habitación.

—Ay, qué amable. Qué joven tan agradable —comentó Barbara, y sacó la tarjeta de dentro del bolsillo del albornoz—. Tengo la llave del demonio aquí mismo, ¿ves? Pero claro, no dice en ninguna parte para qué diantres de habitación sirve.

Kell había actuado deprisa. El programa de reservas estaba abierto en la página de bienvenida y la sesión de Pierre seguía activa. Mientras el recepcionista asistía a Barbara, Kell abrió la pestaña de clientes, y el programa le mostró una parrilla que daba acceso a todos los huéspedes actuales del hotel. Los números de habitación aparecían a mano izquierda en una columna vertical; las fechas de ocupación, en una hilera horizontal en la parte superior de la pantalla. Encontró las fechas que correspondían a la estancia de Amelia, hizo clic en la 218 y se abrieron los datos de su habitación.

Fiel a la confianza que tenía en sí mismo y en la capacidad de Barbara para entretener a Pierre, se arriesgó a imprimir un resumen de tres páginas de la estancia de Amelia que incluía las comandas de servicio de habitaciones, la factura de la lavandería y cualquier llamada que hubiese hecho desde el teléfono fijo. Entonces volvió a la página de bienvenida, cogió las hojas de la impresora del despacho, las dobló para guardárselas en el bolsillo trasero del pantalón y salió al mostrador. Junto al teclado del ordenador, había un lector de bandas magnéticas. Lo encendió, leyó la información en pantalla, hizo clic en «Check-in», tecleó el número 218, fijó una fecha de caducidad de seis días y pulsó «Crear». A mano derecha había un montoncito de tarjetas blancas de plástico; metió una de ellas en la ranura, escuchó mientras la información se cargaba en la banda, la sacó y se la guardó en el mismo bolsillo donde tenía la factura de Amelia.

Cuando Pierre bajó más de cinco minutos después, Thomas Kell había retirado casi todos los fragmentos del suelo del vestíbulo y estaba ocupado recogiendo pétalos de popurrí de la alfombra.

—No tendría que haberse molestado en arreglarlo, *monsieur* Uniacke.

—Quería ayudar —respondió Kell—. Lo siento mucho. Me sabe fatal.

El pasillo de la segunda planta estaba desierto, y Kell se acercó a la habitación 218 con la única compañía del zumbido del aire acondicionado. De pronto notó un cansancio extraordinario, la adrenalina que había sentido al embaucar a Pierre ya se había disipado y lo había dejado solo con las consecuencias de haberse acostado tarde y de la resaca de Hackney.

Metió la tarjeta en la ranura, esperó a que la luz verde de encima del pomo se encendiese, accedió al cuarto de Amelia y cerró la puerta sin hacer ruido. Justo entonces, tuvo una visión del cuerpo desnudo de Amelia tirado de cualquier manera sobre la cama, una pesadilla de violencia y sangre, pero no había sido más que una alucinación breve y absurda que desapareció al instante.

La cama estaba hecha, y la camarera había recogido la ropa y los efectos personales. La disposición era idéntica a la de su habitación: un televisor montado en la pared de delante de la cama, encima del escritorio; una ventana de guillotina con un balcón estrecho que daba al boulevard Dubouchage. Kell entró en el baño y evaluó el contenido al detalle: no había cepillo de dientes ni dentífrico, pero sí un estuche de plástico para lentillas y una botella de líquido para limpiarlas. No veía el cepillo ni las gafas y tampoco había ni rastro de su perfume favorito: Hermés Caléche. Amelia sabía adónde iba y se había llevado lo necesario.

Kell miró dentro del armario. En una de las estanterías había una pequeña caja fuerte metálica con la puerta cerrada. En circunstancias normales, un agente con la experiencia de Amelia Levene no se arriesgaría a guardar ningún objeto de valor protegido por un cerrojo que un conserje podía abrir en menos de treinta segundos, pero supuso que ella no contaría con ninguna amenaza de Londres. Kell separó la caja de la pared y le dio la vuelta; en la parte trasera había un panel metálico con la marca y el número de serie grabados bajo una capa de polvo. Quitó la suciedad y llamó al servicio de apoyo técnico. Empleó el código de seguridad que le había proporcionado Marquand y dictó el número de serie a un técnico que estaba medio dormido en algún rincón del sótano de Vauxhall Cross antes de solicitarle un PIN de cuatro cifras para una caja fuerte Sentinel II.

—¿Puedo enviar la contestación por SMS? —preguntó el técnico.

Kell respondió que sí.

Debajo de la balda había una maleta grande, pero la pequeña de cuero que Amelia acostumbraba a llevar como equipaje de mano en la mayoría de los vuelos cortos no aparecía por ninguna parte. En el armario contiguo había una chaqueta y una falda, pero Kell no conocía a ninguna mujer que viajase al sur de Francia con menos de tres conjuntos de ropa: Amelia debía de haberse llevado uno puesto y como mínimo uno más de muda. Sacó la maleta del armario y la abrió sobre la moqueta. Dentro había dos camisetas arrugadas, algunas prendas de ropa interior y un par de medias. Estaba

usándola como cesto provisional para la ropa sucia. El forro de la parte superior tenía una cremallera, donde Amelia había dejado un par de libros en rústica, unos auriculares, un paquete de tabaco sin empezar y un ejemplar de la revista *Prospect*. Kell palpó los bordes buscando cualquier cosa escondida en el forro, pero no había nada. La devolvió a su sitio y se sentó en la cama.

Eran las dos y cuarenta y siete de la madrugada. Un gato chilló en la calle, y Kell se acordó de los Knight: Barbara en su habitación unas puertas más allá, y Bill de regreso a Menton. Habían acordado comer juntos en el casco viejo de Niza al día siguiente, pero estaba casi seguro de que lo cancelaría. Su colaboración con ellos había terminado. Sintió una necesidad abrumadora de tumbarse en la cama y dormir unas horas, pero sabía que aún no era posible. Registró los cajones de ambos lados y no encontró más que la clásica biblia de la editorial Gideon y un par de bombones de los que colocaban sobre las almohadas. Después levantó el colchón para comprobar si había un portátil, alguna carpeta, un teléfono móvil, pero no halló más que polvo y pelusas. Los cajones del escritorio contenían papel de carta, además de una guía de Niza y de los Alpes Marítimos e información básica sobre el hotel. Aparte de la caja fuerte, a Kell no se le ocurría ningún otro lugar plausible en el que Amelia hubiese podido esconder algo que arrojara pistas sobre su paradero. Lo único que tenía era un número de móvil francés que aparecía en la hoja que había imprimido. Cinco minutos después de dar las buenas noches a Pierre en el vestíbulo, ya había llamado al contacto de Marquand en el Cuartel General de Comunicaciones para que rastreasen la línea.

—Podríamos tardar unas horas —lo había informado una voz briosa desde Cheltenham—. A estas horas estamos muy ocupados, porque empiezan a despertar en AF/PAK.

Kell se preguntaba quién contactaría antes con él: ¿apoyo técnico o comunicaciones? Parecía una carrera para averiguar quién era capaz de reaccionar con más indiferencia a sus circunstancias. Regresó al baño y miró dentro de la cisterna del retrete y de los bolsillos de los dos albornoces que colgaban detrás de la puerta. Bajo la premisa de que Amelia podría haber escondido un pasaporte o una tarjeta SIM, buscó azulejos sueltos y esquinas levantadas en la moqueta. Nada. Sacudió las cortinas e intentó ver qué había detrás del televisor. Al final, se dio por vencido.

¿Por qué narices no lo habían llamado aún desde Londres? ¿Era culpa del código de seguridad? Si los de apoyo técnico lo habían comprobado, podían montarle a Marquand un pollo de tales dimensiones que les causaría problemas a ambos.

Kell estaba tendido en la cama de Amelia, dispuesto a descansar unas horas, cuando por fin llegó el sms. Se levantó, marcó el código de cuatro dígitos en el panel de la caja fuerte, oyó el satisfactorio sonido metálico de la barra al desplazarse, y la portezuela se abrió.

Dentro había un único objeto, colocado justo en el centro: el premio para un buen



ladrón. Una llave de coche con una pegatina de Avis en el exterior, dos botones para activar el cierre centralizado y una llave metálica que asomaba al pulsar un resorte.

Kell cerró la caja fuerte, se guardó la llave en el bolsillo y salió de la habitación.

—¿No consigue dormir, monsieur Uniacke?

Kell se alegró de que él mismo le proporcionase la mentira. Apoyó bien las manos en el mostrador de recepción, esbozó una sonrisa preocupada y explicó que hacía años que sufría de insomnio, pero que para remediarlo solía bastarle con dar una vuelta a la manzana a paso ligero.

—Permítame que le abra la puerta.

Se percató de que la alfombra estaba prístina, libre de cualquier resto de cristal o popurrí, y dio las gracias a Pierre una vez más por limpiarla mientras lo seguía por los escalones hasta la entrada del hotel. Cinco minutos después, estaba introduciendo el código para abrir la puerta del aparcamiento subterráneo de la place Marshall, pues había dado por sentado que Amelia habría dejado su vehículo en el mismo lugar.

Se equivocaba. Bajó cuatro niveles por una espiral de luz amarillenta, silencio y aire viciado, buscando en vano una luz parpadeante sin parar de pulsar el mando. Al llegar a la última planta, dio media vuelta e hizo el camino inverso hasta la calle con el mismo procedimiento, también sin suerte. El vigilante de noche dormitaba en una cabina junto a la barrera con los pies en la mesa y los brazos cruzados sobre un ejemplar del *Paris Match*. Kell dio unos golpecitos en el cristal y lo despertó.

—*Excusez-moi?*

El guarda no movió ninguna parte del cuerpo, a excepción de los ojos, que se abrieron ambos a la vez como los de una muñeca.

—*Oui?*

—Creía que había aparcado aquí esta mañana, pero no encuentro el coche. ¿Hay algún otro aparcamiento cerca?

—*Étoile* —musitó el vigilante, y cerró los ojos.

—¿Disculpe?

—*Nice Étoile. Rué Lamartine. Cinq minutes à pied.*

El segundo aparcamiento subterráneo estaba a la misma distancia del hotel Gillespie que el primero, a cinco minutos de la place Marshall. Kell caminó hasta allí en la quietud de la noche, un desconocido en las calles desiertas de Niza. Siguió la misma secuencia, pulsando el botón de la llave de planta en planta en busca del coche de Amelia.

Al final, dio con él. Lo había aparcado en el penúltimo nivel. Kell estaba dando una vuelta de trescientos sesenta grados, recorriendo hasta el último rincón del garaje con la mirada, cuando vio que un par de luces traseras le enviaba un mensaje en código Morse desde la distancia. Un Renault Clio de color azul oscuro embutido entre una furgoneta abollada y un Seat Altea negro con matrícula de Marsella. En el parabrisas se había formado una película de polvo. Kell fue directo al maletero,

donde había un paraguas y un par de botas de senderismo. Lo sacó todo, lo posó en el suelo y levantó el doble fondo para acceder a la rueda de repuesto. Estaba atornillada y asegurada con un clip de plástico sujeto a un cable que rodeaba la llanta y el neumático.

Kell la sacó, la dejó dar un par de vueltas y caer al suelo de lado. De inmediato, vio un paquete de tela escondido en el hueco. Envueltos en una funda de almohada del hotel Gillespie estaban el pasaporte de Amelia Levene, su carnet de conducir, las tarjetas de crédito y las llaves de casa. Dentro de un sobre acolchado de color marrón había colocado una tarjeta SIM protegida por una funda pequeña, trescientas libras amarradas con una goma elástica y su BlackBerry, de la que nunca se separaba ni aunque le fuese la vida en ello.

Kell se guardó la tarjeta SIM y el teléfono en el bolsillo del abrigo y registró el resto del coche. Apenas lo había utilizado. En el suelo del lado del conductor aún había una hoja de papel protector con el logo de Avis que estaba casi como nueva. Se adivinaba algo de barro en la superficie, de las suelas de Amelia. Kell colocó la funda de almohada, la rueda de repuesto, el paraguas y las botas en el maletero y cerró el coche con llave. Salió a la calle, caminó trescientos metros hacia el este por el boulevard Dubouchage y llamó a la puerta del Gillespie.

—¿Ya está listo para dormir? —preguntó Pierre, que se miraba el reloj como un mal actor.

—Así es —respondió él, y pensó en si hacía falta añadir un bostezo—. ¿Me haces un favor?

—Claro que sí, *monsieur* Uniacke.

—Cancela la alarma de mañana. Voy a necesitar más de tres horas de sueño.

Sin embargo, no logró conciliarlo.

Thomas Kell se dio una ducha, se metió en la cama y trató de olvidar todo lo ocurrido a lo largo del día, aunque las imágenes se reproducían en su mente una y otra vez. Había llamado a Marquand para enterarse de cómo iba el asunto del móvil francés y solicitado apoyo técnico para la tarjeta SIM de la BlackBerry. Eran más de las cuatro de la madrugada. Sabía que Marquand le devolvería la llamada antes de las siete y que los de Cheltenham ubicarían el móvil en cuestión de horas. No tenía sentido cerrar los ojos siquiera.

La habitación se le hizo extraña; la quietud, la penumbra. Sintió la soledad con la misma intensidad que cualquier otro día desde el momento en que se había ido de Vauxhall Cross. Cayó en la cuenta, tal como le ocurría a veces estando sumido en las profundidades de la noche, de que solo conocía una manera de existir, un camino distinto de todos los demás. A veces sentía que toda su personalidad era el resultado de su talento para lo clandestino; no recordaba quién había sido él antes de que, con veinte años, alguien le diese un golpecito en el hombro.

¿Qué había sido de la vida que había soñado, la que se había prometido en la otra orilla del río? Kell le había contado a cualquiera dispuesto a escuchar que pensaba escribir un libro. Se había convencido de que estudiaría para ser arquitecto. Pero ahora ambas ideas le resultaban tan absurdas que se echó a reír en mitad de aquel silencio. Día tras día, durante los grises meses invernales de comienzos del año, había intentado comportarse como un ciudadano común, convertirse en la clase de hombre que se relacionaba con la gente y veía el fútbol, que charlaba sobre cualquier cosa con los desconocidos del *pub*. Estaba resuelto a reeducarse —ver las películas y las series enteras de la HBO, leer las novelas y memorias que se le habían pasado—, pero lo único que conocía era la llamada del mundo de los secretos. Había llegado a creer, pese a todas las pruebas que tenía de lo contrario, que tal vez acabase siendo padre. Sin embargo, ese sueño le resultaba ahora tan lejano y fugaz como el paradero de Amelia Levene.

Pensó en George Truscott, el hombre que a todas luces se beneficiaría más de la ausencia continuada de Amelia. Sumido en la inquietud del insomnio, Kell se preguntó incluso si no se las habría ingeniado él para hacerla desaparecer. ¿Por qué otro motivo la había hecho seguir en Niza? ¿Por qué enviar tras ella ni más ni menos que a Thomas Kell? Abrió los ojos a la oscuridad de la habitación y solo distinguió el resplandor tenue y amarillento de una farola de la calle que entraba por la ventana. Despreciaba a Truscott, no por su ambición ni por su astucia ni por sus tretas, sino porque representaba todo lo que Kell odiaba de la atmósfera cada vez más corporativista del SSI. Lo que a él le importaba no era el Servicio ni la defensa del reino, sino su propia prosperidad. Con un cociente intelectual más bajo y un ego algo

menor, era probable que Truscott hubiera acabado en otra profesión paralela: guardia de tráfico o inspector municipal. Por las noches soñaría con poner multas de aparcamiento o publicar directivas de contaminación sonora. Kell se habría echado a reír si la idea de que Truscott llegase al puesto de jefe no le resultase demasiado deprimente. Porque él llevaría consigo más burócratas afines a su causa, más abogados corporativos, y al mismo tiempo sacrificaría a agentes talentosos en el altar de sus manías. No cabía duda de que Amelia Levene era el último obstáculo capaz de impedir que el ssi se convirtiera en una sección de la Comisión de Salud y Seguridad.

Al final, la llamada que recibió fue del hotel. Pierre había olvidado cancelar la llamada para despertarlo, y el teléfono lo sacó de la cama a las siete en punto de la mañana. Según sus cálculos, había dormido media hora como mucho. Diez minutos después, cuando estaba en la ducha, oyó que le sonaba el móvil. Con la cabeza llena de espuma, Kell renegó entre dientes, cerró el grifo y salió de la bañera.

Era Marquand, que parecía muy alegre.

—*Bonjour, Thomas. Comment allez-vous?*

La regla número uno del ssi era no quejarse jamás, no mostrar debilidad. Así que imitó el tono altanero de Marquand y respondió:

—*Je suis très bien. Merci, monsieur.*

Como si hablase con un profesor de francés de primaria.

—¿Has encontrado la BlackBerry?

—En el maletero de un coche de alquiler. Lo tenía aparcado a cuatrocientos metros del hotel.

—¿De dónde has sacado la llave?

—La había guardado en la caja fuerte de la habitación.

Marquand se olió gato encerrado.

—¿Y eso por qué? —preguntó.

—Qué sé yo. A lo mejor no contaba con que George Truscott mandase un equipo en su busca. —Hizo una pausa para que la idea calase en la mente de su compañero y se lo imaginó atusándose el pelo, nervioso—. Pero tuvo tiempo de hacer las maletas, no salió con prisas. En el baño no ha dejado el cepillo de dientes ni el perfume. Casi toda la ropa está desaparecida en combate, como ella. Viaja con un alias, y estoy bastante seguro de que lleva las gafas y una bolsa de mano de cuero. Es posible que dejase la llave porque quería que yo la encontrase, pero es mucho suponer. En el mismo paquete que la BlackBerry estaban su pasaporte y las tarjetas de crédito, las llaves de casa y la SIM: todo. En un coche de alquiler que, por lo visto, no le preocupaba que le pudieran robar.

La intención de Kell era que alguien capaz de sortear la encriptación del ssi analizase el terminal y la tarjeta SIM. A pesar de la hora, Marquand ya había contactado con una fuente de Génova e informó a Kell de que llegaría a Niza a mediodía.

—Elsa Cassani. Trabajaba para nosotros en Roma, pero ahora va por libre. Se dio

cuenta de que así podía ganar más dinero. Puede prestar apoyo técnico, comprobar antecedentes, y tiene más contactos en las distintas agencias de los que soy capaz de contar. Peleona, inteligente y supereficiente. Te caerá bien. Tiene recomendaciones excelentes.

—Dile que me llame en cuanto llegue. —Kell pensó que si Elsa no lo molestaba hasta las doce, aún podría dormir unas horas—. ¿Qué más tienes?

—He hablado con los de Cheltenham. Han analizado los números que enviaste: uno de ellos es el de la casa de Amelia, la de Wiltshire. Llamó tres veces en dos días. Supongo que las tres habló con Giles, porque él lleva allí una semana. Que nosotros sepamos, no ha estado en contacto con ella desde la desaparición. Todas las conversaciones duraron menos de cinco minutos. Es posible —añadió al cabo de un momento— que Giles le provocase un estado de coma vegetativo persistente por aburrimiento.

Kell estaba colgando el cartel de «No molestar» en el pomo de la puerta, demasiado tenso para hacer caso del chiste.

—El número de móvil francés no lo conocemos. Es nuevo, lo compraron en París hace cuatro meses. Está registrado a nombre de un tal François Malot. Puede que Amelia dejase un mensaje y ya está, porque la llamada duró menos de treinta segundos.

Kell ató cabos.

—Uno de los funerales del distrito decimocuarto era de alguien llamado Malot.

Cerró la puerta con la cadena de seguridad y recordó que Marquand siempre iba un paso por detrás del resto.

—Vaya, es verdad. Muy bien, Tom. Sabía que había hecho bien en contratarte a ti. Voy a echar otro vistazo. Estate atento.

Elsa Cassani tenía la tez pálida propia de una joven que había pasado la mayor parte de sus veintisiete años sentada frente a un monitor en alguna sala a oscuras. Italiana, voluptuosa, alegre, con pendientes de botón y una sonrisa constante, había llamado al móvil de Kell poco después de las doce para quedar en recoger la tarjeta y la BlackBerry en un café de la rue de l'Hôtel des Postes.

El intercambio fue fácil. Tal como Kell le había dicho, Elsa se había puesto un sombrero, se había sentado a una mesa y había pedido un Campari con soda. («Ah, claro —había contestado ella en un tono que demostraba la gracia que le había hecho el truco—, porque es rojo»). Unos minutos después, Kell pasó por allí, buscó el sombrero y la bebida, le entregó el *hardware* y le dijo que necesitaba los resultados «antes de ponerse el sol». Luego se marchó en dirección al Mediterráneo y la dejó sola en la mesa. Nadie había reparado en ellos. No hacía falta adherirse a la disciplina de los intercambios breves; las reglas de Moscú no eran necesarias.

Kell había olvidado lo mucho que le desagradaba Niza. Aquella ciudad no tenía el carácter que él asociaba con Francia, sino que daba la impresión de ser un lugar sin historia, que no había sufrido en absoluto. Calles demasiado limpias, la incongruencia de las palmeras, hombres dándose las de interesantes en el paseo y chicas que no eran del todo guapas: Niza era un parque aséptico para los turistas ricos que carecían de la imaginación necesaria para gastar el dinero con estilo. «El lugar —musitó para sí al recordar el chiste— adonde los bronceados van a morir». Kell rememoró su última visita a la ciudad: una estancia de una noche en 1997. Iba tras la pista de un comandante del IRA auténtico que había entablado amistad con un blanqueador de capitales checheno bastante desagradable que tenía un chalet en Villefranche. Kell había llegado en avión una mañana húmeda de mayo y había hallado una ciudad estéril y fantasmal; las cafeterías que rodeaban el puerto estaban vacías y en el Café de Turín servían media docena de ostras a media docena de clientes. En cambio, ahora todo era distinto: la ciudad estaba tomada por un torbellino veraniego de turistas que se había hecho hasta con el último centímetro de arena de la playa y había invadido todos los probadores de las elegantes tiendas de la rue Paradis y de la rue Alphonse Karr. Kell empezó a desear haberse quedado en el hotel para sobrevivir a base del servicio de habitaciones y ver películas de pago y el canal BBC World. Pero en lugar de eso entró en una brasería a dos manzanas del mar, pidió *steak frites* incomibles a una camarera guapa parisina que invertía todo su encanto en conseguir una buena propina y se adentró en el ejemplar de *El nivel* de Seamus Heaney que había metido en la maleta en el último momento. El propietario —el cincuentón de detrás de la barra que parecía haber copiado su estilo a Johnny Hallyday— estaba entretenido con el iPhone, tratando de atrapar su reflejo en el espejo que tenía más cerca. Hacía mucho tiempo que Kell había llegado a la conclusión de que todos los

restaurantes del sur de Francia estaban regentados por el mismo propietario de mediana edad que ya contaba treinta y cuatro esposas, con la misma barriga, el mismo bronceado y la misma camarera explosiva a quien, inevitablemente, pretendía follarse. Aquel, en concreto, no dejaba de estirarse el pantalón, como si fuera Rafael Nadal preparándose para hacer un saque. Cuando llegó la hora de pagar la cuenta, Kell decidió divertirse un rato con él.

—El filete estaba duro —se quejó en inglés.

—*Comment?*

El propietario miraba más allá del hombro de Kell, como si establecer contacto visual con un británico fuese demasiado indigno para él.

—Digo que el filete estaba duro. —Kell señaló la cocina—. En este restaurante, la comida es solo un pelín mejor que lo que servían en *Papillon*.

—*Quoi?*

—¿Le parece bien cobrarles dieciocho euros a los turistas por un chicle al punto?

—*Il y a un problème, monsieur?*

Kell se dio la vuelta.

—Da igual.

Sacar a Hallyday de su autocomplacencia ya le parecía suficiente. La camarera, que por lo visto había escuchado la conversación, premió a Kell con una sonrisa coqueta. Él le dejó cincuenta euros del dinero de Truscott en la mesa y salió al sol de la tarde.

Un hombre sabio dijo en una ocasión que espiar es esperar. Esperar a un objetivo. Esperar un golpe de suerte. Kell se entretuvo paseando por las calles del casco viejo y por las galerías Yves Klein del Museo de Arte Moderno y Contemporáneo. Sentado en un banco de acero de la primera planta, miró si tenía mensajes en su móvil londinense. Claire le había enviado una serie de SMS, cada cual escrito con más furia que el anterior, desde la sala de espera de su asesora matrimonial. Kell había olvidado la cita por completo.

Muchas gracias. Ha sido una puta pérdida de tiempo.

No quería darle explicaciones, confesarle que Marquand lo había repescado, así que compuso un mensaje rápido:

Lo siento. Se me olvidó. 24 horas de locura. Estoy en tiza.

Cuando ella respondió con tres interrogantes para transmitirle su desconcierto, Kell comprobó el mensaje que había enviado y se dio cuenta de la errata. Llamó a Claire para explicárselo, pero le saltó directamente el buzón de voz.



*Lo siento: tiza no. Niza. Estoy en Francia. He tenido que venir de improviso por trabajo. Me olvidé por completo de la cita. Pídele disculpas de mi parte a...*

Kell no recordaba el nombre de la asesora matrimonial. Lo único que le venía a la mente era su corte de pelo, media melena, las galletas, el reloj que marcaba los segundos sobre la chimenea. Lo arregló como buenamente pudo:

*... la buena doctora. Dile que estoy muy ocupado. Llámame si puedes. Estoy haciendo tiempo, he quedado.*

Estaba seguro de que Claire ataría cabos. Tenía suficiente práctica con los eufemismos del mundo de los secretos como para saber leer entre líneas: «viaje de trabajo de improviso», «he quedado», «he tenido que venir a Francia»... Thomas Kell era un espía caído en desgracia, ya no tenía trabajo que hacer ni reuniones a las que asistir. ¿Qué otro motivo podía tener para coger un vuelo de última hora a Niza que hacer algún recado para el ssi? Una de las constantes de su larga carrera había sido la necesidad de mentir a Claire sobre la naturaleza de su trabajo. Aunque había agradecido el breve respiro de todos aquellos engaños, acababa de recuperar el hábito de ocultar cosas que había conservado a lo largo de veinte años; la costumbre, tan natural y a la vez fácil de adquirir, de mantener cierta distancia con todo aquel que se le acercase. En ese contexto, se preguntaba por qué Claire insistía en ir a una psicóloga. Su matrimonio no tenía ningún «fallo estructural», expresión que la asesora matrimonial había empleado repetidas veces con aparente gozo. Entre ellos tampoco existía una «animadversión intrínseca». El puñado de ocasiones en las que el señor y la señora Kell se habían reunido para hablar de su futuro, habían acabado juntos en la cama y, al despertarse por la mañana, se preguntaban por qué demonios vivían separados. Pero la razón estaba clara. El motivo era inequívoco: sin hijos, no tenían futuro.

Al final, Elsa llamó a las cinco, y acordaron verse delante del hotel Negresco.

Fue como encontrarse con una persona distinta. En el transcurso de las cinco horas que había pasado analizando el *hardware*, Elsa parecía haber sufrido una transformación: la piel pálida lucía sonrosada y sana, como si acabase de llegar de dar un largo paseo por la playa, y su mirada, que en el café parecía tan desprovista de vida, brillaba con la luz cegadora del verano. Si antes daba la impresión de ser una persona nerviosa y reservada, ahora estaba animada y se mostraba cálida. Tardaron tan poco en entenderse que a Kell se le pasó por la cabeza que tal vez Marquand la hubiese enviado para ganarse su confianza.

—¿Qué tal ha ido la tarde? —preguntó ella mientras caminaban de cara al sol.

—Genial —mintió Kell, porque se alegraba de tener compañía tras las horas que

había pasado solo y no quería quejarse y parecer negativo—. He ido a comer, a ver una exposición, he leído un rato...

—Niza no me gusta nada —declaró Elsa con un inglés preciso y musical.

—A mí tampoco.

Ella lo miró y sonrió ante aquella fractura repentina de su compostura.

—Es inexplicable. De Francia me gusta todo: las grandes ciudades como París y Marsella, la comida, el vino, las películas...

—Bla, bla, bla —interrumpió Elsa.

—Pero Niza es un parque temático.

—No tiene alma —añadió ella al instante.

Kell le dio vueltas a la idea y dijo:

—Eso es, exacto. No tiene alma.

El tráfico de la hora punta hacía que en el semáforo de la Promenade des Anglais se acumulase una larga cola de coches. Cruzaron el paseo y dos adolescentes que corrían en la dirección opuesta los obligaron a acercarse para esquivarlos; una prostituta con tacones de aguja y una falda de cuero negro salía de un coche estacionado en la mediana.

—En la tarjeta SIM no hay nada fuera de lo común —explicó Elsa mientras sorteaba a un grupo de motoristas—. He pedido a los de Cheltenham que también lo comprueben.

—¿Y la BlackBerry?

—La ha usado para hablar por Skype.

Claro. A falta de una línea segura, Skype era el primer recurso de un espía: casi imposible de pinchar y muy difícil de rastrear. En ese sentido, una BlackBerry era como un ordenador, y Amelia no habría necesitado más que unos auriculares baratos. Lo más probable era que le hubieran prestado unos en recepción.

—¿Sabes con quién ha hablado?

—Sí. Siempre con la misma cuenta, el mismo número. Tres conversaciones separadas. El usuario de Skype tiene registrado un correo electrónico francés.

—¿Hay un nombre asociado?

—La misma persona: François Malot.

—¿Quién será este tipo? —preguntó Kell en voz alta, y se detuvo.

Daba por sentado que la pregunta era retórica, pero Elsa opinaba lo contrario.

—Me parece que tengo la respuesta —anunció con cara de alumna que acaba de resolver un problema peliagudo, y rebuscó en el bolso hasta encontrar el premio—. Hablas francés, ¿verdad? —dijo, y le pasó un artículo impreso.

—Sí, hablo francés —respondió él.

Estaban apoyados en una balaustrada con vistas al mar y los patinadores pasaban por su lado a la luz del calor. El artículo de *Le Monde* relataba los detalles escabrosos de un ataque en Sharm el-Sheij. Pareja de clase media. Vacaciones de ensueño. Treinta y cinco años de matrimonio. Agresión brutal con arma blanca y barras

metálicas en una playa de Sinaí.

—No es una manera muy agradable de morir —afirmó, subrayando la ironía con la expresión de su rostro.

Sacó un cigarrillo y se puso de espaldas al viento para encenderlo.

—¿Me das uno? —le pidió Kell.

Ella le tocó la mano y, a la luz de la llama del mechero, lo miró a los ojos. La suya era esa intimidad repentina de dos desconocidos que se encuentran en la misma ciudad, haciendo el mismo trabajo y compartiendo secretos. Kell conocía los síntomas. Los había sufrido muchas veces.

—François Malot era el hijo de la pareja —explicó ella entonces—. Vive en París. No tiene hermanos, esposa ni novia.

—¿Esto te lo han dicho los de Cheltenham?

Elsa reaccionó con altanería.

—No me hace falta Cheltenham para eso —repuso, y soltó una bocanada de humo—. Este tipo de información la busco yo sola.

El arranque repentino de petulancia lo sorprendió, pero comprendía que quisiese causar buena impresión. Un informe positivo en Londres siempre ayudaba a los trabajadores independientes.

—¿De dónde has sacado la información? ¿De Facebook? ¿Myspace?

Elsa se volvió hacia la playa. Un hombre con camisa blanca caminaba en línea recta y a paso ligero hacia el mar, como si tuviera intención de no detenerse hasta llegar a Argelia.

—De mis fuentes en Francia. Myspace ya no es muy popular —dijo como si Kell hubiese sido el último europeo en enterarse de ese dato—. En Francia se usa más Facebook o Twitter, y que yo haya visto, François no tiene ningún perfil de redes sociales. O bien es muy reservado, o bien demasiado...

No encontró la palabra para decir *guay* en inglés, así que la sustituyó por una en italiano.

—... *figo*.

Una ambulancia se acercó desde el este con la sirena apagada y las luces amarillas de emergencia emitiendo destellos estroboscópicos a través de las copas de las palmeras. Desde pequeño, siempre que veía pasar una ambulancia, Kell sentía una desesperación casi supersticiosa y miraba con un nudo en el estómago cómo se alejaba a toda velocidad.

—¿Algo más? —preguntó—. ¿Cualquier cosa fuera de lo común en el móvil?

—Claro que sí.

La respuesta de Elsa insinuaba una mina de actividad secreta.

—El usuario accedió a las páginas web de dos compañías aéreas: Air France y Tunisair.

Kell recordaba el expediente de Amelia, pero la conexión entre la temporada que había pasado trabajando de *au pair* en Túnez y su desaparición repentina más de

treinta años después no le parecía significativa. ¿Era posible que el SSI tuviera en marcha una operación secreta para aumentar la influencia británica, tal vez en cooperación con Estados Unidos? Después de lo de Ben Alí, Túnez no tenía dueño.

—¿Compró un billete?

—Es difícil saberlo. —Elsa frunció el ceño y pisó el cigarrillo como si la culpa la tuviera el Marlboro—. No puedo determinarlo, pero hay algún tipo de transacción con tarjeta de crédito en la página de Tunisair.

—¿Quién es el titular de la tarjeta?

—No lo sé. Y la cantidad de la transacción también la desconozco. Cuando un banco encripta los datos, todo es mucho más difícil. Pero he pasado toda la información de la que dispongo a mis contactos y estoy segura de que serán capaces de averiguar la identidad.

Kell trató de encajar el resto de las piezas del rompecabezas. Que Amelia hubiese dejado el coche de alquiler en Niza indicaba casi con total seguridad que había volado al extranjero. Dadas las huellas que había dejado en la BlackBerry, cabía pensar que había ido a Túnez. Pero ¿por qué? Y ¿adónde? Mucho tiempo atrás, el SSI había tenido una delegación en Monastir. ¿O acaso había ido a la ciudad de Túnez? Elsa le proporcionó la respuesta.

—Hay otro dato de vital importancia —añadió ella.

—¿Sí?

—El teléfono móvil de François Malot. Mis contactos han rastreado la ubicación, y parece que ya no está en París. Todo indica que está de vacaciones en Túnez. Han triangulado la señal y se encuentra en Cartago.

Kell llevó la BlackBerry y la tarjeta SIM de Amelia al aparcamiento subterráneo, las devolvió al maletero del coche de alquiler y regresó al hotel Gillespie. Guardó la llave en la caja fuerte, se aseguró de que el resto de la habitación estuviese tal y como él la había encontrado y reservó un vuelo a Túnez con el portátil de Marquand. A las siete de la mañana del día siguiente iba de camino al aeropuerto de Niza y a dejar el Citroën en Hertz.

Había una huelga de personal de equipajes programada en toda Francia para las once de la mañana, pero el avión en el que viajaba Kell despegó poco después de las diez y en menos de una hora ya había aterrizado en el calor ardiente de Túnez-Cartago. En el Cuartel General de Comunicaciones estaban seguros de que François Malot se alojaba en Gammarth, un exclusivo barrio residencial costero muy popular entre los que viajaban con un paquete turístico, así como entre los financieros y los diplomáticos que preferían escapar del bullicio de la ciudad de Túnez. Habían localizado la señal de su móvil en un tramo corto de costa mediterránea donde dos hoteles de cinco estrellas competían por el espacio disponible junto a un campo de golf de nueve hoyos. Malot podía estar en cualquiera de los dos. En el primero —el Valencia Carthage— no había constancia de ningún huésped con ese nombre; pero en el segundo, el recepcionista del Ramada Plaza, a cuyo número llamó Kell desde una cabina del aeropuerto de Niza, tuvo la amabilidad de pasarle con la habitación del señor Malot. Kell anotó el número —1214—, pero colgó antes de que llegase a conectar la llamada. Volvió a llamar al cabo de tres minutos, habló con un recepcionista distinto e intentó hacer una reserva.

Solo había un problema: era temporada alta y el Ramada estaba lleno. Una vez en el aeropuerto de Túnez, lo intentó de nuevo desde el mostrador de turismo de «Llegadas», con la esperanza de que se hubiera producido alguna cancelación mientras estaba en el aire. La recepcionista confirmó lo que ya le habían dicho: no habría habitaciones libres hasta cuatro días después. Con mucha amabilidad, sugirió que lo intentase en el Valencia Carthage, que estaba en la misma playa. Kell le agradeció el consejo, llamó al Valencia por segunda vez y reservó seis noches con pensión completa usando una de las tarjetas de crédito de Uniacke.

El trayecto hasta el Valencia no debería haber durado más de media hora, pero el taxi en el que viajaba quedó atrapado en el tráfico denso que se dirigía hacia la costa en dirección nordeste. Los vehículos que abarrotaban la autovía de dos carriles invadían el arcén, circulaban por la mediana e incluso se enfrentaban al carril contrario con tal de escapar del atasco. «África», pensó Kell, y se recostó en el asiento con intención de disfrutar del espectáculo. El conductor, un hombre mayor que llevaba el parabrisas dividido y era aficionado al George Michael de la época intermedia, esquivó el tráfico como pudo. Mientras tanto, las vistas de ambos lados

mostraban campos arados flanqueados por esqueletos de proyectos de construcción medio olvidados. Hombres jóvenes y viejos caminaban por el borde de la carretera sin prisa ni motivo aparente, y el zumbido de los motores girando a demasiadas revoluciones, mezclado con los cláxones, resultaba predecible e incesante.

Al cabo de un rato dejaron atrás la peor parte de la caravana, llegaron a las afueras de La Marsa y el taxi recorrió ya sin trabas una carretera costera salpicada de residencias diplomáticas. El acceso a ambos hoteles estaba regulado por un control situado en una rotonda de la autovía. Tres soldados con uniforme de color caqui y armas automáticas tenían órdenes de registrar cualquier vehículo que se acercase a los hoteles y a las discotecas del complejo que bordeaba la playa. Lo último que necesitaba Túnez tras la Primavera Árabe era que algún fanático islamista perpetrara un atentado suicida en el aparcamiento de un hotel de la costa. El más joven de los tres echó un vistazo al asiento trasero y evaluó a Kell mirándolo a los ojos. Este lo saludó con una inclinación breve de cabeza y media sonrisa, y enseguida lo dejaron pasar.

El Valencia estaba situado en una finca de dieciséis hectáreas cuadradas adyacente a la del Ramada. Marquand había hecho llevar un Renault Mégane que lo esperaba en el aparcamiento y, sabiendo de antemano el color y la matrícula, Kell lo encontró enseguida. Las llaves, tal como había acordado con Londres, estaban metidas en el tubo de escape. Un mozo con el pelo negro muy corto, vestido con pantalón oscuro y un chaleco granate, vio a Kell acercarse al hotel y lo saludó como a un hermano a quien no veía desde hacía muchos años. Pese a sus protestas, el hombre le colocó la bolsa en un carrito y subió la rampa corta que llevaba hasta la entrada del establecimiento. Una vez dentro y con el alivio maravilloso que proporcionaba el aire acondicionado, Kell le dio una propina al mozo, dejó el equipaje en el carro y dio una vuelta antes de registrarse en recepción.

El vestíbulo era amplio: tres plantas de altura y acabados de color crema. Le recordaba a un restaurante mexicano de centro comercial de las afueras, pero ampliado a las proporciones de un hangar. En la planta baja disponían de dos comedores, además de un piano bar de ambiente jazzístico y una mala imitación de un café moruno. Kell echó un vistazo en el interior: un par de turistas con gorra de béisbol bebiendo té con menta y fumando tabaco con sabor a fruta de un narguile tenían la falsa convicción de estar viviendo la experiencia de un zoco tunecino auténtico. El local contiguo era una tienda de regalos donde vendían llaveros con forma de camello y botellas de crema solar a precios exorbitados. Se hizo con un ejemplar del *Herald-Tribune* y se puso en la cola de gente que esperaba para registrarse o dejar el hotel. A la izquierda de recepción había un segundo vestíbulo interno que servía de acceso a un gran balneario donde ofrecían *hammams*, sala de masajes y una piscina de agua salada. Hacia allá se encauzaba una corriente de clientes, la mayoría con los albornoces blancos que ofrecía el establecimiento. Había una señora con un apósito en la nariz, igual que una italiana de mediana edad que

estaba esperando delante de él en la cola. Tenía la piel de debajo de los ojos amoratada, como si alguien le hubiese dado una paliza en un ataque rabioso de celos. Al llegar al mostrador, Kell preguntó qué pasaba allí.

—¿Por qué hay tanta gente paseándose con lesiones en la cara?

—¿Disculpe, caballero?

—Las vendas —dijo, y se señaló el rostro—. Los clientes con la nariz rota que parecen Jack Nicholson en *Chinatown*. ¿Qué les ocurre?

La recepcionista, una joven tunecina que llevaba la cabeza cubierta con un pañuelo azul y hablaba inglés muy bien, sonrió y respondió.

—El hotel tiene buenas relaciones con una clínica de cirugía estética de Italia, señor Uniacke. A menudo, sus clientes vienen aquí a recuperarse de la operación.

Kell asintió tratando de recordar la arquitectura de la nariz de Amelia Levene y concluyó que la posibilidad de que la mujer que debía ser la máxima responsable del Servicio Secreto de Inteligencia estuviese ocultándose en el norte de África después de hacerse un arreglito era inexistente.

Su habitación estaba hacia el final de un pasillo de trescientos metros de longitud, en el ala oeste del edificio, y tenía vistas a una piscina que contaba con su propio bar y restaurante y al menos setenta turistas tomando el sol. Kell llamó al servicio de habitaciones para pedir un sándwich Club, y también a Jimmy Marquand para ponerlo al día de sus indagaciones. Después de rebuscar en todas las bases de datos del SSI, habían conseguido tan solo una fotografía de François Malot, que Marquand le envió en formato JPEG al móvil y al portátil.

—Vaya cabrón más guapo —comentó al abrir el archivo adjunto.

La imagen mostraba a Malot con otros cuatro hombres, todos de traje. El pie de foto los clasificaba como consultores de tecnologías de la información. Malot tenía treinta y pocos años, una mata de pelo oscuro con la raya a un lado, la mandíbula contundente y oscurecida por la barba de un día y el atisbo de una sonrisa ufana en las comisuras de los labios. «Como le gustan a Amelia», pensó Kell; al parecer, Marquand le había leído el pensamiento.

—¿Sospechas que puede ser un lío?

—No sé qué sospecho. —Kell toqueteó una hebra suelta de la tapicería de la silla del escritorio—. Puede que ni siquiera esté aquí. A lo mejor lo de Malot es una pérdida de tiempo.

—¿No te parece que el asesinato de sus padres tiene algo de siniestro? Podría haber alguna conexión.

—Eso es lo que he venido a averiguar, ¿no?

Le llevaron el sándwich, y terminó la llamada. ¿Por qué estaban tan convencidos en Londres de que la desaparición de Amelia tenía un componente sexual? Que Kell supiese, durante su larga carrera Amelia había tenido relaciones serias con tan solo dos hombres, sin contar a su marido: un hombre de negocios estadounidense que acababa de mudarse a Oregón y Paul Wallinger, un buen amigo de Kell de su época

en el SSI que ahora era jefe de la delegación de Ankara. No obstante, eso había bastado para granjearle entre los miembros de la cohorte enteramente masculina de los pacientes del manicomio del SSI la fama de seductora incorregible. Además, con su carga de trabajo, ¿de dónde podría haber sacado tiempo para iniciar una aventura con un francés al menos veinte años más joven que ella?

Había otras posibilidades, cómo no: que Malot fuese un colega de la inteligencia francesa —de la Dirección General de la Seguridad Exterior o Interior— con quien estuviese llevando a cabo una operación. Eso explicaría por qué la base de datos del SSI contenía tan poca información sobre él. Pero ¿por qué lo consolaría tras el asesinato de sus padres? Tenía que haber algún vínculo emocional entre ambos más allá del trabajo.

Con el equipaje deshecho y habiendo dado cuenta del sándwich, Kell resolvió pasar el resto de la tarde paseando por las inmediaciones del hotel para familiarizarse con la disposición del complejo y después buscar a Malot en el Ramada Plaza. Se puso el gorro que acababa de comprar en la tienda de regalos y tomó un camino que iba de la piscina a la playa, donde el personal del hotel servía consumiciones a los clientes congregados en las hileras de sillas y tumbonas de la arena. Había burros y unos camellos escuálidos para dar paseos. En la orilla hacían fotos a una modelo de melena larga y negra y labios pintados de rojo carmesí que posaba en bikini, mientras un puñado de *kitesurfers* pasaban a toda prisa sobre la espuma de las olas con la vana intención de llamar su atención. Kell se quitó los zapatos y caminó por la arena caliente con el viento cálido del oeste soplándole por la espalda. Doscientos metros más allá, encontró una escena similar, pero en la entrada del Ramada: más huéspedes tumbados en fila y aturdidos por el sol, trabajadores preparando bebidas y comida en una cabaña de madera construida sobre postes, más burros, más camellos, y todos a la caza de clientes. Se acordó de Philippe y Jeannine Malot, a quienes habían atacado en una playa parecida a aquella, asesinados a tiro de piedra del refugio que ofrecía su hotel de cinco estrellas, apaleados por unas monedas de plata.

Desde la playa, el Ramada se veía como un afloramiento blanco que asomaba por encima de las palmeras. Kell pasó por un camino estrecho bordeado por vegetación de las dunas y cañas de bambú. Una anciana que caminaba en dirección contraria con un pañuelo blanco en la cabeza lo saludó con un tono tan familiar y un acento tan británico que tuvo la sensación de estar en el complejo vacacional de Camber Sands. De la izquierda procedía el sonido seco, repetido e intermitente típico de un partido de tenis mal jugado, a buen seguro por un par de carcamales muertos de calor. Al final, el camino llegaba hasta una piscina en forma de ocho mucho más grande que la que se veía desde su habitación del Valencia y abarrotada de gente. Había más mesas y tumbonas dispuestas alrededor de la piscina, rodeada, por tres de los costados, por la masa enorme del hotel. Teniendo en cuenta que era un hombre paseando a solas sin el atuendo adecuado para la playa ni para la piscina, Kell era consciente de que llamaba la atención, sobre todo en aquel lugar tan abierto. Se detuvo en el chiringuito



de madera que había junto a la zona de baño y se sentó a la barra. Hacía un calor infernal. En el mostrador del fondo se veía una máquina de café italiana y botellas de refrescos; al lado de un pequeño fregadero había una pila de ceniceros de loza. Escudriñó entre los bañistas que alcanzaba a ver, buscando a Amelia y a un hombre que se pareciese a Malot. Era casi imposible distinguir los rostros. Al menos la mitad de los huéspedes del hotel tomaban el sol tendidos boca abajo o dormían de lado. De los demás, la mayoría se ocultaba detrás de una novela o de un periódico. Kell se levantó, decidió seguir adelante y entró en el edificio por una puerta lateral.

El vestíbulo tenía un aire más sobrio que el del Valencia, más parecido a un hotel de ciudad para viajes de negocios. Una pareja discutía en ruso junto a recepción. Ella, rubia de bote y tapizada de cuero blanco, era mucho más joven que su compañero y tenía la expresión agriada de una querida que ya está hartándose de su papel. El resto de la clientela estaba constituido sobre todo por parejas de jubilados británicos, cinco de ellas sentadas en el sofá en forma de ele que presidía el centro de la estancia, rodeadas de maletas con ruedas y de bolsas de plástico a reventar de botellas de alcohol y de baratijas tunecinas. Kell los dejó atrás de camino a la puerta automática que había a la entrada del hotel, y al salir se encontró en un aparcamiento que daba al lado sur del Valencia Carthage. Caminó hacia la carretera que separaba ambos hoteles y pasó junto a un vigilante solitario que operaba la barrera desde una garita de seguridad encalada. Entonces encontró lo que buscaba: una fila de siete taxis amarillos que esperaban a los clientes que saliesen de cualquiera de los dos hoteles. Se acercó al grupo de taxistas y estuvo charlando en francés con los que tenía más cerca de temas tan poco importantes como el tiempo que se tardaba en llegar al centro de Túnez en coche.

—¿Busca taxi, caballero?

Le hablaba un joven de menos de treinta años que llevaba una camiseta del F. C. Barcelona, unas zapatillas Adidas de color blanco y unos vaqueros lavados a la piedra. Tal vez fuese veterano de la Revolución de los Jazmines, pero también demasiado joven y nervioso para la tarea que Kell tenía en mente.

—No, ahora no. Solo quiero saber cuánto se tarda.

Su aparición había llamado la atención de un hombre mayor, un señor calvo y achaparrado que llevaba camisa y pantalones con la raya planchada. Kell le hizo una seña con la cabeza para que se acercase. La mirada ágil e inteligente, la sonrisa vaga y la barriga mal disimulada certificaban que era la clase de persona que buscaba. Necesitaba a alguien con algo de mundo que no fuese a fardar delante de sus amigos sobre todo el dinero que iba a ganar.

—*Bonjour*.

—*Bonjour* —respondió el tipo.

Bañados por la luz de la tarde y bajo el resplandor escarlata de una buganvilla en flor, los tres mantuvieron una conversación breve sobre las atracciones turísticas de Túnez. En un momento dado, el más joven se distrajo con una llamada, y Kell se

quedó a solas con el señor.

—¿Trabaja siempre en estos dos hoteles? —le preguntó.

Desde hacía un rato hablaban en árabe.

—Sí, señor.

—¿Y qué horario tiene?

El taxista se encogió de hombros, como si el concepto del trabajo en horario de oficina fuese ajeno a él.

—¿Puede llevarme a La Marsa?

Sin duda, estaba corriendo un riesgo, pero necesitaba un chófer a su disposición, alguien que no le quitase ojo a Malot. En circunstancias normales, el ssi le habría proporcionado a un agente de apoyo, pero dado que la Operación Amelia no constaba en ninguna parte, a Kell no le quedaba más remedio que improvisar. La cuestión era si podía confiar en que aquel hombre fuese como otro par de ojos para él. Se subió al asiento del copiloto de un Peugeot 206 bien cuidado y le dio instrucciones de ir hacia la playa. Se presentó diciendo que se llamaba Stephen y se estrecharon la mano por encima del cambio de marchas.

—Sami.

A kilómetro y medio del hotel y ya pasado el control, Kell pidió al conductor que se detuviera a un lado de la carretera. Sami mantuvo el motor en marcha para que no se apagase el aire acondicionado, y Kell se volvió para mirarlo de frente.

—Quiero proponerte un negocio.

—De acuerdo.

Le gustó la reacción: una inclinación breve de la cabeza y una mirada fugaz al taxímetro.

—¿Qué tienes que hacer los próximos días?

—Trabajar.

—¿Te gustaría trabajar para mí?

—Vale.

De nuevo la respuesta despreocupada. Kell oyó un tractor en la distancia.

—He venido por trabajo y necesito un chófer que esté de guardia en el hotel desde primera hora de la mañana hasta tarde. ¿Crees que puedes encargarte de eso?

Sami reflexionó una fracción de segundo y entonces respondió.

—Sí.

—Te pagaré quinientos dinares al día, el primer pago por adelantado.

Era el equivalente de unas doscientas libras; se trataba de una cifra enorme para un tunecino cuya expectativa de ingresos mensuales no superaba los mil dinares. Kell le entregó el dinero, y Sami mantuvo su compostura inescrutable.

—El resto de los pagos te los haré al final de cada uno de los siguientes días. No quiero que le cuentes a nadie que tenemos un trato. Y puede que te pida que sigas a unas personas si salen del hotel. ¿Algún problema?

—No, ningún problema.

—Bien. Si estoy satisfecho con tu trabajo, te pagaré una prima de mil dinares.

—De acuerdo.

Sami asintió con ademán serio: había asimilado la importancia de mantener la boca bien cerrada. Se dieron un apretón de manos y, por fin, Sami le ofreció una sonrisa. En el salpicadero había una fotografía de dos niñas vestidas de rosa para una ocasión especial. Kell las señaló con la mirada.

—¿Son tuyas?

—Mis nietas —contestó Sami, y fue como si la mención de su descendencia sellase su vínculo—. Tengo un hijo en Marsella. En noviembre iré a visitarlo.

Kell sacó el móvil y buscó entre las fotos hasta que encontró la de Malot, y se la mostró a Sami.

—Este es el hombre que me interesa. ¿Lo reconoces?

Sami se había puesto unas gafas de lectura para ver la imagen nítida. Enseguida negó con la cabeza.

—Se aloja en el Ramada —explicó—. Podría estar con esta mujer. Ella es británica y él francés.

Le enseñó el JPEG de Amelia. Era de una foto de pasaporte y la calidad era baja.

—Si alguno de los dos sale del hotel y necesita un taxi, intenta llevarlos tú. Si hace falta, haz un trato con el resto de los taxistas para ocuparte de ellos. Dime adónde van y con quién los ves. Si hace falta seguirlos, que sea con discreción, pero llámame antes a este número. Tal vez me dé tiempo de bajar y acompañarte o de ir en otro vehículo.

—¿Tienes coche de alquiler?

Kell respondió que no con la cabeza. No quería confundirlo sin necesidad.

—Me refería a que los seguiré en otro taxi.

Se intercambiaron los números de móvil, y Kell le puso al tunecino un horario básico: de siete de la mañana a medianoche. Entonces se bajó del coche a pesar del azote despiadado del sol. Vio un camino que llevaba a la playa y decidió dar una vuelta.

—Tú regresa al hotel —le dijo—. Ponte en la parada y, si los ves salir, me avisas.

—Bien —respondió Sami con el aire desenfadado que Kell ya había identificado como característico.

Era como si le encargasen tareas clandestinas como aquella cada dos por tres.

Media hora más tarde, Kell estaba en su habitación. En la mesita de noche seguían los restos del sándwich Club, migas de patatas fritas mezcladas con lechuga y mayonesa solidificada. Abrió la puerta, dejó la bandeja en el pasillo, se dio una ducha fría y salió al balcón.

La piscina del Valencia seguía muy concurrida. Había al menos veinte personas en el agua, familias con niños pequeños que chapoteaban y alborotaban en la parte menos profunda. Justo debajo de su ventana, una mujer que llevaba la cabeza cubierta y un vestido negro leía una revista sentada en una silla de plástico. Kell miró a los

clientes que la flanqueaban mientras el sol de última hora arrojaba sombras a la superficie de la piscina.

Entonces la vio.

Tendida en una tumbona con un bañador y un sombrero de ala ancha. Una mujer hermosa de poco más de cincuenta años que leía una novela y bebía café.

Amelia Levene.

Dos semanas antes, una tarde tranquila de viernes, Amelia Levene se las había arreglado para escapar de Vauxhall Cross justo después de las cinco y había luchado contra la marea de tráfico del fin de semana para poder llegar a su casa del valle de Chalke. No se le escapaba que, con toda probabilidad y a consecuencia de su nombramiento como jefa del Servicio Secreto de Inteligencia, aquel sería el último fin de semana en muchos meses que disfrutaría en Wiltshire. Las responsabilidades de su nuevo puesto pronto la obligarían a vivir en Londres de forma casi permanente, y eso significaba hacer de la casa que Giles tenía en Chelsea su hogar, con la compañía de las obras de la calle y del guardaespaldas apostado en la puerta. Era el precio del éxito.

La casa de Amelia, que había heredado de su difunto hermano a mediados de los noventa, estaba situada en un camino estrecho en el lado oeste de las afueras de una pequeña población, a unos trece kilómetros al sudoeste de Salisbury. Aparcó el coche y, aunque ya había anochecido, no sacó la llave del contacto para poder escuchar el final de una sonata para piano en Radio 3. En cuanto terminó, apagó el móvil —en el pueblo no había cobertura—, cogió el bolso de viaje de cuero del asiento del copiloto y cerró el vehículo con llave.

Paz. En plena oscuridad, Amelia se acercó a la verja que rodeaba la casa y se detuvo a escuchar los sonidos de la noche. Los corderos recién nacidos balaban en el campo, al otro lado del valle. Se oía el rumor del arroyo, cuyo caudal crecía en primavera, a veces tanto que había llegado a nadar en él dejándose llevar de un campo a otro por la corriente helada. Veía luces en la segunda de las tres casas que compartían aquel rincón aislado del pueblo. La primera, a unos cien metros, pertenecía a una agente literaria divorciada por partida doble que, igual que Amelia, recorría el trayecto entre Londres y Wiltshire tan a menudo como le era posible. De vez en cuando, una invitaba a la otra a tomar un vino o un *whisky* a su casa, sin embargo Amelia había sido muy discreta con respecto a su ocupación y se había descrito como poco más que «una funcionaria». Los dueños de la segunda vivienda, que se escondía tras una colina empinada, eran Charles y Susan Hamilton, una pareja de ancianos cuya familia llevaba en el valle desde hacía cuatro generaciones. A lo largo de los diecisiete años que Amelia había vivido en Chalke Bissett, no había intercambiado más que un puñado de palabras con cada uno.

Después del calor del coche, la temperatura exterior era demasiado fresca para quedarse ahí fuera, así que Amelia sacó las llaves de casa del bolsillo del abrigo y, una vez dentro, desconectó la alarma antirrobo. Los fines de semana llevaba una rutina estricta. Ponía las noticias de Channel Four, se servía un *gin-tonic* grande con una rodaja de pepino, buscaba unos cuantos ingredientes con los que hacer una cena sencilla y después preparaba un baño en el que vertía aceite de una de las tres docenas de botellas que ocupaban las baldas del aseo, todas obsequios de cumpleaños

y de Navidad de sus compañeros varones del ssi, que tenían la costumbre de regalar libros y licores a los hombres y jabones caros a sus homologas.

Había hielo abundante en el congelador y limones en un cuenco sobre la mesa de la cocina. Amelia se sirvió la ginebra, cortó el pepino y brindó en silencio por la ausencia de su marido: Giles iba a pasar el fin de semana largo en Escocia; estaba tomándose muy en serio la investigación de una de las ramas moribundas del árbol genealógico de su familia, lo cual era aburrido hasta la náusea. La soledad se había convertido en algo casi insólito, y trataba de saborearla tanto como le fuese posible. Londres era un tiovivo constante de reuniones, comidas, recepciones, conexiones: Amelia no pasaba sola más de diez minutos bajo ninguna circunstancia. En general, disfrutaba de ese estilo de vida, de la proximidad del poder, de la excitación del mundillo de las influencias, pero durante los últimos meses la dimensión burocrática de su trabajo había aumentado tanto que la frustraba. Había permanecido en el ssi para espiar, no para discutir sobre recortes presupuestarios mientras comía canapés.

Encendió la chimenea, subió a preparar el baño, sacó un bote de pesto casero del congelador y lo puso a descongelar en el microondas. Había una pila de correo al lado de la cocina y le echó un vistazo mientras escuchaba las noticias de la tele. Entre las facturas y las postales había dos copias de la revista de Chalke Bissett y tres invitaciones muy formales a distintas fiestas celebradas por todo el condado que de inmediato convirtió en combustible para el fuego. A las ocho, Amelia se había puesto la bata, había leído el correo electrónico, se había preparado un segundo *gin-tonic* y ya tenía el paquete de espaguetis fuera de la despensa.

Entonces sonó el teléfono.

El sobre, con matasellos parisino, iba dirigido a la «Sra. Joan Guttmann, The Century Club, 7 West 43rd Street, Nueva York, Nueva York».

El personal del club lo había reenviado al apartamento de los Guttmann del Upper West Side, y Vito, el portero en quien Joan confiaba para cualquier cosa, desde la predicción del tiempo hasta la entrega de la compra, lo había subido a la decimocuarta planta.

La carta estaba escrita en inglés:

*Agence Père Blancs*

*Rue la Quintinie, 147  
Paris 75015  
France*

*Querida señora Guttmann:*

*Siento mucho informarle de la muerte del señor Philippe Malot y de la señora Jeannine Malot, quienes fallecieron estando de vacaciones en Egipto.*

*Su familiar más cercano se ha puesto en contacto con la agencia gracias a una cláusula del testamento de su difunto padre. Conforme a nuestro acuerdo, hemos tomado la determinación de contactar con usted.*

*Si desea ocuparse de este asunto, permítame que le sugiera que me escriba a la dirección de París o me telefonee cuando le resulte conveniente. Debo aclarar que, según la ley francesa, no tiene la obligación de hacerlo.*

*Atentamente,*

*Pierre Barenton (secretario)*

Joan Guttmann marcó el número de París.

El contestador automático de la Edad de Piedra atendió la llamada. Amelia oyó su propia voz, atenuada y estropeada por la cantidad de veces que se había reproducido el mensaje. La persona que llamaba no colgó y Amelia tardó unos segundos en reconocer la voz ronca de fumadora de Joan Guttmann, que sin duda ya tendría alrededor de ochenta años y estaba dejando un mensaje:

*Amelia, querida, soy tu vieja amiga de Nueva York. Tengo noticias. ¿Te importaría llamarme en algún momento? Me encantaría oír tu voz.*

Lo primero que pensó fue en levantar el auricular, pero sabía que una llamada de Joan Guttmann requería adherirse a las reglas de Moscú: nada de nombres en una línea abierta, nada de hablar del pasado. Por eso no se había identificado, por si había alguien escuchando. Por si alguien averiguaba lo que había ocurrido en Túnez.

En cuestión de un par de minutos Amelia se había quitado la bata y se había enfundado unos vaqueros y un jersey. Cogió un impermeable del cuarto de servicio, se calzó las botas de agua, cerró la casa con llave y se subió al coche. Dio media vuelta, fue hasta el pueblo y aparcó a cien metros del *pub* de la carretera de Salisbury. En la esquina había una cabina de teléfonos que, por algún milagro, no había sucumbido al vandalismo y aún aceptaba monedas. Amelia encendió el móvil y, entre todos sus contactos, encontró el número de Joan. A continuación, la señal prolongada de las llamadas a Estados Unidos y el clic al contestar.

—¿Joan?

No habían hablado desde hacía casi diez años. El último encuentro había sido breve y angustioso: el funeral del marido de Joan, David Guttmann, que había sufrido un ataque al corazón mientras trabajaba en su despacho de Manhattan. Amelia había cruzado el Atlántico, le había dado el pésame con prisas durante la ceremonia que se celebró en Madison Avenue y, tres horas más tarde, había regresado a Reino Unido en el último vuelo que salía desde Newark. Desde entonces, no habían mantenido contacto, más allá de algún correo electrónico esporádico o de unos garabatos apresurados en una tarjeta de Navidad.

—Amelia, ¿cómo estás? Qué bien haces en llamar tan pronto.

—Parecía importante.

Claro que no lo había parecido. El mensaje era lo más prosaico que Amelia había oído en su vida, pero el efecto era deliberado. Proviendo de Joan Guttmann, esas «noticias» podían significar una única cosa: le había ocurrido algo a François.

—Sí, querida. Es muy importante. ¿Puedes hablar?

—Si tú puedes, sí.

Joan carraspeó para ganar algo de tiempo. Era difícil saber si lo que tenía que



decir le causaba aprensión o si solo estaba buscando las palabras más adecuadas.

—¿Por casualidad has ojeado la prensa francesa esta semana?

Amelia no sabía qué responder. Estaba al tanto de lo que ocurría en Francia, pero en los últimos días no se había producido ningún acontecimiento que le hubiera llamado la atención. Empezó a hablar, pero Joan la interrumpió.

—Ha ocurrido algo absolutamente terrible. Se trata de Philippe y de Jeannine. Estaban de vacaciones en Egipto y los atracaron. Los agredieron en la playa. Los han asesinado.

Amelia entonces se apoyó en el cristal helado de la cabina como si le hubiesen dado un golpe.

—El caso es que tu chico se ha puesto en contacto conmigo. Debe de haberme encontrado a través de Père Blancs. Le he pedido a un contacto de Langley que le eche un vistazo, que compruebe sus antecedentes, y no ha hallado nada raro. Es François. Supongo que necesita ayuda. Ha perdido a sus padres y está sufriendo. Querida, no podía ocultártelo. Lo siento mucho. Necesito que me digas qué quieres que haga.

Desde el balcón, Kell vio que Amelia Levene no estaba sola.

A tres metros de ella, de la piscina del Valencia salía un hombre de treinta y pocos años en buena forma, con bañador azul y gafas de piscina de cristal amarillo. Tenía un físico magro y ejercitado y caminaba por la zona menos profunda con aire gallardo: un hombre acostumbrado a que las mujeres lo contemplasen. Se colgó las gafas del cuello, y Kell vio que la cara se correspondía a la perfección con la fotografía de François Malot. La misma mandíbula firme, el mismo atractivo natural, la sombra en la barbilla. Amelia notó su presencia, alzó la vista del libro y cogió una toalla de la tumbona de al lado. Entonces se levantó y se la pasó a Malot sin acercarse demasiado, para no mojarse. A Kell le pareció que Malot se lo agradecía antes de secarse la cara. Hizo lo mismo con el pecho y con la espalda, y después se enrolló la toalla a la cintura como si fuera un *sarong* y se sentó en el borde de la tumbona, mirando hacia la piscina. Amelia lo miró como si estuviera pensando qué decir, pero enseguida continuó leyendo.

Kell entró de prisa en la habitación, se hizo con la cámara y disparó varios planos cerrados de la escena con el teleobjetivo. Tuvo la oportunidad de observar a Amelia y a Malot e intentó descartar la posibilidad de que estuviesen trabajando juntos; sin duda, Amelia no era capaz de bajar la guardia hasta el punto de ir a nadar con un compañero, ¿no? En su lenguaje corporal había un punto de relajación y familiaridad, pero no demostraban ningún grado de intimidad: no proyectaban el ardor de los amantes. Amelia era atenta con él y lo trataba con una deferencia que a Kell no le resultaba familiar; le sirvió un vaso de agua de la botella que había sobre la mesa e incluso le ofreció un cigarrillo cuando él se dirigía al borde de la piscina.

Él se puso a hablar por el móvil. Mientras fumaba con ademán ensayado, la cabeza ladeada, los labios dibujando una sonrisa irónica, la luz mortecina del sol ponía de relieve la definición de la musculatura de su espalda. De vez en cuando, dejaba que la mano que sujetaba el cigarrillo cayese a un lado y se frotaba el vello del vientre con el pulgar al tiempo que el humo le rozaba la piel. Entretanto, Amelia había llegado al final de un capítulo de la novela. Cerró el libro y lo dejó en la mesa baja de plástico que tenía al lado, entre el paquete de tabaco y la botella de agua de un litro. Kell alcanzó a ver el título con el teleobjetivo: *Solar*, de Ian McEwan. Entonces ella firmó la cuenta, se puso un albornoz del hotel y se lo ató a la cintura. A Kell todo eso le resultó absorbente; hacía mucho tiempo que la belleza de su compañera lo fascinaba. Amelia se calzó las zapatillas blancas a juego, se acercó a Malot y le indicó que se iba adentro. El francés interrumpió la conversación, le dio un beso afectuoso en la mejilla y pulsó algo en el reloj de pulsera, como si hubiesen acordado cenar juntos. Amelia dio media vuelta, caminó en dirección al hotel y entró por una puerta lateral que estaba a menos de treinta metros del balcón desde donde la observaba Kell. Era evidente que se alojaban en hoteles distintos: otro manto de

confusión añadido por la espía experimentada para borrar huellas. Antes de que pasase un minuto, Malot regresó a la tumbona, acabó la conversación telefónica y apagó el cigarrillo en el cenicero. Se quitó la toalla, la dejó caer al suelo y se puso una camiseta blanca inmaculada que acababa de sacar de una bolsa. En un momento dado, Kell creyó haberlo sorprendido flirteando con una mujer atractiva que había al otro lado de la piscina. Ella parecía sonreírle, pero cuando su hija pequeña la distrajo, apartó la mirada.

El francés recogió sus posesiones: la bolsa, un libro, unas gafas de sol, el tabaco y un bote de crema solar. A pesar de que pronto anochecería, se puso las gafas como si fuera un galán de película que esperase encontrarse con un enjambre *de paparazzi* y se calzó un par de náuticos. Entonces se dirigió hacia el camino por el que Kell había ido a la playa.

Kell bajó la cámara. Entró en la habitación, la tiró en la cama, cogió la llave y salió al pasillo.

Tardó quince segundos en bajar. Fue hacia la piscina y se detuvo junto a la tumbona de Amelia, se inclinó como para estirar un músculo y cogió la cuenta de la mesita de plástico. Se irguió, guardó el pedazo de papel en el bolsillo trasero del pantalón y continuó caminando hacia el vestíbulo.

El nombre que figuraba en la factura era A. M. Farrell. El número de habitación, el 1208.

Kell regresó a la suya y llamó a Marquand de inmediato.

—He encontrado a tu desaparecida.

—¡Tom! Sabía que no fallarías. ¿De qué se trata?

—Se aloja en el mismo hotel que yo, en el Valencia Carthage. Malot está al otro lado de la calle.

—Así que folian pero duermen separados para que nadie ate cabos, ¿no?

Kell no hizo caso de la elucubración; había aprendido a tener en cuenta solo los hechos probados.

—Usa un alias que no conocíamos. Farrell. Las iniciales son A. M. ¿Puedes comprobar posibles tarjetas de crédito? Debería aparecer bastante actividad en París, Niza y Túnez.

—Sin problema. ¿Has hablado con ella?

—Ya me dirás por qué iba a hacer semejante cosa.

—Bueno, gracias a Dios que está bien. —Hubo una pausa, como si Marquand estuviese pensando algo adecuado para la ocasión—. Putos gabachos —soltó al final—, siempre nos roban a las mejores.

No cabía duda de que la información que Truscott y Haynes recibirían era que Amelia estaba en Túnez de fin de semana largo y apasionado.

—¿Es que ese tal Malot no puede mojar el churro en casa? ¿No se supone que en París hay miles de chicas guapas?

—No sé, tú sabrás... —repuso Kell.

—Cuéntame los detalles —inquirió Marquand—. ¿Malot también está casado? No sé por qué, pero no encontramos nada sobre él.

—Es difícil saberlo. Solo lo he visto desde lejos, tomando el sol en la piscina.

—¡Tomando el sol! —Parecía que Marquand fuese a combustionar de tanta excitación—. Imagínatelo.

—Está hecho un posturitas —explicó Kell, tratando de que la conversación no se saliese de madre—. Se pavonea por ahí como si fuera Montgomery Clift. No tiene pinta de hijo apenado.

—Puede que al lado de Amelia se sienta muy gallito. ¿Cómo llaman ahora a las mujeres que salen con hombres más jóvenes que ellas? ¿Asaltacunas?

Marquand se rio de su propia gracia. Era el alivio de haber evitado una crisis.

—Exacto, Jimmy, eso es —contestó Kell—. Asaltacunas. Mira, tengo que hacer unas cosas. Le echaré otro vistazo a Malot. Siempre cabe la posibilidad de que sea de la DGSE. Puede que Amelia esté llevando a cabo una operación conjunta en Túnez.

—Y al mismo tiempo aprovechando para tirarse a un compañero.

Kell movió la cabeza de un lado a otro en señal de incredulidad.

—Tómame algo, Jimmy. Te lo mereces.

Colgó, dejó el teléfono sobre la mesa y cogió la cámara de encima de la cama. Se la echó al hombro y salió al pasillo. En la calle que separaba ambos hoteles, encontró a Sami sentado al volante del taxi, pasando las páginas de un periódico sin demasiada prisa. Dio unos golpecitos en la ventanilla.

—Tengo que enseñarte algo.

Kell se sentó en el asiento del copiloto y le pasó la cámara después de explicarle cómo ver las fotos de Amelia y Malot. En el ambiente del coche se notaba el olor corporal de todo un día.

—Son las personas que me interesan —le explicó—. La mujer está en el Valencia. El hombre tiene una habitación en el Ramada. ¿Te suenan?

Sami respondió que no con la cabeza. Otros dos taxistas que estaban debajo de la buganvilla miraban el interior del coche con ademán impaciente e indignado, como un par de chicas a las que no han sacado a bailar en una fiesta.

—Quizá salgan a cenar esta noche —aventuró Kell—. Se han ido de la piscina hace veinte minutos. Si los ves, no dejes de llamarme. Si no contesto al móvil, llama a la recepción del hotel. Estoy en la 1313. Si se suben a otro taxi, síguelos. Y si los coges tú, no te arriesgues a hablar conmigo delante de ellos. La mujer habla inglés, francés y árabe, los tres muy bien. En ese caso, envíame un mensaje de texto para decirme el destino.

—Por supuesto.

Kell señaló a los otros conductores con la mirada.

—Y si estos dos empiezan a hacer preguntas sobre mí, diles que soy un marido celoso.

Joan Guttmann le había dado el teléfono de la agencia de adopción de París. Teniendo en cuenta que en Francia era una hora más tarde, Amelia había llamado el sábado a las ocho y media de la mañana, pero había descubierto que la oficina estaba cerrada hasta el lunes. En la página web de la agencia salía otro número y, al final, Amelia habló con una mujer de un melodramatismo innecesario que estaba «absolutamente al corriente» de que los padres de *monsieur* Malot habían sido «asesinados en Egipto de forma muy trágica e incomprensible», y a quien habían «informado al detalle de las circunstancias concernientes a *madame* Weldon». Acordaron que Amelia no debía hablar con François por teléfono. Le aconsejó viajar a Francia a fin de conocer a su hijo en París el lunes por la tarde y —si él estaba de acuerdo— asistir al funeral privado de Philippe y Jeannine Malot, que se celebraría en Montparnasse, el martes por la mañana.

Amelia había tardado veinticuatro horas en llevar a cabo sus propias comprobaciones acerca del asesinato de los Malot y sobre el propio François con la ayuda de un agente del SSI en la Dirección General de Seguridad Interior, el servicio de inteligencia interior de Francia. Cuando estuvo segura de que él era el bebé que habían adoptado los Malot, dedicó más tiempo a planear una estrategia. Abrir las puertas de su vida a su hijo implicaba la posibilidad de arruinar su carrera y dar así comienzo al reinado de George Truscott. Viajar a París con el fin de consolar a François suponía exponerse a una serie de reacciones por parte de él: rabia, desprecio, lástima. No conocía la personalidad de su hijo; lo único que sabía de él era que en un momento de necesidad le había pedido ayuda. No obstante, su deseo de ayudarlo, de verse cara a cara con el hijo perdido, era tan fuerte que Amelia dejó de lado todas las reservas que pudiera tener a nivel práctico y profesional. Sentía que no tenía más opciones: si quería que su vida tuviese sentido, si quería alcanzar una felicidad plena y duradera, debía hacer las paces con el pasado.

El domingo por la mañana bien temprano, cerró la casa de Chalke Bissett, regresó a Londres en coche y fue directa a casa de Giles, en Chelsea. La documentación de Farrell —pasaporte y un surtido de tarjetas SIM y de crédito— estaba escondida en una caja pequeña, detrás de un panel que había al fondo del armario de su marido. Para acceder a él, tuvo que sacar más de diez camisas protegidas por bolsas de plástico y trajes lavados en seco, y apilar las prendas en la cama. El interior estrecho del mueble tenía un olor trasnochado a naftalina y betún, como de posguerra. Además de palos de golf y libros de tapa dura, allí dentro se hallaban los montones de periódicos viejos que Giles acumulaba a fin de dejar constancia de los acontecimientos trascendentales ocurridos durante su vida: el asesinato de Isaac Rabin, la caída del Muro de Berlín, el accidente de tráfico de Lady Di, el 11S. Las páginas amarilleaban y, cuando Amelia las movió, muchas se le rasgaron entre los

dedos. Cuando hubo recuperado la caja, llamó al Santander para reactivar dos de las cuentas que podía usar desde el resto de Europa y cargó la batería del móvil de Farrell mientras hacía la maleta para viajar a Francia. Cuando llamó a Giles a Escocia, le dijo que iba a París por un asunto de trabajo.

—¡Qué bien, qué suerte! —respondió él, que recibía la noticia a través de su muro de indiferencia característico.

Amelia no dudaba de que, mientras hablaba con ella, su marido estaba pasando las páginas de algún documento histórico en algún rincón remoto de Fife, poniendo todo su empeño en poblar otra de las ramas de su árbol genealógico.

—Cariño, cuídate, ¿de acuerdo? Si quieres, hablamos cuando vuelvas.

Compró un billete para el Eurostar de la tarde y canceló todas las citas que tenía el lunes, el martes y el miércoles. Envío correos personales a los compañeros que ocupaban los puestos más importantes explicando que tenía que asistir al funeral de un amigo íntimo de París y que regresaría a la oficina el jueves. Jimmy Marquand fue el único de los altos cargos que respondió y le dio el pésame por la pérdida de su amigo.

Por último, alrededor de las tres de la tarde, Amelia subió hasta Peter Jones por Kings Road y compró dos conjuntos de ropa nuevos: uno para el día de su encuentro con François y otro para el funeral. De regreso en el apartamento, los metió en una maleta grande en la que también echó un par de ediciones de bolsillo de Ian McEwan y el último número de la revista *Prospect*. Después salió a la calle y paró un taxi.

Tráfico fluido de última hora de la tarde, llovizna. En cuestión de unos veinte minutos, Amelia Levene estaba bajo la gran bóveda de la estación de Saint Pancras con un billete de primera clase a París en la mano. El ambiente de la estación tenía el efecto de un sueño romántico del pasado: parejas monocromas aprovechando para robarse los últimos besos del fin de semana; inspectores uniformados que acompañaban a los pasajeros por el andén. A continuación, una cola y el embrollo de seguridad, donde una guardia la hizo pasar sin pararla, dando por sentado que no era más que una de esas elegantes amas de casa burguesas que vivían a caballo entre ambas capitales. Amelia subió al vagón y encontró su asiento alrededor de una mesa para cuatro, donde viajaría de frente y junto a la ventana. Se cuidó de no establecer contacto visual con ningún otro pasajero. Cuantas menos personas se percatasen de ella, mejor; no quería tener que entablar conversación con desconocidos, sino estar a solas con sus pensamientos.

En Saint Pancras había comprado un ejemplar de *The Sunday Times*, que abrió en cuanto el tren se puso en marcha. En la parte inferior de la portada aparecía un artículo sobre la supuesta complicidad de la inteligencia británica en casos de tortura y de inmediato pensó en Thomas Kell, pero se dio cuenta de que no era capaz de concentrarse en la lectura más allá del primer párrafo. Conocía el caso y sabía que la noticia iba a publicarse, y en circunstancias normales le habría interesado ver cómo informaban de los hechos. Sin embargo, era como si François le hubiese

desconectado la antena profesional, y ya nada de eso le resultaba importante.

Amelia miró por la ventana con la sensación de volver a tener diecinueve años de lo nerviosa que estaba por viajar a París. A lo largo de un período de más de treinta años, se había modelado una personalidad nueva aprovechando los restos del naufragio de su juventud. Se vio reflejada en el cristal y reflexionó acerca de la pérdida de Amelia Weldon. ¿Seguía existiendo siquiera? Durante las siguientes veinticuatro horas obtendría alguna clase de respuesta. Viajaba hacia el futuro. Viajaba hacia su pasado.



Kell estaba afeitándose en la habitación del hotel cuando, de repente, Sami lo telefoneó desde la parada de taxis.

—El francés acaba de entrar en el Valencia. Le he preguntado si quería un taxi para cuando saliese y ha dicho que sí.

—Muy bien, Sami. Gracias. Estás haciendo un trabajo fantástico. —Los pequeños halagos que se hacían al trabajar con agentes le salían de forma muy natural—. Manténme informado, ¿de acuerdo? Seguro que ha ido a buscar a Amelia. Luego me dices adónde quieren que los lleves.

—Sí, claro.

La conversación había dejado un rastro de espuma de afeitar en el móvil. Kell lo limpió y, con media docena de pasadas de la cuchilla, acabó de afeitarse la barba. Se secó la cara, se aplicó *aftershave* en el pecho y se miró al espejo. Un momento breve de reflexión antes de continuar. Localizó una camisa limpia en una percha, guardó el pasaporte en la caja fuerte y cogió la llave del Renault. En cuanto Sami lo llamase para avisar de que Amelia y Malot estaban en ruta, los seguiría en el coche de Marquand. Si quedaban con otras personas, necesitaba verles la cara. Se trataba de una maniobra de operación básica, de no dejar cabos sueltos.

Se sentó en la cama a esperar. El corazón le martilleaba en el pecho, y trató de recordar la última vez que había sentido semejante subida de adrenalina. Hacía meses. Sacó una cerveza de la nevera y la abrió con los dientes, una de esas cosas que hacía para impresionar, aunque estuviese solo. Claire siempre le decía: «Te vas a romper las putas muelas».

El mensaje de texto llegó justo después de las ocho y cuarto. Sami lo había escrito en inglés.

Hombre y mujer juntos. La Goulette.

Kell escribió el nombre en el navegador del móvil y averiguó que se trataba de una zona residencial en la costa, situada entre Gammarth y el centro de Túnez, cuyos bares y restaurantes se llenaban por la noche. No le cupo duda de que Amelia y Malot se dirigían allí para cenar.

Cogió la cámara y se apresuró a bajar. El mozo que lo había acompañado antes a recepción seguía de servicio, pero no le dispensó ninguna sonrisa de vestíbulo, ninguna cortesía, sino que pasó a toda prisa con una bandeja de té con menta y galletas. Kell, agradeciendo su propio anonimato, salió al sol abrasador del aparcamiento, abrió el Renault desde una distancia de veinte metros, metió la tarjeta en la ranura de contacto y lanzó la cámara al asiento del copiloto.

El coche no arrancaba. Lo intentó de nuevo: pisó el embrague y pulsó el botón de «Start». Fue en vano. Durante un momento se planteó la posibilidad de que Amelia lo

hubiese descubierto y hubiera sabotado el coche, pero era una idea demasiado rocambolesca como para darle crédito. Era mucho más probable que se tratase de un fallo eléctrico. Trató de ponerlo en marcha por tercera vez: quitó la tarjeta, volvió a introducirla, pisó el embrague y pulsó el botón. Nada.

—¿Por qué no te darán una puta llave de verdad? —musitó, y decidió ir a La Goulette en taxi.

En la parada no había ninguno. Y para empeorar las cosas, junto a la barrera de entrada al Ramada había ocho pensionistas apelonados, todos con cara de esperar un taxi. Otros cuatro huéspedes del Valencia hacían cola. Uno de ellos —un hombre más o menos de su misma edad que llevaba pantalones de pinzas y una camisa hawaiana de color amarillo limón— echó a caminar hacia el cruce con intención de parar uno en la carretera.

—¿Dónde están los taxis? —preguntó en francés, y lo repitió en inglés al ver que los carcamales lo miraban anonadados.

—Esta noche hay algo en La Marsa —respondió uno de ellos. Era un jubilado cordial de pelo blanco que llevaba bastón y manchas de sudor en la camisa—. No sé qué festival.

Kell regresó al Renault. Intentó arrancarlo una vez más con la tarjeta, pero no hubo suerte. Al final, le soltó un reniego al parabrisas y abandonó la posibilidad de desplazarse a La Goulette. Sami podía vigilarlos. De momento, había demostrado aplomo y eficiencia, y Kell no tenía motivos para pensar que fuese a abandonar la tarea de forma repentina ni a confesar a Amelia y a Malot que le habían pagado una pequeña fortuna por seguirlos. Además, Malot se había ausentado del hotel y eso suponía una oportunidad.

Regresó a su habitación y cogió el *Herald-Tribune*. Luego cruzó la calle, entró en el vestíbulo del Ramada y se instaló en un sofá desde donde se veía el mostrador de recepción. El plan era simple: tenían que verlo. Quería que el personal lo tomara por un huésped, aunque fuese de manera inconsciente; un marido, por ejemplo, que esperaba a que su esposa bajase a cenar. Con ese objetivo en mente, se puso a ojear el periódico. Leyó un artículo sobre el Egipto de después de Mubarak, otro sobre las inminentes elecciones en Francia. A su espalda, sentada frente al piano de cola situado en el centro del vestíbulo, una clienta británica roja como una gamba tocaba melodías de Cole Porter con la precisión anodina de una profesora de música jubilada. Casi parecía formar parte del mobiliario del hotel, y el personal que pasaba por su lado le sonreía. Junto a ella había un anuncio escrito en el papel de carta de uno de los turoperadores para mayores de cincuenta años: «Noche de cine. Lunes. *Billy Elliot*». Kell se sintió como si hubiese contratado una estancia en el típico centro vacacional británico. A las nueve en punto, un grupo de personas se congregó alrededor del piano, cosa que animó a la señora gamba a arrancarse con su *pièce de résistance*: la interpretación de *Sailing*, de Rod Stewart. Kell decidió que era el momento de actuar. Se guardó el periódico bajo el brazo, comprobó que no hubiera

clientes en el mostrador y se acercó a los recepcionistas.

Eran dos: un hombre y una mujer. Hizo caso a una corazonada que le decía que la mujer parecía más dispuesta a cooperar; se plantó delante de ella y dio unos golpecitos en el mostrador con los dedos.

—*Bonsoir*.

Contacto visual, sonrisa relajada. Kell le habló en francés.

—He llegado esta mañana. ¿Podría decirme hasta qué hora está abierta la cocina del restaurante?

La recepcionista no podría haber sido más amable. Sacó una hoja de papel y le anotó un resumen muy detallado de los horarios de los comedores y de las actividades, después le sugirió la posibilidad de tomar algo en el bar antes de cenar y le dio a entender que el desayuno a menudo se alargaba más allá de la hora estipulada. Incluso le dio un mapa. Kell escuchó con atención, expresó su gratitud y regresó al sofá a leer el periódico durante quince minutos más.

A las nueve y veinte puso en marcha la segunda fase del plan. De nuevo, la estrategia era sencilla: dar la impresión de que era un cliente del hotel que subía un momento a su habitación. Caminó hacia la escalera mecánica que había en el lado norte del vestíbulo, esperó a estar seguro de que la recepcionista lo había visto y subió a la segunda planta, desde donde aprovechó para llamar a Sami y dejar pasar un rato.

Como de costumbre, en lugar de los tonos de llamada sonaba una cacofonía de música norteafricana. No oyó la voz de Sami hasta después de varios segundos de una melodía llorosa y estridente de violín. Al parecer, Amelia y Malot habían llegado a La Goulette a las ocho y media. Sami le explicó que habían ido a tomar algo a un bar de la playa y que le habían pedido que esperase hasta que terminasen de cenar para llevarlos de regreso a sus hoteles.

—Eso es lo ideal —dijo Kell—. ¿Están con alguna persona más?

—No, señor.

—¿Y tú estás bien? ¿Has comido algo?

—Estoy bien, gracias.

Sami parecía cauteloso y tenso, como si estuviese atravesando una crisis de conciencia.

—Por el camino hemos estado hablando los tres un buen rato.

—Me gustaría que me explicases la conversación. —Kell miró desde una galería y vio que no había nadie en recepción—. Cuando llegues, podemos reunirnos en mi habitación.

Una adolescente salió de uno de los ascensores y pasó por su lado sin levantar la mirada del suelo.

—Cuando volváis, intenta recordar todos los detalles de lo que habéis hablado. Podrían ser importantes.

—De acuerdo.

Era hora de salir de allí. Bajó a la planta principal en ascensor, se aseguró de llegar hasta la recepcionista en el momento exacto y ofreció una sonrisa cansada y de disculpa.

—Tengo un problema —anunció.

—Dígame, caballero.

—No encuentro la llave de mi habitación. Es que esta tarde he dado un paseo en burro. A lo mejor se me ha caído en la arena. ¿Puede darme otra?

—Por supuesto, caballero. ¿Qué número es?

—La 1214.

La recepcionista tecleó la cifra en el ordenador.

—¿Y el nombre?

—Malot. François Malot.

Había sido concebido como acto de amor; destruirlo sería un acto de odio.

Amelia recordaba aquellas lejanas conversaciones con Joan casi palabra por palabra, el toma y daca de las discusiones, la convicción firme de que no tenía derecho a abortar sin el conocimiento de Jean-Marc porque el bebé también era suyo. Al principio, Joan le había recomendado que interrumpiese el embarazo, regresase a Londres y asumiese la experiencia como una de las crueldades de la juventud. Sin embargo, en cuanto Amelia la hubo convencido de que estaba decidida a dar a luz al bebé, la estadounidense había demostrado ser una aliada sin parangón y una amiga inquebrantable. Fue ella quien la instaló en un apartamento de una habitación a dos manzanas de su propia residencia, un plan tan secreto que tan solo David, el marido de Joan, estaba al tanto. Joan la puso a trabajar en asuntos del consulado estadounidense para que tuviese algo con lo que entretenerse durante los siete meses que le quedaban de embarazo, y, unas semanas después de que se mudase al apartamento, los Guttman la llevaron a España quince días y la trataron como a la hija que no habían tenido. Le enseñaron los tesoros del Museo del Prado, el esplendor de Córdoba y hasta una corrida de toros en Las Ventas durante la que David le puso la mano en el vientre con mucha delicadeza y preguntó: «¿Estás segura de que una señorita en tu estado debería estar viendo esto?». También había sido Joan quien, ya en Túnez de nuevo, había sacado a colación la idea de la adopción a través de Péré Blancs, algo que Amelia aceptó tal vez con demasiada premura, pues a esa edad tenía mucha ambición, mucha hambre de mundo y la aterraba pensar que un bebé le impidiese disfrutar de todas las experiencias y posibilidades que le deparaba el futuro.

Le dio la impresión de que París la había estado esperando. Ese verano tan húmedo, las calles estaban repletas de turistas y las terrazas de los cafés eran un hervidero de tanto barullo y conversaciones. De vez en cuando, al llegar a una ciudad nueva, Amelia percibía cierta amenaza oculta pero inmediata, como si la hubiesen trasladado a un entorno ajeno, a un hogar de la mala suerte. Era consciente de que se trataba de poco más que un presentimiento, una mera superstición, la clase de asunto del que sus colegas se reirían si alguna vez lo compartiese con ellos. No obstante, durante toda su carrera había contado con un sexto sentido —llamémoslo *intuición*— que en general le había resultado muy útil. Mientras trabajaba como agente infiltrada del ssi en El Cairo, por ejemplo, o durante los años que estuvo en Bagdad, Amelia calculaba que había necesitado un cincuenta por ciento más de astucia y persistencia que sus compañeros varones solo para sobrevivir en entornos tan hostiles como aquellos. En cambio, Francia siempre la había recibido con los brazos abiertos. En París, siempre se parecía más a quien había sido, a la joven de antes de Túnez, la Amelia Weldon de

veinte años que tenía el mundo a sus pies. Tan pronto como se llevaron a François — fue algo inmediato: no llegó a ver a su hijo, ni a tenerlo en sus brazos—, empezó el proceso de construcción de una personalidad nueva e invulnerable. Traicionó a amantes, desechó a compañeros de trabajo, olvidó a amigos o dejó de prestarles atención. La doble vida del Servicio Secreto de Inteligencia le había ofrecido lo que, en retrospectiva, Amelia consideraba condiciones ideales en las que reconstruirse como mujer que no volvería a fallar.

Y, sin embargo, estaba fracasando: le resultaba imposible mantener la calma y todo asomo de decoro que había llevado consigo al cruzar el canal de la Mancha. Deseaba que las horas, que le parecían ralentizadas, pasasen más rápido, y así estar en una habitación con su hijo, ellos dos solos, por mucho que temiese lo que pudiera descubrir: a un desconocido, a un joven con quien no tenía nada más en común que el desprecio por una madre que lo había abandonado nada más nacer.

En el hotel la esperaba un mensaje que había enviado la agencia de adopción para «*madame Weldon*», pero el conserje era reacio a entregárselo porque Amelia había reservado la habitación con su apellido de casada. No obstante, cuando le explicó que Weldon era el de soltera, el tipo cedió. François había contactado con la agencia y solicitado que Amelia acudiese a su apartamento a las cuatro de la tarde del lunes. No quería hablar con ella por teléfono hasta entonces ni comunicarse de ningún otro modo antes de conocerse. Sin dudar, Amelia llamó a la agencia para confirmar que así lo haría, porque estaba dispuesta a cooperar con todas sus instrucciones, aunque temía que el plan propuesto fuese un reflejo de la rabia de François. ¿Qué pasaría si, cara a cara, él le dijese que nunca podría sustituir a la madre asesinada? ¿Qué pasaría si la había hecho ir a París con la única intención de hacerle daño? Amelia siempre había contado con la capacidad de evaluar a las personas y de comprender de forma rápida e intuitiva en qué circunstancias se hallaba cada una. Notaba cuándo le estaban mintiendo y sabía si la manipulaban. En parte, ese don se lo habían enseñado, pues era una destreza necesaria en una profesión cuyo núcleo eran las relaciones personales; pero en general se trataba de una habilidad innata, como la capacidad de dar una patada a una pelota o de capturar el juego de la luz en un lienzo. No obstante, en aquel momento, a punto de enfrentarse a la que podría ser la relación más importante de su vida, Amelia estaba casi indefensa.

De algún modo tenía que pasar todo el tiempo que le quedaba por delante. La espera era más lenta y la anticipación más enervante que en cualquier operación de inteligencia que recordase. A lo largo de su carrera profesional, incontables veces había aguardado en habitaciones de hotel, en casas francas o en oficinas cuyos ruidos marcaban el paso de los segundos como un reloj mientras esperaba a saber de algún contacto. Pero aquel era un asunto muy diferente. Sin equipo, ni cadena de mando, ni trucos de la profesión. No era más que una civil, una turista en París, una de las diez mil mujeres que guardaban un secreto. Minutos después de llegar ya había deshecho la maleta y el equipaje de mano; había colgado el traje negro de Peter Jones en el

armario y colocado el vestido que había escogido para el encuentro sobre el sillón del rincón para poder mirarlo y decidir si era la mejor elección. ¡Como si François fuese a fijarse en su ropa! Lo que él querría ver sería su rostro, un par de ojos en los que verter todas sus preguntas. Estuvo una hora tratando de leer una de las novelas que había llevado o ver las noticias de la CNN, pero le resultaba imposible concentrarse durante más de unos minutos. Como un recuerdo de quien antaño había sido, anhelaba hablar con Joan una vez más, contarle lo que estaba a punto de ocurrir, pero no confiaba en la línea de teléfono del hotel. Por extraño que pareciese, se acordó de Thomas Kell: su confidente en cuestiones matrimoniales y filiales, el único compañero a quien habría confiado aquel asunto. Sin embargo, Kell había desaparecido hacía tiempo; los mismos hombres por encima de los que ella había saltado para convertirse en la jefa, en el cargo que en las películas llamaban «C» de *chief*, lo habían hecho caer en desgracia y forzado a una jubilación inflexible. ¿Se habría enterado Tom de su triunfo? Lo dudaba.

Y entonces, por fin, al acercarse el momento de la reunión, la última hora antes de llegar al apartamento pasó con la misma fugacidad que un rostro cualquiera de la calle. Algún vándalo había hecho una hendidura profunda en la puerta de entrada; una pareja de chinos que iba de la mano le sonrió al entrar en el portal. Una vez dentro, creyó que iba a vomitar. Era como si el agujero que llevaba tres décadas abierto en su interior de pronto estuviera ensanchándose. Tuvo que apoyarse en la puerta para no perder el equilibrio.

«¿Un hombre se comportaría así?», se preguntó. Era una máxima en la que había confiado durante toda su carrera profesional. Sin embargo, no hacía falta decir que un hombre nunca podría saber lo que se sentía en su situación.

François vivía en la tercera planta. Amelia prescindió del ascensor y subió la escalera con la sensación de que, a lo largo de su extensa vida, jamás había conocido a nadie, jamás había subido una escalera ni aprendido a respirar. Al llegar al rellano pensó que estaba a punto de cometer un error terrible y, de haber tenido la opción, habría dado media vuelta para marcharse de allí.

Llamó a la puerta.

Kell llamó a la puerta de la 1214 sin hacer mucho ruido y, al no oír respuesta alguna, introdujo la tarjeta en la ranura y entró en la habitación de François Malot.

Olor a gel de ducha y a aire caliente del mar; una puerta abierta daba a un balcón con vistas al Mediterráneo. A pesar del calor, Kell actuó con rapidez. Nada en la caja fuerte, que estaba abierta; sobre una mesita encontró la cámara de 35 mm, además de un cartón de Lucky Strike Silver y un mechero dorado con las iniciales P. M. grabadas. Supuso que eran de Philippe Malot. Apoyada en la mesita de noche que había a la derecha de la cama de matrimonio, una fotografía enmarcada de los padres de Malot, que sonreían a la cámara sin preocupación alguna.

Sobre la colcha descansaba un pasaporte. Francés, sobado, biométrico. Kell lo abrió. En la parte inferior de todas las páginas había un código de nueve dígitos perforado; lo anotó en un pedazo de papel y se lo guardó en el bolsillo de atrás del pantalón antes de volver a abrir la página de los datos personales, donde aparecía el segundo nombre de Malot —Michel—, su fecha de nacimiento, la de expedición, su altura y color de ojos y una dirección de París. En las páginas siguientes vio sellos de entrada de los aeropuertos de JFK, Ciudad del Cabo y Sharm el-Sheij, el último de tres semanas antes. Lo fotografió todo por partida doble y comprobó que el plástico no hubiese reflejado el *flash*. Luego cerró el pasaporte y lo dejó de nuevo sobre la cama.

Junto al retrato de los padres había un *roman policier* —una edición en francés de *Nido de ratas*—, además de un reloj de pulsera y una agenda Moleskine. Kell fotografió todas las páginas desde enero hasta el final de septiembre y, de nuevo, comprobó en la pantalla que las entradas fuesen legibles. Aun sabiendo que Malot estaba a kilómetros de distancia en La Goulette, aquella tarea requería tiempo, y se le empezó a acelerar el pulso. Quería actuar con la mayor celeridad posible, pues siempre cabía el riesgo de que entrase una camarera para abrir la cama o incluso algún invitado que tuviese acceso a la habitación de Malot.

A continuación, entró en el cuarto de baño. Productos para el afeitado, hilo dental, dentífrico. Dentro del neceser, Kell encontró varios blísteres de pastillas: aspirina, clorfenamina —que sabía que era un antihistamínico que a veces se usaba para ayudar a conciliar el sueño—, hierba de san Juan. También un frasco pequeño de Valium, repelente de insectos y un peine. No había condones.

Después registró los bolsillos de los vaqueros, con cuidado de no mover ningún objeto de la habitación. En una chaqueta de cuero negro encontró unas monedas, una tarjeta del metro de París y un paquete blando de Lucky Strike. El proceso era idéntico al que había llevado a cabo en la habitación de Amelia, solo que ahora Kell se sentía más ignorante, porque a excepción del fallecimiento reciente de sus padres y de la vanidad evidente que había demostrado en la piscina, carecía de cualquier noción sobre su personalidad. Debajo de la cama descubrió una biblia abierta por el



Deuteronomio y una caja pequeña de cerillas. Bajo la copia de *Nido de ratas* había un sobre donde Kell halló una carta con fecha del 4 de febrero de 1999, escrita por el padre de Malot. La letra de Philippe era un garabato ilegible, pero Kell tomó fotografías de ambos lados de la hoja y la guardó con cuidado en el sobre.

Cuando estuvo seguro de haber registrado al detalle todo lo que había en el cuarto, Kell salió al pasillo, descubrió una escalera lateral que conducía a una salida junto a la piscina y regresó al Valencia Carthage por la playa. Buscó el número de Elsa Cassani y la llamó directamente desde el móvil de Marquand.

Lo sorprendió descubrir que ella aún estaba en un bar del casco viejo de Niza, «emborrachándome y gastándome el dinero que me pagaste», según le dijo. Se oía el ritmo contundente de la música *rock*, y Kell sintió un arranque extraño de celos hacia los hombres que estaban disfrutando de su compañía. Dio por sentado que hablaba con él desde una de las calles adoquinadas y tranquilas, al sur del boulevard Jean-Jaurés.

—Lo siento, pero tienes que cortar la borrachera —le dijo—. Hay más trabajo que hacer.

—Vale —contestó ella. Si le parecía mal, no dejó que se notase—. ¿Qué necesitas que haga?

—¿Tienes papel y boli?

Kell escuchó mientras ella rebuscaba en el bolso, sacaba una hoja y un bolígrafo, y anunciaba que había encontrado «un buen escalón para sentarme y que me dictes, Tom».

Kell empezó a pasar las imágenes de la cámara.

—Necesito que rastrees a François Malot más a fondo. Pero tiene que ser de forma extraoficial. A través de tus famosos contactos, no de Cheltenham.

Era una petición inusual, pero Kell pretendía evitar que a Marquand le sonaran las alarmas.

—Puedes buscar información en Francia, ¿verdad?

Una pausa de complicidad.

—Claro que sí.

—Muy bien. Necesito el informe completo: cuentas bancadas, registros telefónicos, impuestos, educación y títulos, historial médico... Cualquier cosa que encuentres.

—¿Nada más?

Kell no estaba muy seguro de si la pregunta delataba sarcasmo o exceso de confianza. Buscó una de las fotografías del pasaporte y le dictó el nombre completo de Malot, su fecha de nacimiento y la dirección de París. Cogió el papel donde había anotado el número de pasaporte y comprobó que Elsa tenía los datos correctos.

—Estuvo en Nueva York en enero del año pasado, en Ciudad del Cabo seis meses después, y en Sharm el-Sheij en julio de este año. Voy a enviarte por correo electrónico una serie de fotografías de su agenda. Yo también voy a echarles un

vistazo, pero tal vez tú encuentres algo útil. Números de teléfono, direcciones, citas...

—Claro.

—Una cosa más: al parecer es consultor informático. Intenta averiguar dónde trabaja. En Londres tenían una foto de él que parecía de una fiesta de Navidad. También te la mando.

—¿Para cuándo necesitas tener todo esto? —preguntó Elsa.

Sonaba como si se esforzase por no dar la impresión de estar abrumada.

—Lo antes posible —respondió Kell—. ¿Podrás con todo?

—Me contratan por eso.

Lo primero a lo que reaccionó François fue a la belleza de Amelia. No esperaba encontrarla tan atractiva. Su apariencia excepcional lo había sorprendido, porque había tomado la decisión consciente de no mirar ninguna fotografía y en su rostro veía una dignidad y una fuerza de carácter extraordinarias. Vestía con elegancia. El corte de la chaqueta le resaltaba el pecho voluptuoso, la cintura estrecha, el vientre plano, como si no hubiese dado a luz jamás. Se dio cuenta de que llevaba muy poco maquillaje: pintalabios rosa pálido, base clara, algo de definición en los ojos.

Al principio, porque había decidido de antemano que ese sería el mejor procedimiento, cerró la puerta después de que ella entrase y le estrechó la mano. Sin embargo, no tardó en acercarse a ella y abrazarla. En un primer momento, ella se resistió y lo miró como si temiese que pudiera salir huyendo como un animal asustado. Eso lo conmovió. El abrazo, que llegó poco después, fue ligero y vacilante, pero ella reaccionó a la firmeza de sus brazos y lo estrechó con más fuerza. Amelia no temblaba, pero él era consciente de que su presencia la abrumaba y, durante un instante, le permitió apoyar la cabeza en su hombro. François se dio cuenta de que a él se le había acelerado la respiración y estaba fuera de control, una irregularidad que atribuyó a los nervios.

—¿Te importa si nos comunicamos en francés? —preguntó él.

Había ensayado esa frase muchas veces.

—¡Por supuesto que no! —respondió Amelia, y él percibió la precisión de su francés, el acento perfecto.

—Es que no he aprendido inglés. Y en la agencia me dijeron que tú hablas francés muy bien.

—Bueno, es muy amable por su parte. Se me ha oxidado un poco.

La siguiente parte también la tenía ensayada. «Mi madre es británica, y a los británicos les gusta beber té. Me ofreceré a prepararle uno. Así rompo el hielo y tengo algo que hacer para combatir la incomodidad de los primeros minutos». Cuando ella aceptó, François sintió alivio y la condujo por el pequeño apartamento hasta una cocina que daba a la calle. Ya había dispuesto dos tazas con platito y un cuenco de azúcar moreno, y notaba que ella lo observaba con atención científica mientras él llenaba el hervidor de agua y sacaba un cartón de leche de la nevera.

—¿Te apetece una galleta?

—No, gracias —contestó ella con una sonrisa amplia y encantadora.

Su aspecto era impresionante; era lo que su abuelo habría llamado *sofistiquée*. Se le notaba la euforia en la mirada; se esforzaba mucho por ocultarla. François sabía que quería abrazarlo de nuevo y disculparse por todo lo que había hecho. Tras la pantalla británica de la sonrisa agradecida y de los gestos comedidos, había una mujer abrumada por el privilegio de haberlo conocido.

Pasaron las siguientes cuatro horas enfrascados en una conversación. Lo

sorprendió que Amelia le dijese casi de inmediato que trabajaba para el SSI.

—No soporto la idea de que haya más mentiras entre nosotros —le explicó—. Ni que decir tiene que no es un tema del que hable a menudo.

—Claro.

Su franqueza le resultó tan inesperada que se atrevió a bromear sobre su profesión.

—Supongo que será genial tener una madre como Jason Bourne.

Ella se rio, pero François se dio cuenta de que le había reconocido el papel biológico de madre antes de lo que pretendía. No se trataba de un error, pero tampoco era como quería que se desarrollase la tarde. Sospechaba que con el secreto que ella acababa de revelar, Amelia pretendía establecer un vínculo entre ambos: era algo que ni siquiera sus padres adoptivos sabían de ella. Y lo consiguió. A partir de ahí, él se asombró de lo fácil que era hablar con ella; no hubo silencios incómodos ni momentos en los que deseara estar solo en el apartamento. Hablaron sobre su profesión en el sector de la informática, departieron sobre el horror de los ataques de Egipto. Amelia demostraba una sensibilidad extrema en cuanto a la pérdida de sus padres, pero no se comportaba de manera sentimental. Eso le gustó a François. Significaba que tenía carácter.

Llegado el momento, él preguntó por Jean-Marc Daumal, pero resultó que Amelia sabía muy poco de él.

—La última vez que lo vi —admitió— fue la noche que me marché de su casa.

Confesó que, pese a enfrentarse a una tentación casi constante, sobre todo en los inicios de su carrera profesional, nunca lo había rastreado ni había pedido a ningún colega de París que echase un vistazo a sus datos fiscales.

—¿Harían eso? —preguntó él.

—Sí, claro —contestó ella.

Solo en un momento François sintió que Amelia se pasaba de la raya: cuando insinuó que esa reunión podía ser la antesala de otra, que él podría buscar a su padre biológico si Jean-Marc seguía con vida.

—Más que nada —dijo ella—, quiero que seas consciente de que en tu vida hay gente que te tiene mucha estima, a pesar de todo lo ocurrido.

El comentario le pareció de mal gusto y algo prepotente, pero reaccionó con disimulo.

—Gracias —respondió.

En ese momento estaban de pie, así que dejó que ella le diese otro abrazo. No identificaba su perfume; le sonaba que una de las chicas de su instituto lo había llevado en una fiesta, el día que se besaron.

—Me gustaría mucho que mañana vinieses al funeral.

—Será un honor —respondió Amelia.

Más tarde, cuando ella ya se había marchado, y a pesar del éxito asombroso de su primer encuentro, François tenía una sensación apabullante de agotamiento. Se dijo

que era de esperar. Estaban al principio de lo que él deseaba que llegase a ser una relación profunda y gratificante, pero para conseguirlo, iba tener que recurrir a fuerzas de reserva y a una fortaleza mental que en aquel momento quizá ni siquiera sabía si tenía. Formaba parte del trato que había hecho consigo mismo. Estaban conociéndose.

Cuando Sami lo llamó de nuevo, ya eran las once y media. Kell había cenado otro sándwich Club en la habitación y había leído un centímetro de *The Scramble for Africa*, de Thomas Pakenham. Cuando contestó la llamada, oyó la misma cacofonía de música árabe, como si estuviera en una sala llena de danzarinas del vientre pasándose el bomba. Entonces, Sami dijo:

—Acaban de bajarse.

Aún parecía tenso, como si se hubiera enfrentado a los límites de su propia decencia. A los agentes en estado embrionario les ocurría a menudo: la culpa y la adrenalina les recorrían el cuerpo como un veneno y su antídoto.

—François la ha llevado al Valencia para asegurarse de que llegaba sin problema. Ha dicho que quería tomar un coñac en el bar de su hotel. Podríamos quedar en alguna parte y le cuento lo que ha pasado. La madre es una mujer interesante.

Kell estuvo a punto de pedirle que repitiese lo que acababa de decir, pero de pronto percibió la lógica del asunto con la misma claridad que la trayectoria del sol de poniente. Malot era hijo de Amelia y había nacido en Túnez más de treinta años atrás. ¿Podía ser? Kell repasó el expediente de su antigua compañera. Las fechas encajaban a la perfección: Malot había nacido en 1979, unos meses después de que Amelia dejase de trabajar como *au pair* en Túnez. ¿Cómo se le había escapado esa conexión? Philippe y Jeannine debían de haberlo adoptado al nacer, sin que quedase ni rastro de Amelia Weldon en la documentación ni en la partida de nacimiento. La destreza con la que había mantenido al hijo en secreto lo maravilló; la investigación de antecedentes que hacía el Servicio Secreto de Inteligencia era exhaustiva y, sin embargo, François les había pasado desapercibido. ¿Quién era el padre? ¿Algún miembro de la comunidad de expatriados de Túnez? No quedaba constancia de ningún posible novio en los informes previos a su reclutamiento. ¿Acaso la habían violado?

Kell miró las paredes encaladas de su habitación y la moqueta desgastada de color beis y se frotó los ojos.

—Sube a mi habitación —le propuso en voz baja—. Podemos hablar aquí.

No esperaba ninguna clase de resentimiento, pero estaba enfadado con Amelia porque consideraba que lo había engañado. Al fin y al cabo, el hecho de que ninguno de los dos tuviese hijos era el gran vínculo privado que los unía: una carencia de la que ambos se dolían en silencio. No obstante, la maestra de espías llevaba todo ese tiempo ocultándole una sencilla historia de juventud. Entonces, empezó a sentir una pena muy grande por su amiga, porque no era capaz de imaginar la agonía de aquella separación, la de tener un cuerpo creciendo dentro del tuyo durante nueve meses, un bebé que te habla desde el útero, para que luego se lo llevasen a vivir una vida de la que ella apenas sabría nada. Kell quería llamar a la puerta de Amelia y decirle que podía contar con él siempre que necesitase hablar de lo ocurrido.

—Te estás poniendo blando —musitó para sí, y se levantó como si con ello fuese a recuperar el decoro profesional.

Encendió la luz de la habitación y se sirvió lo que quedaba del pegajoso vino tinto que había pedido con la cena: Hannibal, el veneno local. Cogió la cámara de la cama y se puso a mirar las fotos que les había sacado en la piscina. En total, había unas cincuenta de ambos. Se fijó bien y se convenció de ver un parecido, con la consecuente sensación de estar inmiscuyéndose en la intimidad de Amelia. Esas vacaciones en Túnez serían una de las pocas ocasiones en las que consiguiesen estar juntos a solas, y él no tenía derecho a espiarlos. Para Kell, la intimidad había tenido una importancia superlativa a lo largo de toda su larga carrera profesional, y sabía que Amelia compartía ese sentimiento. Siendo agente de inteligencia disponías de muy poco espacio en el que disfrutar de una vida libre de escrutinio, y los momentos de reclusión en los que podías bajar la guardia eran sagrados. Por ejemplo, la casa que Amelia tenía en Wiltshire era un refugio adonde ella iba tan a menudo como le era posible para escapar de las presiones del mundo de los secretos. Kell no tenía un escondite comparable al de Amelia, sino que había estado yendo y viniendo entre Claire y Vauxhall Cross hasta que su faceta personal y la profesional se habían enredado en un nudo que no parecía capaz de deshacer. Por un lado tenía al Servicio, que quería su cabeza en una bandeja por lo de Afganistán, y por el otro, a una esposa que no lo dejaba salir de una jaula de resentimiento y frustración.

—Por ti —brindó Kell en voz alta, y alzó la copa en honor a Amelia—. Por las madres —añadió en voz más baja, y bebió un trago.

Al crematorio acudieron solo tres dolientes, porque había un funeral más multitudinario programado para el otoño. François había insistido en que Amelia se sentase a su lado y la hermana de su madre, al otro. Al acabar, y una vez en el apartamento de su tío, François presentó a Amelia diciendo que era una vieja amiga de la familia que provenía de Inglaterra, aunque más tarde se había disculpado por ello: «Todavía no me atrevo a contarle a todo el mundo quién eres». La decisión de ir a Túnez la habían tomado esa misma noche. François le había contado que estaba desesperado por salir de París, y Amelia no soportaba la idea de separarse de él habiendo transcurrido tan poco tiempo desde que se habían conocido. ¿Cuándo volverían a tener la oportunidad de estar juntos? Así que había contactado con su ayudante de Vauxhall Cross para anunciar que después del funeral necesitaba tomarse unos días e informar de que iba a pasar dos semanas en el sur de Francia para gastar todas las vacaciones que le quedaban. A modo de tapadera para el viaje a Túnez, reservó una habitación en Niza, donde debía asistir a un curso de pintura. Recibió una llamada de Simon Haynes, que comprendía que necesitara ese descanso, y un correo electrónico irascible de George Truscott para señalarle la considerable inconveniencia de abandonar el Ministerio avisando apenas veinticuatro horas antes. Aparte de esas dos reacciones, su ausencia no parecía haber generado más comentarios.

Llegado el viernes, Amelia estaba en Gammarth bajo la identidad de Farrell, alojada en un hotel ubicado enfrente del Ramada, donde se había instalado François. La intención era añadir una segunda capa de secretismo que quizá ni siquiera fuese necesaria. Él no había cuestionado la estrategia ni puesto pegas al subterfugio; en todo caso, parecía disfrutar de la intriga y hasta bromeó con la posibilidad de que fuese hereditario.

Al principio, regresar a Túnez después de más de treinta años le causó a Amelia melancolía e inquietud, pero a medida que pasaban los días y visitaban varios de los lugares que ella solía frecuentar, el viaje le proporcionó una satisfacción emocional que no había anticipado. A primera vista, había cambiado poco: recordaba el silbido de los vencejos cuando, al atardecer, surcaban el aire a toda velocidad; el calor seco y abrasador; el parloteo constante de los hombres. También el jardín de La Marsa, las noches largas en brazos de su amante, su desprecio por la esposa de Jean-Marc y por sus hijos, la crueldad de su deseo de poseerlo a él. Llevó a François a Le Golfe, un restaurante al que su padre no se había atrevido a ir por miedo a que uno de sus colegas o amigos los viese. Túnez, antes del embarazo, era el lugar donde Amelia había empezado a estudiar árabe, y de camino a clase ella rondaba las calles de la medina con falda y un pañuelo en la cabeza mientras los chicos tunecinos se quedaban boquiabiertos y le silbaban a su paso. Estaba convencida, como todos los jóvenes serenos lo están a su edad, de que Amelia Weldon era distinta del resto de las estudiantes y mochileras que pasaban por Túnez: niñas de mamá que viajaban con el



dinero de la cuenta de papá. Pasadas tres décadas, sentía nostalgia de ese tiempo, sobre todo porque hacía mucho que había dejado de ser una de las chicas más cautivadoras de la ciudad. En la segunda década del siglo XXI, Amelia Levene no era más que una turista inglesa de mediana edad, objetivo de los mercaderes que vendían alfombras y polos de imitación. Era como si los mismos hombres a los que ella había visto en 1978 estuviesen bebiendo el mismo té en el mismo café, y hubiese mujeres idénticas a las de antes escondidas en los callejones y tras las puertas alicatadas de la medina, lavando hortalizas. Las cestas de boda de color rosa y crema, los montones de especias y de té seguían esperando comprador en el mercado. Nada había cambiado. Y, sin embargo, era obvio que eso no era cierto. Las jóvenes llevaban maquillaje y vaqueros de Dolce&Gabbana; sus novios iban pegados a un teléfono móvil, y de las paredes de los cafés colgaban pósteres de futbolistas del Chelsea. Los niños que corrían haciendo de las suyas entre el polvo y el gasoil de 1978 eran ahora los adultos que conducían el taxi que Amelia había tomado para ir al museo Boudu o que habían colocado la servilleta a François cuando se había sentado a comer en Dar El Jeld.

—Yo fui feliz aquí —le contó.

Lo había admitido en un momento de sentimentalismo, con la guardia baja, y se había arrepentido al instante. Porque ¿cómo podía haber sido feliz si estaba a punto de renunciar a su hijo?

—Antes de aquello —añadió, y se le trabó la lengua al decirlo en francés—. Me encantaba la libertad de la que disfrutaba. La sensación de estar lejos de Inglaterra.

—Y, sin embargo, ahora trabajas para tu país —repuso François.

—Ni que lo digas —contestó. Alzó la copa para brindar por él y se fijó en la refracción del cristal—. Supongo que es así.

Un golpe en la puerta, un tamborileo suave desde el pasillo. Kell quitó la cadena de seguridad e invitó a Sami a pasar. Un encuentro extraño a medianoche entre dos hombres. Abrió la puerta del balcón para que entrase aire fresco. En el suelo, junto a la cama, había una botella de Macallan, adquirida libre de impuestos de camino a Niza; Kell sirvió tres dedos de *whisky* en cada uno de los dos vasos del baño y, entretanto, se disculpó por «el ambiente de secretismo», una frase que le costó traducir al árabe.

—No pasa nada —respondió Sami—, lo entiendo.

La tarde larga al volante del taxi había dejado al tunecino encorvado y acartonado, pero en cuanto cruzó la habitación y se plegó en el sofá bajo, Kell vio que le brillaban los ojos de la emoción.

—Bueno, ¿lo han pasado bien? —quiso saber Kell.

Era una pregunta ambigua que le dejaba a Sami suficiente espacio para rellenar los huecos.

—Sí. Es una historia increíble. —Sami se inclinó hacia delante. Calvo, regordete y cargado de noticias—. ¿La conoce?

—Cuéntamela —pidió Kell—. He olvidado muchos detalles.

Y eso fue lo que hizo el hombre. Hacía treinta años, Amy —ese era el nombre que estaba usando Amelia— estaba trabajando en Túnez y se había quedado embarazada sin estar casada. Como era adolescente y de padres católicos estrictos, decidieron que debía dar al bebé en adopción. Ese niño era François: lo llevaron a Francia y creció en París con Philippe y Jeannine Malot. Por desgracia, sus padres adoptivos habían sido víctimas de un trágico asesinato unas semanas antes, durante unas vacaciones en Egipto. Al leer el testamento del padre, François había averiguado las circunstancias de su nacimiento y, sin dudarlo ni un instante, se había puesto en contacto con la agencia de Túnez que había gestionado la adopción.

Kell escuchó con menos asombro del que habría mostrado en circunstancias normales, pues estaba contándole lo que ya sospechaba. Al fin y al cabo, la historia tenía sentido. La única sorpresa era que Amelia hubiese conocido a su hijo hacía tan solo unos días, pues Kell había dado por sentado que la relación se había desarrollado a lo largo de varios años. ¿Por qué había dado por buena una idea que no tenía fundamento alguno?

—¿Quién te ha dicho todo esto? —quiso saber—. ¿Cómo ha salido el tema?

—François. Le he preguntado qué hacían en Túnez tan poco tiempo después de la revolución, y me ha contado toda la historia.

—¿Y Amy no ha dicho nada? ¿Le ha dejado hablar, sin más?

Kell quería averiguar por qué motivo Amelia le había permitido a François semejante indiscreción. Quizá hubiese bajado la guardia y no hubiese visto razones para desconfiar de Sami.

El taxista respondió que sí con la cabeza.

—La señora ha estado mucho más callada. Él es el que habla.

—Pero ¿parecía contenta? ¿Estaban a gusto los dos juntos?

—Sí, claro —contestó Sami. Había dado cuenta de los tres dedos de *whisky* y le enseñó el vaso para que le sirviese más—. ¿Me permite una pregunta personal?

Kell cogió la botella del suelo y complació su petición.

—Claro.

—¿Por qué quería que los siguiese?

Sami era un hombre directo, a todas luces amable y dócil, y tenía una vena romántica natural que, sin duda alguna, había respondido al dramatismo de la historia de François.

—Alguien me paga por ello —respondió Kell. En la habitación contigua, un hombre se puso a toser. Trató de cambiar de tema—. Debes de estar cansado.

Sami se encogió de hombros. Antaño, durante las operaciones, e incluso con Elsa en Niza, Kell siempre había intentado imaginar las circunstancias privadas de sus contactos. Era una de las distracciones del oficio, una manera de pasar el tiempo en los largos períodos de espera. Suponía que a Elsa le gustaba la música *rock* y que se iba a la cama con hombres agradecidos de pelo largo y abundancia de tatuajes. Pero ¿y Sami? ¿Quién era él? ¿Musulmán practicante? Era muy probable que no, a juzgar por la sed de *whisky* que tenía. ¿Le gustaba el deporte? ¿Las mujeres y la comida? No cabía duda de que el diámetro de su cintura, su cordialidad y la velocidad a la que se había acabado la bebida delataban a un hombre de grandes apetitos.

Kell se centró de nuevo en la conversación.

—¿Ha dicho François por qué estaban en hoteles separados?

—Sí.

La contestación fue instantánea y sobresaltada, como si Sami sospechase que Kell ya intuía algo.

—El Ramada estaba lleno, por eso ella cogió una habitación aquí. —Señaló hacia el vestíbulo con la cabeza—. La mujer se marcha mañana. Voy a llevarla al aeropuerto.

—¿Todo esto te lo han contado en una carrera?

¿Era posible que Amelia estuviese marcándose un farol porque ya sabía que Kell estaba en Túnez y que había reclutado a Sami?

—En dos —respondió, y con los dedos formó una uve regordeta al estilo de Churchill—. La gente siempre me cuenta cosas, me gusta hacer preguntas. Los turistas vienen a Túnez y te cuentan sus secretos porque piensan que no volverán a verte jamás.

La sonrisa de Kell disimuló sus dudas.

—Así que vas a llevarla al aeropuerto, ¿no?

De pronto, Sami parecía avergonzado, como si hubiese hablado de más.

—¿Es un problema, señor Stephen?

—No, claro que no. No pasa nada.

Desestimó su preocupación con un gesto de la mano y pensó en Marquand. ¿Qué le contaría al llamar a Londres por la mañana? ¿Cuánto tacto debería emplear con el secreto de Amy?

—Ten cuidado de que no se te escape nada sobre nuestro acuerdo. No nos hemos conocido, ¿vale? No me has visto ni hemos hablado. No te he dado dinero. La gente que me paga las facturas se enfadaría mucho si Amy se enterase de que estoy siguiéndola.

—Por supuesto.

Sami dejó el vaso vacío en la mesa que había junto al sofá y puso cara de ofendido porque le hubiesen llamado la atención de antemano por un pecado que no había cometido.

—Tal vez sea hora de irme a casa a dormir un rato.

—Puede que sí.

Momentos después, Kell acompañaba al tunecino a la puerta y le decía que se relajase hasta el momento en que tuviera que llevar a Amy al aeropuerto. Lo miró mientras arrastraba los pies por el pasillo al tiempo que se preguntaba qué le diría a François si se cruzaba con él en el vestíbulo; si ese encuentro tenía la menor importancia. Al fin y al cabo, el misterio ya estaba resuelto. Kell había hecho su trabajo.

Apagó la luz y se tumbó en la cama, y entonces oyó la tos áspera de su vecino, la conversación fragmentada e indescifrable entre un hombre y una mujer que hablaban debajo de su ventana. Era casi la una de la madrugada, pero como no conseguía relajarse, se puso la chaqueta y bajó al vestíbulo, imaginando la posibilidad de encontrarse con Amelia en el bar. Sin embargo, a excepción del joven de recepción, el hotel estaba desierto y el bar, cerrado desde hacía un rato. Siguiendo un impulso, Kell salió a la parada de taxis. Uno de los conductores le preguntó si quería que lo llevase a La Marsa, y Kell se sorprendió a sí mismo accediendo, porque necesitaba alejarse del hotel, de la claustrofobia de la ocultación y la estrategia. Además, tocaba celebrar. El taxista, que no pronunció ni una palabra durante los diez minutos de trayecto por la costa, lo dejó en Plaza Corniche, un bar de moda en el centro de La Marsa donde los camareros vestían como si fueran pilotos de avión en una escala y los italianos de piel de caramelo se comían con los ojos a las bandas de tunecinas hermosas. Kell había olvidado lo poco que le gustaba salir solo: era demasiado viejo para ir a discotecas, pero estaba demasiado excitado para dormir. Media hora más tarde, después de haber tomado solo una cerveza alemana de importación, salió y encontró al taxista esperándolo en la esquina de enfrente. Justo cuando se ponían en marcha, Sami lo llamó al móvil. La música, las danzarinas del vientre y después:

—¿Señor Stephen?

—¿Sami? —Kell miró la hora—. ¿Qué pasa?

—Siento llamar tan tarde. Es que se me ha olvidado una cosa importante.

—Dime.

—Mañana, lo del barco. François tiene reserva para el ferri que sale de La Goulette. Se marcha y viajará de noche hacia Marsella.

Al día siguiente solo zarpaba un ferri de pasajeros hacia Marsella. Kell regresó al Valencia, reservó un camarote interior en la página web de la compañía SNCM, canceló el vuelo de regreso a Niza y durmió unas horas antes de pedir que le llevaran el desayuno a la habitación. Sami lo llamó a las ocho para decir que iba de camino al Ramada a recoger a Amelia y a François.

—Quieren que lleve a la señora Farrell al aeropuerto. Después dejaré a François en la terminal marítima. Están muy cerca el uno de la otra.

Kell dio por sentado que el taxista hablaba de la distancia entre el aeropuerto y La Goulette y que no se trataba de la opinión de Sami acerca de la relación entre Amelia y su hijo. No confiaba lo suficiente en el sentido del humor del taxista como para hacer un chiste sobre el tema.

—¿Tienes idea de por qué razón François no va en avión?

—Dijo que si puede elegir, prefiere ir por mar. Amy va a Niza.

«Al curso de pintura», pensó Kell, y se preguntó si los Knight seguían cumpliendo con su deber de asistir a las clases día tras día, con la vana esperanza de echarle el ojo a su objetivo. Lo más probable era que Amelia vaciase la habitación del Gillespie y el domingo por la noche ya estuviera de regreso en Londres.

—Llámame cuando hayas acompañado a François a la terminal —le pidió—. Voy a dejar el último pago dentro de un sobre, en recepción. Mil quinientos dinares, ¿te parece bien?

—Gracias por su generosidad, señor Stephen.

—De nada.

El puerto era una extensión de cemento de cuatrocientas hectáreas con grúas y camiones, gaviotas haciendo cabriolas al viento, rampas que subían a ferris repletos de coches. Kell cogió un taxi hasta la terminal de SNCM y, con el sol en plena cara, hizo cola en una pasarela elevada detrás de una familia de tunecinos que parecían recién llegados del desierto. Un anciano encorvado le lanzó una mirada lenta de desdén antes de ordenarle a un niño —tal vez su bisnieto— que atase bien una bolsa de plástico azul llena de ropa y zapatos que amenazaba con soltarse de la correa que la sujetaba a un carro metálico. Las manos del viejo eran largas y oscuras, de huesos ensanchados debido a los años de trabajo. Kell pensó en cuáles serían las circunstancias de la familia: ¿emigraban a Francia? Al parecer, llevaban consigo todas sus pertenencias, metidas en tres maletas que habían vivido mejores tiempos así como en las cajas de cartón reblandecido que sobresalían del carro como vientres hinchados.

La cola avanzaba deprisa, y Kell no tardó en llegar a una sala de espera interior.

Era un cubo de techos altos y tres de los lados estaban ocupados por mostradores de venta de billetes, puestos de recuerdos y una cafetería donde vendían *pizza* y crepes. Un empleado de SNCM de la edad de Sami y aspecto tan elegante y urbano como el de cualquier jefe de espías londinense le entregó el billete. El trabajo de aquel caballero era de esos que Kell jamás había querido tener: confinado en una habitación, repitiendo las mismas tareas mundanas día tras día. Compró un café y se sentó junto a una ventana con vistas al puerto. Le extrañó descubrir que todo estaba cubierto por una película de humedad, como si de pronto una marea purificadora hubiese llevado el mar de la mañana hasta el interior de la estancia.

Cinco minutos más tarde, entre la muchedumbre de pasajeros que esperaban, vio a François a cincuenta metros, en el control de seguridad. Estaba enseñándole el billete a un guardia. Llevaba un par de auriculares colgando del cuello y, en la mano, una bolsa de mano de cuero de esas que gustan a los hombres modernos del sur de Europa. El agente del control de pasaportes le señaló el par de gafas caras de diseño que le ocultaban los ojos con sus cristales oscuros, y Kell lo vio colocárselas sobre la cabeza con una expresión casi altanera y desdeñosa. Tal vez, después de haber pasado una semana en compañía de la futura jefa del Servicio Secreto de Inteligencia, se sintiese más importante en presencia de personas con poca autoridad. Entonces, giró a la izquierda y salió del campo de visión de Kell. Este se terminó el café sin prisa ni pánico alguno. Tenía veintidós horas en barco por delante: tiempo de sobra para presentarse a *monsieur* François Malot.

El ferri era idéntico a muchos de los que Kell había tomado de pequeño para cruzar el canal de la Mancha siempre que iba a pasar las vacaciones con su familia a la costa de Normandía: un barco para coches y pasajeros con varias cubiertas, pasillos abiertos a babor y estribor, y una cubierta superior bajo la chimenea. Encontró el camarote en el vientre del buque, una habitación diminuta, encajada a presión entre otras cien dispuestas en pasillos idénticos y entrecruzados, en la que no tardó en perder el sentido de la orientación. Al desplegar la cama de la pared del camarote oyó la voz de su padre —«Aquí no cabe ni un alfiler»—. De inmediato, el espacio había quedado reducido a la mitad. Metió el equipaje debajo. Junto a la almohada, había un estante pequeño de plástico moldeado, debajo de un espejo rayado; y a la derecha de la puerta, un baño apenas unos centímetros más amplio que una cabina de teléfonos. Kell se sentó en la cama, dejó la botella de Macallan del *duty-free* a medio beber en la balda, a continuación sacó la tarjeta de memoria de la cámara y subió a echar un vistazo.

Ni el mínimo rastro de François. Recorrió cubierta por cubierta y fue de salón en salón, reconociendo el territorio. Dos mujeres con velo habían acampado en una especie de recepción que había en el sexto nivel; habían colocado unas colchonetas de espuma en el suelo y ahora dormían a pierna suelta. Una puerta conectaba el espacio con una sala soleada donde unos cincuenta norte africanos se habían hecho con las hileras de sillones tapizados de cuero. Era mediodía y comían un pícnic

compuesto de huevos duros, lechuga y pan. Un hombre estaba cortando un tomate con una navaja y untando algo que parecía *harissa* casera en una barra de pan. Ya había pelado sus huevos, y Kell observó cómo reunía todas las cáscaras con mucho cuidado para meterlas en un contenedor de plástico que tenía en el suelo junto a él. Sintió una punzada de hambre y fue a buscar algo de comer. Dos cubiertas más arriba había un restaurante, pero estaba cerrado, y un camarero francés muy amable le explicó que servirían la comida en cuanto hubiesen zarpado. Entonces Kell salió a la cubierta de babor, apoyó las manos sobre la pintura desconchada de la barandilla y observó mientras los últimos coches entraban por la popa del buque. Hacía un día brillante de verano, limpio y reluciente, de luz salina y cegadora. Kell respiró hondo para despejar la sensación que tenía de haber pasado días encerrado. A su lado, un argelino con bigote hacía fotografías del puerto; otro saludaba con la mano a una familia reunida en el aparcamiento. Parecía estar a punto de echarse a llorar.



Los años, como reza la expresión, no le pesaban a Jean-Marc Daumal. Después de Túnez, ya en los primeros meses de la nueva década, lo habían destinado a Buenos Aires, donde había disfrutado de un asiento en primera fila con vistas a la invasión argentina de las islas Malvinas y, cómo no, se había embarcado en una relación tempestuosa con una de las secretarias de su oficina en la avenida San Juan. Con el paso del tiempo, si bien la pasión por Amelia Weldon no había remitido del todo, sí había sido sustituida por algo más parecido al resentimiento y la vergüenza. A Daumal le fastidiaba que una joven hubiese dominado sus emociones de aquel modo. ¿Acaso la había conocido en un momento de particular vulnerabilidad? Ninguna otra de las mujeres con las que se había implicado a lo largo de los siguientes veinte años de carrera había pasado de ser para él más que un divertimento pasajero.

Daumal había resuelto el enigma de la desaparición de Amelia unos dieciséis años después de partir de Túnez. Durante el banquete de boda de un cliente adinerado que se celebró en Atlanta, en el estado de Georgia, Jean-Marc había alcanzado a ver al otro extremo del entoldado blanco ni más ni menos que a Joan y a David Guttmann, la *wasp* y el judío que habían cobijado a su amante la noche que ella huyó de La Marsa. En aquellos primeros días tan duros de 1978, Jean-Marc había renunciado enseguida a la teoría de que Guttmann le había robado a Amelia. El motivo era sencillo: alrededor de la fecha de su desaparición, él había pasado seis semanas en Israel. De hecho, Joan se lo había aclarado todo más tarde. Tres días después de que Amelia se marchase, ella quedó para comer con Céline y le confesó que uno de los jóvenes con los que Amelia había entablado amistad la había dejado embarazada. Según ella, había tomado la difícil decisión de regresar a casa en avión y abortar. Esperaba que todo el asunto cayese en el olvido y que los Daumal encontrasen el modo de perdonar a la *au pair* su comportamiento imprudente e inaceptable.

Como cabía esperar, Jean-Marc supo que el bebé era suyo, y por mucho que el amor que sentía por Amelia lo abrumase, no pudo reprimir una sensación paralela de alivio intenso al enterarse de que había interrumpido el embarazo. No cabía duda de que un hijo ilegítimo habría dirigido a Céline a los tribunales en busca de un divorcio, y el escándalo habría dado al traste con las oportunidades de que lo ascendiesen en la oficina de Argentina, además de tener un efecto perjudicial duradero en el desarrollo personal de Thibaud y de Lola. No, pensándolo bien, se alegraba de que Amelia hubiese demostrado tal madurez y sensatez.

Sin embargo, todavía faltaba la sorpresa final. Aquella tarde radiante de verano en Atlanta, David Guttmann había bebido demasiado. Había olvidado la sarta de mentiras que su mujer y él habían compuesto con tanto cuidado en 1978 y había dado por sentado que Jean-Marc estaba al tanto de que Amelia había pasado una temporada larga en Túnez, en un apartamento cerca de su casa, mientras el bebé

crecía en su vientre. Al mismo tiempo que trataba de disimular su asombro, Jean-Marc cayó en que Amelia no había abortado, sino que había dado a luz a un hijo. Cuando, en pleno estado de embriaguez, Guttman se dio cuenta de la magnitud de su error, soltó la primera mentira que le pasó por la cabeza y trató de recular.

—La gran tragedia es que el bebé falleció unas semanas después.

—¿De verdad?

—Sí, por desgracia. Fue estremecedor. Tuvo septicemia o algo así. No conseguimos saber lo que le pasó exactamente. Seguro que Joan se acuerda, pero es mejor no sacar el tema esta noche, ¿no crees? Que yo recuerde, el hospital no estaba tan limpio como debería. Sí, tuvo que ser alguna infección.

En 1996, Jean-Marc Daumal vivía en París y había volado a casa con la firme intención de averiguar qué había sido de su hijo. Pese a haber pagado un precio exorbitado por contar con los servicios de un detective privado de Mayfair, en Reino Unido no encontró ni rastro de Amelia Weldon. Las indagaciones que hizo por su cuenta en diversas agencias de adopción tunecinas arrojaron resultados similares. No fue hasta una década más tarde, mucho después de haberse jubilado y de haber regresado a la casa familiar de la Borgoña, cuando Daumal descubrió el paradero de Amelia. Su hijo Thibaud, que era periodista en París, había llevado a casa a una novia que por casualidad trabajaba para el Ministerio del Interior. Ansiosa por causar buena impresión al hombre que esperaba que algún día se convirtiese en su suegro, la chica, que se llamaba Marion, había accedido a averiguar todo lo que pudiese acerca de *mademoiselle* Amelia Weldon. La consiguiente indagación sobre una conocida agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico había llamado la atención del servicio francés de inteligencia extranjera, que de inmediato interrogó a Marion para descubrir el motivo de la búsqueda. Ella correspondió señalando a Jean-Marc Daumal, que accedió a asistir a una reunión a la hora de comer en Beaune, con un agente de la Dirección General de Seguridad Exterior que se identificó como Benedict Voltaire.

«Dígame, *monsieur* —había empezado Benedict justo cuando el camarero les abría la carta y se la ofrecía al inicio de una comida que acabó convirtiéndose en memorable—, ¿qué recuerda de su estancia en Túnez? ¿Hay algo que pueda decirnos, por ejemplo, de una mujer llamada Amelia Weldon?».

Espiar es esperar.

Kell regresó a su camarote, cogió *The Scramble for Africa*, se perdió en el laberinto de pasillos y al final encontró el camino para llegar al restaurante, donde comió a gusto. Daba la impresión de que el ferri, que ya salía a mar abierto, solo iba lleno a medias; fuera del restaurante no se había formado cola, y dentro había suficientes mesas para acomodar a los pasajeros, en su mayoría franceses, que habían aparecido en masa desde las cubiertas inferiores después de aparcar el coche. No se veía a ningún africano; la comida era francesa, los precios estaban en euros y la clientela era blanca en su totalidad. Kell se entretuvo leyendo mientras tomaba un café sin prisa y esperaba a que François hiciese acto de presencia, pero a las dos y media aún no lo había visto y se dio por vencido pensando que el francés habría almorzado en la cantina de autoservicio. Pagó la factura y subió a la cubierta principal pasando por la cantina, justo cuando los edificios bajos y encalados de Cartago se convertían en una línea de tiza en el horizonte. El lugar estaba desierto, a excepción de una joven pareja británica en plena maniobra de minimización de daños, con dos niños pequeños gritando y un bebé. La madre le daba papilla al último con una cuchara mientras los otros dos bombardeaban el suelo de linóleo con juguetes de plástico. Había un charco de agua de mar. Todos tenían aspecto de estar exhaustos.

Al final, como cuando encuentras una calle sin la ayuda de un plano, Kell dio con François, que estaba junto a la barandilla de popa de la cubierta principal, contemplando los remolinos de la estela. A lo lejos, la costa de Túnez quedaba oculta tras la neblina. Al lado de François se hallaba un hombre más alto, con barba, que vestía vaqueros y camisa azul. El tipo tenía una cabellera negra y lustrosa, sin duda teñida, debía de contar unos cincuenta y cinco años y fumaba un cigarrillo sin filtro que acabó tirando por la borda. El viento no arrastró la colilla, que cayó en una cubierta inferior. La conversación que mantenían parecía relajada y natural, aunque su proximidad física denotaba cierta familiaridad. Tal vez llevasen un rato charlando, o se conociesen de antes. Kell se apoyó en la misma barandilla unos metros más allá, desde donde alcanzó a oír el nombre del tipo —Luc— y algún comentario sobre hoteles de Marsella. El rugido grave y constante que salía de la chimenea del buque sofocó toda esperanza de escuchar el resto de la conversación.

Encendió un cigarrillo. Siempre que estaba en un entorno donde quizá necesitase contactar con un agente o con algún desconocido, llevaba un paquete encima. Un mechero podía ser el catalizador de una conversación; un cigarrillo servía para ocupar manos inquietas. Kell se volvió y miró las sillas de plástico y el puñado de pasajeros que echaban la siesta bajo el sol implacable del Mediterráneo. Estaban atrapados en el limbo del viajero, la tierra de nadie de la espera que implica ir de un lugar a otro. Sin nada más que hacer aparte de leer, dormir y comer. El viento le azotaba el rostro

y hacía ondear con violencia la bandera francesa de la popa, y los dos hombres seguían hablando en voz baja: en ningún momento acudió una carcajada a interrumpir su conversación en francés. Al cabo de un rato, Kell bajó a la siguiente cubierta por una escalera engrasada por el mar y aguardó justo debajo de ellos con la esperanza de que la brisa lo ayudase a oír sus palabras. No obstante, no sirvió de nada: el rumor del motor ahogaba el resto de los sonidos. Sin nada más que probar, encendió el móvil inglés, pero lo único que consiguió fue ver cómo la última rayita de la cobertura se desvanecía a medida que se dirigían al norte.

No vio de nuevo las barbas de Luc hasta la hora de cenar. El compañero de François estaba comiendo solo en la mesa de la esquina, a poco más de un metro de donde se había sentado Kell. De espaldas al comedor, se encorvaba sobre un documento bastante extenso que leía con atención entre bocado y bocado de pollo guisado con arroz. Kell tenía por compañía una puesta de sol gloriosa y la revista *Time*, y empezaba a preguntarse por qué se había molestado en seguir a François a Marsella. Pensó que, sin duda, habría sido mejor ir tras los pasos de Amelia hasta Niza, recibir el parte de los Knight, enviar un informe completo a Londres y una factura a Truscott por las molestias.

Estaba a mitad del postre cuando Luc se levantó y se acercó al bufet de ensaladas cercano a la entrada del restaurante. Le dio la sensación de que estaba estudiando la oferta: pepinos con salsa de yogur, montones de zanahoria rallada, maíz de lata escurrido. Mientras Luc se servía un triángulo de queso industrial, François entró en el restaurante y en su campo de visión. Kell vio que ambos establecían contacto visual, que eran conscientes de la presencia del otro, pero no intercambiaron ni siquiera un saludo. Luc miró el plato; François se fijó de inmediato en un camarero que lo guio a una mesa en el lado de estribor. Kell se puso a pensar qué significaba lo que acababa de presenciar: ¿hacían ver que no se habían visto? ¿Era la clásica situación en la que un pasajero evita a otro por miedo a verse obligado a sentarse con él? ¿O había algo más?

François se sentó. Desplegó la servilleta, se la puso en el regazo y cogió la carta. Lo habían instalado justo delante de Kell, pero no le prestó ninguna atención, y tampoco a los demás comensales. La luz de la puesta de sol entraba por las ventanas y teñía las paredes del salón de un resplandor naranja intenso. Observarlo en ese estado de soledad era curioso, porque gran parte de su arrogancia y presunción había menguado; de un modo u otro, destacaba menos y no parecía tan confiado como el hombre al que había fotografiado en el hotel. Quizá le estuviera pesando el duelo. Kell sabía de primera mano que la pérdida de un progenitor podía mantenerte atrapado meses, o incluso años. Su madre había fallecido de cáncer de mama durante su segundo año en el SSI, y él no había conseguido aceptar la pérdida hasta hacía poco tiempo. François no llevaba consigo libro alguno, ni un periódico, y se contentaba

con comer, beber vino y dejar vagar la mirada y el pensamiento. En una ocasión, notó que Kell lo observaba, le devolvió la mirada y saludó con un gesto que le recordó tanto a Amelia que estuvo a punto de levantarse de la silla, presentarse como viejo amigo de la familia y compartir con él recuerdos de la vida y la carrera profesional de su madre. Mientras tanto, Luc había terminado de cenar y hacía gestos impacientes a un camarero para que le llevase la cuenta. Kell hizo lo mismo; pagó la comida y el vino con la tarjeta de débito de Uniacke y, cuando Luc salió del restaurante, fue tras él.

Seguirlo no fue sencillo. Un cambio de dirección, un giro curioso de la cabeza y Luc lo habría visto sin problemas. Las escaleras eran cortas y estrechas y los corredores estaban casi vacíos. Trató de mantener la distancia, pero no tanto como para no darse cuenta si hacía un giro repentino o si bajaba a otro nivel. Enseguida le quedó claro que Luc se dirigía a los camarotes. Descendió cuatro pisos y llegó a la cubierta que quedaba justo debajo de donde Kell tenía el suyo. Pronto se adentraron en el entramado de pasillos y perdió la orientación. Al llegar al centro de uno de los corredores estrechos y de luz amarillenta, Luc se detuvo frente a su camarote. Desde una distancia de unos cincuenta metros, Kell lo observó mientras pulsaba un código de cuatro dígitos en la puerta. El francés entró, colgó el cartel de «No molestar» del pomo de la puerta y la cerró. Kell esperó unos segundos, pasó por delante y tomó nota del número del camarote: 4571. Entonces regresó al suyo y, para hacer tiempo mientras François terminaba de cenar, releyó un poema de Heaney que le había gustado estando en Túnez. El poema se titulaba «Colofón», y en la última página de *El nivel*, Kell subrayó una frase —«el relámpago aterrizado de una bandada de cisnes»— que le pareció de una belleza especial. Dejó el libro abierto boca abajo sobre la cama y regresó arriba sin más pretensión que sentarse entre los pasajeros en el salón, a la espera de que François se detuviera allí a tomar algo. Si así era, entablaría una conversación; de lo contrario, trataría de hablar con él por la mañana, tal vez en cubierta, mientras el barco se aproximaba a Marsella. La idea de seguirlo desde el restaurante e intentar conseguir el código de su camarote no tenía futuro. Lo único que necesitaba era una oportunidad para hablar con él y hacerse una composición de su carácter. Se preguntaba si Amelia le había hablado del trabajo que hacía en el ssi. Aunque iba más allá de los límites de la tarea que Marquand le había puesto, Kell quería asegurarse de que François no revelaba demasiada información en caso de hablar con desconocidos en el barco o al llegar a Francia. Si el hijo lo convencía de que era capaz de guardar el secreto, los dejaría a ambos en paz.

François Malot terminó de cenar, pagó la cuenta en metálico y se dirigió al salón de entretenimiento de la cubierta principal del barco. Quería conocer a alguna mujer y, sin embargo, no quería conocer a ninguna. Era una extraña escisión de su estado de ánimo, una confusión de deseos. Sentía la necesidad de salir de sí mismo, de conectar con una desconocida, pero no tenía ganas de embarcarse en el ritual cansino y complicado de la seducción. En cualquier caso, ¿qué posibilidades había de conocer a una chica en un barco de esa clase? Un ferri en mitad del Mediterráneo no era lo mismo que una discoteca de París o de Reims. Sería mejor esperar a llegar a Marsella y hacerlo pagando, si se le presentaba la oportunidad. En Túnez no podía arriesgarse a buscar una prostituta con las leyes tan estrictas que había, pero en el Ramada se había visto tan necesitado de contacto sexual que un par de veces había pedido cita para un masaje en el centro terapéutico solo para sentir las manos de una mujer en su piel. Las veces que Amelia lo había tocado junto a la piscina, al ponerle crema solar en la espalda, no había sido lo mismo. No era lo que François quería. Esa clase de comportamiento lo confundía.

Llevaba unos diez minutos sentado a la barra cuando reparó en un hombre que estaba de pie a su lado, tratando de llamar la atención de la camarera. François lo reconoció: era el pasajero al que había visto leyendo la revista *Time* en el restaurante. Se habían saludado con una inclinación de la cabeza, y una o dos veces mientras comía el plato de pasta, François había notado que lo miraba. Por la tez pálida y el aspecto algo desaseado, concluyó que el tipo era británico. El cuello de su camisa había perdido rigidez, llevaba barba de al menos un día y zapatos marrones rozados. Antes de darse cuenta, había intercambiado una mirada con él y estaban entablando una conversación.

—Aquí no hay manera de que te sirvan.

François se encogió de hombros. A pesar de que comprendía el inglés, no estaba de humor para mantener una conversación forzada y a trompicones con un absoluto desconocido. Además, aborrecía la actitud británica de dar por sentado que podían hablar a todos los extranjeros en inglés. El tipo pareció percibir sus reticencias y preguntó:

—*Vous êtes français?*

—*Oui* —respondió François—. *Vous le parlez?*

Al final, resultó que el hombre se llamaba Stephen Uniacke y hablaba un francés excelente. Al principio, a François le preocupaba que fuese homosexual, pero el tipo no tardó en explicarle que estaba «felizmente casado» y de regreso desde Túnez después de pasar una semana en un hotel de Hammamet.

—¿Qué le ha parecido?

—La quintaesencia de los paquetes vacacionales —contestó Stephen—. Niños montados en salchichas hinchables, tiendas de *fish and chips*, anglosajones rojos

como gambas por todas partes. Podría haberme quedado en Reading.

Finalmente, la camarera se acercó. François se había terminado un *gin-tonic* y, lejos de sorprenderse de que Stephen se ofreciese a invitarlo a otro, sintió el deber de aceptar.

—Gracias, muy amable.

—Es un placer. ¿Viaja solo?

Tal vez sí fuese gay. Puede que Stephen Uniacke pasase las vacaciones en Hammamet porque le gustaba ligar con jovencitos en la playa.

—Sí —respondió François.

No tenía muy claro que estuviese obligado a repetir la historia de Amelia. La mera idea de volver a contarla lo aburría.

—¿Y vive en Marsella?

—En París.

La brevedad deliberada de sus contestaciones parecía haber convencido al inglés de que debería cambiar de tema: se había sentado en uno de los taburetes de la barra y estaba echando un vistazo a su alrededor, como buscando algo de lo que hablar.

—Parece que este sitio lo haya decorado Grace Jones un día de resaca.

La descripción era muy buena, muy acertada. François se rio y miró la sala. Un hombre de unos cincuenta años estaba embutido en la cabina del DJ con unos auriculares pegados a la cabeza. Trataba de animar a un grupo de amas de casa marselesas sobreexcitadas a que saliesen a la pista, pero de momento tan solo un crío de unos diez años parecía tentado. Una de las mujeres había mirado a François un par de veces, pero estaba gorda y era de clase baja, así que él no le había prestado atención. El diseño de la iluminación era retro y púrpura, y una bola de discoteca iba lanzando estrellitas borrosas por todo el local. El DJ puso *Let Me Entertain You*, y Stephen soltó una tos forzada.

—Dios santo...

—¿Qué pasa?

—Le pido disculpas por Robbie Williams, en nombre de todos mis compatriotas.

François se rio de nuevo. Le gustaba estar manteniendo una conversación normal con alguien inteligente y gracioso. Amelia también lo era, pero el tiempo que habían pasado juntos había sido distinto; más como una serie de entrevistas o de reuniones de trabajo en las que trataban de averiguar cómo era el otro. Una noche en Túnez, cuando Amelia ya se había acostado, le habían dado ganas de salir y había tomado un taxi hasta La Marsa, pero la vida nocturna de allí no lo satisfizo. Se había quedado sentado solo al borde de la pista de baile, viendo cómo los jóvenes ricos de Túnez, holgazanes pagados de sí mismos, intentaban conquistar a chicas musulmanas que jamás se acostarían con ellos. En el islam, el sexo antes del matrimonio era el pecado supremo. Los chicos llevaban relojes grandes y se ponían litros de gomina. Una joven con demasiado perfilador de ojos había flirteado con François, y él se había planteado sacarla a bailar, pero nunca se sabía quién estaba vigilando. No sabía hasta dónde

podía arriesgarse. Todos los hombres tunecinos parecían tener algo de sobrepeso y un bigote siniestro, y cualquiera de ellos podría haber sido su novio o su hermano. La chica le dio lástima y se preguntó qué acabaría siendo de ella.

—¿Qué le ha parecido la comida de Túnez? —preguntó Stephen.

Era evidente que el inglés estaba quedándose sin temas de conversación, pero había ido a dar con uno que entusiasmaba a François. Le explicó que había pasado una velada muy agradable en un restaurante al aire libre de La Goulette donde servían pescado, pero que en un restaurante tunecino de Sidi Bou Said, cuya fama era inmerecida, ambos habían pensado que el cuscús no estaba a la altura.

—Yo he tenido una suerte desastrosa con la comida —confesó Stephen—. En un sitio pedí *merguez* pensando que sería pescado, pero me pusieron una salchicha. Al día siguiente traté de no arriesgarme y pedí *tajine*, pero resultó ser una especie de tortilla. No tiene absolutamente nada que ver con la de Marruecos. ¿Dice que su madre vive en Túnez?

François estaba atrapado. No le quedaba más remedio que contar algo sobre Amelia si no quería parecer descortés.

—Es una historia muy larga.

Stephen miró la copa, miró la bola de discoteca, miró a François.

—Tengo toda la noche.

Así que se lo contó. Todo. El asesinato en Egipto. El contacto con Amelia a través de la agencia de adopción. El día que se conocieron en París. Después describió la semana que ambos habían pasado juntos en Gammarth. Era como contar su anécdota favorita: embellecía ciertos elementos, se saltaba las partes que ya no le interesaban y trataba de retratar a Amelia con la mayor benevolencia. Stephen, tal como François había anticipado, se horrorizó con la tragedia de Sharm el-Sheij y se alegró de que madre e hijo hubiesen podido reunirse tan poco tiempo después. Sin embargo, François pronto se cansó de la simpatía y de las preguntas. A las once se había terminado la tercera copa —la ronda que se había visto obligado a pagar para devolverle el favor a Stephen— y se moría de ganas de librarse de él para regresar a su camarote. Era cuestión de encontrar el modo de escapar. Por suerte, una mujer que estaba al otro extremo de la barra llevaba un rato mirándolos. Al principio, no supo con cuál de los dos flirteaba. Era atractiva pero seria, de casi cuarenta años, y ya la había visto por la tarde, leyendo un periódico en el vestíbulo. En circunstancias normales, él habría dado por seguro que cualquier mujer de a bordo que estuviese disponible preferiría su compañía a la del inglés, pero cada vez más parecía estar dirigiendo la atención hacia Stephen.

—Diría que alguien se ha fijado en usted —comentó, y la señaló con la mirada.

—¿Quién?

Era evidente que Stephen no había reparado en ella.

—Al otro lado de la barra, la rubia teñida. ¿Quiere que la invite a acercarse?

Stephen la miró, sorprendido. François le adivinó cierta rojez en las mejillas al



verla. Ella apartó la vista.

—Creo que lo más probable es que se interese por usted —contestó Stephen.

Era un comentario halagador, pero también la oportunidad que François estaba esperando. Tenía la copa vacía y el día había sido largo. La excusa perfecta para marcharse.

—No —respondió, y se levantó del taburete—. Lo dejo con ella. —Le estrechó la mano—. Ha sido interesante conocerlo, me ha gustado mucho conversar con usted. Tal vez nos veamos de nuevo por la mañana.

—Eso espero —repuso Stephen.

Y con eso, cada uno continuó por su lado.

Había pasado tanto tiempo desde la última vez que una mujer le había hecho ojitos a Thomas Kell, que sospechó de inmediato. ¿Por qué ahora? ¿Por qué en el barco? Con Malot fuera de circulación, la mujer pisó el acelerador de la seducción discotequera: una sonrisa bonita, un movimiento tentador de pestañas, una risita juvenil sofocada cuando el tipo de mediana edad que pinchaba discos desde la cabina llena de lucecitas puso *Billie Jean* a todo volumen. El acercamiento era tan torpe que Kell empezó a pensar que no podía ser más que una civil corriente y moliente, porque no le cabía duda de que ninguna agente de inteligencia —de patrocinio estatal o privado— se insinuaría de forma tan evidente y directa.

En cuanto François se hubo marchado, se puso manos a la obra; se bajó del taburete y rodeó la barra. Kell miró hacia las ventanas de babor, pero enseguida le apareció una franja de melena rubia por el rabillo del ojo y después el borde de una falda, parte de un muslo. Estaba a su lado. Treinta y muchos, delgada, sin alianza. Intercambiaron una mirada, y ella sonrió con complicidad.

—No te acuerdas de mí, ¿verdad?

Pues no. El acento era confuso: francés de origen, pero con gran influencia estadounidense. No tenía ni idea de cuándo o dónde podían haberse conocido. ¿Lo recordaría como Thomas Kell o como uno de los otros hombres, uno de los muchos seudónimos que había adoptado a lo largo de los años? ¿Qué era para ella, un espía o un consultor? ¿Abogado o ingeniero civil? ¿La habría conocido cuando estaba en Londres, trabajando para el Ministerio de Defensa, o siglos atrás, cuando era estudiante en la Universidad de Exeter? No la recordaba en absoluto, aun siendo un experto en esas situaciones. Tal vez la conexión fuese Claire: Kell nunca había hecho mucho caso de los compañeros de su esposa, de sus primos, de sus amistades.

—Siento decir que...

—Soy Madeleine. ¿No te acuerdas? De Washington.

Kell trató de guardar la compostura mientras repasaba las imágenes mentales de los momentos más destacados de las numerosas visitas a la capital de Estados Unidos: reuniones interminables en el Pentágono; una tarde lluviosa en el Lincoln Memorial; visitas guiadas en el Museo Nacional de Historia Americana; el campo de tiro de Langley, donde un formador demasiado entusiasta de «la granja» había intentado organizar un concurso entre agentes del SSI y de la CIA. Pero por ninguna parte aparecía una francesa delgada y rubia de bote con un acento extraño.

—¿Washington? —preguntó él para ganar tiempo.

¿Dónde la habría conocido: en una cena, en un bar, en una discoteca? Kell recordaba los nombres y los rostros de las once mujeres con las que se había acostado a lo largo de su vida, y esa no era ninguna de ellas.

—Eres Michael, ¿verdad?

Entonces se dio cuenta de que ella se había confundido, porque jamás se había llamado Michael. Stephen, sí. Tim, Patrick, Paul. Pero nunca Michael.

—Creo que me has confundido con otra persona —se excusó—. Soy Stephen. Stephen Uniacke. De Inglaterra. Encantado de conocerte.

Kell le ofreció la mano con amabilidad, porque no quería avergonzarla. Era del todo plausible que se hubiese inventado toda esa historia fantasma solo para romper el hielo.

—Qué extraño... —respondió ella—. ¿Estás seguro? —Se le enrojeció el cuello y dio la impresión de que quedaba aislada por el ritmo sordo de *Rolling in the Deep* y la energía del ambiente del bar—. Estaba segura de que eras tú. Lo siento mucho.

Dio media vuelta y se dirigió hacia su asiento, como si le hubiese pedido un baile a un chico y él la hubiese rechazado. La camarera parecía disfrutar del bochorno y miraba a la mujer fijamente, acaso con la intención de registrar la anécdota para entretener a la tripulación en otro momento. Kell era consciente de que aún había una cantidad infinita de posibilidades: «Madeleine» podía formar parte de un equipo de vigilancia que fuese siguiéndole los pasos a François. Si la inteligencia francesa había averiguado su relación con Amelia, estaba casi seguro de que habrían enviado a alguien para seguirlo. La larga conversación que acababa de mantener con él no les habría pasado por alto, y Madeleine, de guardia en el salón, sabría que su deber era averiguar más sobre Kell. De ahí la historia ridícula sobre Washington: no le había dado tiempo, o no tenía la suficiente experiencia, para inventar una tapadera mejor.

—Deja que te invite a algo, por favor —se ofreció, porque de pronto le pareció importante determinar quién era ella exactamente.

No recordaba haberla visto en ninguno de los dos hoteles de Túnez, pero eso apenas tenía relevancia. Cualquier equipo medio decente de la DGSE habría pasado desapercibido.

—No quiero molestar —dijo ella con una expresión de necesitar afecto que contradecía sus palabras—. ¿Estás seguro?

La camarera fingía que ordenaba los vasos, pero era obvio que todavía estaba escuchando la conversación. Con trato seco, Kell le pidió dos vinos tintos y esperó que los dejase en paz. Ofreció a Madeleine el taburete que Malot acababa de dejar vacío. Si era espía, podía esperar varias cosas de ella. Un interrogatorio preliminar acerca de su identidad falsa: «¿Quién eres, Stephen? ¿Cómo te ganas la vida?». Después, una conversación informal sobre cualquier cosa, para que él se relajase y ella pudiera animarlo a beber más alcohol. Y, por último, más preguntas y respuestas destinadas a comprobar de forma muy sutil la integridad de su tapadera. Por ejemplo, si le contaba a Madeleine que Stephen Uniacke era consultor de *marketing*, más adelante podía ser que le hiciera preguntas sobre detalles de su trabajo. Si mencionaba que Reading era su lugar de residencia, una espía veterana diría, casi con total seguridad, que había estado en la ciudad y tal vez se interesase por los lugares más destacados. Si Kell dudaba al ofrecer alguna de las respuestas o desconocía

algún detalle, su identidad falsa se desmoronaría.

No obstante, aquella era una espada de doble filo. A él se le presentaba la misma oportunidad de evaluar a Madeleine. «¿Qué estabas haciendo en Túnez? ¿Por qué regresas en el ferri?». Si el alcohol que le detectaba en el aliento indicaba su estado de embriaguez, quizá fuese fácil de desenmascarar. Era cuestión de hacer las preguntas adecuadas.

Y así empezó el juego. La danza. Sin embargo, durante cuarenta y cinco minutos, lo único que Madeleine Brive le dejó claro a Stephen Uniacke era el alcance de su ostensible deseo sexual. Estaba divorciada. Acababa de pasar unas vacaciones aburridas en La Marsa con una amiga alcohólica cuyo marido la había dejado por otra más joven. Era copropietaria de una tienda de ropa de Tours, donde vendía prendas de diseño a las amas de casa ricas del valle del Loira, y le preocupaba que su hijo de catorce años ya estuviese fumando «un montón de porros». A Kell le sorprendió ver hasta qué punto parecía no interesarse por nada más que por su propia personalidad y sus circunstancias, porque no le hacía preguntas. Kell estaba ofreciéndole muchas oportunidades de indagar sobre la profesión, el estado civil y el lugar de residencia de Stephen Uniacke, pero ella no había aprovechado ni una. Al contrario, la segunda copa de vino le duró un suspiro y enseguida se convirtió en la tercera; cuando las manecillas del reloj fueron más allá de la medianoche, le dejó bien claro que quería irse a la cama con él, hasta el punto de llegar a tocarle la rodilla como si fuese una invitada en un programa de entrevistas tratando de congraciarse con el presentador.

—Tengo un camarote —dijo, y acompañó la insinuación con una risita hiposa—. Es muy grande.

—Yo también —respondió Kell con intención de cortar la oferta de raíz—. El mío es muy pequeño.

La sensación era deprimente, una especie de emasculación; pero no tenía el menor deseo de acostarse con aquella mujer, de menearse a oscuras sobre una cama que solo le sacaba unos centímetros a una colchoneta de yoga, en un lugar en el que uno apenas podía darse la vuelta. Madeleine Brive era hermosa y estaba sola, y su perfume le recordaba a otras mujeres. Cuando ella le sonrió, Kell se sintió muy halagado, aliviado porque lo hubiese tomado por un hombre cualquiera en circunstancias normales, alguien que participaba en el tira y afloja del sexo y del deseo. Sin embargo, no le merecía la pena. Su corazón aún pertenecía a Claire; era un hombre todavía casado, en un barco, en mitad del mar y con la responsabilidad de honrar a su mujer en la distancia.

—Mira, hace unos días que no duermo bien —le explicó—. ¿Me perdonarás si te dejo? —Como excusa era vergonzosa, pero tal vez encajase en la personalidad de alguien como Uniacke—. Me ha encantado conocerte. Quizá podríamos comer en Marsella, ¿no te parece?

Se sorprendió al ver que Madeleine parecía casi aliviada.

—Sería fabuloso, me encanta Marsella. ¿Vas a quedarte allí una noche?

—Aún no lo he decidido.

Al menos eso era cierto.

Así que intercambiaron los números de móvil con una servilleta y un bolígrafo que les prestó la camarera e hicieron planes para desayunar al día siguiente en la cantina. Madeleine conocía el restaurante de Marsella donde servían la mejor bullabesa y prometió llevarlo allí.

Ella se marchó de la discoteca antes que él. La camarera la vio salir y miró a Kell con el ceño fruncido, como si estuviese de vuelta de todo. «¿Crees que nadie se da cuenta de lo que está pasando? Te ha dado el número de su camarote. Dentro de cinco minutos, cuando le haya dado tiempo de ponerse el salto de cama, irás para allá». Kell le lanzó una mirada y la joven continuó colocando vasos.

Cinco minutos más tarde, él estaba en el vientre del buque, cerca del camarote espacioso de la tentadora Madeleine Brive, pero delante de la puerta del suyo, marcando los cuatro dígitos del código.

De pronto, le vino una sensación inquietante, como si lo hubiesen engañado o humillado. Pasaba algo. Kell recordó lo que había visto durante la cena y el extraño encuentro entre Luc y Malot. ¿Por qué no se habían hecho ningún caso cuando este entró en el restaurante? ¿Porque no querían compartir mesa? ¿O porque no querían que nadie los viese juntos? François había resultado ser un hombre más delicado y distante de lo habitual, sensible y presumido, pero con un intelecto ágil y una melancolía subyacente que Kell atribuía al duelo. ¿Se le habría acercado Luc por la tarde? ¿Era eso lo que Kell había presenciado: un intento de reclutamiento por parte de la DGSE? ¿Un «aquí tienes este talón de seis cifras si nos cuentas todo lo que sabes sobre Amelia Levene»? Cosas más extrañas habían ocurrido. Como era natural, también cabía la posibilidad de que en el buque no hubiese amenaza alguna. Lo más probable era que Madeleine fuese quien decía ser: la propietaria de una tienda de ropa de Tours que buscaba un polvo rápido en alta mar. ¿Y Luc? ¿Quién podía afirmar que la conversación que François y él habían mantenido al sol no era una charla corriente y que después de eso cada uno se había ido por su lado? No obstante, cuando Kell abrió la puerta del camarote, algo le resultó fuera de lugar, un detalle que aún no identificaba. Pasaba algo y no era capaz de saber el qué con exactitud.

Agachó la cabeza para entrar en el baño diminuto. Se cepilló los dientes, se quitó la camisa. Entonces sacó la cámara de la maleta, extrajo la tarjeta de memoria del bolsillo y la metió en la ranura. Cogió la botella de Macallan y se sirvió unos tragos de *whisky* en el vaso de lavarse los dientes, para que lo ayudase a dormir.

*El nivel* seguía sobre la cama, boca abajo, con el lomo en tensión. Lo cogió con la idea de leer «Colofón» de nuevo y borrar así las preguntas que tenía, cambiar de humor y olvidarse de la operación durante unas horas bien merecidas.

*El relámpago aterrizado de una bandada de cisnes.*

El libro estaba en la página que no debía. «Colofón» era el último poema de la colección y, sin embargo, estaba mirando «En el brocal», que aparecía cuatro páginas antes. Alguien había cogido el libro y lo había dejado sin prestar la atención necesaria. Alguien había registrado la habitación.

Si le quedaba alguna duda sobre si la única intención de Madeleine Brive había sido distraer a Stephen Uniacke mientras otra persona registraba su habitación, lo que ocurrió a continuación la eliminó. En cuanto abrió el portátil de Marquand, vio que la página encriptada del SSI estaba abierta: la caja azul del centro de la pantalla aguardaba la secuencia de contraseñas. Los del servicio de limpieza o de habitaciones no habrían hecho eso. Quienquiera que hubiese entrado en su camarote había intentado encender el ordenador y se había topado con la protección por contraseña. Ante la imposibilidad de apagar el portátil, habían cerrado la tapa y lo habían dejado en el suelo, donde estaba.

Se tumbó en el camastro y sopesó las opciones. ¿Habían descubierto a Uniacke? No necesariamente. Si un equipo de la DGSE se hubiera hecho con el control del buque, tendrían los nombres y números de camarote de todos los pasajeros de a bordo, incluido Stephen Uniacke. A Madeleine le habrían encargado distraerlo con su danza de cortejo para que uno de sus compañeros —Luc, quizá— investigase sus pertenencias. Acceder al camarote era tan sencillo como romper un cristal: sobornando al conserje o hackeando el sistema de reservas de SNCM. Cualquiera de esos dos métodos servía para conseguir el código. ¿Y qué había descubierto Luc? En el peor de los casos, una cámara sin tarjeta de memoria y un portátil protegido con contraseña. No daba como para montar una teoría de la conspiración. El resto de sus objetos personales eran tan mundanos como inocentes: ropa, artículos de higiene personal, libros.

De repente, aunque tal vez algo tarde, Kell cayó en que cabía la posibilidad de que estuviesen vigilándolo. Podían haber instalado una cámara básica de visión nocturna. Seguía tumbado en la cama con las manos detrás de la cabeza y aprovechó para hacer un repaso rápido de su comportamiento desde que había entrado en el camarote. Había ido al baño a cepillarse los dientes. Se había servido un *whisky* y había abierto y cerrado la pantalla del portátil. Había mirado, puede que demasiado tiempo y con demasiado empeño, el libro de poemas. Se preguntó qué pensaría de todo eso Luc, que estaría sentado en el camarote 4571, observando a través de una pantalla borrosa. ¿Le parecería sospechoso? Lo dudaba. Cualquier señal de nervios que pudiese haber mostrado era más creíble como resultado de no haber seguido a Madeleine a su camarote. A pesar de todo, se dispuso a acostarse, pues era del todo consciente de que si había alguna cámara en una de las lámparas o escondida detrás del espejo, no podía ponerse a buscarla. Lo que debía hacer era comportarse con normalidad. Se levantó de la cama como si de pronto lo hubiese distraído una idea inquietante, introdujo la contraseña de diez dígitos en el ordenador y, a continuación, estuvo tecleando una secuencia aleatoria de letras durante varios minutos, para aparentar que escribía un informe o llenaba las páginas de un diario. Después, abrió

de nuevo *El nivel* y estudió con atención un par de poemas, como si su comportamiento anterior fuese indicativo de angustia académica. Luego se desvistió y, en calzoncillos, se puso una camiseta que sacó de la maleta antes de meterse en la cama.

Apagar la luz y estar tumbado a oscuras sabiendo que no lo veían era un alivio. Tenía el sabor del *whisky* y del dentífrico en la boca. El corazón le latía al compás del rumor del motor y se sintió arropado por el útero del buque. Kell sabía que tan pronto como entrasen en zona de cobertura de la costa europea, debía llamar a Londres para ponerlos al día. Tenía tres opciones: podía contarle a Jimmy Marquand que Amelia Levene, a quien habían nombrado jefa del Servicio Secreto de Inteligencia, tenía un hijo ilegítimo. Esa era la situación real y con eso honraba sus obligaciones para con el ssi. También podía revelar que sospechaba que la inteligencia francesa había descubierto la identidad de Malot, lo había seguido a Túnez y tal vez hubiese intentado reclutarlo de camino a Marsella. No hacía falta decir que todos esos descubrimientos tendrían un efecto catastrófico para Amelia, pues el resultado sería un despido inmediato del Servicio. En consecuencia, el renacimiento de su carrera profesional no se produciría: con Truscott al timón, él continuaría siendo *persona non grata*.

Había una segunda opción. Kell podía contarle a Marquand que François Malot era un fraude, que estaba haciéndose pasar por hijo de Amelia y había regresado a Francia en barco, en compañía de, al menos, dos espías franceses. Pero ¿qué pruebas tenía de eso? Había charlado con Malot en el bar durante una hora y en ningún momento le había dado la sensación de estar hablando con un impostor. Amelia y su hijo tenían un parecido sorprendente y su identidad, falsa o no, era irrefutable. Durante el registro minucioso que había hecho en su habitación de hotel de Gammarth, no había conseguido desenterrar nada que levantase sospechas. El propósito de poner en marcha una operación como aquella —tan arriesgada y difícil de llevar a cabo— tampoco estaba claro, pero no por eso era imposible. Además, todo lo que implicaba de forma necesaria —que los padres adoptivos de Malot hubiesen sido asesinados deliberadamente y el funeral, una farsa— era demasiado espantoso como para tenerlo en cuenta. Por ese motivo, Kell lo relegó a un rincón de su mente y concluyó que carecía de pruebas que respaldasen semejante conspiración.

Sin demasiada ceremonia ni grandes conflictos de conciencia, decidió tomar una tercera vía: dejar que Londres continuase pensando que Amelia Levene mantenía una aventura. Que Truscott y Haynes dieran por hecho que ella había decidido soltar amarras unos cuantos días y había disfrutado de un fin de semana de pasión en Gammarth con un donjuán francés. Al fin y al cabo, eso era lo que querían creer; lo que merecían creer. Tan solo doce meses antes, Kell no se habría planteado mentir a Marquand de aquel modo, pero la lealtad que guardaba a los altos sacerdotes de nuevo cuño del ssi era casi inexistente. «Si tuviese que elegir entre traicionar a mi país y traicionar a una amiga —pensó, parafraseando a E. M. Forster—, espero tener



el valor de traicionar a mi país».

Por primera vez en la vida, la idea tenía sentido.

La casa franca estaba ubicada en la cima de una colina desde donde se dominaba el sur del departamento de Ariège, a unos tres kilómetros de la población de Salles-sur-l'Hers, en la región de Languedoc-Rosellón. Se llegaba desde el sur por un camino que salía de la carretera D625. La propiedad estaba en una curva cerrada del sendero que giraba cuesta abajo, pasaba por delante de un molino en ruinas y se incorporaba a la carretera de Castelnaudary, a unos dos kilómetros en dirección sudeste.

En la casa no acostumbraba a haber más de dos vigilantes: Akim y Slimane. Más que suficiente para estar pendientes de HOLST. Cada uno tenía su propio dormitorio en la primera planta, con una estantería llena de DVD piratas y un ordenador portátil. En el salón de la planta baja había un gran televisor conectado a una Nintendo Wii, y ambos pasaban hasta cuatro o cinco horas al día jugando partidos de golf en Saint Andrews, de tenis en Roland Garros, o luchando contra los insurgentes de Al Qaeda en los callejones y las cuevas de un Afganistán de dibujos animados. Tenían prohibido llevar mujeres a la casa y vivían a base de una dieta permanente de pollo asado, cuscús y pizzas congeladas.

HOLST estaba encerrado en un cuarto pequeño, entre la entrada y un dormitorio grande ubicado en el lado sur de la planta baja. A esa celda improvisada se accedía por dos puertas distintas: la principal, que daba al vestíbulo, estaba cerrada con un candado; mientras que la segunda, que conectaba el zulo con la habitación de atrás, estaba asegurada con dos barras metálicas sostenidas por ganchos. El jefe había instalado mirillas en ambas para vigilar sus movimientos y comportamiento día y noche. HOLST recibía tres comidas diarias, y todas las tardes le permitían hacer algo de ejercicio en una pequeña extensión de césped que había detrás de la casa. Tres de los lados estaban bordeados por un seto de tres metros y medio de altura, de modo que era imposible verlo desde fuera. No había rechazado ninguna de las comidas ni se había quejado de las condiciones en las que lo tenían retenido. Si necesitaba ir al baño, en la celda había un cubo que Akim o Slimane vaciaban cuando le daban de comer. De vez en cuando Slimane se aburría, se inquietaba y hacía cosas que Akim no aprobaba. En una ocasión, por ejemplo, cogió la navaja, lo amordazó, calentó la hoja en el hornillo de gas y lo pasó en grande viendo cómo se estremecía y gemía mientras le dibujaba círculos con la punta alrededor de los ojos. No obstante, nunca lo lastimaban. No le habían tocado ni un pelo. Tal vez lo peor había sido el día que, en plena borrachera, Slimane le contó que había violado a una chica. Era un relato horripilante, y Akim había entrado y había conseguido que se tranquilizase. En general, Akim consideraba que trataban al prisionero con dignidad y respeto.

Después de una semana, y siguiendo las instrucciones del jefe, le habían permitido tener en el cuarto un televisor y unos cuantos DVD, y pasaba hasta dieciséis

horas al día viendo películas. Como gesto de buena voluntad y en contra del protocolo, una noche Akim le había dado permiso para sentarse con él en el salón — si bien esposado a una silla— y ver un partido de fútbol entre el Marsella y un equipo inglés. Le había dado una cerveza y le había explicado que no tardarían en dejar que volviera a París.

El único momento de verdadera inquietud para Akim fue durante la segunda semana, cuando un vecino pasó por delante de la casa y se detuvo a preguntar si los propietarios regresarían en otoño. Era evidente que la visión de un árabe de cabeza rapada en el Languedoc rural había sorprendido al hombre, que dio un paso atrás cuando Akim abrió la puerta. A tan solo unos metros de distancia, Slimane acababa de meterle a HOLST un trapo de cocina en la boca y le apuntaba la entrepierna con una pistola para evitar que pidiese ayuda. Akim explicó que el propietario era un amigo de París que tenía previsto llegar en los próximos días, y, por suerte, el jefe apareció a la tarde siguiente, de modo que cualquier vecino preocupado que hubiese estado vigilando con los prismáticos debió de alegrarse de ver a un hombre de barba blanca cortando el césped en pantalón corto y, algo más tarde, tirándose de cabeza a la piscina.

Si el día estaba despejado, al otro lado de la vasta llanura de Ariège se veían las faldas lejanas de los Pirineos, pero la mañana en que Akim hizo el trayecto semanal a Castelnaudary había llegado una tormenta desde el País Vasco que había empapado la tierra de la finca con dos dedos de lluvia veraniega y templada. Antes que nada, Akim fue al hipermercado de Villefranche-de-Lauragais a comprar suministros básicos, además de una botella de Badol rosado para Valerie y otra de Ricard para el jefe. En una farmacia de Castelnaudary consiguió la medicina para el asma que necesitaba HOLST, y desodorante y aspirinas para él, dos cosas que se le estaban terminando. Slimane había hecho un pedido de varias revistas pornográficas, que adquirió en un *tabac* regentado por una anciana que no hizo nada por disimular que interpretaba la presencia de un árabe en su estanco como un ataque contra la dignidad de la República.

«Escoria», había murmurado justo cuando Akim salía del local, y a él le costó toda su fuerza de voluntad controlar la rabia y seguir caminando. Lo último que el jefe quería eran problemas, de cualquier clase.

Al llegar a la casa, encontró a HOLST viendo *La diva* en DVD. Slimane estaba sentado en la cocina, fumando un cigarrillo en compañía de dos hombres a los que Akim jamás había visto.

—El jefe nos necesita para un asunto —explicó—. Estos tipos van a cuidar de nuestro amigo.

Los dos hombres, ambos blancos y de veintipocos años, se presentaron como Jacques y Patric, y Akim dio por sentado que se trataba de seudónimos. Slimane tenía el portátil encendido sobre la mesa de la cocina y lo giró para que Akim viese lo que estaba mirando. En la pantalla había una fotografía borrosa que, según parecía,

alguien había tomado en una discoteca o en un bar de copas.

—Les preocupa un tío del ferri —dijo—. Luc quiere que lo sigamos. Coge tus cosas: nos vamos a Marsella.

A Kell lo despertó a las siete el ruido de los niños que corrían por el pasillo donde estaba su camarote. Se duchó en el baño estrecho, hizo la maleta y llevó la cámara a cubierta. Era una mañana gris, y la costa francesa todavía no se veía a través de los bancos de niebla; aun así, cuando encendió el móvil inglés, descubrió que tenía cobertura. De inmediato, llamó a casa de Marquand y lo encontró despierto y de buen humor, desayunando cereales en la cocina.

—Salvado de avena, Tom. Fibra —dijo—. Tengo que cuidarme, que ya no soy un chaval.

Kell contestó que no le faltaba razón y le explicó lo que había que hacer.

—Puede que alguien llame a la oficina de Uniacke en Reading. A la consultoría. A lo mejor también comprueban sus finanzas. ¿Puedes encargarte de que todo esté en orden? Extractos, impuestos y demás, que alguien esté al tanto de todo lo que va a hacernos falta. Uniacke se ha alojado en un hotel de Hammamet, así que eso también tendrá que aparecer por algún lado, igual que cierta actividad en cajeros y restaurantes. ¿Puedes ocuparte de eso?

Marquand estaba anotando la información en un ordenador. Kell oía el clic suave de las teclas.

—¿Y quién narices va a dedicarse a comprobar todo eso? ¿Amelia?

Kell ya tenía una mentira preparada.

—No tiene nada que ver con ella. Es un asunto distinto. En Túnez vi a un viejo contacto y decidí seguirlo hasta Marsella. Estoy en el ferri nocturno.

—¿Dónde dices que estás? ¿Qué tiene que ver eso con lo nuestro?

—Todo y nada.

Una mujer africana salió con cara de sueño a despejarse la cabeza con el viento fresco.

—Es una historia un poco larga y no lo vi venir. Te daré el parte cuando regrese, pero tú asegúrate de que la red de seguridad de Uniacke no tenga fisuras. Si alguien llama a la oficina de Reading y pregunta por Stephen, estoy de vacaciones hasta el viernes.

Marquand repitió la palabra «viernes» y evitó mencionar cualquier clase de apoyo económico o logístico.

—Mira, Tom, si has abandonado a Amelia, el Ministerio no va a pagarte por horas para que te dediques a una operación nueva. Que no se te olvide que te dieron la patada. Al fin y al cabo, fue un despido, por el amor de Dios.

—¿Quién ha dicho que yo haya abandonado a Amelia?

Kell contemplaba el gris eterno del mar por el que se deslizaban, la espuma que se formaba cuando chocaba contra el casco del barco. Qué típico de Marquand pensar solo en el dinero y en cubrirse las espaldas. Burócrata hasta la médula.

—Ayer por la mañana se despidió de François con un beso. Le pellizcó el culo y

se compró una botella de Hermès Calèche para animarse. A estas horas, ya debería estar en Niza. Haz que los Knight pasen por el Gillespie en coche.

Oyó a Marquand refunfuñar y lo tomó como una señal de que estaba reculando.

—No hace falta que me pagues por lo de ahora —añadió—. Yo ya he hecho mi trabajo. Pero si de esto sale alguna cosa, a lo mejor más adelante puedes echarme un cable.

—¿A quién estás siguiendo, Tom?

—Cuando llegue a casa, lo hablamos —respondió Tom—. Ya te lo he dicho: es un viejo contacto.

Y colgó.

Cuatro horas más tarde, sin haberle visto el pelo a Madeleine durante el desayuno y tampoco a Luc ni a Malot, Kell estaba con la cámara en la cubierta principal, bajo el rugido incesante de la chimenea, y el ferri se acercaba a Marsella. La luz clara del mediodía iluminaba la costa del sur de Francia y las embarcaciones iban hacia el este o el oeste a los pies de los acantilados bajos de color crema de Calanques. Kell había borrado las fotos que había hecho en la habitación de Malot en el Ramada, además de las que le había tomado a Amelia junto a la piscina. Las sustituyó por una secuencia de planos más acordes con los intereses y preferencias de un consultor de *marketing* de mediana edad que viaja en ferri: fotos de los botes salvavidas de color naranja, estudios de bolsas de ropa sucia amontonados sobre ojos de buey de pintura desconchada, rollos de cuerda curtida por el sol y el viento.

Cuando el barco atracó en Marsella, hizo cola con el resto de los pasajeros de a pie; debían de ser unos cincuenta, todos apiñados en una escalera de ambiente cada vez más cargado que conducía a las cubiertas donde estaban los coches. Tardaron mucho tiempo en vaciar el buque y hasta que salió el último vehículo por la rampa que conducía a tierra firme no les permitieron desembarcar a ellos. Kell iba pisándoles los talones a una pareja de irlandeses que discutía a voz en grito porque llegaban tarde al vuelo hacia Dublín. Avanzaron en masa por un pasillo alfombrado hacia un edificio prefabricado que había en el extremo sur del muelle, donde los agentes de aduanas inspeccionaban maletas al azar sobre mesas de formica. No le cabía duda de que si la DGSE seguía sospechando de él, era muy probable que lo parasen y le registrasen el equipaje. Eso aparecía en la primera página del manual operativo, pero él estaba seguro de que no encontrarían nada que lo vinculase a Malot. Ya no tenía las fotos y había destruido las facturas de Uniacke del Valencia Carthage. Mientras Marquand hubiese generado una estela de documentos de Uniacke en Hammamet, no tendría problemas.

Llegado el momento, Kell pasó por la aduana sin incidente alguno y tuvo que esperar en una cola muy lenta para pasar por inmigración. No había mostradores aparte para los ciudadanos de la Unión Europea, y algunos de los pasajeros que tenía

delante llevaban pasaportes tunecinos y argelinos. Consciente de que Luc o Madeleine podrían estar vigilando desde detrás de alguna pantalla o espejo de la sala de inmigración, se sorprendió de lo ansioso que estaba. Por eso, con intención de mantenerse ocupado y así transmitir sensación de calma, leyó un par de páginas de *The Scramble for Africa* y después miró si tenía mensajes en el móvil.

Claire lo había llamado; le había dejado un mensaje en el buzón de voz bien entrada la madrugada, hora inglesa. Por el tono atropellado y hosco, Kell notó que había bebido. El enfado porque no se hubiera presentado en la consulta de Finchley había cristalizado para convertirse en la clásica perorata:

*Tom, soy yo. Mira, no sé por qué seguimos intentándolo. ¿Lo sabes tú? Creo que lo que deberíamos hacer es enfrentarnos a la realidad y poner en marcha los trámites del divorcio. Está claro que eso es lo que tú quieres...*

Hubo una pausa breve en el mensaje, y después un silencio. Kell pulsó el número nueve para guardar lo que había oído y fue a por el segundo mensaje. Era Claire otra vez, continuando donde se había quedado.

*Se ha cortado, no sé por qué. Lo que intentaba decir, lo que estaba apunto de decir es que yo también quiero eso. Cortar por lo sano, Tom.*

Era probable que en ese momento ella ya fuese por la segunda botella de tinto y que además se hubiera tomado un par de ginebras, a juzgar por su historial. Hubo otra pausa para reflexionar. Kell sabía lo que venía a continuación: Claire tenía una estrategia estándar que ponía en práctica siempre que notaba que su marido se alejaba de ella.

*Mira, Richard me ha invitado a ir a California. Tiene reuniones en Napa y en San Francisco, y es justo que sepas que he comprado el billete de avión y tengo intención de ir. Mejor dicho, el billete me lo ha comprado él. Lo ha pagado. Es posible que cuando vuelvas ya me haya ido. No sé dónde estás ni qué está pasando. Eso es asunto tuyo, así que...*

Se cortó de nuevo, pero no había ningún mensaje más. Sin respiración por culpa de la sorpresa y de los celos, guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y lo hicieron pasar ante un inspector con bigote y mechones rubios que echó un vistazo rápido al pasaporte y dio permiso a Uniacke para entrar en Francia. Al consultor. Al hombre casado y padre de dos hijos. No al futuro divorciado cuya esposa iba a viajar a California en brazos de otro hombre. No al espía sin descendencia que seguía la pista del hijo secreto de su amiga. No a Thomas Kell.

Enseguida salió a la calle, al calor y al barullo de Marsella. Desde un extremo de un atasco de tráfico —una rotonda temporal que regulaba la salida y entrada de vehículos del puerto—, Kell miró a su alrededor consciente de que unos ojos invisibles podían estar vigilando a Stephen Uniacke desde un coche o desde alguna ventana. «La paranoia no existe —le había dicho uno de los más veteranos del ssi muchos años antes—, solo los hechos». En aquel momento le había parecido un comentario muy ingenioso, pero en la práctica no significaba nada. En el contraespionaje no había hechos, solo experiencia e intuición. Kell únicamente necesitaba ponerse en la piel de la DGSE para saber que lo seguirían durante las primeras horas que pasase en Marsella: si les había merecido la pena entrar por la fuerza en su camarote, sus movimientos en tierra merecerían aún más atención.

Marsella. Se empapó del cielo azul, de la catedral de Notre-Dame de la Garde a lo lejos, del fulgor de la luz del sol en los tejados de pizarra y de tejas. De pronto, justo cuando bajaba la mirada, en su línea de visión apareció François Malot. El francés estaba esperando al otro lado de la rotonda con aire de absoluta indiferencia y enseguida subió a un taxi conducido por un hombre de unos cincuenta años que era, casi con total seguridad, de las Antillas. Justo cuando Malot se agachaba para acomodarse en el asiento de atrás, una gaviota voló en picado hacia el coche. Kell vio la matrícula y la memorizó rápidamente. En el lateral del vehículo había un número de teléfono y, mientras lo guardaba en el móvil, vio que se le acercaba un taxi libre. Alzó la mano que no tenía ocupada para detenerlo, pero dos pasajeros ancianos se pusieron delante de él e intentaron llevárselo.

—¡Es mío! —voceó en francés.

Y para su sorpresa, se volvieron y le concedieron la victoria. Era un Renault Espace, más que suficiente para tres pasajeros, así que les ofreció compartir la carrera. Tomó la decisión de cara a la DGSE: quería que Uniacke pareciese un *rosbif* agradable y considerado que se dirigía al centro, no un sospechoso de ser espía británico con instrucciones de seguir a François Malot allá adonde fuese.

La pareja resultó ser de Estados Unidos —Harry y Penny Curtis—, ambos controladores aéreos del aeropuerto Lambert de San Luis, jubilados, que tras haber visto el caos del cielo habían jurado no volver a viajar a ninguna parte en avión.

—Hemos estado un par de semanas en Túnez y hemos vuelto con SNCM —explicó el marido, que tenía la mirada ágil y la complexión corpulenta de un exsoldado—. Hemos visitado las localizaciones de *La guerra de las galaxias* y también les hemos echado un vistazo a las ruinas romanas. ¿Vas a quedarte unos días en Marsella, Steve?

Kell se inventó una historia para el taxista, por si la DGSE lo interrogaba más tarde. Hacía rato que había perdido de vista el coche de Malot.

—Creo que me quedaré una noche, pero aún tengo que encontrar un hotel. En el barco he conocido a una persona que me ha prometido enseñarme la ciudad y llevarme a comer bullabesa. Como hasta dentro de un par de días no tengo nada que



hacer en casa, espero que podamos pasar un rato juntos.

—Parece un buen plan —admitió Harry—. ¿Te refieres a una «amiga»?

—Sí, una amiga —contestó Kell, y le ofreció una sonrisa de complicidad.

Estaba pensando, cómo no, en Madeleine, cuyo número de móvil aún tenía garabateado en una servilleta en el fondo de la maleta. Dado que Malot había desaparecido en el tráfico marsellés, ella era su mejor baza. Se preguntó si lo llamaría; si ella no se había puesto en contacto antes de última hora de la tarde, lo intentaría él con ese número. Lo más probable era que no hubiese respuesta, en cuyo caso iría directo al aeropuerto para tratar de localizar a Malot en París.

—Nosotros tenemos el tren a las cinco —comentó Harry, y se rascó lo que parecía una picadura de mosquito infectada—. El TGV a la Gare de Lyon.

—*Li-ón* —lo corrigió Penny, porque su marido lo había pronunciado *leon*.

Kell sonrió, y ella le devolvió la sonrisa y le guiñó un ojo.

—En París estaremos una semana entera, ¿te lo puedes creer? El Louvre, el Musée d'Orsay, y todas esas tiendas...

—Y la comida —añadió Harry.

Kell tuvo un deseo repentino y sentimental de viajar con ellos en el tren de las cinco, escuchar sus historias de San Luis, compartir su alegría de estar en París.

—Espero que paséis una semana realmente estupenda —les deseó.

Amelia no tardó en rematar los últimos flecos de su visita truncada a Francia. Una camarera del hotel Gillespie había accedido, a cambio de la suma de dos mil euros, a no decir nada sobre la ausencia prolongada de *madame* Levene. Le había pagado la mitad por adelantado la mañana en la que había volado a Túnez, así que saldó la deuda mientras hacía las maletas, porque la chica había acudido a propósito por la tarde desde una de las zonas periféricas de Niza.

A continuación, Amelia llamó a la divorciada austríaca que organizaba las clases. Brigitta Wettig aceptó sus enfáticas disculpas por haber abandonado el curso después de tan solo dos días, dando por sentado que se habría puesto enferma o algo por el estilo. Lo único que parecía preocuparla era que la señora Levene no pidiese un reembolso de la matrícula.

—Claro que no, Brigitta. Y espero poder regresar algún día. La verdad es que, tal como lo tienes organizado, es maravilloso.

Tres horas después de aterrizar en Niza, Amelia había recuperado sus efectos personales del maletero del coche de alquiler de la rue Lamartine y circulaba de regreso hacia el aeropuerto. A las ocho estaba en Londres, subida a un taxi y de camino a la casa de Giles en Chelsea. Habían quedado para cenar juntos. Amelia le había dicho a su marido que quería hablar con él de un asunto importante.

Escogieron su restaurante tailandés favorito del extremo oeste de Kings Road. Giles pidió curry verde, y Amelia, pollo salteado con albahaca. Era domingo por la noche y en el restaurante no debía de haber más de una docena de personas, casi todas a punto de pedir la cuenta y ninguna tan cerca como para oír la conversación.

—Bueno, querías contarme algo —empezó Giles.

Tenía la esperanza de despachar la parte más incómoda de la velada lo antes posible, para disfrutar del curry con relativa tranquilidad. Siempre que Amelia convocaba una cumbre como aquella, solía ser para confesar que había «vuelto a caer» con Paul Wallinger, su amante desde hacía tiempo. A Giles eso ya lo traía sin cuidado y, con absoluta franqueza, prefería no enterarse. Le resultaba irritante que su esposa escogiese siempre uno de sus restaurantes favoritos para admitir sus indiscreciones, cosa que le impedía dar rienda suelta a su rabia y montar una buena pelea.

—Siento decir que no he sido del todo sincera contigo en relación con un tema de mi niñez.

Esa frase era nueva. Lo habitual era: «Siento decir que me he comportado de manera muy poco considerada» o «Siento decir que esto no va a gustarte». En cambio, en esa ocasión, Amelia había optado por el enigma de su pasado.

—¿De tu niñez?

Ella se limpió los labios con una servilleta y tragó el pedazo de pan de gamba.

—No exactamente. De mi adolescencia. Cuando apenas tenía veinte años.

—¿Te refieres a Oxford?

—Me refiero a Túnez.

Y entonces se lo contó. La historia de su aventura con Jean-Marc Daumal, el nacimiento de su hijo, la adopción por parte de Philippe y Jeannine Malot. A Giles le sirvieron el curry, pero no se veía capaz de comer, tan grande era el sentimiento de sorpresa y casi de repulsión. Los primeros diez años de matrimonio con Amelia habían sido una pesadilla prolongada de pruebas de fertilidad, de abortos espontáneos en el tercer trimestre y de entrevistas con agencias de adopción que los habían destrozado al pronunciar el veredicto de que Giles y Amelia Levene, por mucho que sus credenciales profesionales y personales fuesen impecables, eran demasiado viejos para asumir la responsabilidad de cuidar de un niño pequeño. Y, sin embargo, allí estaba ella, informándolo con calma de que, a la edad de veinte años, había dado a luz a un bebé sano que, más de treinta años después, acababa de aparecer en París para robarle el corazón y alejarla aún más de él. Por primera vez en su vida, Giles quería agredir a una mujer, destrozarse el castillo de cartas que era su farsa de matrimonio sin sexo.

Sin embargo, Giles Levene no era de los que demuestran sus sentimientos. Le faltaba valor físico y odiaba montar numeritos. De haber sido un hombre más analítico, tal vez hubiese admitido que se había casado con Amelia porque ella era más fuerte que él en el plano emocional, intelectualmente igual o mejor y, además, encarnaba el pasaporte social a las mesas de las altas esferas, a las que de otro modo él no habría accedido. Bebió un sorbo de vino blanco, probó el curry y se oyó decir:

—Me alegro de que me lo hayas contado —y pensó en cuánto se parecía su voz a la de su padre cuando empleaba ese tono conciliador—. ¿Desde cuándo lo sabes?

—Hará un mes —respondió Amelia, y le cogió la mano sobre el mantel—. Como te puedes imaginar, no sé cómo voy a apañármelas con el Ministerio.

Eso lo dejó pasmado.

—¿No lo saben?

Amelia escogió lo que iba a decir con mucho cuidado, como si apartase las guindillas de un salteado.

—Decidí no contárselo. No quería que apareciese en mi expediente. Pensé que pondría en peligro mis posibilidades de triunfar en mi profesión.

Giles asintió.

—Es evidente que cuando comprobaron tus antecedentes, nada de esto salió a la luz.

—Eso es —contestó Amelia, pero sentía la necesidad de dar explicaciones—. La adopción se hizo a través de una organización católica de Túnez. Tienen vínculos con Francia, pero en los papeles no quedó constancia de mi nombre.

—Entonces ¿cómo te ha encontrado François?

Más por una cuestión de costumbre que por motivos tácticos, Amelia prefirió proteger la identidad de Joan Guttmann.

—A través de una persona que me ayudó durante ese período en Túnez.

Giles sacó conclusiones precipitadas.

—¿El padre del chico? ¿Ese tal Jean-Marc?

—No. Hace años que no lo veo. De hecho, ni siquiera estoy segura de que sepa que François existe.

Mientras comían, Giles se calmó y Amelia mencionó que el plan a largo plazo era llevar a su hijo a Londres. Lo habían hablado en el hotel de Túnez. Después del asesinato de sus padres, François sentía que no le quedaba demasiado que hacer en París y que le vendría bien un cambio.

—¿Y sus amigos? —preguntó Giles—. ¿No tiene esposa o novia? ¿Trabajo?

Amelia hizo una pausa mientras rememoraba todo lo que François le había dicho.

—Nunca ha tenido una relación seria. Se puede decir que es algo solitario. Si te soy sincera, me parece un alma melancólica, propenso a algún que otro cambio de humor. Un poco como su padre, de hecho.

A Giles no le interesaba seguir por ese camino, así que le preguntó cómo se las iba a apañar con el SSI.

—Creo que lo mejor es presentarlo como un *fait accompli*. Diría que no pueden echarme por el delito de haber dado a luz a un bebé.

Giles se dio cuenta de lo orgullosa que estaba de haber pronunciado esas palabras y de nuevo sintió repulsión, el retorno de su propia sensación de aislamiento y tristeza.

—Entiendo. Pero ellos querrán asegurarse de que sea verdad.

Era lo más que podía hacer por ofenderla. Amelia reaccionó como si le hubiera escupido en la comida.

—¿Qué significa eso?

—Bueno, querrán comprobar sus antecedentes, ¿no? Amelia, estás a punto de ser la jefa del Servicio Secreto de Inteligencia. No pueden permitir que se te meta un cuco en el nido.

Ella apartó el plato y se oyó cómo la loza chocaba contra cristal.

—Es mío —dijo como si escupiese las palabras, y lanzó la servilleta a la mesa—. Ya pueden hacerle todas las malditas pruebas que quieran.

El taxista dejó a Kell en un hotel de tres estrellas que quedaba de camino a la Gare de Saint-Charles. Se despidió de los estadounidenses, le dio un billete de veinte euros a Harry, desestimó con un gesto las objeciones de Penny sobre lo mucho que estaba pagando y se quedó plantado en la acera con las maletas mientras contestaba una llamada ficticia. Se volvió para ver el tráfico que iba hacia él y se fijó en si se detenía algún coche, si había alguien vigilando desde una moto o a pie, si identificaba algún tipo de movimiento furtivo, y, entretanto, iba recitando sus versos favoritos de Yates para que pareciese que estaba en plena conversación. Tras convencerse de que no había amenazas visibles, entró en el hotel, reservó una habitación para pasar la noche, subió a la tercera planta en ascensor y deshizo las maletas rodeado de olor a detergente y a humo trasnochado de tabaco.

El mensaje de Claire seguía molestándolo como a Harry la picadura del brazo; era un insulto calculado a su orgullo, a su fidelidad. Richard Quinn, el corredor de fondos de alto riesgo, soltero, con dos exmujeres a la espalda y tres hijos en Saint Paul's, era el arma principal del arsenal extramarital de Claire, una amenaza permanente a la que recurría siempre que su marido daba la impresión de ir a separarse de ella de forma definitiva. Richard conocía el pasado de Kell en el MI6 y lo veía como una afrenta a su propio ego, como si Su Majestad hubiese cometido un grave error de juicio al reclutarlo treinta años atrás. Ahora que tenía cincuenta y cinco y era más rico de lo que cualquiera pudiese imaginar, tenía la costumbre de intentar embaucar a Claire, recién separada, para que lo acompañase a hoteles de la Provenza y de Borgoña siempre que su supuesto «interés profesional por el vino» lo llevaba al extranjero. En un momento de debilidad a su regreso de uno de esos viajes a Alsacia, Claire le había suplicado que la perdonase y había confesado que Quinn le parecía aburrido.

«Entonces ¿¿por qué demonios te lo estás follando?!», le había gritado él, a lo que su esposa, destrozada por la infelicidad, respondió: «Porque está pendiente de mí. Porque tiene una familia». Kell no era capaz de encontrar una respuesta adecuada a eso. La lógica de sus agravios era tan trillada y su desesperación y su desdicha, al parecer, tan incurables, que se había quedado sin maneras de consolarla. Quinn no podía cumplir la tarea de darle un hijo mejor que cualquiera de los otros hombres a quienes había recurrido durante su promiscuidad desesperada: el problema de infertilidad lo tenía ella, no él. Kell sentía por Claire un amor mucho más profundo del que había manifestado, pero había llegado a la conclusión de que el único futuro viable pasaba por no estar juntos. La mera idea de un fracaso de esas dimensiones, la posibilidad de divorciarse, lo enervaba.

Estaba sonándole el móvil. Solo un puñado de personas tenía el número.

—¿Stephen?

El acento era inconfundible.

—Madeleine, ¡qué agradable oír tu voz!

—Gracias.

Parecía que estuviese llamando desde una calle residencial. Kell oyó el zumbido de avispa de un ciclomotor al pasar y el eco más amplio de la ciudad.

—¿Te gustaría quedar para cenar, como dijimos? ¿Tienes tiempo? Puedo llevarte al sitio de la bullabesa.

—Genial, me encantaría. Acabo de instalarme en el hotel...

—Ah, ¿en cuál? ¿Dónde estás?

Kell se lo dijo, porque no le quedaba más remedio. Luc y sus colegas lo localizarían enseguida y no le cabía duda de que no desperdiciarían la oportunidad de hacer otro intento de entrar en su portátil. Aunque estaba seguro de que el aparato no podía incriminarlo de ningún modo, tendría que llevárselo consigo y cargar con cualquier objeto o información sensible siempre que saliese del edificio.

—No tengo ni idea de qué calle es —admitió—. Un taxi me ha dejado a las afueras del barrio árabe, a menos de un kilómetro de la estación.

—No importa —lo interrumpió Madeleine—, ya lo encontraré. Iré a recogerte a las siete, y podemos ir hasta Chez Michel a pie. Está al otro lado del puerto, no queda lejos.

—A las siete —confirmó Kell.

Eso significaba que disponía de cinco horas. Después de comer en un café a dos manzanas del hotel, regresó a su habitación y usó el teléfono de la mesita para llamar al número de la familia Uniacke: una línea que existía solo como servicio de contestador para espías. Oyó la voz grabada de una compañera del SSI haciéndose pasar por su esposa:

*Hola. Has llamado a Stephen y Caroline Uniacke. Ahora mismo no estamos en casa, pero si quieres dejar un mensaje para nosotros, para Bella o para Dan, habla después de la señal. Gracias.*

Kell hizo lo que debía:

*Hola, cariño. Soy yo. ¿Estás en casa? Si estás, contesta. —Esperó el tiempo apropiado—. Bueno, acabo de desembarcar y quería ver qué tal estabais. Esta noche me quedo en Marsella y después a lo mejor paso por París de camino a casa. Quiero ver a un cliente, pero él aún no sabe si estará en la ciudad. Puede que coja un vuelo a Londres mañana mismo y llegue para cenar; si no, pasaré un par de días en París. En cualquier caso, ya te avisaré. Aquí hace un tiempo estupendo. Esta noche voy a cenar bullabesa. Si puedes, llámame al móvil o al hotel. Así te sale más barato. Es el Montand. Estoy en la 316.*

Dictó el número de teléfono del hotel, le tiró un beso a su esposa fantasma, le dijo que la quería y que echaba de menos a Bella y a Dan, colgó y se puso una camisa limpia.

Cinco minutos después, metió el portátil y el móvil de Marquand en una bandolera, se guardó el otro teléfono en el bolsillo y se dirigió hacia la Cité Radieuse: una de las atracciones de Marsella para los aficionados a la arquitectura y el lugar perfecto para que un autodidacta como él ocupase un par de horas antes de que Madeleine lo recogiera a las siete. El taxista de veintipocos años que paró en la rue de la République no llevaba mucho tiempo en la ciudad y no había oído hablar de Le Corbusier, por eso Kell lo puso en antecedentes.

—Todos los bloques de pisos del mundo, todas las torres de treinta plantas construidas en los últimos sesenta años para albergar a la clase trabajadora urbana, tienen el aspecto que tienen gracias a la Cité Radieuse.

—¿De verdad?

El conductor miraba a Kell por el espejo retrovisor, entrecerrando los ojos para protegerlos del sol. No era fácil distinguir si el tema le interesaba o si era mera cortesía.

—De verdad. Desde Sheffield hasta São Paulo, si has crecido en la décima planta de un edificio de viviendas de hormigón, la culpa la tiene Le Corbusier.

—Yo crecí en las afueras de Lyon —apuntó el taxista—. Mi padre tiene una tienda.

Ahí terminó la parte más intelectual de la conversación. A partir de entonces, solo le interesó hablar de fútbol; le señaló el Stade Vélodrome del boulevard Michelet, sede del Olympique de Marsella, y se quejó de que Karim Benzema, antiguo ojito derecho de la afición del Lyon, se había «vendido al Real Madrid como una puta». Momentos después, estacionó delante del complejo.

—¿Es esto? —preguntó, y miró el edificio con desconfianza evidente—. Pues es igual que el resto de los edificios de Marsella.

—Exacto —respondió Kell.

Doscientos metros más atrás, dos ciclomotores se habían detenido en la misma calle. Estaba del todo seguro de que había visto a uno de los dos motoristas, el del casco azul, detrás del taxi en la place Castellane. Las motos desaparecieron por una callejuela y Kell pagó la carrera.

—Me ha gustado conversar contigo —le aseguró al joven.

La Cité Radieuse estaba situada en un parque municipal pequeño y mal cuidado, separado del boulevard Michelet por una pantalla de árboles. Kell encontró la entrada y enseguida estaba en el restaurante del tercer piso con un sándwich y un café. Esa parte del edificio funcionaba como hotel de lujo y también como zona de exposición de la obra de Le Corbusier. El resto del complejo seguía siendo destinado a viviendas particulares, con una guardería en la azotea y tiendas en los bajos. Aunque implicaba un leve allanamiento de morada, subió a los pisos superiores por una escalera interior

para echar un vistazo sin sentirse como un turista.

Fue un error. Al salir de un pasillo largo de color negro y rojo, oscuro como boca de lobo, de pronto se encontró solo, sin más compañía que el murmullo ocasional de un televisor o una radio que provenía de alguna de las viviendas. En mitad del pasillo, que estaba cerrado por el otro extremo, Kell oyó un ruido a su espalda, se dio la vuelta y vio que se le acercaban dos jóvenes árabes en chándal. Se acordó de los motoristas de inmediato. Uno de ellos, el que blandía la barra metálica, le habló en inglés:

—Hola, señor, ¿necesita ayuda?

Sin embargo, Kell no se creyó que fuesen residentes. La Cité Radieuse era un lugar demasiado caro para que un par de inmigrantes en chándal hubiesen alquilado uno de los apartamentos.

—No, gracias —respondió en francés, pero ya estaba dejando la bolsa en el suelo para tener mayor libertad de movimientos y de reacción—. Estoy echando un vistazo. Soy un entusiasta de Le Corbusier.

—¿Qué hay ahí? —preguntó el otro, y señaló la bolsa con la barbilla.

Kell vio el centelleo de la navaja que llevaba en la mano izquierda cuando la hoja reflejó el tenue resplandor amarillento de una de las luces de las puertas.

—¿Por qué? —contestó—. ¿Qué te parece que puede ser?

No se dijeron nada más. Fueron a por él. Kell cogió la bolsa y la lanzó a ras del suelo, con la fuerza suficiente para desestabilizar un instante al de la navaja. Sin embargo, en lugar de contraatacar, el tipo retrocedió unos pasos para agarrar la bolsa y dejó a su compañero sin refuerzos. El segundo árabe era mayor, pero más bajo y ágil que el primero. Kell percibió el entumecimiento de su mediana edad tan pronto como se dio la vuelta para enfrentarse a él. Kell empezó a hacer ruido. Gritaba en francés para alertar a los residentes, peleaba con fuerza, vigilaba la barra de metal y estaba muy atento al centelleo de una segunda navaja. Lo habían atrapado en un pasillo, y no tenía adonde ir ni espacio para salir corriendo. Delante de él, a unos diez metros, el más joven voceó: «¡Vale, ya la tengo!» justo cuando su cómplice lo atacaba. En lugar de usarla como arma, el tipo lanzó la barra, y a Kell le dio tiempo a esquivarla. El metal pasó zumbando por su lado y se estrelló contra la puerta de una de las viviendas. El árabe se abalanzó sobre él y le soltó un puñetazo que le acertó en las costillas. Kell consiguió agarrar a su atacante cuando aún avanzaba con ímpetu y atraparlo; cayeron al suelo y el inglés, sacando partido del vago recuerdo que conservaba de alguna clase de autodefensa de Fort Monckton, le metió el dedo en el ojo izquierdo y apretó.

—¡Vamos! —gritó su compañero.

Kell veía al joven con el rabillo del ojo mientras cogía a su atacante por la garganta y le tiraba del cuello hacia atrás. Al mismo tiempo, una rodilla le dio en la entrepierna, despacio y casi sin fuerzas, pero el dolor no tardó en subirle por el vientre y por la espina dorsal. Gruñó y soltó un reniego mientras trataba de volver a



agarrar al árabe por el cuello. Su asaltante consiguió soltarse de algún modo, despidiendo un olor a sudor rancio que Kell percibió en la boca, como si fuera un sabor, y le lanzó una patada a la cara. Kell se protegió la cabeza con los brazos, pero el joven se había acercado y estaba encima de él, blasfemando con aire triunfal y voz aguda en árabe marsellés al tiempo que le pateaba brazos y piernas una y otra vez. Kell tenía muchísimo miedo de que sacase la navaja.

Entonces se oyó ruido detrás de ellos. En el pasillo de color rojo y negro había una puerta abierta. Una voz en la oscuridad.

—¿Qué coño está pasando aquí?! —gritó una mujer en francés.

Ambos asaltantes echaron a correr, no sin antes coger la bolsa y llevársela. Las suelas de las zapatillas deportivas chirriaron sobre el linóleo del suelo. Kell les soltó unos cuantos improperios, derrotado. Se habían llevado el portátil, la cámara, el móvil de Marquand, el pasaporte de Uniacke. Lo tenían todo.

La mujer se le acercó.

—Dios mío, ¿está usted bien?

La policía, los técnicos de la ambulancia, muchos vecinos consternados de la Cité Radieuse. Y también, cómo no, la vergüenza de ser la víctima de un atraco, esa sensación particular de humillación que llega tras una derrota clara. Pero sobre todo, Kell temía la burocracia, tener que rellenar formularios, que lo obligasen a ir al hospital, que los desconocidos le tuviesen lástima y se preocupasen por él. No le quedaba más remedio que ver a un médico, que le expidió un *certificat médical* que confirmaba que no había sufrido daños graves, aparte de una magulladura bastante seria en el bíceps izquierdo y otra en el muslo del mismo lado, que ya habían adquirido el color de las berenjenas. Tenía la rodilla derecha algo hinchada y un corte encima del ojo que no requería sutura. Tanto Claude, el técnico de emergencias que lo atendió *in situ*, como Laurent, el lúgubre agente de policía que esa misma mañana había arrestado a *trois putains de beurs*, le recomendaron que permaneciese en el hospital toda la noche y se sometiese a un chequeo completo. «Puede que haya sufrido una conmoción», dijo Claude. «Deberían hacerle un análisis de sangre», opinó Laurent. No había manera de saber si el señor Uniacke presentaba hemorragia interna.

Kell, que desde los quince años había pasado ni más ni menos que un único día en cama por enfermedad, siempre había creído que lo mejor era escuchar a su cuerpo y no hacer caso de funcionarios hastiados que preferían evitar riesgos. Y en esa ocasión, su cuerpo confirmó lo que él quería oír: que por la mañana estaría algo entumecido, algo más viejo, y que la lesión de la rodilla lo haría cojear durante varios días. Pero aparte de eso, la pelea le había herido poco más que el orgullo. También lo había dejado con la tarea peliaguda de hacer un *Procès-Verbal* bajo juramento en la comisaría de Marsella y bajo el nombre de Stephen Uniacke. Eso iba en contra del ADN del espía y de todo lo que lo impulsaba a pasar desapercibido durante una operación en el extranjero. No obstante, si la DGSE enviaba a un par de matones árabes a darle una paliza, pensó que no le quedaba más remedio que pasar por el aro.

Apenas tardaron cinco minutos en recorrer el escaso kilómetro que los separaba de la comisaría en el Citroën Xsara bien cuidado de Laurent, gracias a la sirena, que despejaba el tráfico con su lamento. Era un edificio de tres plantas de arenisca que, en mitad de aquel barrio hipermoderno de Marsella, suponía una regresión a tiempos de Hausmann, y en cuyo vestíbulo se acumulaba una clientela de variedad previsible: carteristas inquietos, vendedores de droga protestando, hombres de negocios que no habían superado la prueba de alcoholemia después de una comida, pensionistas rencorosos. Lo llevaron a un despacho de la segunda planta. Allí Laurent le hizo unas cuantas preguntas con la ayuda de su compañero Alain, un tipo duro de treinta y pocos años, barba canosa y un arma reluciente que tocaba de vez en cuando como quien acaricia a un gato. Le pidieron un inventario completo de la bolsa, y él detalló

el contenido lo mejor que pudo, consciente de que Jimmy Marquand y los contables agarrados del ssi requerirían una copia del atestado oficial para reclamar el portátil y la cámara al seguro. Hasta ese punto llegaba la mentalidad burocrática que en los últimos años permeaba el servicio secreto. Al cabo de media hora, lo llevaron a otra sala donde le enseñaron el álbum de fotos de los gamberros locales de origen norteafricano, pero ninguno de ellos coincidía con la descripción de los tipos que lo habían agredido. Cuando Laurent estuvo convencido de que habían cubierto todos los detalles del asalto, ya eran más de las siete. Le pidió que firmase el *plainte contre X* oficial y también le ofreció sus disculpas, porque como «turista británico» había sido «víctima del crimen inmigrante». Su compañero Alain no disimuló su desagrado por ese gesto. Kell, que dudaba que los dos tipos le habían robado el portátil y los móviles por encargo, dio las gracias a ambos policías por su «paciencia y profesionalidad» y pidió que lo llevasen a su hotel lo antes posible, para así poder descansar antes de viajar a París por la mañana.

Laurent estaba a punto de acceder cuando, de pronto, sonó el teléfono. Contestó con un «¿Sí?» y se enfrascó en lo que Kell supuso que era una llamada interna.

—*Oui, oui* —murmuró el agente despacio antes de esbozar una sonrisa.

Laurent asintió y lanzó una mirada de felicidad a Kell. Había ocurrido algo.

—Al parecer, han encontrado su bolsa, *monsieur* Uniacke —anunció al colgar—. La han tirado a la salida de la Cité Radieuse y la ha recogido un particular. Uno de mis compañeros viene hacia aquí con ella.

Tres minutos después alguien llamó a la puerta con los nudillos y un tercer agente entró en el despacho. Llevaba las botas negras reglamentarias y un uniforme azul marino recién planchado. Como Alain, tenía el arma colgada del cinturón, pero en todos los aspectos, su constitución era más imponente, fornida y despiadada. Ya no llevaba barba y eso le quitaba diez años de encima, pero aun así Kell lo reconoció al instante.

Era Luc.

Que Luc se hubiera molestado en afeitarse la barba era todo lo que Kell necesitaba saber: el compañero de Malot pretendía interrogarlo haciéndose pasar por agente de policía, pero no quería arriesgarse a que lo reconociese. Lo saludó con ademán optimista, le pasó la bolsa a Laurent y se presentó como Benedict Voltaire, uno de los seudónimos más ridículos que había oído.

—Bueno. Explíqueme qué es lo que ha ocurrido, por favor —le pidió en inglés.

Se sentó en la silla que Alain acababa de dejar vacía como quien libera espacio para la visita de un dignatario. Kell reparó en el galón de más que Luc llevaba en el hombro y que significaba que su rango era superior al de sus supuestos compañeros. O bien era un policía de alto rango o, con mayor probabilidad, un agente de la inteligencia francesa que los había convencido para que lo dejaran hacerse pasar por policía.

—Monsieur Uniacke es ciudadano británico. Estaba visitando la Cité Radieuse cuando lo han atacado dos jóvenes árabes. Se han llevado la bolsa, pero parece que ha tenido suerte.

—Sí, un poco sí que lo parece —contestó Luc, esta vez en francés.

Tenía la voz bronca y áspera de un fumador empedernido y estudiaba el rostro de Kell con atención, como para retrasar el momento ineludible en que podría acusarlo de mentir. Laurent acababa de abrir la bolsa.

—¿Le importaría comprobar que no falta nada?

Se la pasó por encima de la mesa, y Kell empezó a sacar los objetos y a colocarlos, uno a uno, entre los papeles y las tazas que tenía delante. El portátil fue lo primero en ver la luz y no tenía ningún tipo de daño. A continuación sacó la cámara; después el móvil de Marquand, que seguía encendido. Lo dejó encima de la mesa, al lado del suyo. *The Scramble for Africa* estaba al fondo, junto a un mapa turístico de Marsella. Por último, de un bolsillo interior con cremallera, extrajo la cartera de Uniacke.

—¿Dos móviles? —preguntó Luc con un matiz creciente de sospecha en la voz.

Kell era consciente de que estaba en una pelea cuyo potencial era mucho más peligroso que el de la refriega del pasillo. Podrían haber comprobado y rastreado la tarjeta SIM, así que rezó para que Marquand hubiese borrado sus huellas en Niza. Tuvo la gran suerte de que no le habían robado el móvil personal: si Luc hubiese tenido acceso a él, el juego se habría acabado.

—Así es —contestó, y cogió el de Marquand para inspeccionarlo—. Tengo uno para el trabajo y otro para uso personal.

Tenía un mensaje sin leer en la pantalla y lo abrió. Era de Jimmy Marquand:

Tenías razón. Todo el mundo está sano y salvo en la ciudad. Nos vemos la semana que viene.

—Uso personal —repitió Luc en inglés, como si Kell hubiese empleado un eufemismo.

Le olía el aliento a cigarrillo reciente.

—¡Fantástico! —exclamó Kell, dando rienda suelta al alivio inocente y al entusiasmo de Stephen Uniacke para no hacer caso del cinismo de Luc—. Está todo. El portátil, la cámara...

A continuación miró en la cartera: tiras de sellos, el carnet de los jardines botánicos de Kew, las distintas tarjetas de crédito y de débito de Uniacke. Como era de esperar, faltaban más de cuatrocientos euros.

—¡Mierda! ¡Se han llevado todo el dinero, joder! —exclamó, y enseguida añadió—: Disculpen mi lenguaje.

Laurent sonrió.

—No pasa nada. —Miró a Luc, como pidiendo permiso tácito para hablar—. ¿Tiene usted algún seguro?

—Sí, por supuesto.

—¿Cuánto le han quitado? —preguntó Luc—. ¿Cuánto falta?

—Creo que unos cuatrocientos euros. Esta mañana he sacado quinientos en un cajero, pero he gastado parte...

—Pon mil en el formulario —ordenó Luc con aires de grandiosidad y señalando a Laurent con la barbilla.

Era una estrategia psicológica inteligente, si bien muy descarada.

—No sé si estoy de acuerdo con eso —protestó Kell, pero la sonrisa que esbozó desmentía cualquier reparo ético que pudiera tener.

Convirtió la sonrisa en una inclinación breve de la cabeza a modo de agradecimiento.

—Gracias —le dijo a Luc con toda la sinceridad de la que fue capaz.

Para reforzar la imagen de hombre de familia, expuso las fotos sobadas de Bella y Dan, sus hijos imaginarios.

—Estas son las dos cosas más valiosas que llevo en la cartera. Me alegro de no haberlas perdido.

—Claro —contestó Laurent al instante y con aparente sinceridad.

Incluso Luc parecía conmovido por la devoción que Kell mostraba por su familia.

—¿Y el ordenador —preguntó este—, tiene algún daño?

Aquel era el momento de mayor vulnerabilidad de la entrevista; llegado ese punto, la DGSE podía destaparlo. Le habían robado la bolsa para examinar el portátil. De eso estaba convencido. También de que no se lo habrían devuelto a menos que hubiesen fracasado a la hora de inhabilitar la encriptación. Pero incluso si lo hubieran conseguido, no era probable que los de apoyo técnico encontrasen información incriminatoria. En el hotel, Kell había hecho una limpieza con un *software* del SSI que eliminaba todo rastro digital del usuario y lo reemplazaba con una serie de *cookies* y URL benignas, de modo que la DGSE solo habría encontrado el correo electrónico y el

historial de búsquedas de Stephen Uniacke, consultor de *marketing* y hombre de familia, que leía el *Daily Mail* y de vez en cuando apostaba en internet. La identidad de Uniacke estaba tan bien trabada que tenía hasta cuenta de Amazon.

—¿Funciona? —preguntó Luc.

En cuanto Kell levantó la tapa y pulsó el botón de encendido, Luc se puso en pie. Era obvio que el plan era rodear la mesa para ver cómo introducía la contraseña. A Kell no le quedaba más remedio que hacerlo sin protestar, así que tecleó los diez dígitos mientras Luc miraba sin reparos.

—¿Por qué usa contraseña, si no le importa que se lo pregunte?

—Soy consultor —respondió Kell, dando salida una vez más a la integridad y a la falta de malicia de su *alter ego*—. Tenemos muchos clientes con poder adquisitivo muy alto que prefieren que la información sobre sus negocios no caiga en malas manos.

Se acordó del rato que había pasado mirando la pantalla del portátil en el camarote y la posibilidad de que una cámara de la DGSE estuviese vigilándolo, y encontró el modo de explicarlo.

—El problema es que siempre se me olvida el código, de lo largo que es.

—Claro —respondió Luc, que no se había apartado ni un centímetro de él.

—¿Quería ver algo en concreto? —preguntó Kell mirando por encima del hombro y con la esperanza de estar insinuando de la manera más inocua posible que el tal Benedict Voltaire de la policía marsellesa empezaba a invadir su intimidad—. Parece que todo funciona correctamente.

Eso bastó para disuadirlo. Luc alzó la mano para acariciarse la barba que ya no llevaba, se acercó a la ventana de doble cristal que había en el extremo sur del despacho y miró la parte trasera del edificio. Dio un par de golpecitos con los dedos en el vidrio, y Kell trató de anticipar cuál sería su siguiente jugada. A la DGSE no debían de quedarle dudas sobre su inocencia, y estaba convencido de que nada podía vincularlo con Amelia ni con Malot.

—¿Qué hace en Marsella, señor Uniacke?

De haber hecho caso a su instinto, Kell habría insistido en que ya había respondido esa y otras preguntas parecidas varias veces desde la agresión, pero era vital no hacer caso de las provocaciones de Luc.

—Estaba de vacaciones en Túnez y regresé ayer en el ferri.

Luc se volvió hacia él.

—¿Es posible que se haya enemistado con alguna persona en el barco? ¿Alguien que pueda haber tenido motivos para seguirlo en Marsella y atacarlo?

No era la pregunta que Kell esperaba. ¿Adónde quería ir a parar Luc?

—No creo. Hablé con un par de personas en el bar y con alguna más mientras hacía cola para desembarcar. Pero aparte de eso, nadie más. Estuve casi todo el tiempo leyendo en el camarote.

—¿Ninguna discusión? ¿Ningún problema a bordo?

Kell negó con la cabeza.

—Nada. —Aquello estaba siendo casi demasiado fácil—. Ninguna pelea.

Notó un pinchazo repentino de dolor en la rodilla.

En una sala contigua, un hombre alzó la voz con rabia y violencia, como enfurecido por alguna injusticia salvaje. Y después el edificio volvió a quedar en calma.

—Le ha dicho a mi compañero que va de camino a París, ¿verdad?

Eso era un patinazo. Kell le había dicho a Laurent que tenía planeado irse de Marsella, pero antes de que Luc llegase. Era evidente que había estado escuchando mientras le hacían las preguntas para el atestado.

—Sí. Tengo un cliente en París que podría estar en la ciudad los próximos días. Quería llegar hasta allí y reunirme con él. Si no aparece, supongo que me iré a casa.

—¿A Reading?

—Sí, a Reading, pasando por Londres.

De pronto, Kell se había cansado de aquel interrogatorio de segunda y de la actitud prepotente y cargada de testosterona de Luc. Era obvio que no tenían de qué acusarlo, y deseó salir de aquel despacho sofocante, liberarse de toda una tarde de violencia y burocracia. Quería encontrar a Malot.

—Le deseo buena suerte, señor Uniacke —dijo Luc, que debía de haber llegado a la misma conclusión—. Siento haberle causado tantas molestias. De verdad.

Hubo un momento extraño en el que le lanzó una mirada intensa de significado oculto que Kell no fue capaz de descifrar.

—Mi compañero Laurent lo llevará al hotel. Gracias por su tiempo. Espero que disfrute del resto de su estancia en nuestro país.

A petición de Kell, Laurent lo dejó en la esquina de la rue Breteuil y el Quai des Beiges para caminar hasta el hotel y pasar por el puerto viejo. Ya llegaba una hora tarde a su cita con Madeleine Brive y quería cancelar la cena con la excusa de que le habían robado y apaleado. Quedando con ella no ganaba nada: la DGSE tenía mejores cartas y ella solo le serviría para pasar varias horas más fingiendo ser Stephen Uniacke.

Resultó que Madeleine no contestaba el teléfono, así que le dejó un mensaje largo en el que se disculpaba por cancelar la cena y explicaba lo sucedido en la Cité Radieuse. Esperaba que pudieran verse de nuevo algún día y le deseó un buen viaje de regreso a Tours.

De noche, el puerto estaba abarrotado de parejas que paseaban sin rumbo, turistas con sus mejores camisas, niños que lanzaban monedas a los pies de los músicos aburridos. En el extremo oriental hacía horas que habían recogido los puestos donde vendían el pescado sobre capas de hielo, y los ferris ya habían regresado con los últimos pasajeros de las excursiones a Calanques y a Château d'If. En un *tabac* del Quai des Beiges, Kell compró una *télécarte* y fue en busca de una cabina. Los vándalos habían dejado las dos primeras que encontró en un estado irreparable, pero en el extremo norte de la rue Thubaneau, en una callecita tranquila delante de una farmacia, había una de France Télécom que aún funcionaba. Cerró la puerta, dejó la bolsa en el suelo y marcó el número de la compañía de taxis que Malot había empleado desde la terminal de ferris.

Respondió una mujer al quinto tono, y Kell le contó una historia inventada.

—Hola. No sé si podrá ayudarme.

Cuando estaba en la escuela, una maestra le había dicho que al hablar francés sonaba como un piloto británico que acabara de estrellarse en la costa de Normandía. Intentó recrear el mismo efecto para esa conversación.

—La semana pasada estuve en Marsella y cogí uno de sus taxis a la salida de Chez Michel, el viernes por la noche, a eso de las once y media. Era un Mercedes blanco. El conductor era de África occidental, un hombre majísimo...

—Puede que fuese Arnaud, o tal vez Bobo o quizá Daniel...

—Sí, puede ser. ¿Sabe a quién me refiero? Debía de tener cincuenta o cincuenta y cinco...

—Entonces era Arnaud.

—Eso es.

—¿De qué se trata, pues?

—Verá, soy británico.

—Sí, lo había notado.

—Trabajo para Médecins sans Frontières. Arnaud me dio su tarjeta y yo prometí



contactar con él por unos amigos suyos de Costa de Marfil. Está muy preocupado por ellos.

—Ah, vale.

Había funcionado. La más mínima insinuación de un posible abuso de los derechos humanos había transformado la actitud indiferente de la recepcionista.

—Lo que pasa es que he perdido la tarjeta y no tengo cómo encontrarlo. ¿Podría pedirle que me llame a Londres? O si cree que eso es demasiado caro, ¿tiene su número para que yo me ponga en contacto con él?

No era una artimaña infalible, pero Kell conocía el carácter francés lo suficiente como para saber que no le negarían esa información solo por proteger su intimidad. Lo peor que podía pasar era que la recepcionista le pidiera el número y prometiese que Arnaud lo llamaría; lo mejor, que ella misma los pusiese en contacto.

—Esta noche no trabaja —anunció, lo que le daba esperanzas de que le ofreciese el número.

—No pasa nada —respondió él—. Puedo llamar otra vez el lunes, cuando esté en la oficina. Tengo todos los documentos en el ordenador del despacho.

—Un momento, por favor.

De pronto oyó una canción vieja de Moby y no le quedó claro si la recepcionista estaba atendiendo otra llamada o buscando el teléfono de Arnaud. En cuestión de treinta segundos, estaba otra vez al aparato.

—¿Tiene algo para apuntar?

—Sí.

Kell se permitió una sonrisa silenciosa de satisfacción.

—Muchas gracias por molestarse tanto. Creo que Arnaud se alegrará mucho.

Arnaud estaba en un lugar que sonaba a restaurante lleno o a bar y no tenía muchas ganas de contestar una llamada de un completo desconocido a las nueve y media de la noche de un domingo.

—¿Quién? —preguntó por tercera vez cuando Kell le explicó que era un periodista británico que buscaba información sobre uno de sus clientes y estaba dispuesto a pagar quinientos euros por el privilegio de sentarse a tomar una cerveza y charlar.

—Pero ¿cómo, ahora? ¿Esta noche?

—Sí, hoy mismo. Es urgente.

—No es posible, amigo. Hoy toca relax. Usted también debería aprovechar.

Un inquilino de uno de los bloques de apartamentos que había delante de la cabina acababa de salir a la calle. Se puso a accionar el acelerador de su moto, y Kell tuvo que gritar para hacerse oír por encima del motor.

—Yo me acerco a donde esté —insistió—. Dígame dónde, y podemos vernos cerca de su casa. No serán más de diez minutos.

Se hizo un silencio contemplativo que, al final, Kell se atrevió a interrumpir.

—¿Hola? ¿Sigue ahí?

—Sí, estoy aquí.

Arnaud disfrutaba de la atención.

—Mil —ofreció Kell, que estaba agotando el dinero de Marquand.

Funcionó. Una pausa significativa, y después:

—¿De qué cliente quiere hablar?

—No puedo explicárselo por teléfono —respondió Kell—. Ya hablaremos cuando nos veamos.

Una carrera de cuarenta y cinco euros y casi tres cuartos de hora más tarde, Kell estaba en lo más profundo del quartier Nord, a kilómetros de los yates, de los Audis y de los chalets con pista de tenis de La Corniche, en un paisaje ingrato de edificios de hormigón y calles llenas de basura. Todo lo que Le Corbusier, arrobado por su idealismo, había sido claramente incapaz de imaginar.

Arnaud bebía *pastis* en un café situado en el sótano de un bloque de pisos de color gris marengo patrullado por jóvenes aburridos y desnutridos, ataviados con chándal y el último grito en zapatillas de deporte. El local tenía un ventanal con el cristal roto y el otro tapado con una persiana metálica pintarrajeada de grafitis en mayúsculas: «MARSEILLE, CAPITALE DE LA CULTURE OU DU BÉTON». Kell pidió al taxista que esperase en la calle y se enfrentó a una serie de silbidos y miradas reprobadoras. Esperaba entrar en el establecimiento en mitad de un silencio expectante, de puertas batientes que se cierran a la espalda como en un salón del Lejano Oeste; en cambio, lo que vio fue una clientela compuesta en su totalidad de africanos que mostraron cierto interés y lo recibieron con una breve inclinación de la cabeza. Quizá el corte que tenía encima de la ceja y la cojera pronunciada le otorgasen la apariencia de un hombre que ya había sufrido su dosis de mala suerte.

—¡Aquí! —lo llamó Arnaud, que estaba sentado a la barra, bajo un *collage* de fotografías de futbolistas del pasado y del presente del Marsella.

En la pared de enfrente había imágenes de Lilian Thuram, Patrick Vieira y Zinedine Zidane agarrando la copa del mundo de 1998. A su lado, una caricatura enmarcada de Nicolas Sarkozy con unos tacones de altura exagerada, los ojos rayados con una navaja y un falo dibujado a bolígrafo saliendo de los pantalones. Arnaud se levantó. Era un hombre alto de complexión proporcionada, al menos ciento diez kilos de peso. Sin decir ni una palabra, llevó a Kell hasta una mesa de formica al fondo del local, debajo de un televisor atornillado a la pared. Se estrecharon la mano sobre un cenicero lleno de colillas y chicles y se sentaron el uno frente al otro. Arnaud tenía la palma de la mano suave y seca y, a pesar de que su expresión carecía de amabilidad, no le faltaba cierto aire de nobleza. Con esa mirada oscura e indiferente, tenía el aspecto, ni más ni menos, que de un déspota exiliado de la escuela de Amin. Tenía

sentido. Era probable que hablar con él lo hiciese quedar mal en su comunidad, pero habría calculado que le compensaba, a cambio de mil euros por una conversación de diez minutos.

—Así que es periodista...

—Eso es.

Arnaud no preguntó para qué periódico trabajaba. Hablaban francés y su acento era el más difícil de desgranar que Kell recordaba.

—Y quiere saber algo sobre alguien.

Kell asintió. Alguien había encendido el televisor y su respuesta quedó medio sofocada por el comentarista de un partido de baloncesto. Quizá lo había pedido Arnaud, para poder hablar con discreción, o tal vez fuese la manera en que el jefe expresaba su desaprobación.

—Esta mañana, en la terminal marítima, usted ha recogido a un hombre de treinta y pocos años que venía del ferri de Túnez.

Arnaud respondió que sí con la cabeza, aunque sin aclarar si se acordaba de él o no. Llevaba una camisa vaquera y sacó un paquete de Winston del bolsillo de la pechera.

—¿Fuma?

—Gracias —contestó Kell, y cogió uno.

Hubo una pausa mientras Arnaud encendía su cigarrillo y después le daba fuego. Entonces se inclinó hacia delante.

—¿Este sitio lo pone nervioso? Tiene cara de estar intranquilo.

—¿Sí? —Kell sabía que no aparentaba nervios y que Arnaud solo trataba de manipularlo—. Pues tiene gracia, porque justo estaba pensando en lo civilizado que es este lugar.

—Vaya...

Kell miró la barra. En la mesa contigua había un plato de espaguetis a medio comer y dos viejos jugaban al *backgammon* cerca de la puerta.

—Hay café, se puede fumar. La comida huele bien —enumeró Kell.

Se cuidó de mirar a Arnaud a los ojos, para no tener que desperdiciar más tiempo con juegos como ese.

—Estoy acostumbrado a sitios donde no se puede consumir alcohol y donde a las mujeres no se les permite sentarse con los hombres. A bombas en la carretera y a francotiradores que antes del desayuno ya le han hecho un traje de metal a más de un blanco. Me pongo nervioso en sitios como Bagdad, Arnaud. En Kabul. ¿Lo pillas?

El déspota se revolvió en la silla y el plástico chirrió.

—Me acuerdo del tipo.

Kell tardó un instante en darse cuenta de que hablaba de Malot.

—Ya me lo parecía. ¿Adónde lo has llevado?

Arnaud le sopló una nube de humo junto a la oreja.

—¿Eso es todo? ¿No quieres saber nada más?

—Eso es todo.

Frunció el ceño. La piel negra de la parte superior de sus suaves mejillas se tensó bajo los ojos. Un chico mestizo que no debía de tener más de quince o dieciséis años se acercó a la mesa y le preguntó a Kell si quería tomar algo.

—No, nada, gracias.

—Tómame algo —dijo Arnaud.

Kell le dio una calada al cigarrillo.

—Una cerveza.

—*Une bière, Pep* —tradujo Arnaud, como si fuese necesario.

Se rascó algo en el cuello.

—Ha sido una carrera muy larga. Bastante cara.

—¿Cómo de larga?

—No he vuelto hasta hace un par de horas. Hemos ido a Castelnaudary.

—¿Castelnaudary? Eso está cerca de Toulouse, ¿no?

—Búscalos.

Kell le devolvió la nube de humo.

—O podrías decírmelo tú.

—Paga.

Kell se sacó del bolsillo de los vaqueros el sobre que contenía el dinero y se lo pasó por encima de la mesa.

—Bien, Arnaud: por mil euros, ¿dónde está Castelnaudary?

El taxista sonrió. Estaba disfrutando del juego.

—Hacia el oeste. A unas tres horas por la autopista. Pasado Carcasona.

—Territorio de *cassoulet* —apuntó Kell con la región de Languedoc-Rosellón en mente, sin esperar ninguna reacción—. ¿Lo has dejado en el pueblo? ¿Te acuerdas de la dirección?

—No había dirección.

Arnaud se guardó el sobre en el bolsillo de los pantalones de pinza y fue como si el peso del dinero, la repentina realidad del pago, lo convirtiese de pronto en una persona más colaboradora.

—De hecho, era extraño. Quería que lo dejase a las afueras de un pueblo, a diez kilómetros hacia el sur. En un apartadero en mitad del campo. Me ha dicho que alguien iría a recogerlo.

Kell hizo la pregunta evidente.

—¿Por qué no lo has llevado a donde tenía que ir?

—Decía que no tenía la dirección. Y yo no he querido discutir. Al fin y al cabo, me daba igual. Aún me quedaba todo el camino de vuelta a Marsella. Quería llegar a casa y ver a mi hija.

Kell se planteó preguntarle por su familia para ablandarlo un poco, pero le parecía que, como estrategia, no valía la pena.

—Y el resto del viaje, ¿qué? ¿Habéis hablado? ¿Te ha dicho algo?

El africano le dedicó una sonrisa, esta vez más amplia, y Kell vio que tenía las encías amarillentas por la edad y el desgaste.

—No, nada —contestó, y negó con la cabeza—. Ese hombre no te habla. Ni siquiera te mira. Ha pasado casi todo el viaje durmiendo o mirando por la ventanilla. El típico racista. El típico francés.

—¿Crees que era racista?

Arnaud pasó la pregunta por alto y entonces hizo una propia.

—¿Quién es? ¿Por qué se interesa un periódico británico por él? ¿Ha robado algo? ¿Se ha follado a la princesa Kate o algo por el estilo?

Soltó una carcajada. Kell no era un ferviente defensor de la familia real, pero prefirió no sumarse a la broma.

—Nos interesa y punto. Si tuviese un mapa, ¿me enseñarías el lugar exacto donde lo has dejado?

Arnaud asintió. Kell esperó a que moviese ficha, así que permanecieron en silencio hasta que quedó claro que el taxista estaba ganando tiempo.

—Bueno, ¿tienes un mapa o no? —preguntó Kell.

El taxista se cruzó de brazos.

—¿Por qué iba a tener uno aquí? —protestó, y miró el suelo.

Debajo de un taburete con la tapicería de cuero rasgada había un trozo de pan de molde duro, de un sándwich. Kell no tenía cobertura en el iPhone, así que no le quedó más remedio que levantarse, exponerse de nuevo a las miradas de los jóvenes en chándal y a los perros sin atar, y despertar al taxista que lo esperaba echando una siesta en el coche. Este bajó la ventanilla, y Kell le pidió prestado el mapa de Francia. El conductor recibió una petición tan sencilla como aquella con absoluto desprecio, porque requería salir del vehículo, abrir el maletero del Mercedes y sacarlo.

—Podría guardarlo dentro del coche —sugirió Kell, y regresó a la mesa del café.

Arnaud cogió el atlas de carreteras, lo abrió por el índice, buscó Castelnaudary e indicó la zona aproximada donde había dejado a François Malot.

—Aquí —señaló, y una uña seca y mordisqueada tapó la ubicación durante un momento.

Kell cogió el atlas y escribió el nombre del pueblo: Salles-sur-l'Hers.

—Un apartadero, ¿no? En mitad de una zona rural.

Arnaud asintió.

—¿Recuerdas que hubiese algo distintivo por ahí? ¿Alguna iglesia? ¿Un parque infantil?

Arnaud negó con la cabeza, con aire de estar cansándose de la conversación.

—No. Solo unos cuantos árboles y prados. El puto campo, ya sabes cómo es. —Había pronunciado «campo» como si fuese un insulto—. Me acuerdo de que, al dar la vuelta para regresar a casa, después de uno o dos minutos, he pasado por delante de unos contenedores de reciclaje. Es decir, que esa es la distancia a la que estaba de Salles-sur-l'Hers.

—Gracias —respondió Kell, y le pasó el número del móvil de Marquand—. Si te acuerdas de alguna cosa más...

—Te llamo.

Arnaud se guardó el número en el mismo bolsillo donde tenía el tabaco. El tono de la contestación indicaba que esa sería la última vez que Kell iba a saber de él.

—¿Qué te ha pasado en el ojo? ¿Ha sido el tipo al que he llevado?

—Un amigo suyo —respondió Kell, y se levantó de la mesa.

Le habían puesto la cerveza mientras salía a por el atlas de carreteras, así que dejó una moneda de dos euros en la mesa, a pesar de no haberla tocado.

—Gracias por acceder a hablar conmigo.

—Sin problema.

Arnaud no se molestó en levantarse. Le dio la mano y con la otra se dio unos golpecitos en el fajo de billetes del bolsillo.

—Debería ser yo quien le diese las gracias a tu periódico británico. —Otra sonrisa de encías amarillentas—. Muy generosos. Es un regalo muy bonito.

Al llegar al hotel, Kell tenía en el buzón de voz un mensaje de Madeleine Brive, que sonaba enfurruñada. Sentía mucho que le hubiesen atacado en la Cité Radieuse, pero lo que de veras parecía molestarla era que Stephen Uniacke no hubiese tenido el detalle de llamarla antes para avisar de que la cena en Chez Michel no tendría lugar. En consecuencia, había desperdiciado la única noche que iba a pasar en Marsella.

—Un encanto de mujer —le comentó Kell a la habitación en cuanto colgó.

Se preguntó si Luc aún estaría escuchándolo.

Durmió bien, con el mismo sueño profundo que durante toda la operación, y al día siguiente desayunó en abundancia en el restaurante del hotel antes de saldar la cuenta y encontrar un cibercafé a tiro de piedra de la Gare Saint-Charles. En la práctica, el portátil ya no le servía para nada: no le cabía duda de que los camaradas de Luc de la DGSE le habrían instalado algún dispositivo de seguimiento o un *keylogger*. Vio que Elsa Cassani le había enviado un documento por correo electrónico y supuso —con acierto— que se trataba del archivo de antecedentes e información sobre Malot. El mensaje que acompañaba al fichero decía: «Llámame si tienes preguntas. X». Kell lo imprimió con la ayuda de un gótico supereficiente que llevaba un *piercing* en la lengua.

En la estación había un McDonalds, donde compró un café radiactivo, se sentó a una mesa vacía y leyó con atención las indagaciones de Elsa.

La joven había hecho un buen trabajo y había encontrado datos sobre la educación secundaria de Malot, la facultad de Toulon donde había estudiado Tecnologías de la Información, el nombre del gimnasio de París del que era socio. En la foto de Malot que le había enviado Marquand salían dos de sus compañeros de una empresa de *software* de Brest que una sociedad anónima grande de París había comprado y absorbido. Ahora Malot trabajaba en la central. Elsa había encontrado dos cuentas bancarias, además de las declaraciones de impuestos de los últimos siete años. En su opinión, en sus finanzas no había «ninguna anomalía». Pagaba las facturas a tiempo, hacía poco más de un año que tenía alquilado el apartamento donde vivía en el distrito séptimo y tenía un Renault Mégane de segunda mano que había comprado en Bretaña. En cuanto a amistades y novias, las indagaciones en la oficina y en el gimnasio indicaban que François Malot era un lobo solitario, un hombre que no se mezclaba con nadie. Elsa había telefoneado a su jefe, que la había informado de que «el pobre François» estaba de baja temporal, debido a una tragedia familiar. Hasta donde había podido comprobar, Malot carecía de presencia en las redes sociales y sus correos electrónicos se descargaban a un servidor al que ella no había conseguido acceder. Sin la ayuda de Cheltenham, no le había sido posible escuchar las llamadas del móvil, pero sí se las había arreglado para interceptar una cadena de mensajes de correo electrónico de potencial muy interesante entre Malot y un

individuo que, según su cuenta de Wanadoo, se llamaba Christophe Delestre. Elsa sospechaba que se trataba de un amigo o familiar. Había adjuntado el archivo con la conversación.

Kell metió el resto de los documentos en la bolsa, se acabó el café y envió un mensaje de texto a su compañera.

De categoría. Muchas gracias.

En otras circunstancias, tal vez hubiese añadido uno de esos besos que escribía ella al final de los mensajes —esa equis—, pero era el jefe y, en consecuencia, tenía la obligación de mantener cierta distancia profesional. A continuación, leyó los mensajes de Delestre. Estaban en francés y eran de cinco días antes, cosa que localizaba a Malot en el Ramada, hacia el final de sus vacaciones con Amelia.

De: dugarrylemec@wanadoo.fr  
A: fmalot54@hotmail.fr

¿Cuándo vuelves a París? Te echamos de menos.  
Kitty quiere un besito de su padrino.  
Christophe.

De: fmalot54@hotmail.fr  
A: dugarrylemec@wanadoo.fr

Disfrutando de Túnez. Vuelvo este fin de semana, pero tengo mucho en lo que pensar. Estoy de permiso en el trabajo, se están portando muy bien. Puede que vuelva a casa la semana que viene, o quizá viaje un poco. No estoy seguro. Dale un beso a Kitty de parte de su padrino Frankie.

P. D.: Espero que ya estéis recuperándoos del incendio. Prometo compraros unos libros para sustituir los que habéis perdido.

Kell guardó los correos con el resto de los documentos, dentro de la bolsa. Buscó un baño en la planta baja de la Gare Saint-Charles, entró en un cubículo, partió el archivo entero en pedacitos y los tiró al retrete. Subió a la primera planta, compró un billete con la tarjeta de crédito de Uniacke y cogió el tren de alta velocidad de las diez a París.

Tenía que charlar con Christophe.



Cuatro horas más tarde, Kell estaba sentado a solas a una mesa de la Brasserie Lipp, mirando una fotografía de Christophe Delestre que había sacado de Facebook. En ella, Delestre llevaba unas gafas de sol gigantescas, pantalones cortos de camuflaje y una camiseta granate. A juzgar por su aspecto, tenía entre treinta y treinta y cinco años, además de una perilla y un bigote muy bien cuidados y una cabellera rala peinada de punta con gomina. La configuración de privacidad del perfil era alta, y esa había sido la única imagen de él que había conseguido. Basándose en el principio de que, por lo general, los usuarios de Facebook ponían mucha atención en su fotografía de perfil, supuso que Delestre quería transmitir que era de trato fácil, un hombre cordial. En la foto se reía y tenía un cigarrillo de tabaco de liar en la mano. En el plano no salía nadie más.

Lipp era una brasería parisina de las de la vieja escuela que estaba en el boulevard Saint-Germain, y había sido una de las favoritas de Claire durante el año que había vivido allí cuando estudiaba. A lo largo de su matrimonio, ella lo había llevado a ese restaurante dos veces, y se habían sentado el uno al lado del otro, a la misma mesa de la ventana, a ver pasar la *haute bourgeoisie* en todo su esplendor. Pocas cosas habían cambiado. Los camareros con corbata negra, delantal blanco y sonrisa atenta preparaban *steak tartar* en el mostrador que tenían a un paso de la entrada. El encargado, de aspecto impecable con su camisa de seda y traje de chaqueta sin cruzar, reservaba su habitual *froideur* para los que acudían allí por primera vez y empleaba su untuoso encanto galo con los más conocidos. A dos mesas de Kell, una viuda anciana, adornada con catorce kilos de joyería *art déco* y con los hombros cubiertos por un chal negro, picoteaba una ensalada Ni<sup>o</sup>ise. De vez en cuando, el mantel se movía y dejaba ver a un terrier escocés muy leal acurrucado a sus pies; un perro, pensó Kell, casi con seguridad más cuidado y malcriado que el difunto esposo de la señora. Siguiendo la misma pared, bajo unas caricaturas enmarcadas de Jacques Cousteau y de Catherine Deneuve, tres mujeres de mediana edad vestidas con trajes de Chanel estaban enfrascadas en una conversación salpicada de gestos de complicidad. Estaban demasiado lejos para oírlas, pero Kell imaginó a Claire aferrándose al estereotipo de la clase privilegiada francesa para anunciar su convicción de que «probablemente no tienen mejor tema de conversación que el sexo y el poder». Aquel establecimiento siempre le había encantado, porque era la esencia del París del viejo mundo y, sin embargo, aquel día casi lo odiaba, porque no conseguía pensar más que en su esposa a bordo de un avión con rumbo a California, bebiendo los mismos vinos y comiendo los mismos platos franceses que él pero en el asiento de primera clase que le había pagado Richard Quinn. En la Gare de Lyon, Kell le había dejado un mensaje en el buzón de voz pidiéndole que reconsiderase el viaje a Estados Unidos. Ella le había devuelto la llamada para decir que ya iba de camino a Heathrow. Hablaba con un matiz triunfal en la voz, y Kell, en un ataque de

celos, había estado a punto de marcar el número de Elsa e invitarla a París solo para tener la compañía de una mujer joven que pudiera amortiguar el golpe que se había llevado su orgullo. En cambio, lo que había hecho había sido coger un taxi a Lipp, pedir una botella de Nuits-St-Georges Premier Cru y enterrarse en sus estrategias para tratar con Christophe Delestre.

Una hora después, terminada la botella, pagó la cuenta, cruzó la calle para tomar un *espresso* en Café de Flore y cogió el metro hasta Pereire, en el distrito decimoséptimo, donde conocía un hotel pequeño y discreto en la rue Verniquet. Tenían una habitación doble disponible, y la alquiló a nombre de Uniacke, la séptima cama en la que dormiría en otros tantos días. El cuarto, diminuto, estaba en la segunda planta y tenía paredes de color naranja chillón, una reproducción de un cuadro de Miró junto a la puerta del baño y una ventana con vistas a un patio. Como empezaba a sentirse abotargado por culpa de la botella de vino del mediodía, no se molestó en deshacer la maleta, sino que salió al sol de la tarde y echó a caminar hacia el este en dirección a Montmartre. Llevaba la cámara consigo y tomó una serie de fotografías a la luz cegadora del verano —la vida en los cafés, las farolas de hierro forjado, la fruta y la verdura fresca dispuesta en los escaparates de las tiendas de comestibles—, que aprovechó como excusa para dar vueltas por la calle y retratar a los transeúntes y vehículos de su entorno. A pesar de que estaba seguro de que después de Marsella la DGSE había perdido el interés en Stephen Uniacke, una cámara de fotos era un elemento útil para disuadir a un equipo móvil de seguimiento. Más tarde podría comprobar los rostros y matrículas para determinar si ciertos vehículos y particulares aparecían en más de una ubicación.

A las seis estaba en la rue Lamarck, una de las principales vías de Montmartre, a los pies de la basílica del Sacré-Coeur. Según la información de Elsa, Delestre vivía en una planta baja en la esquina de la rue Darwin y la rue Saules. Empezó a bajar unos escalones empinados que conducían al cruce entre esas dos calles, pero se detuvo a medio camino, miró hacia Lamarck y disparó una secuencia de planos a la manera de los fotógrafos aficionados, tratando de capturar de la mejor forma posible el encanto de París. Entonces se volvió y apuntó la cámara hacia las hileras de coches que se extendían ante él, a ambos lados de la rue Saules. Usó el teleobjetivo para buscar señales de un equipo de vigilancia. Todos los vehículos parecían vacíos; tal como sospechaba, ninguna agencia tenía suficientes operativos para vigilar a todos los familiares y amigos de Malot. Al llegar al final de la escalera, apenas a unos metros de la puerta de Delestre, Kell miró los apartamentos de delante, los de la rue Darwin, y vio que le sería imposible identificar si tenían un puesto de vigilancia en alguna vivienda. Debía confiar en su suerte y arriesgarse. Rodeó el edificio por Saules y regresó por el lado oeste de Darwin. Era un vecindario muy activo: ancianas que volvían de hacer la compra, niños recién salidos del colegio que iban a casa de la mano de sus padres. Kell se acercó a la puerta de los Delestre con la esperanza de que Christophe estuviese allí y no en el trabajo.

Antes de verla, oyó a la niña por una ventana abierta que había en la planta baja. En un salón de iluminación tenue, una mujer atractiva de cabello oscuro, tal vez de ascendencia española o italiana, acunaba a un bebé en el regazo intentando que dejase de llorar.

—¿*Madame* Delestre? —preguntó Kell.

—*Oui*?

—¿Está su marido en casa?

La mujer se volvió de prisa hacia la derecha y después hacia el desconocido de la calle. Christophe Delestre estaba en el salón, con ella. El hombre se levantó, se acercó a la ventana y se colocó delante de su esposa y de su hija, respondiendo a un posible instinto inconsciente de protegerlas.

—¿Puedo ayudarlo en algo?

—Se trata de François Malot —contestó Kell. Hablaba en francés y le ofreció la mano por la ventana—. Sobre el incendio. ¿Le importaría dejarme pasar?

Facebook engañaba. Christophe Delestre se había afeitado la perilla y el bigote, había engordado casi quince kilos y ya no llevaba unas gafas de sol grandes. Tenía los ojos marrones y de aspecto franco, y la cara hinchada y maltratada por una serie de noches sin dormir. Vestía pantalones de lino claros, zapatillas de deporte y una camisa de algodón azul. Christophe lo guio hasta el salón y lo invitó a sentarse en un sofá cubierto por una manta carcomida. A continuación cerró la ventana y le presentó a su esposa, que le estrechó la mano con los ojos entrecerrados y agarró más fuerte al bebé, como si no se fiase del desconocido que acababa de entrar en su casa.

—¿Es por el seguro? —preguntó ella.

Se llamaba María y hablaba francés con acento español.

—No —contestó él, y luego le hizo una carantoña a la niña, para que María se tranquilizase un poco.

—Ha dicho que se llama Tom; ¿es inglés?

Tal vez Christophe había estado tan dispuesto a dejarlo pasar porque pensaba que así aliviarían el tedio de cuidar de un bebé las veinticuatro horas del día, pero de pronto actuaba con mayores reservas.

—¿Cómo sabe lo del fuego?

—Les voy a ser sincero —anunció Kell, y entonces se dio cuenta de que la niña había dejado de llorar. Era Kitty, la ahijada de Malot—. Trabajo para el MI6. ¿Saben lo que es?

Hubo una pausa de asombro mientras los Delestre se miraban. Los agentes no acostumbraban a revelar su identidad a menudo y, dentro de unos parámetros psicológicos determinados, la mera mención del MI6 era como enseñar la placa en el escenario del crimen.

María habló primero.

—¿Es espía?

—Soy un agente del Servicio Secreto de Inteligencia británico, sí. A efectos prácticos, soy espía.

—¿Y qué quiere de nosotros?

Christophe parecía asustado, como si Kell se hubiera convertido en una amenaza directa para su esposa y para su hija.

—Por favor, no se preocupen. Solo necesito hacerle unas preguntas sobre François Malot.

—¿Qué pasa con él?

La contestación de María había sido rápida y respondía al impulso latino básico de desdeñar la autoridad.

—¿Quién lo envía aquí? ¿Qué quiere?

El ambiente del pequeño salón se había cargado de repente, y Kitty empezó a llorar. Quizá hubiese notado la atmósfera de desconfianza, la hostilidad en la voz de

su madre, que por lo general era amable y consoladora.

—Discúlpenme por presentarme en su casa sin avisar. Era importante que las autoridades francesas no supiesen que estoy aquí.

Christophe prefirió llevar a la niña a otra parte, así que la cogió de los brazos de su madre y atravesó la cocina en dirección a su habitación, o a la de ellos. María mantuvo clavada en él su mirada fría y cargada de suspicacia.

—¿Le importaría volver a decirme otra vez cómo se llama? —preguntó ella—. Quiero escribirlo.

Kell satisfizo la petición y deletreó su apellido despacio y con precisión. Cuando Christophe regresó al salón, se sorprendió al ver a su esposa encorvada sobre la mesa, anotando algo.

—Este asunto me incomoda —dijo, como si acabase de hablar con otra persona y eso le hubiese insuflado confianza—. Dice que es del MI6, pero a mí me parece una mentira. ¿Qué quiere? No debería haberlo dejado entrar.

—No quiero hacerles daño —repuso Kell.

Por un momento, la calidad habitual de su francés lo había abandonado. La frase carecía de los matices que había intentado incluir en la respuesta, y María habló de pronto.

—Creo que debería marcharse —anunció—. No queremos tener nada que ver con usted.

—Sí —añadió Christophe, reafirmando en la valentía de su esposa—. Si quiere hablar con nosotros, por favor, hágalo a través de la policía.

—Siéntense.

El enfado incesante y perdurable con Claire, sumado a una impaciencia generalizada con los Delestre, le había hecho perder la calma. Sintió una erupción en su interior, el chasquido repentino de la buena voluntad al romperse, y se acordó de Yassin, desnudo en la silla, en Kabul, con la mirada empapada de miedo. La joven pareja reaccionó a la intensidad inesperada con la que se había dirigido a ellos como si hubiera sacado una pistola. Christophe se echó a un lado y se dejó caer sobre un sillón. María tardó un poco más, pero la mirada fija de Kell la convenció al final de sentarse a la mesa.

—¿Qué quiere? —preguntó ella.

—¿Por qué están tan a la defensiva? ¿Hay algo que yo deba saber?

Christophe abrió la boca para contestar, pero Kell lo interrumpió.

—Me extraña que no se interesen por el paradero de François. ¿Tienen alguna excusa para eso? Tenía entendido que se trataba de su mejor amigo.

Christophe parecía confundido, como un trabajador que acabara de despertarse en el tren de camino a la oficina. Su rostro cansado y pálido permaneció impassible mientras trataba de desentrañar el sentido de lo que Kell acababa de decir.

—Yo ya sé dónde está François —contestó en cuanto halló el valor.

Su mano derecha se aferraba al brazo del sillón, los nudillos blancos de la fuerza.

Una película de sudor le cubría la frente.

—¿Dónde está?

—¿Por qué deberíamos decírselo?

María miró a su marido consternada, que negó con la cabeza como advirtiéndole de que no opusiese más resistencia.

—Dice que es espía, pero podría estar trabajando con el periodista que nos llamó cuando lo del asesinato. Ya se lo hemos dicho mil veces: no queremos hablar de lo que ocurrió.

Kell se levantó y se acercó a ella.

—¿Para qué iba un periodista a hacerse pasar por espía? ¿Por qué motivo haría semejante estupidez? —Quedó como una pregunta retórica, porque los Delestre no tenían respuesta que darle—. Vamos a dejar una cosa clara: cabe la posibilidad de que François esté metido en un problema muy grande. Necesito saber si ha estado en contacto con ustedes. Necesito ver su correspondencia.

María soltó un resoplido desdeñoso. A Kell no le quedaba más remedio que admirar sus arrestos.

—¡Los correos electrónicos son privados! —exclamó ella—. ¿Por qué íbamos a enseñárselos? No tiene derecho a...

Kell la interrumpió a media frase.

—¿Kitty está dormida? —preguntó, e hizo el amago de ir hacia el dormitorio como si pretendiese cogerla.

María tardó solo una fracción de segundo en darse cuenta de lo que había dicho.

—¿Cómo sabe el nombre de mi hija?

Kell se volvió hacia Christophe, que parecía estar sopesando los pros y los contras de darle un buen puñetazo.

—¿Qué me dicen de los libros que François le prometió por correo electrónico desde Túnez? ¿Se los ha enviado? ¿El tío Frankie ha sido bueno con su ahijada?

Delestre quiso levantarse, pero Kell dio un paso hacia él y le advirtió:

—No se mueva de ahí.

Estaba de nuevo con Yassin; el poder de la contención, la sed de venganza e información. Tenía que asegurarse de no llegar demasiado lejos.

—No quiero que esta conversación provoque una situación difícil para nadie. Lo que intento decirles es que puedo conseguir acceso a lo que quiera. Pero necesito su colaboración para no tener que molestarme en hacerlo quebrantando la ley. Preferiría no tener que pasar varios días escuchando sus llamadas ni decirle a la delegación de París del MI6 que los siga por la ciudad y que acceda a sus ordenadores o vigile a sus amigos. Pero lo haré si es necesario, porque merece la pena quebrantar la ley para averiguar lo que necesito, ¿comprenden?

Christophe parecía confundido, como un niño acosado.

—Intento ser honesto con ustedes por pura cortesía. Hay un modo difícil de hacer las cosas y otro fácil, que les permite conservar la libertad sin que nadie los moleste.

—Explíquenos la segunda —respondió María en voz baja, y fue como si su capitulación personal marcara el final de la resistencia de los Delestre.

—Necesito ver una fotografía de François —les pidió Kell—. ¿Tienen alguna?

Sospechaba que ya sabía la respuesta, y resultó que tenía razón. Christophe se recolocó en el asiento, negó con la cabeza y contestó:

—Lo perdimos todo en el incendio. Todos los álbumes y las fotos. No tenemos ninguna foto suya.

—Claro.

Kell se acercó a la ventana y miró por la rue Darwin. De abajo le llegó olor a gasoil.

—¿Y en internet? —preguntó—. En Twitter o Facebook. Algún sitio que yo pueda mirar.

María ladeó la cabeza y lo contempló perpleja, como si acabase de mencionar una gran coincidencia.

—Christophe no consigue entrar en Facebook —comentó con evidente sorpresa—. Hace un mes que no le funciona.

—He contactado con ellos —añadió Christophe. Ambos miraban a Kell como si él tuviera la culpa—. He intentado cambiar la contraseña. Un día conseguí entrar, pero todos mis contactos habían desaparecido, igual que las fotos y la información de perfil.

—¿Estaba todo borrado?

—Sí, borrado. Igual que los correos electrónicos, Dropbox, Flickr. Desde el incendio, no me funciona ninguna de las cuentas de internet. Ha desaparecido todo. Solo me queda una: el correo electrónico personal que uso para hablar con los amigos. Pero de todo lo demás, nada.

En la calle, una moto pasó a toda velocidad por delante de la ventana, frenó en la esquina y después salió quemando rueda por Saules.

—¿Y no tienen ni idea de por qué?

De nuevo, Kell tenía la impresión de conocer la respuesta: un ataque informático de la DGSE había eliminado todas las pruebas de la relación de los Delestre con François Malot. El incendio debía de ser la guinda del pastel, y puede que la intención hubiese sido matarlos.

—No, ni idea —respondió María, y pidió permiso para ir al dormitorio para ver cómo estaba Kitty.

Kell hizo un gesto amable, con los brazos abiertos y las palmas de las manos hacia arriba, como diciendo: «Claro que puede. Está en su casa, puede hacer lo que quiera». Ella regresó momentos después con algo detrás de la espalda. Durante una fracción de segundo, Kell pensó que era un cuchillo, pero entonces ella sacó la mano y vio que se trataba de un biberón.

—Cuéntenme lo del incendio —les pidió—. ¿Estaban en casa?

Sí, estaban. El ático donde vivían, a cuatro manzanas de allí, en Montmartre, se

había incendiado a las dos de la madrugada. Según el propietario, había sido un fallo eléctrico, y habían tenido suerte de salir con vida. Si los bomberos no hubiesen acudido tan deprisa como lo hicieron, explicó María, casi seguro que Kitty se habría ahogado.

—¿Conocen a alguien más que pudiera tener una foto de François? ¿Algún tío o tía? ¿Una exnovia?

Christophe negó con la cabeza.

—A François no le gusta juntarse con nadie.

—No tiene amigos —añadió María, como si fuese algo que sospechaba desde hacía tiempo—. Ni novias. ¿Por qué insiste tanto en ver una foto? ¿Qué pasa?

A esas alturas, se había sentado en el brazo del sillón donde estaba su marido y le había cogido la mano. Kell abrió la ventana y ocupó la silla que María había dejado vacía. Fuera la luz era más tenue, y había niños jugando en la calle.

—¿Cuándo fue la última vez que supieron de él? Dicen que han recibido varios correos.

—Parece que usted ya los ha leído.

La respuesta rápida de Christophe carecía de malicia. Era como si el aire fresco de la calle hubiese despejado todo su resentimiento.

Kell asintió.

—El MI6 interceptó un mensaje que François envió a su dirección hace tres días, a la de dugarrylemec. Su ubicación nos interesa. Envió el correo desde Túnez, y gracias a él sé el nombre de Kitty, lo del tío Frankie y lo de los libros. ¿Qué más les ha dicho?

La pregunta parecía haber activado algún resorte en el interior de Christophe, que frunció el ceño como si estuviera frente a un rompecabezas.

—Me ha dicho muchas cosas —respondió, y su mirada amable se tornó casi afligida de tanta confusión—. Si le digo la verdad, hay asuntos que me preocupan. Me ha escrito algunas cosas que no tienen mucho sentido.



Se lo contó todo, y más tarde el relato tomó la forma de una transcripción gracias a un analista de la DGSE que, cinco días después, hizo la comprobación semanal de los micrófonos del apartamento de los Delestre y encontró pruebas de la conversación con Thomas Kell.

Se consideró que la calidad de la grabación era excelente.

CHRISTOPHE DELESTRE (CD): Me ha dicho muchas cosas. Si le digo la verdad, hay asuntos que me preocupan. Me ha escrito algunas cosas que no tienen mucho sentido.

THOMAS KELL (TK): Cuénteme.

CD: Bueno, conozco a Frankie muy bien, ¿sabe? Desaparecer así como así y comenzar una nueva vida no es algo típico de él, ni siquiera con todo lo que le ha pasado.

TK: ¿A qué se refiere con «comenzar una nueva vida»?

MARÍA DELESTRE (MD): En otros correos hablaba de irse de París para siempre, de lo triste que estaba por lo sucedido en Egipto. Decía que no sabía cuándo regresaría a casa...

CD: La cuestión es que Frankie nunca se había llevado muy bien con sus padres. Era adoptado, ¿lo sabía?

TK: Sí.

CD: Pero ahora parece que no es capaz de levantarse por las mañanas. No quiere hablar conmigo, no quiere ir a trabajar...

TK: ¿Qué quiere decir con que no quiere hablar con usted?

CD: No consigo que conteste al teléfono.

MD: [Ininteligible].

TK: ¿No contesta las llamadas?

CD: No. Tampoco responde los mensajes. Antes hablábamos todo el tiempo, soy como un hermano para él. Y ahora lo hacemos todo por sms.

TK: ¿Mensajes de texto?

CD: Exacto, cosa que antes no hacía. Odiaba los [improperio] sms. Y ahora me envía tres o cuatro al día.

TK: ¿Me los enseña?

Pausa. Ruido de movimiento.

MD: [Ininteligible].

CD: Aquí tiene. Vaya pasándolos.

MD: Para usted es difícil hacerse a la idea, pero no parece él en absoluto. ¿Qué dice?: «Empezar una nueva vida, estoy harto de Francia... Demasiados recuerdos en París». Todo un montón de [improperio]. Frankie no tiene un pelo de sentimental. Parece que se haya metido en una secta o algo, que esté haciendo una terapia donde lo obliguen a decir estas cosas y lo aparten de sus amigos.

TK: El duelo puede causar reacciones extrañas.

CD: Pero [ruido de tráfico, ininteligible].

TK: [Ruido de tráfico, ininteligible]. ¿Cómo se comportó en el funeral?

MD: Como cabía esperar. Fue horrible. Ponía buena cara, pero estaba destrozado, ¿no? Igual que todos. Fue en Père-Lachaise, muy formal, solo invitaron a los amigos íntimos y a la familia.

TK: ¿En Père-Lachaise?

CD: Sí, es un cementerio a media hora...

TK: Sí, sí, sé lo que es.

CD: [Ininteligible].

TK: ¿En qué distrito está?

MD: ¿Cómo?

CD: ¿Père-Lachaise? Creo que en el vigésimo.

TK: ¿No es en el decimocuarto?

CD: ¿Qué?

TK: ¿Está seguro de que el funeral fue en el distrito vigésimo en lugar de en Montparnasse?

CD [y MD]: Sí.

TK: ¿Podrían decirme la fecha?

CD: Claro. Era viernes. El veintiuno o el veintidós, creo.

La celebración de dos funerales para Philippe y Jeannine Malot confirmaba que Amelia había sido víctima de una treta muy enrevesada de la DGSE. Casi con total seguridad, los correos electrónicos que Christophe había recibido de François los había escrito un impostor: «Frankie no tiene un pelo de sentimental. Parece que se haya metido en una secta o algo». Kell abandonó el hotel y se dispuso a regresar a Londres, donde plantearía a Amelia la terrible verdad de lo que le habían hecho.

Al inicio de su carrera, volver a casa siempre le había provocado cierto subidón. Podía ser después de una reunión en Viena o en Bonn, o tras una operación más larga en el extranjero, pero al pisar suelo británico siempre lo asaltaba la misma noción elevada de sí mismo y de lo importante que era. Caminando por Heathrow o Gatwick, se sentía como un ser superior rodeado de una plebe de mortales y atravesaba el control de pasaportes como un fantasma a las órdenes del Servicio Secreto de Su Majestad. Esa arrogancia desmedida, ese orgullo, había dejado de formar parte de la manera de ser de Kell mucho tiempo atrás. Ya no se sentía ungido ni poseedor de un estatus particular, pero conservaba la conciencia de ser distinto de los demás. Hacia el final de su carrera en el SSI, envidiaba la vida sencilla de los hombres y mujeres de su generación con quienes tenía contacto. Se preguntaba cómo sería una vida sin mentiras, una existencia en la que no estuviese obligado a interpretar significados y a cuestionarlo todo, algo que en su oficio clandestino era una actividad constante. Lo habían reclutado por su encanto y astucia, Kell lo sabía. Había subido a lo más alto a consecuencia de su imaginación y sus aptitudes para el engaño. Pero las exigencias incesantes del oficio eran cansinas, por no hablar de la dimensión burocrática cada vez más onerosa que implicaba el espionaje en el entorno posterior al 11S. De vez en cuando, Kell se preguntaba si lo que le había ocurrido en Kabul había sido positivo. El escándalo lo había obligado a salir justo cuando estaba listo para saltar del carro. En ese sentido, un espía de cuarenta y dos años no difería mucho de un contable o de un chef de la misma edad. Los hombres llegaban a cierto punto de su vida y necesitaban un cambio, necesitaban dejar huella, ganar una buena pasta antes de que fuese demasiado tarde. Así que el chef se compraba un restaurante, y el banquero creaba su propio fondo de alto riesgo. Pero ¿y el espía? El índice de las personas que abandonaban el SSI después de los cuarenta y cinco era tan alarmante como imparable. La flor y nata como Amelia se quedaba con la esperanza de alcanzar la jefatura, pero era evidente que los demás iban cansándose del juego y redirigiendo sus fuerzas hacia el sector privado, donde conseguían puestos lucrativos en el sector de las finanzas y del petróleo, o abrían sus agendas de contactos a directivos agradecidos de pequeños negocios de espionaje corporativo que atendían, a precios exorbitados, los deseos y conspiraciones de los oligarcas y plutócratas de todo el mundo.

Sin embargo, mientras hacía cola en Heathrow para coger el Paddington Express, a Kell le vino a la cabeza un pensamiento que llevaba rondándole durante todo el viaje por Túnez y Francia: «Antes de esto, estaba perdiendo el tiempo». La idea de escribir un libro, de montar un negocio. ¿Por qué había intentado engañarse a sí mismo? Tenía las mismas posibilidades de vivir una existencia funcional más allá del SSI que de ser padre. Era uno de esos hombres grises e institucionalizados que daban clases de francés o matemáticas en su escuela, maestros que ejercían su oficio exactamente de la misma forma y exactamente en el mismo lugar desde hacía veinticinco años. No tenía escapatoria.

Había hablado con Amelia desde una cabina de France Télécom de la Gare du Nord, con la *télécarte* que había comprado en Marsella.

—¡Tom! Qué alegría saber de ti.

Ella estaba en su despacho de Vauxhall Cross. Kell quiso que la conversación fuese breve, porque era imposible saber quién estaría escuchando.

—Tengo que verte —le dijo—. ¿Puedes quedar esta noche?

—¿Esta noche? Qué prisas. —Kell tuvo la sensación de estar intentando acordar una cita con una chica que tenía seis ofertas mejores—. Giles tiene entradas para el Nacional.

—¿Puede ir solo?

Amelia había detectado la ansiedad de Kell, sabía que no era un mero deseo obstinado de salirse con la suya.

—¿Por qué, qué pasa? ¿No será Claire? ¿Ha ocurrido algo?

Kell había echado un vistazo al bullicio de la Gare du Nord y se había concedido una pausa para reflexionar. «Sí, ocurre algo. Claire está haciéndome pasar un suplicio: está bebiendo pinot noir en Napa con Ricardo Pollón de León». Le habría encantado estar unas horas hablando de su matrimonio con Amelia.

—No es por Claire —respondió—. En ese aspecto, todo sigue igual. Es un tema de trabajo. Profesional.

Amelia no lo entendió bien.

—Tom, no podemos hablar de lo de Yassin hasta que asuma el cargo el mes que viene. Cuando esté hecho, ya nos sentaremos a ver cómo limpiamos tu...

—No se trata de Yassin. Lo de Kabul no me preocupa.

Se dio cuenta de que no le había dado la enhorabuena por su nombramiento. Lo haría más adelante, cuando surgiese la oportunidad, si es que surgía.

—Se trata de ti. Es preciso que nos reunamos, y que sea esta noche.

—De acuerdo —contestó ella con cierta hostilidad. A Amelia Levene, igual que a las personas de mayor iniciativa y éxito que Kell conocía, no le gustaba que la presionasen—. ¿Dónde propones?

Kell habría preferido quedar al aire libre, pero había empezado a llover. Necesitaba un lugar donde pudiesen hablar largo y tendido sin riesgo de que los escuchasen. La casa de Amelia y su apartamento no eran opciones viables, porque

varias partes interesadas ya podían haber instalado dispositivos en ambas viviendas para obtener sonido e imagen. Podrían haber ido a uno de los clubes privados de Pall Mall a los que él tenía acceso, si esos establecimientos aceptasen mujeres. También podrían haber cogido una habitación de hotel, si no le preocupase que Amelia malinterpretase sus intenciones. Al final, ella sugirió una oficina de Bayswater: el ssi tenía una copia de las llaves.

—Está detrás del centro comercial Whiteleys —explicó ella—. De vez en cuando usamos uno de los despachos. Después de las seis, en el edificio no queda más que el personal de limpieza. ¿Te vale?

—Sí, me vale.

Ella llegó a pie y a la hora acordada, con su uniforme de trabajo habitual: una falda con chaqueta a juego, blusa de color crema, zapatos negros y una cadena de oro sencilla. Kell había ido directo desde Paddington y estaba esperando delante de la fachada, en Redan Place, con la bolsa y la maleta en los escalones.

—¿Vas a alguna parte? —preguntó Amelia, y lo besó en las mejillas.

—No, acabo de regresar —contestó él.

La oficina estaba en la cuarta planta. Cuando Amelia entró, saltó la alarma, pero tenía el código y lo introdujo. Kell la siguió cuando fue a encender las luces. Una oficina diáfana con hileras de puestos de trabajo con ordenadores que emitían una luz parpadeante; al fondo, una sala que parecía una cocina. En las mesas había revistas y folletos, auriculares y tazas con restos de té o de café. En la pared de la derecha había rieles de los que colgaban vestidos envueltos en fundas de plástico, como el vestuario caótico de un desfile de moda.

—¿Qué hacen aquí?

—Venta por catálogo.

Amelia se dirigió al fondo, directa a un sofá bajo de color rojo que se encontraba cerca de la cocina. Se sentó. Kell cerró la puerta, dejó el equipaje en el suelo y fue tras ella.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —preguntó ella mientras él echaba un vistazo a la cocina.

—Una pelea. Me atracaron.

—¡Dios mío...! ¿Dónde?

—En Marsella.

Amelia se percató de la coincidencia y su rostro dejó entrever una reacción de una fracción de segundo, como si le hubiera pasado la sombra de una nube por el rostro. Disimuló su inquietud con un simple «¡Pobre!» y esperó a que él diese explicaciones. Kell no tenía un lugar en el que sentarse ni acomodarse, así que caminó de un lado a otro, pensando por dónde era mejor empezar. Amelia siempre le había producido ese efecto: en su presencia se sentía nervioso y, por algún motivo, incompleto, una generación más joven.

—Lo que voy a contarte es complicado —empezó.

—Siempre lo es.

—Por favor. —Kell se dio cuenta de que su ansiedad era suficiente como para pedir a Amelia que no lo interrumpiese—. Voy a relatar lo que sé, los hechos.

—¿Sobre el atraco?

Él negó con la cabeza. Ella se había quitado los zapatos y estaba estirando el tejido de las medias con los dedos de los pies. Llevaba las uñas pintadas. De pronto Kell se dio cuenta de que estaba mirándoselos.

—Cuando hayas tenido tiempo de asimilarlo todo, espero que entiendas que estoy de tu parte y que estoy haciendo esto para protegerte.

—Por Dios santo, Tom, suéltalo ya.

La miró y recordó lo feliz que parecía en la piscina, las atenciones con las que colmaba a François. Parecía relajada, sin la menor sospecha. Deseó no estar a punto de arrebatarse todo eso.

—Tu viaje a Francia hizo saltar las alarmas.

—¿Perdona?

—Espera —dijo, y alzó una mano para indicar que se lo explicaría todo a su debido tiempo—. A Simon y a George les entró el canguelo. No entendían por qué te habías marchado tan de repente, así que te hicieron vigilar en Niza.

—¿Cómo lo sabes?

La despreocupación con la que había hecho la pregunta lo maravillaba, como si Amelia estuviera pidiéndole que afinase un detalle, nada más. Lo más probable era que le llevase varios pasos de ventaja, que ya tuviera en la cabeza siete dimensiones distintas de la situación, que hubiera anticipado todo lo que Kell iba a decir y estuviese calculando las repercusiones.

—Porque cuando desapareciste, Jimmy Marquand me contrató para localizarte.

Kell se fijó en su expresión.

—Vaya.

—Mira... —Se había sentado en el borde de una mesa grande, pero se levantó y se acercó al sofá—. Voy a resumírtelo: encontré las llaves del coche de alquiler en la caja fuerte de tu habitación del Gillespie...

—Madre mía...

La había descubierto. Amelia fijó la vista en el suelo. A Kell se le escapó una disculpa y se sintió como un idiota por ello.

—Conseguí la BlackBerry, rastree algunas de tus llamadas...

—Y me seguiste hasta Túnez. Ya lo pillo.

Su voz se había teñido de un leve matiz de hostilidad.

—El hombre con el que estabas allí —continuó él, pues no tenía intención de prolongar el sufrimiento de su compañera— no es quien tú crees.

Ella levantó la cabeza. Era como si le hubiese pisado el alma.

—¿Y quién se supone que creo que es, Tom?

—No es tu hijo.

Cuatro años antes, Kell estaba sentado con Amelia Levene en una sala de control de la provincia de Helmand en el momento en el que les notificaron que dos agentes del SSI y cinco colegas estadounidenses habían sido asesinados por un terrorista suicida en Najaf. Uno de los hombres que estaban presentes, un alto cargo del SSI, rompió a llorar. Kell acompañó a su homónima de la CIA afuera y pasó quince minutos consolándola en un pasillo que era un hervidero de marines impasibles. A la única a quien no afectó la noticia fue a Amelia. Era el precio de la guerra, les dijo más adelante. De entre sus colegas no había casi ninguno que, como ella, apoyase sin reservas la invasión de Irak, y estaba indignada con la izquierda biempensante de ambos lados del Atlántico, a quien no parecía importarle dejar el país en manos de un maníaco genocida. Amelia era realista. No vivía en un mundo en blanco y negro en el que la distinción entre el bien y el mal era fácil y siempre evidente. Sabía que a las personas buenas les ocurrían cosas malas y que lo único que podía hacerse era mantener la fidelidad a los propios principios.

Por eso a Kell no lo sorprendió que lo mirase con una indiferencia rayana en la tozudez y que dijese:

—No me digas.

Sabía cuál era su *modus vivendi*: haría cualquier cosa con tal de no perder la dignidad delante de él.

—He encontrado a su mejor amigo en París —explicó Kell—. Un hombre llamado Christophe Delestre. Hubo dos funerales. Philippe y Jeannine Malot fueron incinerados el veintidós de julio en Père-Lachaise. Ese funeral ha desaparecido del registro, probablemente por obra de la DGSE. Tú asististe a una ceremonia íntima el veintiséis de julio, en un crematorio del distrito decimocuarto, ¿correcto?

Amelia asintió.

—¿Fue este hombre el que leyó el panegírico?

Le entregó una fotografía de Delestre que había tomado con el móvil en Montmartre. Ella miró la pantalla.

—¿Este es Delestre?

—Sí.

—No lo he visto en mi vida. No hubo panegírico, solo lecturas de la Biblia y... —Se quedó sin voz en cuanto se dio cuenta de lo que había ocurrido—. El funeral era una farsa.

Kell asintió. No le gustaba ver sufrir a Amelia, pero no le quedaba más remedio que continuar.

—Al final de la reunión con Delestre y su esposa, les enseñé una foto de François tumbado en la piscina del Valencia Carthage: no lo reconocieron. Dijeron que los dos tenían una complexión parecida, y el color de la piel también era similar, pero nada más. Él jamás lo había visto.

Amelia se levantó del sofá como para rechazar de forma física lo que Kell le contaba. Fue a la cocina y se sirvió agua. Regresó con dos vasitos de plástico y le dio uno de ellos a Kell. Como no parecía dispuesta a hablar, él recopiló los últimos datos de su teoría y se los presentó con toda la delicadeza de la que era capaz.

—Cabe la posibilidad de que, en algún momento, en París hayan averiguado lo de tu hijo, tal vez hace ya unos años. Quizá tramaron los asesinatos de Philippe y de Jeannine para que te reunieras luego con un agente y contar con que tú darías por hecho que era François porque no tenías motivos para ponerlo en duda.

Amelia bebió un sorbo de agua. Había una pregunta ineludible, pero no parecía capaz de formularla.

—¿Y François? —inquirió—. ¿Y mi hijo?

Kell sintió el impulso de acercarse a ella y abrazarla. A lo largo de todos los años que hacía ya que mantenían vínculo personal, él siempre se había cuidado de permitir que el afecto que sentía por ella no empañase su relación profesional, y en ese momento tuvo que echar mano de toda esa disciplina.

—Nadie sabe qué ha sido de él. Delestre ha recibido correos electrónicos y



mensajes de texto que indican que François podría estar vivo. Las posibilidades de que la DGSE lo tenga retenido son muy altas, tal vez en una casa franca del Languedoc...

De pronto, desde el otro lado de la oficina, se oyó la campanilla del ascensor y el ruido distante de las puertas deslizándose. Kell se volvió hacia allá justo cuando un hombre sudamericano de mediana edad aparecía en el rellano con una aspiradora y atravesaba el espacio diáfano en dirección a él. Kell vio que tenía un juego de llaves en la mano y se disponía a abrir la puerta.

—¿Qué quiere?! —le gritó.

—Es el de la limpieza —murmuró Amelia.

A través del cristal, el tipo alzó la mano con pereza para indicar que volvería cuando no hubiese nadie. Kell regresó al sofá.

—¿Retenido? —preguntó Amelia.

Kell vio lo mucho que estaba esforzándose por ocultar su desesperación.

—Es lo que más sentido tiene —contestó él, pero se dio cuenta de que no podía ofrecer argumentos.

Se le había quedado la mente en blanco. No tenía ni idea del paradero de François, lo único que sabía era que el hombre que había asumido su identidad había viajado en taxi desde Marsella hasta un lugar cercano al pueblo de Castelnaudary. Amelia se puso los zapatos, y las uñas pintadas de los pies desaparecieron.

—Desde luego, la teoría es interesante —admitió ella.

Kell seguía sin saber qué decir ni qué hacer. Amelia se inclinó hacia delante y se sacudió una mota de polvo de las medias.

—Sin embargo, hay una pregunta bastante obvia, ¿no te parece?

—Varias —contestó él, y se preguntó si ella estaría preparándose para marcharse.

—Como, por ejemplo, el motivo.

—¿Para hacerte esto a ti —puntualizó él—, o para secuestrar a François?

Amelia le dedicó una mirada de desprecio repentino.

—No, eso no.

Durante un momento, Kell se sintió insultado.

—Me refiero a la razón para poner en marcha una operación como esa. ¿Por qué asesinar a dos personas inocentes? Dios sabe que Service Action ha llevado a cabo asesinatos en suelo extranjero de forma disimulada, pero ¿con quién se habían metido Philippe y Jeannine? ¿Por qué iba a correr la DGSE el riesgo de crear un problema a la altura del asunto del *Rainbow Warrior*? ¿Para humillarme?

—¿Has oído hablar del algún agente de la DGSE que se haga llamar Benedict Voltaire? —preguntó Kell.

Amelia negó con la cabeza.

—Alto, cincuenta y pico, fuma tabaco sin filtro. En cantidades. Sarcástico, muy macho.

—Esa descripción se ajusta a todos los franceses de mediana edad que conozco.

Kell estaba demasiado tenso para reírse.

—Pelo negro teñido —continuó él—. Su nombre real podría ser Luc.

Amelia dio un respingo.

—¿Luc?

Kell se acercó un paso.

—¿Te suena de algo?

Sin embargo, Amelia parecía estar negando la coincidencia, como si cualquier vínculo posible le resultara sospechoso.

—Debe de haber cientos de Lúes en el servicio. Antes de lo de Irak, me involucré con un hombre que encaja más o menos con esa descripción, pero no deberíamos precipitarnos a sacar conclusiones.

—¿Qué quieres decir con «me involucré»?

Kell no distinguía si se refería a una relación romántica o profesional. Amelia respondió al instante.

—¿Recuerdas que entre 2002 y 2003 el Ministerio atacó con bastante agresividad al equipo francés de la Unión Europea, después de que Chirac diese la espalda a Blair y a Bush?

Kell sospechaba que dicha operación había tenido lugar, pero se había hecho bajo tal secretismo que jamás lo había confirmado nadie en su presencia.

—Al mismo tiempo que ocurría eso, yo recluté una fuente del Palacio del Elíseo.

—¿Tú misma?

—Sí, en persona. El nombre en código era DENEUVE.

Kell sintió admiración pero no sorpresa. Era la clase de golpe con que Amelia se había ganado la reputación.

—¿Y Luc lo descubrió? ¿Es esa la relación?

Amelia se levantó y echó a caminar hacia la pared del fondo de la oficina, como una clienta que se prueba un par de zapatos en una tienda. Pasaron varios segundos antes de que respondiese a la pregunta de Kell.

—Siempre sospechamos que DENEUVE no era de fiar, pero no disponíamos de mucho tiempo y necesitábamos cualquier información que pudiéramos obtener del entorno de Chirac. Cuando empezó la invasión, la relación con DENEUVE se acabó enseguida. En cuestión de semanas, nos enteramos de que la habían despedido. Si Luc es Luc Javeau, él era el agente de la DGSE de París al que encargaron tapar la filtración de DENEUVE. Creemos que ella me nombró como su contacto en el SSI para salvar el pellejo. Javeau me llamó en persona y me advirtió que no fijásemos más objetivos franceses.

—Debió de ser una conversación interesante.

—Digamos que no acabó bien. Ni que decir tiene que negué todo conocimiento de la operación, pero para Javeau se abrió la veda sobre Londres.

Kell se acercó a ella, reduciendo el espacio entre ambos.

—¿Crees que podría tratarse de una represalia por ese asunto?

Amelia era demasiado inteligente y tenía suficiente experiencia como para atribuir la operación Malot a un mero deseo de venganza sin disponer de pruebas más convincentes.

—¿Qué más tienes? —preguntó.

—África —respondió Kell.

—¿África?

Kell llevaba desde París dándole vueltas a esa tesis.

—La Primavera Árabe. Los franceses saben que una de las prioridades de Amelia Levene es aumentar la participación británica en esa zona. Saben que el primer ministro te escucha. Así que, o bien buscaban hacerte chantaje y así conseguir que frenases un poco con Libia y Egipto, o simplemente planeaban sacar lo tuyo a la luz cuando sometieseis a François a la comprobación de antecedentes. París considera que el Magreb es su territorio y ya han perdido suficiente control del África occidental francófona a manos de los chinos. Lo último que querrán es una nueva jefa del SSI empeñada en reducir aún más su influencia.

Amelia miró hacia una ventana con las persianas bajadas, en el lado de la habitación que daba a Queensway.

—Así... ¿se libran de mí, George Truscott toma las riendas y los hombres de Moscú retroceden a la mentalidad anterior al 11S?

—Exacto. —Kell estaba animándose—. Ningún movimiento en Libia y Egipto, ni en Argelia cuando caiga. Ninguna estrategia significativa para China e India. En Brasil, un par de agentes, cuatro gatos. La idea sería seguir lamiéndoles el culo a los de Washington y mantener el *statu quo* de la Guerra Fría. No es casualidad que pusieran la operación en marcha justo tras tu nombramiento. La DGSE debía de saber lo de François desde hacía años, pero no ha actuado hasta ahora. Eso significa que sabían que la existencia de François, bien aprovechada, tiene el potencial de comprometer tu situación. Si sale a la luz su identidad, podría acabar con tu carrera.

—Mi carrera ya se ha terminado, Tom.

Esa actitud derrotista no era propia de ella.

—No tiene por qué ser así.

Uno de los fluorescentes del plafón que Kell tenía encima empezó a parpadear. Él estiró el brazo y lo giró hasta apagarlo.

—Esto no lo sabe nadie. Solo yo.

Amelia le lanzó una mirada.

—¿No se lo has dicho a Marquand?

—Cree que estabas en Túnez de fin de semana marrano. Cree que te estás follando a François. De hecho, todos lo creen. Otra aventura extramarital de Amelia.

Ella se estremeció, y Kell se dio cuenta de que se había pasado de la raya. Hipocresía masculina en mayúsculas. Amelia bebió un trago de agua, lo perdonó con una mirada, y él cambió de tema.

—Tenemos varias opciones —continuó, porque se le había pasado por la cabeza,

y no por primera vez, que estaba rescatando su propia carrera, además de salvar la de Amelia.

Amelia lo miró a los ojos.

—Ilumíname.

Kell dispuso las piezas en el tablero.

—Vamos a por la DGSE —le propuso—. Vamos a por el tipo que está haciéndose pasar por Malot. Llamémoslo por su nombre: CUCO. Un cuco en el nido. —Vació el vasito de agua y lo dejó sobre la mesa—. Invítalo a pasar el fin de semana contigo en Chalke Bissett un tiempo para reforzar el vínculo entre madre e hijo. Montamos un equipo, le pinchamos los teléfonos y el portátil, y averiguamos quién está al mando de la operación. Tarde o temprano, nos dirigirá al lugar donde tienen a tu hijo.

—¿De verdad crees que François está vivo? —preguntó ella.

—Claro que sí. Piénsalo: saben desde el principio que tienen un seguro. En el peor de los casos, es decir, si la operación se va al traste, aún tienen a François secuestrado. ¿Por qué iban a matar a alguien tan valioso?

La muerte no le daba miedo, pero Slimane Nassah sí.

François podía soportar la espera y la pérdida de la intimidad, pero temía a Slimane porque era el único del todo impredecible.

Habían marcado el tono casi de inmediato, en cuanto lo condujeron allí desde París. Luc y Valerie mantenían la distancia y no lo miraban a los ojos; Akim hacía de poli bueno con su expresión dócil de mirada inocente, y Slimane aprovechaba todas las oportunidades que se le presentaban para irritarlo, buscar sus puntos débiles, hostigarlo con amenazas e insultos. Y era aún peor cuando no había nadie más en la casa. El tercer día, Akim se ausentó para buscar provisiones, y Luc y Valerie salieron a dar un paseo por el jardín. Slimane entró en la celda, cerró la puerta y le indicó que no hiciese ruido. A continuación, le tapó la nariz para forzarlo a abrir la boca para respirar. De pronto, François notó una especie de trapo o de pañuelo en la boca y sabor a gasolina en la lengua. Pensaba que Slimane le prendería fuego y le quemaría la cara. Después de eso, lo ató de pies y manos, pero él se resistió. Se levantó de la cama, caminó como pudo y acabó en el suelo frío de la celda. Entonces Slimane abrió la puerta del zulo, salió y regresó al cabo de un momento con un cuchillo cuya hoja había calentado en la cocina de gas. Lo cogió y lo sentó en la cama con una sonrisa en la cara; acto seguido, se puso a describirle círculos alrededor de los ojos con el acero ennegrecido. La punta estaba tan caliente que le abrió una brecha sobre el párpado izquierdo. Le cayeron las lágrimas por las mejillas, y Slimane se echó a reír y se burló de él por llorar como una mujer. Momentos después, le sacó la mordaza de la boca, le desató las manos y los pies, y se fue al salón a escuchar rap árabe en el iPod. Desde allí le llegaba el olor a marihuana.

François siempre se había considerado una persona valiente, difícil de desestabilizar, autosuficiente. Con catorce años sus padres le habían contado que era adoptado, hijo de una inglesa que no había podido cuidar de él, y había crecido con la idea de que su existencia era temporal y carecía de valor. Por mucho que Philippe y Jeannine lo adorasen —y habían sido unos padres maravillosos—, no podrían haberlo querido del mismo modo que una madre biológica. Esa idea había alimentado su tozudez, sumada a una desconfianza profunda en la gente. La posibilidad de que lo hiriesen o abandonasen lo aterraba, así que, con una o dos excepciones contadas, había mantenido cierta distancia emocional con sus amigos y compañeros. Era un hombre honesto, y quienes lo conocían apreciaban esa cualidad; en general, la preferencia por una vida solitaria lo satisfacía. François se había asegurado de ir moviéndose de trabajo en trabajo y de lugar en lugar para no verse obligado a echar raíces ni a forjar vínculos duraderos con los que lo rodeaban. Lo que más odiaba de su cautiverio era que Slimane había comprendido todo eso de forma casi instintiva, y François acabó temiendo no la soledad ni el miedo a estar encerrado, sino la seguridad de que, en cualquier momento, Slimane podía humillarlo por el accidente

que había sido su nacimiento.

—Piénsalo —le había susurrado una noche desde el otro lado de la puerta de la celda—, tu propia madre te odiaba tanto que estuvo dispuesta a regalarte, a abandonarte. ¿Nunca piensas en eso? ¿No piensas en lo feo que debías de ser? Menuda hija de puta hay que ser para hacerle eso a un hijo, ¿verdad?

Debían de ser las tres o las cuatro de la madrugada, y todos los de la casa estaban durmiendo. Ni siquiera el canto de las cigarras del jardín rompía el silencio. François, tumbado en la cama, se había tapado las orejas con la almohada, pero aun así oía todo lo que decía Slimane.

—He visto una foto de tu madre —le susurró—. Es muy guapa. Yo me la follaría. Akim también quiere follársela. A lo mejor lo hacemos los dos a la vez, después de matarte. ¿Qué te parece? ¿Te gusta la idea? Los dos se la meteremos por el culo por lo que te hizo cuando eras un crío.

Tal vez esa fuera la peor noche de todas, la que François siempre recordaría. Las mofas constantes de Slimane le debilitaban el ánimo; por ejemplo, cada vez que él le llevaba la comida, siempre que le vaciaba el cubo, cuando opinaba que Akim estaba siendo demasiado amable con «el crío», Slimane hacía algún comentario, lo apuntaba a la entrepierna con una pistola, se le acercaba por detrás y le tiraba del pelo de la nuca o le daba un buen golpe en la cabeza. François se preguntaba si un hombre más valiente se habría rebelado o si habría tratado de escapar. Intentar huir tenía sentido. Si habían matado a Philippe y a Jeannine, era evidente que también pensaban matarlo a él.

Muchas noches, cuando le tocaba vigilar, Slimane lo despertaba para privarlo de sueño por mera diversión, para aliviar el aburrimiento del turno de noche. Así que François dormía de día, tumbado en la cama escuchando las ranas y los pájaros del jardín y soñando con París y con que sus padres revivían y lo protegían de todo lo que había ocurrido. Con el paso del tiempo, empezó a soñar con su madre biológica, con Amelia Levene, pero no tenía una imagen mental de ella, así como tampoco de su padre. Se preguntaba si se parecía a uno de los dos, aunque tal vez ya fuese demasiado mayor para que la semejanza familiar se mantuviese. Nunca los había querido encontrar, ni siquiera cuando Philippe y Jeannine le dieron la noticia de su adopción; sin embargo, hacia la tercera semana de cautividad, François empezó a rezar para que ellos lo rescatasen, para que sus padres de verdad pagasen el rescate y lo devolviesen a su vida parisina. De vez en cuando, sollozaba como un niño por la madre a la que no había visto, por el padre al que no había conocido, pero no lo suficiente como para que sus secuestradores lo oyesen o le vieses la cara. Negaba a Slimane el placer de ver su angustia. Al menos mantenía ese nivel de dignidad. Pero Vincent lo había complicado todo. Todo había empeorado cuando se enteró de que otro hombre lo había reemplazado; le había robado la vida y ya había establecido una relación con Amelia.

—Vincent está viviendo en tu casa —le contaba Slimane día tras día y noche tras

noche—. Lleva tu ropa, se está follando a tus novias. Hasta ha ido de vacaciones con tu madre, ¿lo sabías? Luc dice que está encantada con él, que no se cansan de pasar tiempo juntos. Va a irse a vivir a Inglaterra con ella. ¿Qué te parece, François? Amelia tiene el hijo que siempre ha querido. ¿Por qué iba a pensar siquiera en cambiarlo por un tonto de mierda como tú?

Menos de una hora después de haber quedado con Kell en Queensway, Amelia telefoneó al hombre que ya no era su hijo, el hombre que tanto la había humillado. Hizo la llamada desde la cocina de la oficina diáfana, con su móvil particular. Kell, a unos metros de ella, observaba con atención, maravillado por su capacidad de mantener la farsa de afecto maternal.

—¿François? Soy Amelia. Ya te echo de menos, cariño. ¿Cómo estás? ¿Qué tal va todo en París?

Estuvieron hablando casi diez minutos. «François» le relató el viaje de regreso a Marsella con una trama de mentiras tan consistente como siempre y con su habilidad para el engaño, la más lograda que Amelia recordaba. Se preguntó si el tipo que Kell había identificado con el nombre de Luc estaría sentado junto al CUCO en París, escuchando la conversación igual que su compañero la escuchaba desde allí. Dos parejas de espías, una en Londres y otra en París, ambas dando por sentado que tenían la sartén por el mango.

—¿Qué haces este fin de semana? —le preguntó ella.

—Nada —contestó el CUCO—. ¿Por qué?

—Porque me gustaría saber si estás libre para pasarlo conmigo en Wiltshire.

—Ah...

—¿Es demasiado pronto? Puede que sí.

—No, no.

El CUCO parecía entusiasmado, y no era para menos. La invitación sería una noticia bien recibida por sus jefes de París.

—¿Giles estará allí también?

—No.

Amelia miró a Kell, que frunció el ceño, como si el interés que el CUCO demostraba en su marido lo confundiese.

—Creo que este fin de semana no estará. ¿Por qué, quieres conocerlo?

—De momento, prefiero que estemos solos, la verdad —respondió el CUCO—. ¿Te importa?

—Claro que no, cariño. —Generó una pausa en el momento preciso—. Entonces ¿eso significa que vendrás?

—Me encantaría.

—Fabuloso. Estoy deseando que llegue el viernes.

Amelia recordó cuánto había insistido él en viajar en ferri a Marsella en lugar de ir directo en avión hasta París, y decidió poner a prueba su tapadera.

—¿Me dejas que te envíe un billete de avión?

—Prefiero no volar, ¿te acuerdas? —contestó él al instante.

A Amelia la maravilló la rapidez con que mentía. Menuda tonta había sido, qué



inocente. Y ahora tenía que vivir su propia mentira para asegurarse de que no hubiese diferencia alguna entre su comportamiento en Túnez y en Wiltshire. Tendría que hacer el papel de madre, cuidarlo, aceptarlo, sonreír durante las conversaciones, interesarse por sus asuntos. No quería pensar en el momento en que no le quedase más remedio que comportarse así, y, sin embargo, anhelaba el día de la venganza. Después de la gran alegría de la reunión en Túnez, la habían devuelto cruelmente al túnel de su vida laboral, a un lugar de ambiciones, de entrega a una causa, pero donde no conseguía satisfacción personal. Tal vez fuese el lugar que le correspondía.

—Me muero de hambre —le dijo a Kell después de colgar. Se dio cuenta de que su mano se entretenía unos segundos más de lo necesario en la manga de su compañero, una de sus formas habituales de controlar a los hombres—. ¿Me llevas a alguna parte a cenar?

—Claro que sí.

Camaron unos cientos de metros hasta un restaurante libanés de Westbourne Grove y empezaron a urdir el plan para encontrar a François. Envueltos en el bullicio del comedor y esperando con las cartas abiertas a que les sirviesen una botella de vino, decidieron que para evitar que Truscott, Haynes y Marquand supiesen de la existencia de la operación, Kell reuniría un equipo pequeño de contactos que no estuviesen fichados en Vauxhall Cross. Él propuso llevar a Barbara Knight de Niza y le aseguró a Amelia que la llamaría por la mañana para concretar los detalles del viaje. Cuando ya habían pedido, envió un mensaje de texto a Elsa Cassani para preguntarle si podía coger el siguiente vuelo a Londres. Elsa respondió en menos de quince minutos —«¡Por ti cualquier cosa, Tom!»—, y le arrancó una sonrisa. Conocía a un exagente de los equipos de apoyo técnico del MI5, llamado Harold Mowbray, que se había pasado al sector privado. Podía colaborar con ella para entrar en los servidores de correo electrónico del CUCO y en la red de teléfono móvil que usaba. También necesitarían a un especialista en vigilancia que siguiese al CUCO en cuanto saliese de la casa de campo de Amelia. Kell tenía un viejo contacto de la época en la que estaba en las oficinas de Londres, un exmarine llamado Kevin Vigors que trabajaba a cambio de pagos en metálico.

—Necesitaré dinero —le dijo a Amelia—. Mucho. Son gente buena y necesitan ganarse la vida.

—Yo me encargo.

Kell se preguntó si se lo pediría a Giles.

—Veré qué averiguo sobre Luc Javeau, pero esta semana no puedo faltar al trabajo. Estarás solo hasta que llegue a Wiltshire el viernes. Los próximos días voy a estar de reunión en reunión, y el miércoles me veo con el primer ministro. No supondrá un problema, ¿verdad?

Kell negó con la cabeza.

—No, no pasa nada.

En cuanto el CUCO regresase a París, era mejor que ella no se involucrase en nada.

Si algo salía mal, Amelia tenía que poder desmentir su participación.

—¿Con qué opciones contamos de respuesta militar? —preguntó él.

—¿A qué te refieres?

Kell trató de plantear la idea con toda la delicadeza posible.

—Si encontramos a François, tal vez tengamos que usar la fuerza para entrar. Si nos piden un rescate por él, intentarán matarlo casi con total seguridad: tanto si pagas como si no.

—Sí, ya lo sé.

Para entonces ya llevaban un rato comiendo, y Amelia apartó el resto de su cena a un lado del plato. Kell interpretó el silencio mientras se limpiaba los labios como señal de desasosiego.

—Lo que quiero decir es que debemos desarticularlos antes de llegar a esa situación. Nos conviene contar con un elemento sorpresa...

—Ya sé lo que quieres decir, Tom. —Miró al otro lado de la sala mientras recogían la mesa vecina con un repiqueteo de copas y platos—. Tenemos gente en Francia y en el norte de España que podría hacer algo así. Pero no sé cómo llevarlo a cabo sin que Simon se entere. Emplear al cuerpo del SAS requeriría... diplomacia.

—Olvídate del SAS. Tiene que ser alguien del sector privado.

Amelia se tocó la cadenita de oro que llevaba alrededor del cuello y tiró de ella pidiéndole ideas.

—Siempre y cuando no sean fanáticos. Esos tipos se pasan semanas enteras sentados sin nada más que hacer que limpiar el rifle y soñar con la época dorada de Hereford. No quiero que entren pegando tiros al aire. Quiero gente con experiencia, alguien que conozca bien Francia.

—Sí, por descontado.

—Y también querría que tú los acompañases, Tom. ¿Me prometes que los vigilarás?

Era una petición asombrosa, entre otras cosas porque durante su larga carrera profesional no había disparado un arma ni en pleno ataque de rabia. No obstante, no estaba de humor para negarle a Amelia lo que quería.

—Te lo prometo. Claro que sí. Si la situación lo requiere, iré con ellos.

Consiguió esbozar media sonrisa que pareció tranquilizarla.

—Rescataremos a François —le aseguró él—. Pase lo que pase, lo traeremos a casa.

Vincent Cévennes llegó a la estación de Saint Pancras a las siete y veintiocho de la tarde del viernes. Daniel Aldrich, un antiguo colega de Kevin Vigors del Cuerpo Especial de Policía, tomó nota de su aparición y, con su BlackBerry, envió un correo electrónico a Kell con una fotografía que confirmaba el paso del objetivo ante la estatua de sir John Betjeman, en el vestíbulo de la estación. Amelia, reacia a pasar más tiempo del necesario en compañía del CUCO, había contratado un taxi para que lo recogiese allí y lo llevase en dirección sudeste hasta Wiltshire. Mezclado entre la muchedumbre en la acera de Euston Road, Aldrich contempló cómo el taxista sujetaba una cartulina tamaño folio con las palabras «Mr François Malot» escritas en rotulador negro. El CUCO divisó el cartel y le entregó el equipaje, y el taxista lo guardó en el maletero.

El vehículo no tardó en incorporarse al caos del tráfico del viernes por la tarde. Aldrich no intentó seguirlos desde Londres, y el equipo de Kell tampoco había instalado ningún micrófono: era muy poco probable que Vincent se arriesgase a hacer una llamada a sus controladores en presencia de un conductor de quien con toda probabilidad diría que trabajaba para Amelia sin miedo a equivocarse. Aldrich envió un segundo correo a Kell.

Confirmando que el cuco lleva dos piezas de equipaje. Una bolsa de viaje para el ordenador y una maleta de plástico moldeado, color negro, con ruedas. Lleva móvil y una bolsa de regalo de una tienda de Hermès. El vehículo sale de StP ahora: 19:46. Renault Espace azul marino, matrícula x164aeo. Se dirigen hacia el oeste por Euston Road.

Kell recibió el mensaje, lo leyó en el portátil que tenía en la cocina de casa de Amelia y anunció al equipo que el CUCO llegaría a Chalke Bissett sobre las nueve y media. Con la ayuda de Kell, Harold Mowbray había empleado las últimas veinticuatro horas en equipar la casa de arriba abajo con cámaras de vigilancia y micrófonos activados por voz. Amelia había ido directa desde Vauxhall Cross a mediodía y propuso que Vincent durmiese en la más grande de las dos habitaciones de invitados. Suponiendo que tal vez pidiese cambiar de cuarto, en el dormitorio de la izquierda del rellano también habían instalado cámaras y micrófonos. Lo primero en un espejo dorado que había en la pared frontal, y lo segundo en el marco de un óleo que colgaba a mano izquierda de la cama. En el piso de arriba había dos baños. El primero estaba dentro de la habitación de Amelia y el segundo, entre la del CUCO y un pasillo corto de paredes empapeladas que daba al rellano. Era el que Vincent usaría, y Mowbray también lo había equipado.

—Según mi experiencia, la gente hace un montón de cosas raras en el baño —murmuró mientras colocaba una cámara diminuta en el enchufe de un calentador de toallas, a unos quince centímetros del suelo—. Cuando el CUCO entre aquí pensando

que tiene intimidad, a lo mejor baja la guardia, además de los pantalones. Si hace alguna llamada, lo pillaremos con el micrófono. Y si tiene algo metido en el equipaje, a lo mejor lo vemos removiendo en la bolsa. A menos que el franchute se ponga a buscar toda esta mandanga, no tendrá ni idea de que estamos vigiéndolo.

Cabía el riesgo de que, a su vez, los franceses estuviesen vigilando la casa, por eso Kell permaneció en el interior todo lo posible, para evitar que reconociesen a Stephen Uniacke. Susie Shand, la vecina agente literaria, había dado permiso para que el equipo de Kell utilizase su casa como base. Estaba de vacaciones en Croacia con una copia de la Ley de Secretos Oficiales firmada y escondida en la maleta. Los propietarios de la tercera vivienda que había en aquel rincón aislado de Chalke Bissett, Paul y Susan Hamilton, estaban acostumbrados a que hubiese desconocidos en casa de Shand y no se acercaron a ningún miembro del equipo para preguntarles qué hacían en el pueblo. Si surgía alguna conversación en el vecindario, tenían instrucciones de fingir que eran parientes de visita durante un fin de semana largo.

La de Shand era una casita algo venida a menos, con los techos bajos y las vigas carcomidas, a un minuto de distancia a pie desde la puerta de Amelia. Ambas viviendas daban a un valle exuberante por el lado norte y a una cuesta empinada en el lado sur. El jardín de Shand colindaba con el perímetro oeste de la propiedad de Amelia. Las habitaciones en las que se habían instalado eran húmedas pero cómodas, y Kell se dio cuenta de que estaba disfrutando de la relativa paz y tranquilidad del campo después de tantos días de viajes y de ciudades. El centro principal de operaciones era una biblioteca grande cuyas paredes estaban recubiertas de los libros que la flor y nata de la sociedad literaria londinense le había regalado a la agente. Barbara Knight, bibliófila empedernida, encontró primeras ediciones de obras de William Golding, Iris Murdoch y Julian Barnes, además de un ejemplar firmado de *Los versos satánicos*.

Allí fue donde Elsa Cassani montó su tinglado: tres portátiles colocados sobre una mesa de comedor de madera de roble y nueve pantallas de vigilancia repartidas por varias estanterías que había vaciado de libros y de polvo. Las pantallas emitían en tiempo real desde todas las habitaciones de la casa de Amelia, y aunque durante el breve chaparrón que había caído esa misma mañana las imágenes habían parpadeado y perdido nitidez, Kell estaba convencido de que tendrían al CUCO cubierto a todas horas. El único punto ciego era el cuarto de la lavadora, en la esquina norte de la vivienda, pero no era probable que él entrase allí.

Debajo de la ventana principal de la biblioteca de Shand, Elsa había colocado un colchón en el que dormía a horas sueltas del día, tapada con un edredón sin funda. Junto a la cama improvisada tenía una botella de agua Volvic, cremas de noche y un frasco de perfume, además de un iPod que chillaba y gruñía cada vez que se lo enchufaba a los oídos. Harold se alojaba en el piso de arriba, en la habitación más pequeña de todas. Kell estaba al otro lado del pasillo, en un colchón que se hundía como una hamaca. Debido a su edad avanzada, habían cedido a Barbara el dormitorio

principal.

—El Gillespie ni se acerca a esto —bromeó.

Pasaba la mayor parte del tiempo sola, sentada en la habitación leyendo una nueva biografía de Virginia Woolf y trabajando en el plan del sábado por la mañana.

—Va a ser el regreso de Miss Marple —le había explicado él—. Si ofreces el mismo espectáculo que en Niza, te nominaremos para los BAFTA.

Espiar es esperar.

El jueves por la noche, con Amelia aún en Londres y Vincent en París, Harold y Barbara se acercaron a Salisbury en coche para ver una película y dejaron a Kell y a Elsa solos en casa sin nada más que hacer que recordar el viaje a Niza y acabar de concretar los detalles de la operación.

—Amelia intentará convencer al CUCO para que vaya con ella a dar un paseo el sábado por la mañana. Si hace mal tiempo, le propondrá ir a comer a un *pub*, cerca de Tisbury. En cualquier caso, deberíamos tener suficiente tiempo para entrar en su habitación y meternos en sus aparatos. En el valle no hay cobertura, así que con algo de suerte, habrá dejado el móvil apagado en casa.

—Me parece que eso sería un golpe de suerte muy grande —contestó Elsa.

Llevaba tres pendientes de oro en la oreja izquierda, y Kell no paraba de mirárselos mientras se preguntaba por sus otras vidas.

—Yo solo necesito quince minutos con el portátil. Puedo copiar todo lo que tenga en el disco duro y traerlo aquí para analizarlo. Si su gente le envía correos electrónicos, podremos leerlos. Y si no tienen suficientes precauciones, a lo mejor hasta averiguo desde dónde los envían.

—¿A qué precauciones te refieres?

—Alguien que se lo tome en serio no escribiría desde la ubicación donde tienen retenido al hijo de Amelia. Se desplazaría unos kilómetros y lo haría desde allí. A menudo tienen un dispositivo especial para eso, lejos de la base. Pero trabajar así puede ser muy pesado, y a veces a la gente le da pereza.

Kell se acordó de lo de Marsella, de cuando Luc le desmontó el portátil y se lo devolvió con el dispositivo de seguimiento y el *keylogger*. Le había contado a Elsa el ataque de la Cité Radieuse, y ella le había tocado la cicatriz de la cara, un gesto tierno que lo había sorprendido. En Niza le preocupaba que ella estuviese flirteando con él, sobre todo si era a petición de Marquand, pero ahora no tenía motivos para dudar de sus intenciones.

—Cuando nos conocimos fuiste muy seco conmigo —se quejó ella.

—Estaba trabajando —respondió él.

—No pasa nada, ya estaba prevenida. Jimmy me avisó de que podías ser... ¿cómo se dice?

—¿Maravilloso?

Elsa soltó una carcajada.

—No. Impaciente. Un poco arrogante...

—Tosco.

Elsa no había oído esa palabra y probó a decirla, a domarla, y decidió que era una descripción precisa de Thomas Kell.

—Eso, tosco. Pero luego ya fuiste más amable conmigo. Me gustaban nuestras conversaciones.

Le sorprendía que flirtease con él, pero lo disfrutaba. Ella tenía la capacidad de desmontarle la fachada profesional, de pasearse por los cuartos más íntimos de su personalidad con la audacia de la juventud.

—Hiciste un trabajo fabuloso —dijo él, y no bromeaba.

Las indagaciones que había hecho en el pasado de Malot habían abierto los cerrojos de la operación de la DGSE y lo habían conducido hasta Christophe Delestre.

—Venga, vamos a cenar —propuso ella.

El día anterior, Harold había llenado la nevera de comida precocinada de un supermercado de Salisbury. Al abrir el frigorífico a mediodía buscando algo que comer, Elsa había dictaminado que aquello era una desgracia y se había puesto a preparar pasta fresca en la cocina. En menos de media hora había transformado el espacio en un campo de batalla de cuencos y masa, y había harina suspendida en el aire como si fuera la neblina del amanecer en el valle del Chalke. Inmediatamente se puso a cocinar la pasta para Kell, que abrió una botella de vino de la bodega de Shand y se sentó a la mesa a mirarla mientras ella picaba calabacines y los sofreía con ajo y aceite de oliva.

—Parece que sabes lo que haces.

—Soy italiana —respondió Elsa, encantada de regodearse en el estereotipo—. Pero, a cambio de la cena, quiero que Thomas Kell me cuente todos sus secretos.

—¿Todos?

—Todos.

—Podría llevarnos un buen rato.

No quería hablar sobre su matrimonio; esa era su única frontera. No era por lealtad a Claire, sino porque la historia de su relación era la historia de un fracaso.

—Empieza con por qué dejaste el Servicio.

Kell estaba a punto de beber un trago de vino, pero detuvo la copa justo cuando le tocaba los labios, sorprendido de que Elsa mencionase su caída en desgracia.

—¿Cómo sabes eso?

No estaba enfadado, más bien sentía un alivio extraño y descubrió que tenía ganas de hablar con franqueza de lo ocurrido.

—La gente habla —contestó ella.

—Es una situación complicada. Se supone que no debo hablar de ello.

Elsa había puesto agua a hervir. Le lanzó una mirada breve de desprecio fingido y echó sal a la olla.

—Nadie nos va a oír, Tom. Estamos solos en casa. Cuéntame.

Y así lo hizo. Le habló de Kabul y de Yassin.

—Después del 11S trabajé mucho con los estadounidenses. Estaban rabiosos por lo que les habían hecho, es comprensible. Estaban abochornados y querían venganza. Creo que es una evaluación justa de su estado de ánimo.

—Sigue.

—A finales de 2001, fui a Afganistán con un equipo del Ministerio. Una operación conjunta con Langley. Lo que había ocurrido en Washington y en Nueva York nos había pillado desprevenidos a todos, y estábamos tratando de hacernos con la situación, inventándonos las normas sobre la marcha.

—Claro.

Elsa le daba la espalda mientras vigilaba la olla, esperando a que él encontrase el ritmo de la narración. Llevaba vaqueros lavados y una camiseta blanca. Kell le echó una mirada furtiva de hombre casado, sin dejar de caer en la trampa de confiar en ella.

—Durante los tres años siguientes, fui a Pakistán y Afganistán en siete ocasiones distintas. En 2004, la CIA arrestó al hombre del que has oído hablar: Yassin Gharani. Estaba en Pakistán, donde había asistido a un campo de entrenamiento de Al Qaeda, en el noroeste. Les contó a los yanquis que era ciudadano británico y que tenía un pasaporte que lo demostraba. A partir de entonces, lo llevaron al centro de operaciones de Kabul y empezaron a interrogarlo.

—Interrogar...

—Entrevistar, cuestionar, examinar.

Kell no estaba seguro de si estaba dándole una lección de inglés o si ella iba un paso por delante en cuestiones semánticas.

—No lo maltrataron, si eso es lo que insinúas. El MI5 informó a Langley de que tenía un expediente sobre Yassin; el chico llevaba un tiempo en una lista de sospechosos de terrorismo del nordeste de Inglaterra. No era una amenaza clara ni un objetivo, y tampoco estaban vigilándolo, pero sabían de él, les preocupaba y se preguntaban adonde habría ido.

—¿Y para todo el mundo tiene sentido que un joven como él vaya a Pakistán a entrenarse para la lucha?

—Sí, tiene sentido.

Kell se sirvió más vino y se levantó para rellenar la copa de Elsa. Después de sofreír los calabacines, ella había dejado la sartén a un lado y estaba metiendo la pasta en el agua, despacio.

—Gracias —dijo, y señaló la copa con la barbilla—. Los *tagliatelle* tardan un par de minutos nada más.

Kell cogió dos cuencos de un aparador que había a la entrada de la cocina y sacó tenedores y cucharas del cajón. Puso los cubiertos sobre la mesa y los cuencos junto a los fogones, para que ella los tuviera a mano. Entonces retomó el relato.

—Así que tenemos a Gharani, un estudiante de Leeds de veintiún años que finge estar visitando a amigos en Lahore, pero los estadounidenses tienen pruebas fotográficas que lo identifican como un turista de la yihad que acaba de aprender a disparar granadas con lanzacohetes en Malakand. Le dije que se anduviera con cuidado. Que lo mejor que podía hacer era hablar con su gobierno. Si era sincero y hablaba con franqueza de lo que había hecho y de sus conocidos en Inglaterra, yo podría ayudarlo. Pero si no lo hacía, si prefería callarse y hacerse el inocente, yo no me responsabilizaba de lo que le hiciesen los estadounidenses.

—Ah, ya conozco la historia —recordó Elsa.

Extrajo una cinta suelta de pasta para probarla y la apretó entre las yemas de los dedos. A continuación enrolló un trapo alrededor del mango de la olla, la llevó al fregadero y entonces vertió el contenido en un colador metálico. Una nube de vapor le envolvió la cara, y ella se echó atrás.

—La CIA lo torturó, ¿verdad?

Que diese por sentado con tanta facilidad que los estadounidenses eran culpables lo irritó. Se preguntó si ella habría tenido alguna relación profesional con el caso o si solo había leído lo que había publicado la prensa europea.

—Digamos que los yanquis fueron muy duros con él —contestó—. Igual que todos.

—¿Qué significa eso?

Kell se revolvió en el asiento y escogió bien las palabras.

—Que estábamos muy lejos de casa. Que intentábamos desarticular células terroristas en Reino Unido y en Estados Unidos. Nos daba la sensación de que Yassin sabía cosas que nos serían útiles y, como no quería hablar, se nos acabó la paciencia. —De pronto, Kell tuvo un acceso de tos—. Al final, ciertos individuos se pusieron agresivos.

Recobró la compostura sin dejar de proteger las identidades de los compañeros estadounidenses que se habían pasado de la raya.

—Si quieres saber si lo toqué: no. ¿Le di algún empujón? No, para nada. ¿Lo amenacé con arrestar a su familia en Leeds? En ningún momento.

Elsa no ofreció ninguna reacción visible. Cuando habló, lo hizo con rostro inexpresivo.

—Así que el interrogatorio fue tal como lo describen. —Era como si hubiese evitado usar la palabra «tortura» de la misma manera que alguien rodea un charco para no pisarlo—. ¿Y qué pasó, Tom?

Él levantó la mirada. Elsa ya no estaba sirviendo la comida, parecía que la hubiera puesto en cuarentena. Y tampoco lo juzgaba, al menos no de momento. Pero quería escuchar su respuesta.

—¿Estás preguntándole a un hombre con el que estás a punto de sentarte a cenar si le hizo el submarino a un sospechoso? ¿Si le arrancó las uñas a un tipo?

—¿Lo hiciste?



Kell sintió que la desesperación de sus últimas semanas en Vauxhall Cross se le amontonaba sobre los hombros.

—¿Me crees capaz?

—Creo que todos somos capaces de cualquier cosa.

Sin embargo, el tono de la respuesta daba a entender que confiaba en que Kell se hubiese comportado dentro de los límites de la legalidad y de su propia decencia como persona. Y en ese momento, sintió un gran afecto por ella, porque Claire no había sido capaz de ofrecerle tanta comprensión. En los meses anteriores, después de que lo echasen del ssi sin aspavientos, pero también sin honores, más de una vez se había sentido como un criminal, mientras que otros días se sentía como el único hombre de Inglaterra capaz de entender la verdadera naturaleza de la amenaza que suponían hombres como Yassin Gharani.

—No lo torturé —respondió—. El ssi no tortura a nadie. Ninguno de los agentes de ambos servicios rompe los códigos de conducta que recibe cuando...

—Pareces un abogado. —Elsa abrió una ventana y entró aire fresco en la cámara estanca—. ¿Cuál es el problema, entonces?

—El problema —explicó Kell— es la relación con los estadounidenses. La prensa. La ley. En el espacio que queda entre esos tres puntos, están los espías intentando hacer su trabajo con una mano atada a la espalda. Los medios de Londres adoptaron la postura de que Yassin era ciudadano británico, inocente hasta que se demuestre lo contrario, torturado por Bush y Cheney y trasladado a Guantánamo y despojado de dignidad. *Habeas corpus*. Acusaron al MI6 de hacer oídos sordos a lo que estaba ocurriendo.

—¿Qué opinas tú? ¿Preguntaste adónde se llevaban a Yassin? ¿Te preocupaba su estado?

Kell sintió una pincelada de culpa, vergüenza por su negligencia moral, pero aun así estaba del todo seguro de que si se le volviese a presentar la oportunidad, no actuaría de otro modo.

—No y no.

Elsa lo miró a los ojos. Kell recordaba la celda de Kabul. Recordaba el hedor y el sudor de aquel espacio, la desdicha del rostro de Yassin, su propia ansia de información y su desprecio por todo lo que el preso representaba. El fervor de Kell le había impedido ver la posibilidad, por pequeña que fuese, de que el joven que tenía delante, privado de sueño y de cuidados, no fuese más que un yihadista al que habían lavado el cerebro.

—Lo que hice, lo que hicieron varios agentes de inteligencia y que, a ojos de la ley y de la prensa, estuvo mal, fue permitir que otros se comportasen de un modo que no se ajustaba a nuestros valores. Encontraron la manera de describir aquello de lo que nos acusaban: «rendición pasiva», «tortura subcontratada». Los británicos siempre lo han hecho así, decían, desde tiempos del imperio: que el trabajo sucio lo hagan los demás.

Elsa puso dos trozos de papel de cocina en la mesa a modo de servilletas.

—Se llevaron a Yassin —continuó Kell, y bebió un trago de vino mientras ordenaba las ideas—. Lo cierto es que no, no me importaba lo que le ocurriese. No pensé en qué métodos usarían los egipcios, qué podía pasar en El Cairo o en Guantánamo. En lo que a mí respectaba, se trataba de un joven británico cuyo único propósito en la vida era asesinar a civiles inocentes, en Washington, en Roma o en Chalke Bissett. Lo consideraba un cobarde y un necio y, si te digo la verdad, me alegré de verlo en manos de las autoridades. Ese fue mi pecado: no me acordé de preocuparme por un hombre que quería destruir todo aquello que mi trabajo me obligaba a proteger.

Elsa añadió aceite de oliva a la pasta y mezcló las cintas largas de los *tagliatelle* con el ajo y el calabacín. Kell no era capaz de interpretar de qué humor estaba ni hacia qué lado se decantaban sus opiniones.

—O sea, que eres un cabeza de turco —comentó ella.

Kell sabía que no debía lamentarse ni quejarse. Lo último que quería era que aquella chica tan estupenda sintiese lástima de él.

—Alguien tenía que serlo —respondió.

Entonces recordó cómo Truscott se había deshecho de él: había autorizado la presencia del ssi en el interrogatorio de Yassin desde su despacho de Londres, a miles de kilómetros de distancia; años después, cuando *The Guardian* parecía dispuesto a echar al ministro de Asuntos Exteriores a la hoguera a causa de la rendición, había tenido el descaro de acusarlo de actuar fuera de los límites de la ley. Habían dejado a Kell a merced de los tribunales, le habían dado un nombre en código de corte orwelliano —Testigo X— y lo habían echado del Servicio de una patada.

—Voy a decirte una cosa y después me callo: nuestra relación con los estadounidenses a nivel político y de inteligencia es mucho más profunda de lo que la gente cree, mucho más profunda de lo que cualquiera estaría dispuesto a admitir. Si los espías británicos ven a sus aliados estadounidenses empleando métodos con los que no están de acuerdo, ¿qué se supone que deben hacer? ¿Llamar a mami y decir que no los aprueban? ¿Pedir a sus superiores que les dejen regresar a casa porque lo que sucede los incomoda? Estamos luchando en una guerra. Los estadounidenses son nuestros amigos y da igual lo que pensemos de Bush y de sus compinches, o de Guantánamo y Abu Ghraib.

—Lo tengo claro...

—Y había demasiada gente de izquierdas cuyo único interés era demostrar su buen gusto, su conducta moral intachable, y todo precisamente a costa de las personas que se esforzaban para que ellos pudieran dormir a salvo.

—Come un poco —le indicó Elsa.

Le sirvió el plato de pasta y le posó la mano en el cuello; la suavidad de su tacto era tanto un gesto de comprensión entre amigos como una indicación del deseo que sentía por él.

—Lo mejor que podía decirse de Yassin era que era joven.

Kell había perdido el apetito. De no haber parecido maleducado o malhumorado, habría apartado el plato de comida.

—Lo mejor que podía decirse de él era que no daba para más. Pero intenta decirle eso a la prometida del médico que por su culpa habría saltado por los aires en el metro, o al nieto de un abuelo convertido en papilla en el piso superior de un autobús de Glasgow donde hubiese detonado un explosivo. Intenta decírselo a la madre del bebé de seis meses que habría muerto a causa de las heridas recibidas si Yassin hubiese hecho estallar un chaleco bomba en un centro comercial de las Midlands. Conociendo las pruebas, podrían haber señalado que no era probable que un hombre con esos antecedentes fuese a Pakistán a seguir los pasos de Robert Byron. Lo que hacía allí era ponerse ciego de odio. Y por culpa de lo que le pasó, por culpa de que nosotros nos permitimos el lujo de odiarlo a él, Yassin recibió un talón del gobierno de Su Majestad la Reina por valor de ochocientos setenta y cinco mil libras.

Elsa se sentó.

—Casi un millón, en esta era de austeridad. Compensación por maltrato. A mí me parece que eso es mucho dinero del erario para un individuo que, con toda probabilidad, habría hecho estallar al mismo Tribunal Supremo que había intercedido en su favor.

—Come —repitió Elsa.

Y durante un buen rato ninguno de los dos dijo nada.

Sentado a una mesa de la terraza del Coach and Horses, un *pub* de buena fama situado en la carretera de Salisbury al este de Chalke Bissett, Kevin Vigors levantó la vista de la segunda pinta de Old Speckled Hen y vio aparecer por la curva un Renault Espace de color azul marino con matrícula XI64 AEO. Se levantó, cruzó la calle, entró en una cabina y llamó al teléfono fijo de Amelia.

—Dos ocho cinco.

—El CUCO acaba de entrar en el pueblo. Estará allí en tres minutos.

—Gracias —contestó Amelia.

Colgó y miró a Kell, que estaba de pie junto a la cocina AGA.

—Era Kevin —confirmó—. Es hora de que os vayáis. Estará aquí dentro de dos minutos.

Kell le deseó buena suerte, fue a la puerta de atrás y salió de su propiedad por la verja que la conectaba con el jardín de Shand. En tan solo unos instantes estaba con Elsa, Harold y Barbara Knight en la biblioteca, contemplando las hileras de pantallas como si fueran corredores de bolsa anticipando un desplome.

—Va a llegar en cualquier momento —los avisó Kell.

Se quitó el abrigo y lo dejó sobre una silla. Elsa levantó la cabeza, intercambió uífé mirada con él y esbozó una sonrisa íntima.

—Ahí está —dijo ella al volver a mirar la pantalla superior izquierda.

Una cámara en lo alto de un poste con buenas vistas al camino oscurecido había detectado el taxi que se acercaba. Los faros botaron por los baches hasta que el vehículo se detuvo. Kell miró al CUCO mientras este abría la portezuela de atrás, salía del coche y estiraba la espalda tras el largo viaje. Llevaba la misma chaqueta de cuero negro que le había registrado en la habitación de Túnez.

—Capullo —musitó Harold, y todos intentaron no reírse.

Justo entonces, entrando en escena por la esquina inferior izquierda, apareció Amelia, cuyo cuerpo y cabeza no eran más que una silueta recortada contra la luz de los faros. A pesar de que el encuentro estaba produciéndose en el camino a menos de cien metros de allí, el equipo no oyó nada mientras Amelia abría los brazos y arropaba al CUCO en un abrazo maternal de los que parten costillas.

—Dios mío, espero que no esté pasándolo demasiado mal —dijo Elsa.

Kell no hizo caso porque sabía que Amelia Levene estaba bien.

Enterró su odio, le echó arena encima, lo escondió en alguna parte de su interior de donde no pudiera salir.

Siempre se le había dado bien. Compartimentar. Adaptarse. Sobrevivir. Desde lo de Túnez.

Al ver al CUCO salir del taxi, durante una fracción de segundo Amelia sintió la misma alegría desatada que cuando vio a su maravilloso hijo por primera vez en París. Pero enseguida se le pasó, y el hombre al que antes conocía como François se convirtió en una afrenta, en una presencia maligna en su hogar. No obstante, nada de eso se reflejaba en su mirada; se acercó a abrazarlo y se sorprendió de lo poco que le costaba recitar sus frases.

—¡Cariño, has llegado por fin! No puedo creer que estés aquí.

Incluso su olor era una traición, el *aftershave* que había llevado en los hoteles, el aceite de la piscina. En ocasiones Amelia había sentido el deseo casi sexual de tener a ese hombre entre sus brazos, de acariciarle la piel; el dulce dolor del amor de una madre por su hijo. Antes le parecía muy guapo y sofisticado, le maravillaba lo bien que lo habían criado Philippe y Jeannine para convertirlo en un joven tan interesante. Y ahora, en cambio, tenía a un agente de la inteligencia francesa en su propia casa, penetrando hasta el último rincón de su intimidad y de su autoestima. Los días transcurridos desde que Kell le había dado la noticia en Londres habían sido, sin lugar a dudas, los más desdichados de su vida adulta; peor que los meses que siguieron a la adopción de François y que el fallecimiento de su hermano. Solo tenía dos consuelos: saber que mentía mejor que Luc Javeau, la serpiente que París había enviado a embaucarla, y la posibilidad real de que François estuviese vivo y Kell pudiera liberarlo de su secuestro.

—Vamos adentro y así deshaces las maletas —le propuso.

El taxista se había metido en el camino estrecho para dar la vuelta delante de la casa de Shand y emprender el largo camino de regreso a Londres.

—Tenemos todo el fin de semana por delante. Ni una sola preocupación. ¿Qué te apetece tomar?

Al principio Kell no reconocía la voz. Era casi como si en la discoteca del ferri hubiese hablado con otro hombre. Pero entonces percibió las cadencias, el fraseo fácil, la extraña confianza en sí mismo que tenía el personaje del CUCO, y cayó en que estaba escuchando a un maestro de la mentira, a un hombre que prácticamente había absorbido otra personalidad y encarnaba el papel que le habían encargado que representara. Era uno de los secretos más vergonzosos e inconfesables del oficio: la rapidez con la que los espías deseaban salirse de su propio ser y habitar una

personalidad distinta. ¿Por qué ocurría eso? Kell no tenía la respuesta, pero recordaba lo mucho que Claire se disgustaba con su fingimiento, con las diferentes capas de su identidad. Se acordó de que ella estaba en Estados Unidos, lejos, rodeada de viñedos y de californianos, y tuvo que capear una oleada de celos.

Elsa estaba sentada a su lado, contemplando la cámara del salón de Amelia y escuchando la conversación por los altavoces que Harold había instalado en la biblioteca.

—¿Alguien tiene hambre? —preguntó Harold, que estaba en la puerta con un montón de *pizzas* precocinadas en las manos.

—Eso no es *pizza* —contestó Elsa, mirando las cajas y chasqueando la lengua—. Esa comida da pena. No sé de dónde las has sacado, Harold, pero deberían cerrar ese supermercado.

—¿Qué es eso?

A Kell le había llamado la atención una de las pantallas. Dos luces blancas parpadeaban por el camino, como si los últimos minutos del viaje del CUCO estuviesen repitiéndose.

—¿Quién cojones será? —quiso saber Kell.

El coche se acercaba a buen paso y estaba a unos treinta segundos del aparcamiento que había junto al jardín de Amelia.

—Llama a Kevin.

—No hay cobertura —le recordó Harold.

—Tiene radio, ¿no?

A Kell se le agriaba el carácter: la operación amenazaba con fracasar antes de empezar.

—Elsa, coge la radio.

Ella se levantó de la mesa, fue a por la radio, que estaba en la cocina, y regresó.

—La tiene apagada.

Kell no podía creer lo que oía. Soltó un reniego a Harold, porque el contacto con Vigors era responsabilidad de apoyo técnico. Harold seguía con las *pizzas* en la mano, como un repartidor esperando la propina.

—Deja de una vez la maldita comida, Harold. Averigua quién es.

Kell le señaló la pantalla. El coche acababa de pasar frente a la casa de Amelia y estaba fuera del alcance de la cámara de circuito cerrado. A medida que se acercaba, se oyó el rumor bajo del motor.

—Podría ser alguien que viene a cenar a casa de los vecinos —sugirió Barbara—. O podría ser incluso el mismo taxi. A lo mejor el CUCO se ha dejado algo en el coche.

—Podría ser cualquiera —respondió Kell, y corrió hacia el exterior.

Llegó justo a tiempo de encontrarse al Mercedes granate dando la vuelta en el camino. Cerró la verja de la casa de Shand, salió al camino y alzó la mano para llamar la atención del conductor. Ya sabía quién era. Reconocía la silueta encorvada al volante, la pegatina de la era Blair en el parabrisas de atrás: «Quedaos con vuestra mierda en Westminster». El Mercedes se detuvo a media maniobra y Kell oyó el ruido del elevavinas eléctrico.

—¿Hola? —se oyó—. ¿Puedo ayudarlo en algo?

Kell se acercó a la ventanilla del conductor y entonces se asomó.

—Giles. No esperaba verte aquí.

Giles Levene no era un hombre conocido por su personalidad efervescente ni por tener una variedad amplia de expresiones faciales. Saludó a Kell con la misma intrascendencia remilgada que habría deparado al técnico que acude a leer el contador de la luz.

—Eres Tom, ¿verdad?

—Eso es. ¿Te importaría apagar el motor?

Giles, que no podía ser más educado y complaciente, hizo lo que le pedía.

—Y las luces también, por favor.

Apagó los faros.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Si le chocaba ver a Thomas Kell delante de su casa un viernes a las diez de la noche, no se le notó.

—Bueno... —¿Por dónde podía empezar? Kell miró hacia la luz de la habitación del CUCO, que se veía algo más abajo, entre las copas de los árboles—. Tenemos una operación en marcha en tu casa. Amelia está dentro...

—Ya sé que Amelia está en casa.

Giles miraba al frente, por el parabrisas. Tenía el Mercedes atravesado en el camino, encarado hacia la casa de los Hamilton.

—Quería sorprenderla. Mi intención era pasar el fin de semana con ella.

Kell oyó un movimiento en un árbol cercano, el golpeteo seco de algún pájaro. No era capaz de decidir qué era más extraordinario: que después de más de una década de matrimonio Giles aún creyese que Amelia agradecería una visita sorpresa de su marido o que a ella se le hubiera olvidado pedirle que no apareciese por allí ese fin de semana.

—Siento decírtelo, pero no va a poder ser.

Una vez más, Giles no dio muestras de estar demasiado molesto.

—«No va a poder ser» —repitió, como en trance.

Kell se sintió como un guardia de tráfico tratando de desviar a los coches del escenario de un accidente.

—¿Sería posible que regresaras a Londres? ¿Que diceses media vuelta ahora y te fueras a casa? —sugirió.

—¿Por qué? ¿Qué está pasando ahí dentro?

Kell temía que la conversación se alargase en exceso. Esa noche hacía un tiempo demasiado fresco para la época del año, y él no llevaba más que una camisa de manga corta. Además, se resistía a invitar a Giles a entrar en la otra casa, sobre todo porque ver todos esos ordenadores y monitores podía ser demasiado para él.

—¿Tiene algo que ver con su hijo? —preguntó el marido. Ajustó el espejo retrovisor unos milímetros, como si algo se acercase desde atrás—. ¿Está François con ella?

Kell estaba a punto de contestar que en cierto modo sí, pero no quería que se le fuese la mano. Sabía que Amelia le había contado lo de Túnez, lo de Jean-Marc Daumal, pero Giles no tenía ni idea de que el CUCO era un impostor. Consciente de que estaba tratando con un firme defensor del protocolo, Kell se alegró de contar con la barrera de la Ley de Secretos Oficiales para refugiarse tras ella.

—Mira, lo siento, Giles, pero de momento no puedo explicarte nada. Incluso con tu nivel de habilitación de seguridad, me echarían a los leones si...

De pronto la expresión de Giles cobró vida. Frunció el ceño como un mal actor y preguntó:

—Pero ¿no te habían despedido?

Kell sintió un espasmo muscular en las lumbares, se apartó del coche y se irguió para soltar el pellizco.

—Me han abierto la puerta del redil —contestó. Posó las manos en el techo del vehículo, que ya estaba mojado por la humedad ambiental—. Mira, si consideras que regresar ahora se te haría demasiado largo, el Ministerio puede alojarte en un hotel de Salisbury. Lo siento de todo corazón y me hago cargo de que esto te causa una gran molestia. Amelia debería haberte avisado.

Los rasgos de Giles recuperaron su impasibilidad característica, la reticencia emocional de un hombre estancado y derrotado.

—Sí —respondió en voz baja sin apartar la vista del parabrisas—. Supongo que debería haberme avisado.

Se hizo un silencio que Kell contrarrestó solo con el ruido de sus pies sobre la tierra húmeda y un golpecito con las manos en el techo. Sabía el motivo por el que Amelia se había casado con Giles Levene: por su dinero, por su lealtad y por su relativa falta de ambición, que jamás iba a interferir con la de ella. Pero en ese momento, Kell pensó que la decisión de Giles de hacer espacio en su vida para todos los defectos de Amelia había sido muy desafortunada. Le habría ido mucho mejor solo, siendo el soltero disfuncional al que tanto se semejaba, o con una esposa más joven que al menos hubiese podido proporcionarle hijos. Se compadeció de él, pero por encima de todo, quería que encendiese el motor y regresase por donde había llegado. Como si hubiese escuchado su plegaria, el marido de Amelia reconoció la



derrota e hizo girar la llave en el contacto.

—Diría que no me queda más remedio que marcharme —admitió—. Si ves a Amelia, ¿le dirás que he venido?

—Por supuesto que sí —respondió Kell, y sintió una afinidad extraña y desconcertante con aquel otro cornudo—. Será mejor que este fin de semana evites hablar con ella por teléfono o por correo electrónico.

Era como despedirse de un amigo al que hubiera traicionado. Giles asintió como quien digiere una decepción más en una larga secuencia de humillaciones.

—Estoy seguro de que Amelia te lo explicará todo el lunes.

—Sí, seguro que sí.

—¿Quién era? —preguntó Barbara cuando Kell entró de nuevo.

—El marido de Amelia —contestó él antes de sacar una botella de Heineken de la nevera y abrirla—. Se vuelve a Londres. ¿Alguna novedad por aquí?

Kell señaló la casa vecina, y Harold, escarmentado, se dispuso a enmendar su error.

—El CUCO ha subido al cuarto —lo informó—. Está deshaciendo la maleta. Amelia le ha sugerido que se duche antes de cenar, pero de momento lo único que ha hecho ha sido admirarse en el espejo y oler las sábanas para ver si están limpias.

—¿Las imágenes siguen siendo buenas? —preguntó Kell, y se colocó detrás de Elsa, que estaba en su puesto habitual de la mesa.

Miró las tres pantallas que mostraban la señal de la habitación y del baño del CUCO. En la esquina inferior derecha, Amelia sacaba un pollo asado de su cocina retro de marca AGA.

—¿Quieres sonido? —preguntó Harold.

—Solo si habla. ¿Tiene una radio? ¿Música?

—No, nada.

Kell, Elsa y Harold, en formación silenciosa, observaron al CUCO casi hipnotizados mientras él sacaba calzoncillos doblados y calcetines enrollados de la maleta y los colocaba en el armario que quedaba en un extremo del plano. Colgó tres camisas en perchas y colocó un par de pantalones de lino en el respaldo de la silla. Sacó un libro, una fotografía enmarcada. Kell bebió un trago de cerveza.

—¿Dónde está Kevin? —preguntó—. ¿Habéis conseguido contactar con él por radio?

Harold respondió con la voz estrangulada por la vergüenza.

—Sí. Perdona, jefe, es lo que tiene trabajar con aficionados. Ha aparcado en el área de descanso, pero no ha llegado a tiempo de ver el coche de Giles. Si aparece alguien más, les hará una señal para que se detengan y nos avisará por radio de inmediato. Siento que la tuviese apagada. Estaba liado con las emisiones y se me ha pasado.

Kell le ahorró la agonía.

—Da igual, no te apures.

De nuevo, se fijaron en las imágenes que procedían de la casa vecina, los tres rostros iluminados por el parpadeo de la luz. Amelia ponía la mesa para dos en la cocina. El CUCO entró en el baño.

—Ahora es cuando se despelota —anticipó Harold, pero nadie le encontró la gracia al chiste.

Kell se preguntó si habría bebido para calmar los nervios.

—¿Qué lleva? —preguntó.

El CUCO tenía el portátil abierto en la mano derecha y lo dejó encima de un taburete que había junto a la bañera. Luego cerró la puerta, se sentó sobre la tapa del retrete y procedió a teclear una secuencia de letras.

—¿Podemos ver eso? Lo que está escribiendo —quiso saber Kell.

—Lo estoy grabando —contestó Harold. Había puesto una cámara en la luz del techo justo para eso—. Puedo echarle un vistazo luego.

—Sí, hazlo —respondió Kell, aunque con cierto matiz de duda.

¿Habría escogido Harold el mejor ángulo? Era posible que la pantalla del portátil estuviese ocultando el teclado.

—Elsa, ¿puedes acceder al *wifi*?

—Estoy entrando.

Kell miró y vio una pantalla de código en el portátil principal, un análisis de la actividad de la conexión a internet de la vivienda.

—Debe de ser algo que quiere ocultar —aventuró ella—, si no ¿qué sentido tiene encerrarse?

El CUCO pasó cinco minutos comprobando el correo electrónico de Wanadoo; Elsa no estaba segura de qué estaba leyendo o escribiendo.

—Está encriptado —anunció—. Necesito el portátil. Necesito destriparlo.

—Mañana —le recordó Barbara.

En mitad de aquella tensión, su voz suave y melodiosa les pareció un bálsamo a todos.

Kell se volvió hacia ella y sonrió. Se alegraba de tenerla en el equipo; hacía gala de una dignidad y firmeza que obligaba a la gente de su entorno a comportarse como en presencia de una abuela o de una matriarca distinguida. En otra pantalla de más abajo, Amelia descorchaba una botella de vino.

—Espera.

Harold había visto algo. El CUCO había dejado el portátil en el suelo y se había levantado. Del bolsillo trasero del pantalón sacó un móvil y le abrió la tapa. Entonces metió el dedo en el bolsillo portamonedas y allí pescó algo que parecía una tarjeta SIM.

—¡Suerte! —murmuró Harold al tiempo que el CUCO la insertaba en el teléfono, colocaba la tapa y lo encendía—. Antes conseguirás cobertura en el fondo de una piscina que aquí.

El equipo continuó observando mientras Vincent no le quitaba ojo al móvil, esperando a ver si tenía cobertura en lo que Kell supuso que era una línea francesa. Después de un par de minutos, lo apagó y se guardó la tarjeta SIM en el bolsillo.

Todos pensaban lo mismo, y entonces Kell se dirigió a Barbara.

—Mañana también tendrás que echarle mano a eso —le dijo.

—Por supuesto —contestó ella—. Está incluido en el servicio.

Kell puso el despertador a las cinco y bajó del dormitorio antes del amanecer. Se encontró a Elsa despierta en la biblioteca; llevaba una camiseta y pantalones cortos de pijama, y estaba mirando la señal de infrarrojos de las habitaciones oscuras de la casa de Amelia. Se volvió con cara de sobresalto justo cuando él entraba.

—Ay, eres tú. Vaya susto.

Kell se colocó detrás de ella.

—¿Desde cuándo estás despierta?

El equipo había visto a Amelia y al CUCO cenando, habían escuchado la conversación. La imitación impecable de una madre afectuosa, la interpretación al dedillo que el CUCO hacía de François Malot. A medianoche, él había bostezado y había subido al piso de arriba para acostarse, no sin prepararse un baño ante la mirada inclemente de Harold —«¿Burbujas? ¿Qué clase de tío se mete en una bañera con burbujas?»— y leer unas cuantas páginas de la novela que había sacado de la maleta. A las doce y media, Amelia había remitido un informe en el que confirmaba que Barbara debería hacer su aparición en la casa justo después de las nueve de la mañana. Entonces Kell se había ido a la cama; Barbara ya estaba durmiendo.

—Me ha despertado Harold a las tres —contestó Elsa, al tiempo que se metía un chicle en la boca—. Dice que no ha pasado nada. El CUCO lleva durmiendo desde la una, más o menos.

Kell miró las pantallas. Escuchó la respiración rítmica del CUCO y tuvo la sensación de ser un doctor observando a un paciente de cuidados intensivos.

—Ni rastro de Amelia, ¿no?

No habían instalado cámaras en su dormitorio ni en su baño: Kell le había concedido esa intimidad.

Elsa negó con la cabeza.

—Nada.

Amelia fue la primera en levantarse. Apareció en la cocina justo después de las seis con una bata de seda rosa pálido bien atada a la cintura. Puso Radio 4, se preparó un té y regresó a su habitación, fuera del alcance de las cámaras. Momentos después, Harold bajó a la biblioteca.

—Segundo día en casa de Gran Hermano —entonó imitando el fuerte acento de Newcastle de la voz—. Amelia está en el confesionario.

Se acercó a la mesa, se puso detrás de Elsa y miró la señal principal de la habitación.

—El CUCO duerme como un tronco. No tiene ni puta idea de que hoy podrían nominarlo.

Kell se rio. Elsa no entendió la gracia.

—¿De qué habláis? —preguntó.

Pasaron dos horas más antes de que el CUCO se despertase, se levantara de la cama con una erección que le abultaba el pijama, se mirase al espejo, se quitase un grano de la barbilla y vaciase la vejiga en el retrete.

—Vamos allá —dijo Harold—. Elvis ha entrado en el baño.

Kell fue a la cocina y allí encontró a Barbara vestida y sentada frente a un cuenco de yogur con *muesli*.

—El CUCO se ha despertado —le advirtió.

—Sí, ya lo he oído.

Parecía alerta y concentrada, y se había maquillado un poco diferente, como si se hubiera puesto un rostro distinto a propósito para el papel.

—Amelia quiere que vayas a las nueve —lo informó. Miró la hora—. Calculo que será el momento perfecto. El CUCO se dio un baño antes de cenar, así que imagino que bajará cuando tú llegues. ¿Cómo estás?

Se acordó del día que se conocieron en Niza, de la sonrisa apesadumbrada de Barbara, su mente activa y rápida. Un par de días en el viejo país, alejada de Bill, parecían haberla rejuvenecido. Estaba disfrutando de la vuelta a las andadas.

—Bueno, ya tengo ganas —admitió, y le dedicó una sonrisa de oreja a oreja—. Espero que pillemos a ese cabrón. Sí, ojalá lo pillemos bien pillado.

Vincent Cévennes —vestido de François Malot, encarnando a François Malot, siendo François Malot— estaba sentado a solas en la cocina de Amelia cuando una figura apareció y llamó con los nudillos en el cristal de la puerta. Durante una fracción de segundo pensó que se trataba de la madre de François que llegaba del jardín, pero enseguida se dio cuenta de su equivocación. La señora que miraba por el cristal estaba algo encorvada por la artritis y era varios años mayor que Amelia Levene. Por su aspecto, tenía unos sesenta y cinco años, y era de otra clase social. Llevaba un juego de llaves, y Vincent supuso que se trataba de la señora de la limpieza. Y así era.

—Buenos días —lo saludó ella con una sonrisa amplia y afable en el rostro, enmarcado por una corola de pelo blanco. Iba con botas de agua y él supuso que había llegado a pie desde el pueblo—. Tú debes de ser François, ¿verdad?

Vincent se levantó y le estrechó la mano.

—Sí —contestó, fingiendo no ser capaz de comprender el inglés—. ¿Quién es, por favor?

—Vaya cara de susto tienes, cielo. Pobrecito. ¿No te ha dicho la señora Levene que vendría?

Amelia entró en la cocina.

—Ay, veo que os habéis conocido. Barbara, qué bien que hayas venido en sábado, eres muy amable.

—No me lo perdería por nada del mundo —contestó Barbara.

Se quitó el abrigo y las botas, y las llevó al cuarto de la lavadora. Vincent se volvió hacia Amelia.

—¿La empleada del hogar? —preguntó él.

—Así es. —Amelia señaló el fregadero con la barbilla—. Por esa razón están todos esos platos por fregar. Anoche me sentía demasiado cansada para hacerlo. Barbara es maravillosa, y viene siempre que yo estoy en el pueblo. Mi hermano la contrató cuando vivía aquí, y ella conoce la casa de arriba abajo. Está un poco mayor, pero sigue en forma y además insiste en que no está para jubilarse todavía.

—¿Y sabe quién soy?

Amelia sonrió y negó con la cabeza.

—Claro que no. —Le tocó el brazo—. Le he dicho que eres ahijado de Giles y que te vas a quedar el fin de semana antes de partir hacia Cornualles. ¿Te parece bien?

—Perfecto —contestó Vincent.

Barbara entró de nuevo. Se había puesto un par de zapatillas de deporte viejas y una bata de nailon. Comenzó la ceremonia de la conversación trivial. Vincent se quedó observando mientras Amelia llenaba el hervidor de agua y preparaba un té para la señora de la limpieza. Ya sabía que lo tomaba con leche y sin azúcar. Sacó una galleta de una lata. Intentaba por todos los medios involucrarlo en ese palique

aburrido, pero Vincent —que había insistido en que François Malot no había aprendido inglés— ni podía ni quería participar. En todo caso, se dio cuenta de que la presencia de Barbara lo ofendía un poco, no porque afectase a la operación, sino porque Amelia había olvidado mencionar que habría una desconocida en la casa. Esperaba que no fuese a quedarse mucho rato y, cuando Barbara se puso un par de guantes de goma y se disponía a fregar, Vincent se excusó y subió a su dormitorio. Después de cerrar la puerta del baño, encendió el portátil y vio que no tenía ningún mensaje esperando en el servidor. Envío un correo electrónico a Luc para avisarlo de la llegada de la empleada del hogar y después se afeitó con la maquinilla eléctrica que había dejado cargando toda la noche. Era uno de los pequeños cambios que Vincent había hecho en su rutina matinal. Había decidido que François prefería el acabado menos apurado de una maquinilla eléctrica, mientras que él siempre había preferido el rasurado clásico con cuchilla. También había cambiado de *aftershave*, había empezado a fumar —Lucky Strike Silver, la misma marca que François— y se había quitado el sello de la familia Cévennes del meñique derecho. Eran detalles pequeños, aunque vitales, que lo ayudaban a llevar a cabo lo que él llamaba «la muda camaleónica». Estaba muy contento con la frase que se le había ocurrido. Después de cerrar la tapa del portátil, llenó un vaso de agua del grifo y se lo bebió mientras contemplaba el día que tenía por delante. Hasta ese momento, lo tranquilizaba pensar que el fin de semana iba según lo planeado. La cena del día anterior había sido todo un éxito y tenía la impresión de que había mejorado la relación que François y Amelia habían entablado en Túnez. No obstante, el objetivo principal de las siguientes veinticuatro horas, según había acordado con Luc, era empezar a establecer los primeros pasos de la mudanza a Londres. Sacaría el tema en cuanto se le presentase la oportunidad, tal vez durante la cena o la comida del domingo, antes de partir hacia París.

Solo una cosa inquietaba a Vincent, pero era preciso ocultársela a Luc. La noche anterior había decidido no hacer caso de un extraño e inquietante sentimiento de deseo por Amelia, una anomalía que —a la luz de un nuevo día— atribuía al alcohol y a la soledad que se derivaba de su situación. Necesitaba una mujer al menos una vez a la semana —algo que había averiguado de sí mismo siendo joven en la Academia—, y las situaciones de estrés a menudo le producían un deseo acentuado muy poco conveniente.

«No hagas caso», se dijo, y volvió a contemplarse en el espejo. Se cepilló los dientes, se peinó y bajó a la cocina.

—Vamos a ver —decía Amelia. Kell la oía por los altavoces de la biblioteca de Shand—: podemos ir a Salisbury y ver la catedral, si te interesa. O podemos ir a dar un paseo por el campo. Si te apetece salir a comer, en la zona hay muchos *pubs* estupendos. ¿Qué te apetece hacer?

Amelia estaba sentada tomando café en el salón, enfrente del CUCO. En más de doce horas de interacción, aún no había metido la pata: madre afectuosa, anfitriona perfecta. Él, que llevaba un par de pantalones distintos a aquellos donde había escondido la tarjeta SIM, estaba fumando un cigarrillo, costumbre que había elevado el nivel de travesuras de Barbara a cotas superiores.

—No me diga que fuma... —le había dicho a Amelia al ver el paquete de Lucky Strike Silver del CUCO en la mesa de la cocina.

Desde la distancia a la que estaba, él podía oírla sin problemas, pero fingía no comprender nada.

—Bueno, si un francés quiere matarse, no seré yo quien se lo impida. Dígale al señor Levene que debería haberse preocupado más por la salud de su ahijado.

A su debido tiempo, Amelia convenció al CUCO para que la acompañase en lo que le había descrito como «un paseo corto por el pueblo». La opción que Kell prefería —que se ausentasen más tiempo para ir a comer a Salisbury— había sido rechazada.

—Tenemos una hora como mucho —informó al equipo—. Depende de cuánto tiempo pueda entretenerlo por ahí. En cuanto lleguen a la verja de detrás de la casa, entramos.

A Kevin Vigors, el encargado de la vigilancia, le habían asignado la tarea de seguirlos a una distancia discreta; en caso de que diesen media vuelta y se dirigieran hacia la casa, debía alertar a Kell para que el equipo tuviese tiempo de evacuar el dormitorio del CUCO. Amelia no llevaba ningún tipo de dispositivo de comunicación con el que ponerse en contacto con ellos. Ese era el *modus operandi* estándar del SSI: si el CUCO lo encontraba, era el fin de la operación.

Aún tardaron una hora en salir de la vivienda, tiempo que Elsa y Harold, que habían recopilado todo su arsenal técnico en tres bolsas pequeñas, aprovecharon para hacer comprobaciones de última hora mientras Vigors se ocupaba de la señal de las cámaras. Al final, justo cuando el reloj de pie de la entrada de casa de Amelia daba las once y media, ella y el CUCO salieron de la casa con un par de botas de agua a juego y las chaquetas impermeables Barbour que había recuperado del cuarto de la lavadora.

—Deberían pasar por aquí antes de un minuto —anunció Kell.

Miró a Elsa y de pronto su rostro le resultó el de una desconocida: su expresión de concentración absoluta tenía un matiz severo. Harold, que acostumbraba a ser el bromista, recorría la cocina esperando la señal para ponerse en marcha. Vigors, que



ya estaba en el jardín, pulsó el botón de la radio dos veces para confirmar que había visto al CUCO y a Amelia pasar por el camino, delante de la casa de Shand.

—¿Todo el mundo está preparado? —preguntó Kell.

Trataba de transmitir calma y determinación al equipo, a pesar de estar sintiendo el cosquilleo de la intranquilidad. Siempre sucedía así; la espera era cruel. En cuanto entrasen en la casa, una vez metidos en faena, se encontraría a gusto.

Tres clics claros desde la radio de Vigors. Eso significaba que el CUCO y Amelia habían llegado a la verja que conectaba el perímetro del pueblo con una pradera que se extendía hacia el oeste, en dirección a Ebbesbourne Saint John. Kell estaba en la entrada. Harold se acercó a la puerta de la cocina y lo miró, esperando la señal. Tenía una de las bolsas del equipamiento colgada del hombro; Elsa, las otras dos. Kell contó hasta diez en silencio y entonces abrió la puerta.

Se tardaba noventa segundos desde la casa de Shand hasta el dormitorio del CUCO por el atajo; Kell lo había comprobado. Harold fue el primero en llegar a la verja que separaba ambos jardines, la abrió y cruzó rápido el césped hasta la otra casa.

Barbara ya había abierto la puerta de atrás.

—Quitaos los zapatos —les ordenó cuando llegaron a la entrada.

Comprobó que no tuviesen barro en el dobladillo de los pantalones, certificó que estaban limpios, y en cuestión de quince segundos Elsa y Harold estaban en el dormitorio del CUCO.

—La SIM —le pidió Kell.

Barbara ya había entrado en el cuarto, había cogido los pantalones vaqueros, había buscado en el bolsillo portamonedas y había conseguido la tarjeta. Estaban junto al reloj de pie cuando se la entregó a Kell.

—Toda tuya —contestó ella.

Él subió la escalera y se la entregó a Harold, que había dejado una de las bolsas de aparatos en el pasillo. De allí sacó un lector viejo del MI5, lo encendió, insertó la tarjeta y puso la máquina a copiar. Kell lo dejó trabajar. Entretanto, Elsa había extraído un portátil y varios cables de colores y medidas distintos, y enchufó uno de ellos a la corriente. Cogió el portátil del CUCO, que estaba en la funda de cuero negro, y levantó la tapa. Kell observó sin intervenir. El plan era deshabilitar la encriptación de la DGSE y transferir toda la información del disco duro a su equipo. Harold había revisado el metraje del momento en el que el CUCO introducía la contraseña en el baño con la imagen ampliada y había establecido tres opciones posibles.

Elsa probó con la primera —la palabra francesa DIGESTIF seguida de una secuencia de tres dígitos—, pero el cortafuegos permaneció activo. El segundo intento, en el que sustituyó el dos del inicio de la secuencia por un tres, consiguió sortear la capa de seguridad.

—Harold, has acertado —lo informó Elsa, pero sin asomo de triunfo ni de euforia en la voz.

—¿Has entrado? —preguntó él.

—Sí, creo que sí —contestó con atropello—. He intentado el segundo código y he pasado a otra interfaz.

Kell miró a su alrededor. El mundo de la tecnología —de la encriptación de discos duros y triangulación de móviles— le resultaba tan ajeno como el dialecto perdido de una tribu amazónica. A lo largo de su carrera, siempre que se hallaba en presencia de los de apoyo técnico y de los genios de la informática, sentía que su falta de formación en ese campo era lamentable. Mientras Elsa comenzaba la transferencia de datos desde el portátil del CUCO, Kell echó un vistazo al dormitorio e hizo una lista mental de los objetos a la vista. Vio muchos de los artículos personales que tenía en el Ramada: la cámara de 35 mm, el mechero dorado con las iniciales P. M. grabadas, la fotografía enmarcada de Philippe y Jeannine Malot, la agenda Moleskine cuyas páginas había fotografiado y enviado a Jimmy Marquand. Junto a la cama estaba el *roman policier* de Michael Dibdin traducido al francés, una botella de agua de la marca Highland Spring y un par de tapones para los oídos. Kell abrió la novela y, cómo no, encontró la carta falsa para François, con fecha del 4 de febrero de 1999, que se suponía que había escrito el padre de Malot. En la cómoda halló el pasaporte falsificado del CUCO, colocado encima de los calzoncillos y los calcetines que había

guardado la noche anterior. La chaqueta de cuero negro colgaba de un gancho detrás de la puerta, junto a una bata de algodón. El baño contaba una historia similar: los mismos productos para el afeitado, las mismas pastillas, el mismo frasco de Valium que Kell había visto en Túnez. Qué fácil había sido engañarlo.

—¿Cómo lo llevas? —le preguntó a Harold, que seguía en el pasillo, encorvado sobre el lector de tarjetas con el ceño fruncido.

—Quince minutos más como mínimo —contestó.

—¿Y tú?

—Yo igual —respondió Elsa—. Tom, por favor, relájate.

Kell tuvo la impresión de estar entrometiéndose en asuntos en los que no tenía poder ni influencia. Bajó la escalera, cogió los zapatos de la entrada y encontró a Barbara pasando la aspiradora por la moqueta del salón con gran diligencia.

—¿Has visto el móvil del CUCO por algún lado? —le preguntó.

—No —contestó ella—. Se lo habrá llevado.

Barbara estaba en lo cierto.

Al llegar a la primera entrada de la cerca que rodeaba la pradera, a unos cuatrocientos metros de la casa de Shand, el CUCO se detuvo, metió la mano en el bolsillo del pantalón y encendió el móvil.

—Lo siento, pero no creo que tengas cobertura —le advirtió Amelia, y le tendió la mano para que la ayudase a subir los escalones para saltar la verja—. Yo suelo tener que ir hasta Fovant si quiero ver los mensajes. Aunque de vez en cuando hay algo de cobertura en lo alto de la cuesta.

Señaló al frente, en dirección a Ebbesbourne Saint John.

—¿Por qué no instalas un amplificador de señal en tu casa? —preguntó él con sorpresa—. ¿No quieren los del MI6 estar en contacto contigo?

—Eso es lo bueno de este lugar. —Amelia observó al CUCO mientras pasaba la pierna por encima de la verja para seguirla—. El aislamiento. El retiro. Me gusta estar en un sitio donde nadie pueda encontrarme. La intimidad es un bien muy valioso. ¿Sabes lo que significa estar a merced de un torrente constante de mensajes de texto, llamadas de móvil y correos electrónicos de tus compañeros? Para mí los fines de semana son sagrados. El mes que viene, cuando asuma el cargo, pondrán personal de seguridad en el camino e instalarán un circuito cerrado de televisión en la vivienda. Estos son los últimos momentos de soledad que tú y yo vamos a tener en años.

Una coda brillante: plantar la idea en el CUCO de que tenía previsto que su relación se extendiese hacia un futuro muy lejano. Amelia reparó en lo curioso que era lo mucho que estaba disfrutando al darle la vuelta a la tortilla: creía que su presencia la incomodaría, pero después de unos minutos el CUCO se había convertido en poco más que un cero. Los aspectos de su carácter que le habían parecido entrañables —su sensibilidad, su timidez, su intelecto precavido e inquisitivo— ahora le parecían defectos, debilidades. En general, los temas de conversación que él proponía eran monótonos y superficiales; ya había empezado a repetir anécdotas y bromas. El atractivo físico del que antes se había sentido orgullosa, por mucho que eso la avergonzase, delataba un exceso de vanidad que rayaba con el narcisismo. El proceso por el que había llegado a odiar al CUCO no era tan diferente, pensó, del que la llevaba a aborrecer a sus examantes. Todo lo que había adorado se había convertido en detestable. Solo sentía la determinación inequívoca de destruirlo, fruto de la vergüenza y del deseo desesperado de encontrar a François.

—*Merde* —se lamentó el CUCO.

Estaba palpándose los pantalones por delante y por detrás, y buscando en los bolsillos de la chaqueta.

—¿Qué pasa?

—Me he dejado el tabaco.

Amelia sintió una pequeña punzada de alarma.

—¿Qué más da? No me gusta nada que fumes.

Él la miró como si lo hubiera traicionado, una expresión de desprecio repentina y resentida.

—¿Al aire libre tampoco puedo?

Era la primera vez que le levantaba la voz. ¿Qué había provocado ese cambio de humor? ¿Acaso sospechaba que estaba pasando algo en la casa y lo del tabaco era una treta para regresar? Entonces el CUCO debió de recordar que necesitaba obrar con tacto y buenos modales, y su encanto característico reapareció.

—Es que me gusta fumar mientras paseo. Me ayuda a pensar, a relajarme.

—Claro —contestó Amelia—. Bueno, enseguida estaremos en casa. —Señaló un claro salpicado de árboles que había a unos cuatrocientos metros hacia el oeste—. Podemos dar la vuelta allí.

El CUCO se apoyó en un pie y luego en el otro.

—No, voy en un momento —resolvió.

Antes de que Amelia pudiera impedirselo, había saltado la verja y echado a correr hacia la casa. A la velocidad que iba, llegaría antes de un minuto. Buscó a Kevin Vigers en el valle, pero no lo vio por ninguna parte.

—¡François!

El CUCO se detuvo y se volvió hacia ella con el ceño fruncido.

—¿Qué?

Amelia pasó por encima de la verja sin prisa y caminó hacia él, ganando tiempo con cada paso. Cuando estaba a unos metros de distancia, metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó las llaves.

—Te falta esto.

—Ya me abrirá Barbara —respondió él. Dio media vuelta, echó a correr y gritó —: ¡Solo tardaré cinco minutos!

A ella no le quedó más remedio que mirar y esperar.

A menos de doscientos metros, oculto tras una cortina de castaños, Kevin Vigors vio al CUCO corriendo hacia la casa y de inmediato llamó a Kell por radio.

—Tenemos un problema serio: el CUCO regresa.

—¿Cómo? ¿Por qué?

—Ni idea, pero salid de ahí. Tenéis menos de un minuto antes de que llegue a la casa.

—¿Puedes entretenerlo?

—Se olerá que hay gato encerrado. Salid ahora mismo del cuarto.

Kell estaba de pie en el salón. Entró en la cocina, abrió la basura, sacó la bolsa y se la dio a Barbara.

—Sal afuera —le ordenó, y cogió un montón de papeles de la mesa, además de los zapatos de Elsa y los de Harold, y un libro de recetas de la balda que había sobre la cocina económica. Lo metió todo en la bolsa para llenarla—. Baja por el camino hacia la casa de Shand. Entre las dos casas hay unos contenedores negros. El CUCO está volviendo, así que tienes que entretenerlo. Si no, no nos dará tiempo de despejar. Haz que te ayude con la basura.

Barbara asintió, sin decir nada. Salió a la puerta, subió los escalones de piedra que conducían al camino y bajó la cuesta despacio, en dirección a la casa vecina. Al mismo tiempo, Kell agarró la aspiradora del salón y corrió escaleras arriba con ella en brazos, como un niño de tamaño desproporcionado.

—¡Salid cagando leches ahora mismo! —les gritó a Elsa y a Harold, y enchufó la aspiradora a una toma de corriente del pasillo—. Cogedlo todo. Vamos a la habitación de Amelia.

Cogió una de las bolsas del pasillo y oyó a Harold renegar:

—¡Me cago en la puta hostia!

Harold cogió el lector y pasó por delante de él por el pasillo. Entonces entró de nuevo en el dormitorio, metió el resto de sus aparatos en otra bolsa, se la echó al hombro y se fue a la habitación principal.

Kell oyó tres clics en la radio. El CUCO estaba en la verja. Tardaría veinte segundos en pasar por delante de la puerta de la casa de Shand y cuarenta en llegar a la trasera de la de Amelia.

Elsa, que no paraba de murmurar «*merda, merda, merda*», había cerrado el portátil de la DGSE y estaba guardándolo en la funda de cuero.

—Deprisa —le dijo Kell entre dientes mientras enrollaba los cables para meterlos en la tercera bolsa.

Le desenchufó el portátil, le dio la bolsa y la hizo salir de allí. Dejó la aspiradora en el pasillo para que pareciese que Barbara había estado limpiando arriba.

—Venga, vamos.

El dormitorio del CUCO ya estaba vacío. Kell comprobó el estado de la moqueta. Había un pedazo pequeño de plástico amarillo junto a la cómoda; lo recogió y se lo guardó en el bolsillo. Notó un olor fuerte a trabajo y sudor, pero no distinguía si el del perfume de Elsa estaba en la habitación o en su cabeza. Abrió la ventana bajo la premisa de que podría haberlo hecho Barbara y se aseguró de que ningún miembro del equipo hubiera dejado restos en el baño.

Dos clics. El CUCO pasaba ya por delante de la casa vecina.

Kell miró por la ventana del baño y lo vio llegar. Dio media vuelta, salió al pasillo, entró en el dormitorio de Amelia y cerró la puerta.

Entonces se dio cuenta de que no habían metido la tarjeta SIM en los vaqueros del CUCO.

Barbara lo vio justo cuando ella llegaba a la altura de los contenedores. Había parado de trotar y caminaba hacia ella por delante de la casa de la vecina, con el ceño fruncido, sorprendido al ver a la señora de la limpieza peleándose con una bolsa pesada de basura.

—¿Estás bien? —le preguntó en voz alta.

Barbara, que iba inclinada para ofrecer mayor impacto visual, respondió que sí con la cabeza haciendo gala de un estoicismo desatado y avanzó hacia los contenedores.

—¿Qué haces aquí, cielo? —le preguntó ella, y posó la bolsa en mitad del camino para que sirviese de obstáculo en la trayectoria del CUCO.

—Tabaco —contestó él, e hizo el gesto de ponerse un cigarrillo entre los labios y sacárselo—. ¿Ayuda?

«Por lo menos tiene modales», pensó Barbara, y se arrancó a dar un discurso efusivo de agradecimiento mientras él cogía la bolsa del suelo y la llevaba hasta los contenedores negros que había a un lado de la carretera.

—*C'est lourd* —comentó.

«Pesa». Y como para confirmarlo, el francés flexionó el bíceps como si se hubiera lesionado. Durante una fracción de segundo, Barbara estuvo a punto de responder en francés, el idioma que usaba en su vida en Menton, pero se dio cuenta y continuó sin salirse del personaje.

—Eres muy amable, François —dijo despacio, como si hablase con un niño—. Gracias a Dios que me he cruzado contigo.

Era consciente de que a menos de diez metros de allí, al otro lado de las ventanas de la primera planta, Kell, Elsa y Harold debían de estar en plena tormenta de pánico, sacando todo de la habitación tan deprisa como podían. Lo hizo mirar hacia el suelo con una advertencia muy seria:

—Ni se te ocurra entrar en la casa con esas botas llenas de barro.

Que el CUCO tuviera la obligación de fingir que no comprendía lo que ella decía era una ventaja para el ssi.

—¿Qué, por favor? —preguntó él—. No comprende.

Barbara repitió la advertencia y consiguió retrasarlo más explicándole en inglés de parvulario que no pensaba permitirle que entrase en la casa de la señora Levene con calzado sucio.

—Ven conmigo, anda —dijo ella al final, con el mismo encanto y la actitud traviesa que había desplegado durante el breve encuentro con el recepcionista del hotel Gillespie.

Lo cogió del brazo y juntos fueron poco a poco hacia la entrada. Al llegar a la puerta de la cocina, que seguía entreabierta, le señaló los pies de nuevo.



—Tienes el tabaco en la mesa, ¿verdad, majo?

El CUCO señaló un paquete de Lucky Strike que, en efecto, estaba sobre la mesa de la cocina, detrás de un molinillo de pimienta y un azucarero.

—Deja, ya voy yo —se ofreció, y se escurrió por el hueco de la puerta—. Así no hace falta que entres.

—Y el mechero —le pidió él—. Necesita.

Ella le pasó el paquete y preguntó dónde lo tenía.

—Arriba, puede coger yo.

—No, no, tú quédate aquí, cariño.

Barbara se dirigió al piso superior, que se había convertido en una zona fantasma sin actividad alguna. Entró en el dormitorio, vio el mechero dorado encima de la cómoda, se lo metió en el bolsillo de la bata y regresó a la cocina.

—*Voilà!* —exclamó con aire triunfal, y le entregó el mechero sin salir afuera.

Hizo sonar la palabra como si fuese la única que sabía en francés.

—Venga, ya puedes volver con la señora Levene, que estará preguntándose qué te ha pasado. Y si no nos vemos, ha sido un placer conocerte. Que tengas un buen fin de semana y un buen viaje a París.

Tumbados en el suelo del baño de Amelia para que sus siluetas no se entreviesen por la ventana, Kell, Elsa y Harold no oían más que un leve murmullo de la conversación entre Barbara y el CUCO. Con inspiraciones superficiales y casi insonoras, tendidos como si fueran excursionistas en una tienda de campaña para tres, escucharon cómo Barbara cerraba la puerta de la cocina y después creyeron oír los pasos del CUCO por el camino, por delante de la casa y en dirección a la pradera. Un minuto más tarde, Kell recibió dos clics por radio. Hubo una pausa breve y Vigors confirmó con otros tres que el CUCO había atravesado la verja y se dirigía hacia Amelia.

Transcurrió otro minuto antes de que Kell se atreviese a romper el hechizo que constituía aquel silencio. Se puso en pie, soltó un reniego en voz baja y miró a sus compañeros. Poco a poco, como supervivientes de un terremoto, se levantaron.

—Cazzo —susurró Elsa.

—Tenía el culo bien apretado —confesó Harold.

Elsa le chistó como si el CUCO estuviera aún en la habitación contigua.

—No pasa nada —repuso Kell, y abrió la puerta del baño—. Ya está en la pradera. Se ha ido.

Barbara apareció en la escalera.

—Perdonad la grosería —se disculpó—, pero ¿cómo coño ha pasado eso?

—¿Qué quería? —preguntó Elsa.

—El tabaco —contestó Barbara—. Los cigarrillos del demonio. Imagínate que llega a subir...

—Me habría fumado uno con él —farfulló Harold, y todos se pusieron a trabajar.

Akim se despertó al día siguiente con el ruido que hacían Luc y Valerie follando en la habitación de al lado. La rutina era siempre la misma: Luc cada vez con menos aliento mientras empujaba contra el cabecero de la cama, y Valerie sofocando los gemidos con una sábana o el borde de una almohada. Era como una adolescente o una recién casada: le apetecía todas las mañanas y todas las noches. Valerie era un descarte de seguridad del interior y el único elemento aleatorio de la operación: el jefe la había convocado porque no podía funcionar sin ella, pero —hasta donde Akim sabía— los superiores de Luc en la DGSE no estaban al tanto. Ni siquiera Vincent la había conocido hasta unos pocos días antes. Luc le había hecho jurar que le guardaría el secreto, pues sabía que si los de París llegaban siquiera a sospechar que Valerie tenía una relación tan directa con la operación HOLST se la cerrarían.

Akim miró el reloj que tenía junto a la cama. Acababan de dar las seis y era domingo por la mañana: le habría ido bien una hora más de sueño, pero ahora estaba pensando en follar y en cuánto tiempo tardaría en regresar a Marsella.

—Putos gilipollas —murmuró.

Esperaba que su voz llegase al otro cuarto y se acabase el roce de la cama con los tablones del suelo, el chirrido suave de los muelles. Al final, oyó a Luc gruñir más alto que la mayoría de las mañanas, y la cama dejó de moverse, como cuando un coche llega a una zona de descanso. Momentos después, oyó los pies desnudos de Valerie, que entraba en el baño y abría el grifo del bidet. Akim oyó a Luc toser un par de veces y, después, la radio a volumen bajo. Siempre la misma secuencia.

A Akim le tocaba incorporarse a las siete y cuarto para relevar a Slimane, que había hecho el turno de noche. Tres días antes, al bajar había encontrado la puerta abierta de par en par y a su compañero hablando con el rehén. HOLST tenía los ojos bañados en lágrimas, llenos de rabia. Más tarde, dando un paseo por el campo sin alejarse mucho de la casa, le había pedido una explicación a Slimane, y este le había dicho —entre carcajadas, como si fuese lo más gracioso del mundo— que había estado burlándose de François por lo de Egipto y por lo que le habían hecho a «su papá y su mamá de mentira». Akim, que apreciaba a François y lo respetaba por su comportamiento desde que lo secuestraron en París, se abalanzó sobre su amigo. Gran parte del estrés y de la tensión de ese largo retiro se había manifestado de forma repentina en un arrebato de rabia. Ambos acabaron rodando por el suelo, peleándose como un par de críos en la calle; al cabo de un minuto o dos, se detuvieron, se miraron, se echaron a reír porque estaban cubiertos de polvo de arriba abajo y se sacudieron las moscas que les revoloteaban alrededor de la cabeza.

—Ese tío no le importa una mierda a nadie —había dicho Slimane, que acto seguido se había agachado detrás de un árbol porque alguien pasaba con un tractor.

«Ese tío no le importa una mierda a nadie». Akim le había dado muchas vueltas a

esa idea. «¿Me importa a mí? ¿Debería importarme?». Él había herido a su padre, claro. No lo negaba. Pero el que tenía una navaja en la mano en Egipto era Slimane, y también el que habría querido liquidar al espía en la Cité Radieuse. Akim no quería que nadie, y menos aún François, pensase que Slimane y él se parecían. Él era un soldado, hacía lo que le ordenaban y permanecía fiel al que le pagaba el sueldo. Pero en el caso de Slimane nunca se sabía de qué lado caía su lealtad, qué pensaba, cuál sería su siguiente salvajada.

«Ese tío no le importa una mierda a nadie». Akim se había acostado el día anterior sabiendo que quizá tuviese que matar a HOLST. Tal vez por eso estaba tan inquieto. No quería verse obligado a hacerlo, pero sabía que tanto Luc como Valerie estaban tan locos como para darle la orden solo a fin de comprobar su lealtad. A las siete, después de su baño de la tarde, Luc había recibido un documento de París que en la práctica ponía fin a la primera fase de la operación. Era una transcripción de una conversación que había tenido lugar en el apartamento de Christophe Delestre, en Montmartre. La habían grabado los micrófonos de la DGSE cinco días antes, pero no les había llegado hasta entonces gracias a las típicas cagadas de París. La conversación era entre Delestre, su esposa y un agente del MI6 que se hacía llamar Thomas Kell. Luc se percató al instante de que Kell era Stephen Uniacke, el mismo hombre que había charlado con Vincent en el ferri y el mismo al que Akim y Slimane tenían instrucciones de apalear en la Cité Radieuse. Kell había dado con Delestre, le había enseñado una fotografía de Vincent y había deducido que alguien había sustituido a HOLST. Luc, con una bata que apenas le cubría la barriga y las piernas aún empapadas, había bajado la escalera corriendo y llamando a Valerie.

—¡La mierda del MI6! —había exclamado—. Amelia Levene, joder. Yo tenía razón: lo ha averiguado, sabe lo del segundo funeral.

Después de una discusión, Luc se había vestido para ir hasta Castelnaudary, donde había pagado media hora de internet en un cibercafé y había enviado un correo electrónico al servidor de Vincent.

Saben lo del segundo funeral. Stephen Uniacke es un agente del mi6 llamado Thomas Kell. Ha encontrado a Delestre en París. Levene debe de saberlo y está engañándote. Aborta de inmediato. Reunión de urgencia el domingo a medianoche.

Cuando regresó cerca de las nueve de la noche, todo apuntaba a que iban a abortar y regresar a casa. Pero entonces Valerie había hecho lo de siempre: conseguir que Luc cambiase de opinión.

—Esto no cambia nada —afirmó ella sin dejar de sonreír, como si ya supiese que al final todos estarían de acuerdo con ella—. La operación era de altísimo secreto: solo seis o siete de vuestros compañeros de París están al tanto de la magnitud del plan. Ni siquiera el Elíseo sabe que existe. ¿Tengo razón o no?

—Tienes razón —contestó Luc en voz baja.

—Muy bien. Entonces la cerráis. Les decís que os vais a ocupar de François. En

París se disgustarán por no haber conseguido influencia sobre Levene y, cuando regreséis, querrán que les deis el parte. Pero la cuestión es no volver. A la mierda con París: mantenemos a François con vida unos días más y le pedimos un rescate a Levene. Para ella, el chico no tiene precio.

—El MI6 no paga a los secuestradores —repuso Luc.

—No me vengas con esas gilipolleces —le soltó Valerie.

Akim miró al otro extremo de la habitación, donde estaba Slimane con una sonrisa de oreja a oreja, como si se tratase de un juego. En el rostro aún tenía marcas de la pelea de Marsella, una mancha de color negro azulado debajo del ojo.

—Su marido es millonario. Ella tiene acceso a decenas de millones de dólares en cuentas del MI6 en el extranjero. Claro que pagará. Pagará porque vamos a obligarla. Sabe que si no lo hace, los chicos matarán a su hijo. ¿No te parece suficiente motivación?

El ambiente estaba cargado de sarcasmo, era como una prueba de valor. Luc parecía derrotado e incómodo, y Slimane casi se le reía en la cara.

—Y cuando al final pague —continuó, y encendió un cigarrillo—, cogemos el dinero, les damos su parte a los chicos y matamos a ese capullo. —Ladeó la cabellera rubia en dirección a la celda de HOLST—. Y entonces, por fin habrás dejado el trabajo que llevo tres años intentando convencerte de que dejes. ¿O es que eso también te da miedo? ¿Te preocupa que tus jefes te pillen?

Era una provocación deliberada delante del equipo. Hasta Slimane apartó la mirada.

—Valerie, no tengo miedo —respondió él como si prefiriera llevar la conversación a otra parte—. Pero quiero asegurarme de que sabemos dónde nos estamos metiendo.

Akim aún tenía grabado en la memoria lo que ella hizo a continuación. Se levantó, cruzó el salón, le metió la lengua en la boca a Luc y le frotó la entrepierna hasta que Akim notó que incluso a él se le ponía dura.

—Yo siempre he sabido lo que hago —había dicho ella—. Lo único que tenéis que hacer es seguirme.

Poco después, Luc había accedido a todo: el momento de pedir el rescate, la fecha en la que matarían a HOLST, lo dulce que sería la venganza contra Levene. Tal como Slimane siempre había dicho, la presencia de Valerie debilitaba a Luc, porque estaba dispuesto a hacer todo lo que ella quisiese. Tenía una especie de defecto que le impedía romper el hechizo. A diferencia de lo que hacía con los demás, a ella nunca le contestaba, no se defendía ni cuestionaba sus decisiones. Aquel tipo duro de la DGSE parecía hipnotizado, y a los otros les resultaba vergonzoso ver a un hombre comportarse de ese modo. Slimane lo llamaba «la alfombra».

Sonó el agua de la cisterna y Akim oyó los pasos de Valerie de regreso a la habitación. Tenía ganas de follar con ella, las había tenido desde el primer día. Encendió un cigarrillo y se puso el pantalón del chándal y las zapatillas de deporte.

Después, corrió las cortinas. Qué vista tan asombrosa de los Pirineos. Le gustaba mirar las montañas a primera hora de la mañana. Era como un país nuevo, un refugio. Y entonces se puso a trabajar.

Slimane estaba dormido en un sillón que había junto a la escalera, con la mano metida en el pantalón y un hilo de baba colgándole de la boca. Akim echó un vistazo por la mirilla y vio que HOLST estaba tumbado en el camastro con la mirada fija en el techo. Despertó a Slimane, que lo insultó por el favor, y luego fue a la cocina a hacerse un café. Momentos después apareció Luc vestido solo con unos calzoncillos de algodón. Tenía los bíceps tatuados y los hombros quemados por el sol. Akim percibió el olor del sexo, como si Luc quisiera que supiese que acababa de tirarse a Valerie. Abrió la puerta que daba al jardín de atrás.

—Hoy es un día importante.

El jefe fue al frigorífico y bebió un buen trago de zumo de naranja directamente del tetrabrik. Al acabar, lo dejó en la mesa de la cocina y le lanzó a Akim una de sus miradas perezosas.

—Vincent sigue sin contestar —dijo—. Solo nos ha enviado dos correos electrónicos desde que llegó a Saint Pancras: uno el viernes por la noche y otro ayer por la mañana, cuando apareció la de la limpieza. El mensaje con instrucciones de abortar ya no está en el servidor, así que debe de haberlo leído. Valerie le ha dejado un mensaje de voz para que vaya a París, pero en la casa no hay cobertura de móvil.

Slimane entró sin prisa en la cocina, vio el tetrabrik de zumo de naranja y fue a cogerlo. Luc lo agarró del brazo y se lo sujetó encima de la mesa como si debajo hubiera una llama.

—¿Es que no me estáis escuchando?

Era más fuerte que Slimane, que lo miraba con cara de pánico.

—Hay un problema. Vincent ha caído en una trampa y no sabemos si lo han arrestado o si sigue en la casa, ni si ha recibido el mensaje para abortar la operación.

—Vale —contestó Slimane—. Ya se lo dirás tú cuando llegue a París.

—No.

Era Valerie, que se acercaba a su espalda con vaqueros y una camiseta.

—Quiero que se lo digas tú, Akim.

—¿Yo?

Luc soltó a Slimane. Valerie abrió los brazos para abarcar a los dos árabes y los cogió por el cuello.

—Queremos que tú hables con él.

A Akim le gustó notar el roce de su piel.

—Encuentra a Vincent cuando regrese a París. Estará escondido en el Lutetia. Encuéntralo y haz lo que mejor se te da. Ahora mismo, lo más sensato es eliminar el rastro.

Desde la biblioteca de Shand, donde había cobertura en tiempo real de todas las líneas de comunicación del CUCO, Elsa Cassani había visto el correo electrónico de Luc a Vincent casi al instante. El mensaje apareció en el servidor dedicado de la DGSE, que lo encriptaría en el momento en que el CUCO entrase.

Saben lo del segundo funeral. Stephen Uniacke es un agente del mió llamado Thomas Kell. Ha encontrado a Delestre en París. Levene debe de saberlo y está engañándote. Aborta de inmediato. Reunión de urgencia el domingo a medianoche.

—¡Joder! —exclamó ella—. Tom, ven a ver esto.

Kell estaba en la cocina. Para entonces, Barbara ya se había ido a Gatwick y debía de estar de camino a Menton. Harold se encontraba en el piso de arriba, viendo *El tren de las 3:10*.

—¿Qué pasa?

Kell entró en la biblioteca con un té en la mano. Elsa señaló el tercer portátil, en el extremo derecho de la mesa de roble. Hacía tanta presión con el índice que la pantalla se puso borrosa.

—¿Acaba de llegar?

—Hace menos de un minuto. ¿Cómo pueden saber quién eres?

Kell posó la taza en la mesa.

—Debían de tener micrófonos en casa de los Delestre.

Era la única explicación posible.

—Pero estuviste allí el lunes, ¿cómo les ha costado tanto tiempo?

—Poco personal —respondió Kell.

Sabía que a la hora de seguir todas las pistas y escuchar todas las conversaciones, los franceses tenían los mismos problemas que el Servicio de Seguridad o el ssi.

—Es posible que tengan micrófonos por todo París para escuchar a los amigos y compañeros de Malot. Supongo que habrán tardado unos días en darse cuenta de que estuve allí.

—El nombre Vincent Cévennes sale por todas partes en los archivos del CUCO —afirmó Elsa, y bebió de la botella de Evian—. Y también Valerie de Serres, posible novia de Luc Javeau. ¿Crees que es un alias de Madeleine Brive?

—Estoy casi seguro. —Kell anotó los nombres en un pedazo de papel—. ¿Dónde está el CUCO ahora?

Miraron las estanterías: nueve pantallas dispuestas en hileras, como en el juego de tres en raya. Eran las ocho pasadas del sábado por la tarde; Amelia preparaba un guiso de pescado en la cocina, y el CUCO leía a Michael Dibdin en el salón.

—¿Puedes aguantar el mensaje en el servidor? —preguntó Kell.

—No creo.

Elsa tecleó algo entre las líneas de código del segundo portátil.

—Podría borrarlo. Así no lo sabrá hasta que se vaya mañana. Supongo que estarán intentando llamarlo al móvil.

—¡Harold! —gritó Kell mirando hacia la escalera.

A través del techo, se oyó una especie de resoplido. A continuación, el ruido de Harold levantándose de la cama después de parar el wéstern y pisadas en la escalera.

—Dígame, jefe.

—¿Puedes echar otro vistazo a la actividad del móvil del CUCO? Es muy probable que tenga un mensaje de texto o quizá de voz esperando. Con instrucciones de abortar.

—¿Cómo?

—Nos han descubierto. Y saben que su operación ha fracasado. Están intentando decirle que vaya a París.

Kell decidió ganar algo de tiempo borrando el correo electrónico del servidor de la DGSE. Entonces envió un mensaje a Amelia para decirle que los habían descubierto. A la hora del desayuno del día siguiente, debía decirle al CUCO que había una emergencia del SSI en Londres y que un coche la recogería enseguida. Que por «motivos de seguridad», no podía ofrecerse a llevarlo a Saint Pancras, pero que le había contratado un taxi pagado por adelantado para el regreso a Londres. Kell sabía que a menos de dos kilómetros de Chalke Bissett, el CUCO tendría cobertura de móvil y escucharía cualquiera de los tres mensajes que Valerie de Serres le había dejado en el contestador. El primero ya era bastante explícito:

*François, soy Madeleine. No sé por qué no contestas el correo, pero debes abortar, ¿comprendido? Llámame de inmediato, por favor. Nos reuniremos con carácter urgente el domingo a medianoche y te lo explicaremos todo. Necesito saber que has recibido este mensaje y que acudirás.*

Harold había logrado entrar en el buzón de voz del CUCO, y Kell se había reencontrado con la voz tensa y malhumorada de la seductora del ferri, Madeleine Brive. En cuanto escuchase el mensaje, el CUCO haría todo lo posible por esfumarse en la campiña inglesa y deshacerse de toda vigilancia del SSI. Y si eso ocurría, el camino de migas de pan que llevaba al hijo de Amelia se habría perdido.



Vincent se dio cuenta de que había algún problema cuando oyó a Amelia llamar con prisa a la puerta de su dormitorio poco después de las ocho de la mañana del domingo. Llevaba despierto casi una hora, acabando el libro de Dibdin y escuchando el balido de los corderos en la loma empinada que había detrás de la casa.

—¿Estás despierto, cariño?

Entró en el cuarto. Estaba vestida con el uniforme que llevaba en Vauxhall Cross: una falda azul marino con chaqueta a juego, una blusa de color crema, zapatos negros de tacón fino de media altura, el collar de oro que su hermano le había regalado el día que cumplió trece años.

—Parece que vayas a ir a misa —comentó él.

Estaba tumbado en la cama con el pecho descubierto, apoyado en el cabecero y provocándola de forma deliberada con el físico. Sabía que Amelia sentía por él un amor abrumador, pero también un deseo físico reñido con sus deberes como madre. Se lo notaba; a las mujeres siempre se lo notaba.

—Me sabe muy mal, pero hay una emergencia en Londres y tengo que irme. A las nueve y media viene un coche a recogerme.

—Vaya.

—Lo siento mucho.

Se sentó en el borde de la cama y le suplicó perdón con la mirada. Vincent recordó la primera vez que le vio la piel pálida junto a la piscina, la curva de sus pechos. A menudo se había preguntado a qué sabría, cuán grande sería la transgresión de una relación sexual.

—Lo peor es que no puedo llevarte a Londres. En el trabajo no saben nada de ti y mi chófer se daría cuenta. Pero he pedido que venga a buscarte un taxi a las nueve y cuarto. ¿Te parece bien? ¿Tendrás tiempo suficiente para hacer la maleta?

Al parecer, no tenía opción. Vincent apartó el edredón, salió de la cama y se puso la bata.

—Es una pena —se lamentó Amelia.

¿Estaba siendo sincera o era posible que hubiese descubierto quién era él en realidad?

—Tenía muchas ganas de pasar el día contigo. Quería hablar de tu traslado a Londres.

—Yo también.

Ella se levantó y lo rodeó con los brazos, y él tuvo que esforzarse por no apretar su cuerpo contra el de ella y besarla. Estaba convencido de que podía poseerla, de que no ofrecería resistencia.

—Ni siquiera puedo dejar que te quedes aquí. Demasiada gente empezaría a hacer preguntas incómodas si...

—No te preocupes —la tranquilizó, y rompió el abrazo—, lo comprendo.

Se puso a sacar la ropa de la cómoda y a meterla en la maleta.

—Dame unos minutos para ducharme y hacer el equipaje. Enseguida bajo y desayunamos. Y después de eso ya podré irme a París.

Tal como Kell había predicho, Vincent Cévennes estaba a la distancia exacta de un kilómetro y medio de Chalke Bissett cuando el móvil cobró vida con una sinfonía de avisos y melodías que duró casi un minuto.

—Madre mía, mira que eres popular —dijo Harold Mowbray, vestido con el atuendo informal de fin de semana del típico taxista de Wiltshire.

Aceleraban hacia Salisbury. Vincent, sentado en el asiento trasero, no respondió. Vio que tenía mensajes en el buzón de voz y pulsó la opción de escuchar.

*François, soy Madeleine. No sé por qué no contestas el correo, pero debes abortar, ¿comprendido? Llámame de inmediato, por favor. Nos reuniremos con carácter urgente el domingo a medianoche y te lo explicaremos todo. Necesito saber que has recibido este mensaje y que acudirás.*

Al principio no entendía lo que decía Madeleine. ¿Abortar la operación? ¿Para qué hacía falta una reunión con carácter urgente en París al cabo de doce horas? Vincent sacó la BlackBerry y miró el buzón de entrada. No tenía ningún correo, y la noche anterior tampoco había recibido nada en el portátil. Quizá, con la confusión del fin de semana sin poder contactar con él con la facilidad que hubiesen deseado, Luc y Valerie se habían asustado.

Marcó el número de París y oyó que se desviaba al móvil de Luc.

—¿Luc?

—¡Vincent! Hostia, por fin. ¿Dónde coño estabas?

Desde la casa de Shand, Elsa pudo remitir la señal de la conversación al Audi de Amelia, mientras ella y Kell seguían al taxi por la carretera de Salisbury. En cuestión de segundos, Vincent se había dado cuenta de que estaba en peligro. Luc se lo había contado todo: que el tipo del ferri era un agente del MI6, que Uniacke era un alias de Thomas Kell, que este había hablado con Delestre en París y había atado cabos sobre el asunto del funeral. Luc y Valerie estaban seguros de que Amelia conocía el engaño desde hacía al menos cinco días. Por eso lo había invitado a su casa de campo: no para conocerse mejor, sino para averiguar quién estaba tras la conspiración de Malot. Vincent preguntó si el MI6 sabía que François estaba retenido.

—Da por supuesto que lo saben todo —respondió Luc al oírlo.

Sentada junto a Kell en el asiento del copiloto, Amelia negó con la cabeza.

—No llegaremos a donde está François —vaticinó—. Lo matarán o lo moverán en las próximas cuarenta y ocho horas.

—No tiene por qué ser así —respondió Kell, pero su optimismo carecía de

fundamento.

A menos que Elsa pudiera rastrear mejor el punto de origen de las comunicaciones de Luc y Valerie, las expectativas de conseguirlo eran mínimas. Kell sospechaba que François estaba secuestrado en un radio de ocho kilómetros a la redonda de Salles-sur-l'Hers, el pueblo del Languedoc-Rosellón donde Arnaud, el taxista africano, había dejado a Vincent. Sin embargo, sin unas coordenadas precisas sería como enviar un dron a las cuevas de Tora Bora. Su única esperanza iba de la mano de Vincent, pero al disponer tan solo de dos especialistas en vigilancia, las posibilidades que Kell tenía de seguirlo hasta la reunión de urgencia eran casi inexistentes. ¿Cómo podía esperar que Harold y Elsa, dos expertos en tecnología que solo contaban con entrenamiento básico de técnicas de vigilancia, siguiesen al CUCO sin ser descubiertos?

Por delante de ellos, Vincent había colgado y ya tramaba cómo desaparecer.

—Mire —le dijo a Harold—, estaba hablando con mi jefe. Necesito llegar a una estación de trenes cuanto antes. Ha habido un cambio de planes.

—Pensaba que tenía que llevarlo a Londres, caballero —respondió Harold. Le gustaba interpretar el papel—. Tengo todo el día reservado para usted.

—Haga lo que le digo —contestó Vincent en su inglés perfecto que ahora se había teñido de rabia—. Cobrará de todos modos.

Amelia, que escuchaba con Kell desde el segundo vehículo, subió el volumen justo en el momento en que Harold decía:

—De acuerdo, no pasa nada. Oiga, tampoco hace falta ponerse así. Es usted el que ha cambiado de opinión, no yo. —El ruido de la carretera y las interferencias afectaban al sonido, pero la voz se oía con suficiente claridad—. ¿Le va bien en Salisbury, monsieur? Si lo prefiere, también salen trenes desde Tisbury.

—Lléveme a la estación que esté más cerca.

A unos cuatrocientos metros de distancia en la misma carretera, Kevin Vigors viajaba por delante del taxi con Danny Aldrich. Estaban llegando a Wilton cuando Kell se puso en contacto con ellos por radio.

—¿Os habéis enterado?

—Sí, lo hemos oído —contestó Vigors.

—Harold lleva al CUCO hacia Salisbury. Si quiere darnos esquinazo, allí será donde lo intentará.

—Seguro.

Kell había estado toda la noche tratando de anticipar cómo se comportaría el CUCO al darse cuenta de que lo habían descubierto. El instinto lo impulsaría a regresar a suelo francés lo antes posible, pero ¿cómo? Además de los aeropuertos principales de Londres, había aerolíneas que volaban a Francia desde Southampton, Bournemouth, Exeter y Bristol. Y era muy improbable que Vincent fuese directo a Saint Pancras sin antes tratar de despistar a quien estuviese siguiéndolo, pero tal vez intentase coger el Eurostar a París desde una de las dos estaciones de Kent: Ashford o

Ebbsfleet. Otra opción era alquilar un coche y atravesar el túnel desde Folkestone, pero Vincent debía contar con que el SSI tendría acceso a tecnología de reconocimiento de matrículas con la que podía determinar su ubicación con rapidez. Por último, saliendo de Salisbury en tren podía llegar a los puertos desde donde se cruzaba el canal por mar.

—¿Crees que irá en tren? —preguntó Amelia.

—Vamos a esperar a ver.

En las afueras de Salisbury, cuando la aguja de la cathedral surcaba el parabrisas de Harold de derecha a izquierda mientras circulaban por una rotonda, Vincent anunció que necesitaba un cajero automático. Tres minutos después, Harold había estacionado frente a una oficina del Santander, en el centro de la ciudad.

—¿Le importaría esperar aquí? —preguntó Vincent mientras abría la puerta para salir, dejando la maleta y el portátil en el asiento de atrás.

—Hay doble línea amarilla —contestó Harold—, ¿cuánto va a tardar?

No hubo respuesta, y Harold no pudo hacer más que mirar cómo el francés cruzaba la calle, esquivaba a una pareja de ancianos y se ponía a la cola del cajero detrás de otras dos personas.

—Estoy parado delante de un cine —anunció—. Estilo falso tudor. Al lado hay una tienda de la marca de ropa Black's.

Hablaba en el interior vacío del coche con la esperanza de que la conexión por radio estuviera funcionando. Se puso el auricular en el oído y se revolvió en el asiento mientras trataba de orientarse.

—Estoy a un lado de la calzada, en una de las calles de sentido único. Por lo que veo, se llama New Canal. Detrás de mí hay una tienda de ropa de Fat Face y, al lado, un Whittards Coffee.

La voz de Amelia le llegó con un estruendoso ay.

—De acuerdo, Harold. Estamos a la vuelta de la esquina, sé dónde estás. Confirma la ubicación del CUCO.

—Al otro lado de la calle, sacando dinero de un Santander. Lo ha dejado todo en el asiento de atrás. La maleta y el portátil. Solo se ha llevado la cartera.

—¿Y el pasaporte? —preguntó Kell.

—Tendría que mirarlo.

—¿Lleva la chaqueta de cuero puesta?

Era Aldrich, que había aparcado con Vigors en la plaza del mercado, a tan solo trescientos metros de distancia.

—Afirmativo —contestó Harold.

La chaqueta tenía un dispositivo de seguimiento que le había cosido al forro la mañana anterior.

—Se la quitará —murmuró Amelia.

Y así fue.

«Piensa —se dijo Vincent—, piensa».

Metió tres tarjetas distintas en el cajero y extrajo cuatrocientas libras con cada una. El martilleo que amenazaba con sacarle el corazón del pecho lo había dejado bañado en sudor frío. Sentía la furia destilada de un hombre abochornado y quería encontrar a Amelia y destrozarla tal como había hecho ella con él. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Desde cuándo lo estaban engañando entre todos?

«Piensa».

Embutió los últimos billetes en el bolsillo del vaquero y miró a la derecha. Al otro lado del cine, unos cuantos locales más allá, había unos grandes almacenes Marks & Spencer. Abrían los domingos, y tal vez pudiera salir por alguna puerta trasera. Tenía el taxi detrás, así que se volvió hacia el taxista, que bajó la ventanilla y lo miró.

—¿Qué pasa, amigo?

¿Era uno de ellos? Podía formar parte de un equipo de diez o doce agentes de vigilancia esparcidos por todo el centro de Salisbury. Vincent debía considerar que todo el mundo era una amenaza.

—¡Quiero comprar un sándwich en Marks & Spencer! —voceó desde el otro lado de la calle, y señaló la tienda—. ¿Puede esperar un par de minutos más?

Oyó que el conductor respondía: «Mire, ya le he dicho que no puedo aparcar aquí», y por un momento Vincent se preguntó si Amelia era la única en la zona, la única que lo seguía. Tenía una infinidad de incógnitas en la cabeza, demasiadas variables en las que pensar. Se acordó de lo que Luc le había dicho por teléfono: «Da por supuesto que lo saben todo», y aquel asunto le resultó demasiado degradante, desesperante y repentino. Vincent intentó recordar lo que le habían enseñado en la Academia, pero hacía mucho tiempo de eso y le costaba pensar con claridad. «No me han entrenado para esto», se dijo, y culpó a Luc, a Valerie, porque toda la operación había sido una locura desde el principio. ¿Cómo se les había pasado por la cabeza que podían salirse con la suya? ¿Acabaría él siendo el cabeza de turco? ¿Iban a dejarlo en la estacada?

«Piensa».

Las puertas del Marks & Spencer eran automáticas, y Vincent se vio ante una larga sala iluminada con fluorescentes y llena de camiones, faldas, amas de casa de Salisbury niños aburridos y maridos que arrastraban los pies tras ellas. Siguiendo las señales que indicaban la sección de caballero, subió por la escalera mecánica y aprovechó para echar un vistazo a toda la planta y tratar de identificar a posibles agentes. ¿Estaba allí Thomas Kell? En el ferri, Vincent había avisado a Luc de que Stephen Uniacke era una amenaza. Eso era lo que más lo enfurecía en ese momento: que todos sus esfuerzos, todo su talento y todo lo que había invertido a nivel

emocional no había servido para nada porque Luc no había tenido suficiente cuidado. ¿Cómo se habían dejado engañar de aquel modo? «No es más que un consultor soso —había dicho Valerie—. Estás paranoico. Le hemos registrado los móviles, le hemos mirado el ordenador. El inglés está limpio».

Llegó a la siguiente planta y se preguntó cuánto tardaría el taxista en ir a por él. Podían arrestarlo por no haber pagado la carrera. Buscó unos calcetines, un par de calzoncillos, unos náuticos, un par de pantalones vaqueros, un polo de color rojo, un jersey de cuello de pico negro y una chaqueta de cuadros. Ropa fea y barata que no le sentaría nada bien: no era su estilo, ni siquiera el de François. Añadió una cartera de cuero y lo pagó todo en metálico. En la planta baja había una sección de comida y allí compró un sándwich, porque no sabía cuándo tendría otra oportunidad de comer. Cogió también una botella de agua de un litro y dio cuenta de al menos una quinta parte antes de llegar a la caja. Tenía mucha sed. La sensación constante de aprensión era como una enfermedad que le tensaba la piel. El personal de la tienda le sonreía, y una madre joven trató de provocar un intercambio de miradas. Nada más lejos del pensamiento de Vincent en ese momento. Sabía que odiaba una vez más a las mujeres, que las despreciaba, porque nunca podía fiarse de su manera de hablar, de lo que decían con la expresión del rostro. Sus palabras no significaban nada y hasta una madre mentía. Se dijo: «Ya no soy François Malot», pero la sensación fue como la de mudar una piel que aún tenía raíces en el alma. «Soy Vincent Cévennes y se ha acabado la partida. Vienen a por mí».

Atravesó la sección de lencería. Carteles con fotos de modelos bronceadas mintiendo con la mirada. Encontró una salida que daba a un callejón estrecho. Justo delante había una panadería; a la izquierda, un aparcamiento con la actividad habitual alrededor de la máquina de pagar; a la derecha, una calle peatonal flanqueada de tiendas de Top Man, HMV, Ann Summers. «Piensa». Vincent se echó la cartera de cuero al hombro y se dirigió hacia el oeste en busca de una cafetería o un hotel donde ocultarse. Cruzó por debajo de una pasarela y llegó a una sección de la calle donde el tráfico estaba cortado. Al frente, junto a una antigua sucursal de Woolworths con los escaparates tapiados con tablones, había una cafetería con terraza y un montón de clientes tanto dentro como fuera del local. The Boston Tea Party. Al cruzar el umbral se encontró con una camarera de melena corta y teñida de rubio y le preguntó si podía usar el baño.

—Sí, por supuesto —contestó ella.

Tenía acento de Europa oriental, tal vez polaco. Le señaló la escalera.

Vincent actuó con rapidez, porque estaba acorralado y podían ir a por él en cualquier momento. Entró en el cubículo, cerró la puerta y se quitó la ropa. Sacó el vestuario nuevo de la cartera de cuero y se puso los calzoncillos, los vaqueros, los náuticos, el polo y la chaqueta de cuadros. Dejó la cartera y el teléfono en la chaqueta de cuero y la colgó en el gancho de la puerta. En un rincón había una caja medio vacía con envases de detergente y puso su ropa encima. No debía dejar ni rastro. Al

inicio de la operación, habían depositado tres pasaportes distintos en tres localizaciones de Londres, justo para esa clase de emergencia. Al menos Luc había acertado con parte de los preparativos. Uno de ellos estaba en la terminal cinco de Heathrow. Si nadie lo había quitado de allí, podría salir del país sin problemas. Solo tenía que llegar hasta al aeropuerto.

Amelia Levene llevaba más de diez años comprando medias y comida para llevar en ese Marks & Spencer. Conocía la distribución del local y sabía que el CUCO encontraría la salida del aparcamiento y desaparecería en cuestión de minutos si no lo encontraban pronto. Por eso había enviado a Aldrich a la parte de atrás mientras Kevin Vigors, que había dejado el coche en la plaza del mercado, vigilaba la entrada principal de New Canal.

Kell y Amelia habían aparcado junto al taxi de Harold y trataban de contactar con Aldrich por radio. Vigors, veinte metros calle abajo, ya se había sentado en una parada de autobuses y, a ojos de cualquiera, esperaba en el mismo asiento y a la misma hora que todos los días de la semana. Entretanto, Kell había llamado a Elsa y le había dicho que se dirigiese a Charles de Gaulle en el primer vuelo disponible. Estaba apostando a que la reunión tendría lugar en París y sabía que el CUCO debía estar allí antes de medianoche. No tenía sentido que Elsa mantuviera el seguimiento del correo electrónico y de las líneas de móvil cuando los franceses sabían que los habían descubierto. Lo mejor era que fuese a Francia; allí estaría en situación de seguir al CUCO desde el aeropuerto o desde la Gare du Nord.

Pasaron seis minutos sin ningún aviso por parte de Aldrich y ni rastro del CUCO. Amelia ordenó a Vigors que entrase en la tienda. Segundos después, el móvil de Kell vibró en el asiento del copiloto. Amelia leyó el nombre que salía en la pantalla.

—Es Danny —anunció, y puso el manos libres.

—Lo veo. El CUCO acaba de salir por detrás, está pasando por HMV. Todo está cerrado, casi no hay gente.

La comunicación se interrumpió durante unos segundos, como si Aldrich hubiera escondido el teléfono.

—Lleva un bolso. Lo habéis visto, ¿no?

—No hemos visto nada —contestó Amelia—. Habrá comprado ropa nueva. Pensará que le hemos puesto un micrófono en la que llevaba.

—Y con razón. —Aldrich soltó una tos de fumador—. Un momento. Acaba de entrar en una cafetería: The Boston Tea Party. ¿Podéis enviar a Kev a la puerta? Delante hay un Woolworths cerrado y, en la esquina de mi derecha, una librería Waterstones. Voy a ir a la parte de atrás para asegurarme de que no haya salida.

En menos de dos minutos, Vigors había dejado la parada de autobuses, había corrido trescientos metros por New Canal y había doblado la esquina al llegar a la librería. Aldrich lo vio, inclinó la cabeza y confirmó a Kell por teléfono que no había



salida trasera. Vigors se sentó en un banco, al lado de un adolescente que devoraba la típica hamburguesa matutina que rezumaba cebolla frita. Avistaron al CUCO saliendo del local vestido con un polo rojo, chaqueta de cuadros, náuticos azules y vaqueros.

—Vaya, vaya, vaya —murmuró Aldrich al teléfono—. Si alguien quiere una chupa vieja de cuero de cuatrocientas libras, parece que el CUCO ha dejado la suya en el baño de caballeros.

—¿Se ha cambiado de ropa? —preguntó Amelia.

—Tal como tú has dicho.

Aldrich intercambió una mirada con Vigors y echó a caminar tras el objetivo. Un hombre por un lado de la calle y el otro por el opuesto.

—Creo que ese estilo no le favorece. Confirmación: Kev y yo vamos tras el objetivo.

—Id con cuidado —les advirtió Kell—. Aprovechará los escaparates, se detendrá y dejará que lo adelantéis. Id de uno en uno y mantened la distancia.

—Ni que fuera la primera vez que lo hacemos —contestó Aldrich, pero sin resquemor.

—Lo más probable es que busque un taxi —añadió Amelia, y miró a Kell a los ojos—. Pase lo que pase, no lo perdáis, chicos. Sin la chaqueta, no podemos localizarlo. Si Vincent desaparece, todo desaparece con él.

Vigors y Aldrich siguieron al CUCO hasta un supermercado Waitrose de las afueras de la ciudad. Vigors iba guiando a Kell para que hubiese tres pares de ojos pendientes del francés a distintos intervalos de la ruta. Después de pasar diez minutos en el interior de la tienda, el CUCO cogió un taxi en la puerta, tal como Amelia había anticipado. Ella había llevado el Audi a una gasolinera que estaba a menos de doscientos metros del aparcamiento del supermercado y recogió a Kell cuando el taxi pasó por delante de ellos de camino a la ronda de Salisbury. Un minuto después, Harold recogió a Vigors y a Aldrich, y ambos vehículos siguieron al taxi de Vincent en paralelo hasta Grateley, un pueblecito situado veinticinco kilómetros al este de Salisbury.

El CUCO llegó a la estación de Grateley poco antes de las once en punto. Pagó al taxista y compró un billete en una de las máquinas de venta automática. Allí no había ni un alma, y Kell sabía que no podía arriesgarse a enviar a un miembro del equipo al andén; a falta de eso, mandó a Aldrich, a Vigors y a Harold a la siguiente parada, Andover, y le pidió a Elsa, que justo entonces pasaba por Stonehenge en coche, que se desviase hacia la estación de trenes de Salisbury, por si el CUCO volvía sobre sus pasos.

Al final, se subió al tren de Londres. Durante ocho minutos estuvo en un agujero negro, y Kell le perdió el rastro hasta que Vigors, a quien Harold había llevado hasta Andover a una velocidad media de casi ciento cuarenta kilómetros por hora, cogió el mismo tren. Cuando pasaban por Whitchurch y Overton, Vigors confirmó por mensaje de texto a Kell y a Amelia que tenía contacto visual con el objetivo. Harold y Aldrich persiguieron el tren por carreteras paralelas, mientras que Amelia y Kell permanecieron en Andover. Basingstoke era la primera gran intersección en la ruta hacia Londres, y Kell pensaba que el CUCO podía intentar bajarse del tren y cambiar a otra línea. Aldrich, que llegó al andén de Reading apenas treinta segundos antes que el tren, recibió la información por parte de Vigors de que el CUCO había decidido permanecer a bordo. Así que Aldrich y Harold continuaron hacia el este, rumbo a Woking, donde el objetivo sí bajó del tren de Londres en el último momento, se cambió al de Reading y dejó a Vigors solo. No obstante, Aldrich fue testigo del truco y consiguió subirse al mismo tren, tres vagones más atrás, mientras Harold miraba desde el andén de enfrente.

Kell no había presenciado una operación más compleja y desafiante. El interior del Audi era un desastre de mapas de carreteras, navegadores GPS y equipos de comunicación. Con el CUCO de camino a Reading, y Aldrich buscándolo por los vagones, Vigors estaba fuera de combate y Kell se había quedado con solo dos pares de ojos. Llamó a Kevin y le dio instrucciones de ir a Londres y esperar en la estación de Waterloo, por si cabía la posibilidad de que el CUCO intentase dirigirse a la ciudad.

Si era así, tal vez Vigors tuviese la oportunidad de seguirlo hasta Gatwick o Luton, o incluso hasta el Eurostar de Saint Pancras. Entretanto, había enviado a Elsa a Heathrow.

Al final, el francés no se complicó. En Reading cambió de tren una vez más. Aldrich tuvo tiempo de sobra para bajar, esperar a su lado en el andén y regresar hacia Woking, desde donde llamó a Kell para informarlo de que el CUCO había tomado el autobús lanzadera al aeropuerto de Heathrow. Harold estaba a más de treinta kilómetros, atrapado en un atasco a las afueras de Reading con muy poca batería en el móvil, pero Aldrich pudo seguir al autobús en un taxi mientras Kell y Amelia iban directos al aeropuerto.

Estaban sentados en el aparcamiento de un Holiday Inn junto a la autopista M4 cuando a Amelia le sonó el móvil. Era un número desconocido y, cuando puso el manos libres, se oyó el clásico eco provocado por un leve salto temporal.

—¿Hablo con Amelia Levene?

Kell supo de inmediato quién llamaba. Una mujer francesa que hablaba un inglés fluido con un marcado acento estadounidense.

—¿Con quién hablo, por favor?

—Puede llamarme Madeleine Brive. Conocí a su amigo Stephen Uniacke en el ferri de Marsella.

Amelia miró a Kell a los ojos.

—Sí, ya sé quién es usted.

Entonces la voz sonó más alta y con mayor claridad.

—Quiero que me escuche con mucha atención, señora Levene. Como ya sabe, la operación principal contra su servicio de inteligencia ha fracasado. Nunca averiguarán quiénes estaban detrás ni encontrarán a los responsables.

Kell frunció el ceño y se planteó qué revelaban esas afirmaciones sobre su estado de ánimo. ¿Le preocupaba la posibilidad de que ya conociesen su ubicación?

—Lo dudo —contestó Amelia.

—Tal vez le interese el paradero de su hijo.

Kell notó que se le desataba una furia ciega y apenas alcanzó a imaginar lo que sentiría Amelia.

—¿Señora Levene?

—Continúe, por favor.

Una pareja joven pasó por delante del Audi hacia la entrada del hotel, arrastrando las maletas y el *jet lag*.

—Usted habla francés, ¿estoy en lo cierto?

—Correcto.

—En ese caso, le hablaré en francés, señora Levene, porque quiero que comprenda todos... todos los matices de lo que estoy a punto de decir —anunció, y cambió a su lengua materna—: La operación ha pasado a ser un asunto privado. François Malot está retenido en una ubicación secreta, en Francia. A fin de garantizar

su liberación, debe ingresar cinco millones de euros en un fondo de las Islas Turcas y Caicos antes de tres días. Los datos de la cuenta le serán transmitidos por otra vía. ¿Puedo contar con su cooperación?

Kell no podía influir en la decisión. Echó una mirada breve a Amelia y se dio cuenta de que estaba a punto de capitular.

—Sí, cooperaré.

—Durante las próximas veinticuatro horas, le enviaremos pruebas de que su hijo está vivo. Si no recibo la suma solicitada antes del miércoles a las seis de la tarde, será ejecutado.

El teléfono móvil empezó a sonar con una segunda llamada. Kell miró el texto que salía en pantalla y vio que Aldrich trataba de contactar con ellos.

—Cuelga —le dijo moviendo los labios.

Amelia había llegado a la misma conclusión. Estaban en guerra con aquellas personas; a partir de entonces todo se reducía a una cuestión de poder y control.

—De acuerdo, tendrá su dinero —respondió, y colgó.

Amelia se permitió un instante de reflexión antes de contestar la llamada de Aldrich con el manos libres.

—Adelante, Danny.

—Terminal cinco. El CUCO acaba de bajar del autobús. Debe de querer coger un vuelo de British Airways a Francia.

Diez minutos más tarde, Elsa Cassani, que esperaba sentada pacientemente en el Starbucks de la terminal tres con la única compañía de un portátil y un iPhone, había anotado cada uno de los vuelos que salían desde Heathrow con destino a Francia en las cinco horas siguientes.

—El CUCO tiene bastante donde elegir —le explicó a Kell, que iba con Amelia hacia la terminal cinco—. Hay vuelos a Niza, a París Charles de Gaulle, a París Orly, a Toulouse Blagnac y a Lyon. Salen cada dos por tres.

Kell eliminó Lyon y Niza de la lista, pero dejó Toulouse porque la ciudad estaba a una hora de Salles-sur-l'Hers. No obstante, París continuaba siendo el destino más probable. Llamó a Aldrich, que ya se encontraba en la terminal, para que lo pusiera al día. El CUCO se había sentado a una mesa de un Caffé Nero, a un tiro de piedra del control de pasaportes.

—Ha ido directo allí, jefe.

—¿No ha comprado billete? ¿No ha ido a los mostradores de British Airways?

—No. Y tampoco ha pedido un café. Está sentado, sin más.

Kell relató la situación a Amelia, cuya suposición acabó siendo cierta.

—O ha quedado con alguien, o va a recoger un paquete. Puede que haya un pasaporte escondido para él. Dile a Danny que no deje de vigilarlo.

Como necesitaba la sacudida que le proporcionaría un café, Vincent se levantó, hizo cola en el mostrador y pidió un *espresso* doble. Cuando regresó, su mesa seguía vacía. Llevaba horas con la sensación fatalista de que su captura era inminente; todo lo que había hecho en Salisbury, así como los cambios de trenes posteriores, era insuficiente para quitarse de encima a un buen equipo británico. En el aeropuerto había cámaras, policías de paisano, agentes de aduanas, personal de seguridad. ¿Y si ya habían hecho circular su fotografía? ¿Cómo conseguiría embarcar en un vuelo? Si lograba pasar el control de pasaportes, tal vez pudiera deshacerse del MI6 en el metro de París. Una vez en suelo francés, no podrían operar con la misma efectividad. Pero incluso esa posibilidad palidecía a ojos de Vincent: el MI6 tenía una delegación en París, y Amelia, tiempo más que suficiente para organizar la vigilancia en toda la ciudad.

«Piensa».

«Intenta verlo desde su punto de vista: ella no quiere que su secreto salga a la luz. Si no lo consigue, su carrera habrá terminado. Solo unos pocos compañeros de confianza sabrán de la existencia de François Malot. Puede que esté tan confundida y afectada como yo». Animado por esa idea, Vincent se bebió el *espresso* doble de golpe e hizo lo que tenía previsto hacer.

El oratorio multiconfesional estaba a unos pasos de allí. Entró por la puerta de la terminal principal y se encontró con un pasillo corto y estrecho con salas a ambos lados. A su izquierda, un musulmán con barba estaba arrodillado sobre una alfombra, rezando. A mano derecha, había tres mujeres africanas con velo sentadas en sillas de plástico. Miraron a Vincent al pasar. La puerta del baño estaba abierta. Entró y la cerró.

Allí dentro apestaba a orina y a aceite de pachuli. Vincent pasó la mano por debajo del secador de manos para provocar un ruido que disimulara sus movimientos, se subió a la taza del retrete y empujó una de las placas del techo. Se soltó enseguida, pero al inclinarla se le atascó y le cayeron partículas de polvo y pintura en la cabeza. Vincent volvió la cara hacia abajo para protegerse los ojos mientras palpaba el falso techo con la mano derecha, y topó con lo que le parecieron nidos diminutos o telas de araña y montones de polvo. Cuando empezó a dolerle el brazo cambió de mano y, sin bajarse del retrete, se dio la vuelta para buscar por el otro lado. El secador de manos dejó de soplar, y Vincent pulsó el botón de la cisterna con el pie. Oyó voces en el pasillo. ¿Era la policía? ¿Lo habrían seguido hasta el oratorio para llevar a cabo el arresto con la máxima discreción?

Entonces, notó algo. Era el borde tieso de un sobre grande. Se puso de puntillas, apartó el panel hacia atrás y luego se estiró para alcanzar lo que había ido a buscar. El primer golpe de suerte que tenía en varias horas. Era el paquete escondido, cubierto de una película de polvo. Pulsó el botón de la cisterna por segunda vez, colocó el panel del techo, se sentó y abrió el sobre. Allí había quinientos euros en metálico, un carnet de conducir francés, un teléfono limpio, un pasaporte, una tarjeta Visa y una American Express. Todo a nombre de Gerard Taine. Vincent se sacudió la suciedad del pelo y de la ropa, salió del baño y llevo consigo el paquete a la terminal.

Era hora de regresar a casa. Hora de embarcar en un vuelo a Francia.

—Vaya, qué interesante.

Danny Aldrich había visto cómo se desarrollaba la escena desde la cola de una de las máquinas de facturación automática.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Kell.

—El CUCO ha entrado en el oratorio multiconfesional y ha salido cinco minutos después con algo en la mano. Ahora está el quinto en la cola del mostrador de British Airways.

Kell miró a Amelia. Ambos pensaban lo mismo.

—Debía de tener un pasaporte escondido —concluyó ella—. Necesitamos averiguar adónde volará. ¿Puedes ponerte en la cola detrás de él?

—Ni de coña —contestó Aldrich—. Después de Reading, no es buena idea que me acerque tanto. Me reconocerá.

—¿Llevas documentación? —preguntó Kell.

—Claro.

—Entonces busca a alguien del personal de seguridad; si puede ser, un pez gordo, no un mindundi. Dile que tiene que hablar con la persona que haya atendido a Vincent en el mostrador de British Airways. Sé discreto. Asegúrate de que él no se da cuenta de lo que está pasando. Consigue el número de vuelo, el nombre que figura en el pasaporte y la información de la tarjeta de crédito, si es que no paga en metálico. ¿Podrás?

—Sin problemas.

Amelia dio su conformidad con un gesto de la cabeza.

—Buena idea —lo felicitó cuando Kell colgó.

Tenían el Audi aparcado en la segunda planta de un aparcamiento de estancias breves, a menos de un minuto a pie de donde estaba Aldrich. Mientras tanto, no se oía más que el rugido estridente de un avión que pasaba a poca altura. Amelia se movió en el asiento para volverse hacia Kell.

—Se me acaba de ocurrir una idea.

Kell se acordó de un gesto que ella había hecho en la oficina de Redan Place, una silenciosa resignación en su rostro. Ella no acostumbraba a dejar que las cosas la afectasen de aquel modo.

—Debería acudir a Downing Street. Tenemos que intentar tender un puente con los franceses, hacer algún tipo de trato. Puede que la única forma de salvar a François sea que me sacrifique yo.

«Que me sacrifique». La grandilocuencia vana de la frase disgustó a Kell. Amelia no podía caer tan bajo.

—Así no lo salvarás —repuso él—. Quienesquiera que sean estos, los de París los avisarán. Aunque se trate de una operación de algún grupo independiente, y sospecho que ahora se ha convertido en eso, en la DGSE habrá alguna facción leal a los autores. Habrá alguna filtración interna, matarán a François, y Luc y Valerie cogerán el próximo barco a Guyana. —Viendo que sus argumentos no parecían llegar a buen puerto, Kell se arriesgó—: Además, si caes, mi carrera se ha acabado. En cuanto Truscott se haga con el timón, me echará a los leones por lo de Yassin Gharani. Si tú no sobrevives, no me quedará más remedio que cultivar tomates durante los próximos treinta años.

Se sorprendió al ver que Amelia sonreía.

—Entonces será mejor que nadie se entere de lo que estamos tramando —propuso ella, y le cogió la mano. Era como si lo hubiese puesto a prueba y ya estuviese segura de su lealtad—. Voy a hablar con algunos amigos del Ejército para montar una unidad en Francia. Llama a Kevin. Habría que enviarlo a Saint Pancras.

Vincent Cévannes tardó siete minutos en llegar al mostrador de venta de billetes de British Airways, donde lo vieron ojear el programa de vuelos en la pantalla del ordenador de la vendedora antes de entregar un pasaporte francés y una tarjeta de crédito y recibir un billete. Mientras el CUCO estaba distraído con eso, Aldrich había aprovechado para llamar la atención de dos agentes de policía de uniforme e informarlos de que era un agente de vigilancia del Servicio Secreto de Inteligencia. Uno de los dos accedió a acercarse al mostrador y hacer unas preguntas a la empleada que acababa de venderle el billete al CUCO. Aldrich le dejó claro que cualquier conversación debía llevarse a cabo fuera de la vista de los pasajeros de la terminal.

Esperaron a que el objetivo hubiese cogido el ascensor para subir a la planta de las tiendas libres de impuestos. Entonces, el más veterano de los dos agentes se dirigió al mostrador, le comunicó a la empleada que deseaba charlar en privado y consiguió mantener una conversación breve en una sala de personal pequeña que había detrás de los mostradores. El asunto se resolvió en menos de cinco minutos.

Aldrich llamó a Kell para darle la noticia.

—Bueno, ¿tienes un boli? El CUCO viaja como Gerard Taine. Acaba de pagar quinientas ochenta y cuatro libras con una American Express por un asiento en clase *business* en el vuelo de British Airways con destino Charles de Gaulle que sale de la terminal cinco a las seis y cuarto.

Kell, que seguía en el aparcamiento, miró la hora.

—Faltan menos de dos horas. Compra dos billetes para el mismo avión. Uno para ti y otro para Elsa. No viajéis juntos. Cuando el CUCO salga del aeropuerto, intentaré estar allí.

—¿Cómo piensas conseguir eso?

Kell había mirado la lista de vuelos que salían a París desde Heathrow antes de las seis.

—Quince minutos antes de vuestro despegue, sale uno de Air France desde la terminal cuatro, al mismo aeropuerto. Vamos para allá ahora mismo, intentaré coger ese vuelo. —Kell ya había encendido el motor y estaba sacando el coche de la plaza de aparcamiento—. Kevin va de camino a Saint Pancras. Amelia se queda aquí y conseguirá coches para la Gare du Nord y Charles de Gaulle. Si hay algún retraso o no sabes nada de mí, intenta seguir al CUCO todo el tiempo que puedas. Es posible que coja el metro y trate de despistarte en París. Si tenemos suerte, parará un taxi.

Quince minutos después, Kell se saltaba la cola del mostrador de Air France de la terminal cuatro y se agenciaba el último asiento libre del vuelo del domingo por la tarde a París a cambio de más de setecientos euros. Antes de las ocho y cuarto, hora local, había aterrizado en Charles de Gaulle, donde lo informaron de que el avión del CUCO llevaba un retraso de media hora. Eso le permitió recoger el coche de alquiler y



dar vueltas alrededor del aeropuerto mientras esperaba una llamada de Aldrich con el número de matrícula del taxi que cogiese el objetivo al salir de la terminal. Al final, el CUCO tomó un tren RER a la ciudad e hizo todo el trayecto de pie a tres filas de distancia de Elsa Cassani, que a todos los efectos tenía el aspecto de cualquier otra italiana veinteañera que regresase hecha polvo de un fin de semana hedonista en Londres. Danny Aldrich se subió a un autobús de Air France que iba a Étoile. Kell cogió la autovía A3 en dirección sudoeste hacia París, pero el tráfico de la periferia lo atrapó y perdió contacto visual con el tren. Cuando Elsa llegó a la estación de Châtelet diez minutos después, era la única persona del equipo que estaba a menos de tres kilómetros del objetivo.

El CUCO se zafó de ella en menos de quince minutos. Al salir de Châtelet, cruzó el Sena y cogió otro metro en Saint Michel, en dirección sur hacia Porte d'Orleans. En la estación de Denfert-Rochereau, y habiendo visto a Elsa tres veces desde el aeropuerto —una en el RER, otra cruzando el puente de Notre Dame y la tercera en el vagón entre las paradas de Saint-Sulpice y Saint-Placide—, el CUCO forzó una de las puertas justo cuando se cerraban, saltó al andén y vio a Elsa pasar haciendo como si nada.

Cinco minutos más tarde, ella había salido a la calle en Mouton Duvernet y llamado a Kell para avisarlo.

—Tom, lo siento muchísimo —se disculpó—. Lo he perdido. He perdido al CUCO.

Me llamo Gerard Taine. Ya no soy François Malot. Trabajo para el Ministerio de Defensa y vivo en un pueblo pequeño, a las afueras de Nantes. Mi esposa es maestra de escuela. Tenemos tres hijos: dos gemelas de dos años y un niño que tiene cinco. Ya no soy François Malot.

Vincent recordaba el mantra de su tapadera de emergencia, pero no conocía a Taine igual que a Malot. No sabía nada sobre sus intereses y tendencias; no imaginaba la gramática, la arquitectura de su alma. No había pensado en él como había reflexionado sobre François, día y noche, durante meses. Taine era una red de seguridad; Malot había sido su vida.

Vincent se sentó en la cama del hotel Lutetia con la duda de si los británicos lo habían seguido, de si Luc o Valerie acudirían. Tenía la sensación de que jamás saldría de aquel lugar, de ser una concha vacía, un fracaso, un hombre que iba a pagar un precio muy alto por un pecado que no había cometido. Como aquella vez en el instituto, cuando tenía catorce años y la clase entera, todos los amigos que había tenido en la vida y las chicas que le habían gustado, se volvieron contra él porque había denunciado al profesor una situación de acoso y maltrato. Vincent había querido hacer lo correcto, ahorrarle a su mejor amigo el desconcierto de los ataques de otros niños; pero el mismo profesor a quien se lo había confiado lo había traicionado. En consecuencia, todos se habían puesto en su contra —incluso el amigo a quien Vincent pretendía salvar el pellejo— y durante muchos meses lo habían humillado en clase y, al salir, le lanzaban comida y mierda que se le pegaba a la ropa, y le chillaban «cabrón» y «chivato» al pasar. Hasta su padre les había dado la razón: «Nunca se traiciona a un camarada —le había dicho—. No se traiciona a los amigos», como si Vincent fuese uno de los soldados con los que había luchado codo con codo en Argelia. Pero él no era más que un niño de catorce años sin madre ni hermana ni hermano que lo quisieran o lo comprendiesen. «Estaban haciendo daño a mi amigo, papá», había respondido él, pero el viejo no había prestado atención y ahora ya llevaba tiempo muerto. Vincent deseaba tenerlo a su lado en la habitación del hotel para contarle lo que había ocurrido en Inglaterra, lo que le había sucedido a François y, tal vez, tratar de explicar de nuevo que él solo había pretendido proteger a su amigo y merecer el orgullo de su padre.

Se levantó, se acercó a la ventana y miró hacia el boulevard Raspail. Las cortinas estaban corridas y la ventana, entreabierta. Se sirvió un *whisky* del minibar, abrió el cartón de tabaco que había comprado en Heathrow, brindó en silencio por François Malot y sopló una nube de humo a la humedad de la noche parisina. No le cabía duda de que no era el pensamiento más adecuado, pero echaba de menos a Amelia, las charlas y las comidas que habían compartido y disfrutado juntos, el tiempo que habían pasado en la piscina y en la playa. Ya no la deseaba: ella lo había traicionado y había dejado de existir como mujer. Pero la añoraba tal como François podría haberlo

hecho, porque ella era su madre, porque había cuidado de él y habría ido al fin del mundo con tal de proteger a su hijo. Así de poderosa era como mujer, así de fuerte. ¿Qué tal sería tener una madre como ella? François era afortunado de tenerla.

Vincent se acabó el *whisky* de un trago y se sirvió otro a pesar de que Luc y Valerie podrían llegar en cualquier momento y olerle el alcohol en el aliento. De pronto, temió lo que pudiesen hacer. Lo que no soportaba era la sensación de aislamiento; todo lo que sabía de sí mismo, todo aquello en lo que confiaba y creía, todo se lo habían quitado en apenas unas horas. Como en la escuela: un día era una persona, y de pronto se había convertido en otra. En un chivato, en un traidor. La puta de los demás. Después de eso, había hecho bien en no fiarse de nadie. Eso era lo que había tenido en la cabeza durante las primeras entrevistas con la dirección, lo que debían de haberle visto, lo que debió de gustarles de él.

«Mi soledad es mi talento —pensó—. Mi autosuficiencia, mi punto fuerte».

Alguien llamó a la puerta.

A medianoche, Kevin Vigors había llegado a París, había recogido un Peugeot de alquiler en la Gare du Nord y se dirigía hacia el sur, al boulevard Saint-Germain, donde encontró a Kell, a Elsa y a Aldrich sentados a una mesa de la Brasserie Lipp, atenuando las penas con cuatro platos de *choucroute* y un par de botellas de Chinon.

—No sé qué decir —susurró Elsa cuando Vigors se sentó a su lado en el banco—. No tengo la experiencia de Danny ni la tuya. Siento mucho que...

Kell la interrumpió.

—Elsa, si te disculpas una vez más, haré que te manden a arreglar ordenadores a Albania el resto de tus días. No podías hacer nada, uno de nosotros tendría que haber subido al tren contigo. Es imposible que una persona sola siga a un objetivo entrenado.

Contempló los tres rostros que tenía alrededor y alzó la copa.

—Hoy todos habéis hecho un trabajo fabuloso. Y en circunstancias extremadamente difíciles. Que hayamos conseguido llegar tan lejos ha sido un milagro, y cuando Luc y Valerie contacten con Amelia mañana por la noche, aún estaremos a tiempo de encontrar a François.

Ya le había dado la mala noticia a Amelia, a quien no le quedaba más remedio que permanecer en Reino Unido y hacer el paripé delante de Truscott, Marquand y Haynes de ir el lunes a trabajar como si nada. Para evitar pasar la noche en Chelsea con Giles, había cogido una habitación en el Holiday Inn, donde poco a poco estaba registrando todos los artículos que el CUCO había dejado en el asiento trasero del taxi de Aldrich. Se quedó el mechero dorado con las iniciales P. M. grabadas, pero guardó todo lo demás en la maleta y la cartera de cuero de Vincent sin saber bien qué haría con ello. Mientras estaba sentada a solas en la sexta planta del hotel, contemplando el atasco gigantesco de la autopista M4, su sensación de frustración era similar a la impotencia que había sentido ante el cáncer de su difunto hermano. Aunque tenía un abanico de recursos a su disposición, con toda su experiencia y conocimientos, no tenía la menor influencia sobre los acontecimientos que estaban desarrollándose en Francia. Confiaba plenamente en Thomas Kell, pero le costaba creer que hubiese dejado la seguridad de François en manos de tres hombres y una especialista en informática italiana sin experiencia alguna en operaciones sobre el terreno. Amelia había conseguido reunir un equipo de tres «expertos en seguridad» —un eufemismo del Ministerio que significaba «exsoldado de las fuerzas especiales que ahora trabaja para el sector privado»— que tenía previsto partir hacia Carcasona por la mañana. Pero solo podía permitirse mantenerlos en espera durante cuarenta y ocho horas, sobre todo porque había vaciado una de sus cuentas para pagarles. A menos que Kell descubriese el paradero de François en ese espacio de tiempo, no dispondrían de la fuerza armada como opción para hacerse con su hijo. ¿Y cómo encontrarían a

François sin el CUCO? Le habían perdido el rastro.

Amelia comprobaba el correo electrónico a intervalos regulares para mantener el contacto con Kell y confirmar los preparativos con Anthony White, el comandante del equipo de seguridad. A las once y veinte, oyó la señal acústica que indicaba que había recibido otro mensaje en el portátil.

Era del Cuartel General de Comunicaciones del Gobierno, con el asunto: «Amex».

Ha solicitado información sobre la tarjeta  
American Express 375987654321001/06/14/  
gerard taine  
Uso de la tarjeta (resumen):

British Airways (ventas) / lhr t5 / 16:23 gmt 584,00 £  
World Duty Free / lhr t5 / 17:04 gmt 43,79 £  
Hotel Lutetia / París / 00:05 gmt+1267,00 euros

Cogió el móvil y llamó a Kell.

El Lutetia era un clásico del paisaje parisino, un hotel de cinco estrellas que Kell conocía desde hacía una década, cuando pasó un período breve trabajando en la ciudad. Allí había celebrado reuniones con compañeros del SSI y de la DGSE, y sabía parte de la historia del establecimiento, que durante la Segunda Guerra Mundial había servido como base al ejército de ocupación alemán. Estaba a un kilómetro de la Brasserie Lipp y no cabía duda de que era una ubicación discreta y segura para la reunión de urgencia del CUCO con Luc y Valerie.

Cuatro minutos después de recibir la llamada de Amelia, Kell había pagado la cuenta, había salido con Elsa en dirección sudoeste por la rue de Sèvres y había pedido a Danny Aldrich y a Kevin Vigors que aparcasen el coche lo más cerca posible del hotel.

Aldrich encontró aparcamiento para el Peugeot en el lado este del boulevard Raspail y se puso a vigilar la entrada. Vigors fue directo al mostrador de recepción y reservó una habitación doble a su nombre, antes de acomodarse en un sillón con vistas a los ascensores. Kell y Elsa entraron en el hotel cogidos del brazo, como una pareja de amantes que regresa de un paseo a medianoche.

—Nos alojamos aquí —le dijo cuando pasaban la recepción de largo—. Fin de semana de pasión. Antes de irnos a la cama, vamos a tomar algo en el bar.

—Cuántas promesas... —contestó ella, y le apretó el brazo contra el pecho.

El bar era una sala grande y rectangular del tamaño de una pista de tenis. Había unos diez clientes esparcidos en distintos grupos que ocupaban los sillones tapizados en colores escarlata y negro, cada uno con su café o su *digestif* en las mesitas bajas que tenían delante. Un único camarero se movía con brío entre las esculturas de estilo *art déco*, y las versiones de grandes temas de los musicales que un pianista calvo tocaba en el piano de cola del rincón acompañaban el tintineo y las toses típicas de la conversación civilizada. Kell se sentó en un sillón que miraba hacia la entrada principal, y Elsa delante de él, de cara a la barra. Pasaron media hora conversando en inglés sobre la infancia de Elsa en Italia, y, mientras tanto, Kell recibía y enviaba mensajes de texto a Amelia, a Vigors y a Aldrich.

—Si fueses mi amante y estuvieras todo el rato con el móvil, te dejaría —se quejó ella.

Kell levantó la mirada y sonrió.

—Me lo tomaré como un aviso.

Segundos después, un joven árabe con vaqueros y una chaqueta de motorista con el logo de Marlboro empujó la puerta giratoria del hotel y entró. Al principio Kell no distinguió los rasgos, pero en cuanto el tipo pasó frente a recepción, se quedó pasmado al ver que se trataba de uno de los dos que lo habían atacado en Marsella.

—No me jodas...

Elsa, que estaba recostada en el sillón y empezaba a tener sueño, se incorporó de golpe.

—¿Qué pasa?

—Es el tío de...

Debía pensar deprisa, no había tiempo para alertar a Vigors.

—Ve al ascensor. No vaciles.

Elsa se levantó del asiento con evidente consternación. Kell bajó la voz.

—Hay un joven árabe que se dirige allí ahora mismo. Es de su equipo. Síguelo. Trata de averiguar a qué planta va.

El camarero se detuvo junto a la mesa de Kell justo cuando Elsa se alejaba.

—¿Algún problema, *monsieur*? —preguntó.

—No. Mi novia cree que ha visto pasar a su primo —contestó.

—Ah, vaya.

El camarero miró un instante a Elsa, pero vio que un cliente lo llamaba desde un rincón del local.

—¿Desea algo más antes de que cierre el bar?

Kell vio que Elsa llegaba a los ascensores.

—No, gracias —respondió, y se volvió hacia él—. ¿Me prepara la cuenta, si es tan amable?

Justo cuando entraba en el ascensor sudando por el peso y calor de la chaqueta de cuero, Akim oyó a una mujer a su espalda; se volvió y vio a una chica morena que le hablaba en italiano, corriendo hacia los ascensores. De no haber sido joven, habría dejado que las puertas se cerrasen, pero pulsó el botón inferior y estas se abrieron a tiempo de permitirle el paso a la cabina.

—*Grazie* —dijo ella sin aliento, y lo miró a los ojos con agradecimiento antes de recordar que estaba en París y corregirse a sí misma—: *Merci*.

A él le gustó su naturalidad. Una chica que se presentaba tal como era, que procedía de la nada y había llegado a un lugar donde había dinero. No era puta; quizá la amante de alguien o una invitada en una reunión familiar. Tenía pinta de saber estar con un hombre, de ser una mujer con experiencia. Inhaló su olor, igual que hacía de vez en cuando si se topaba con la estela de un perfume de mujer un segundo después de cruzarse con ella por la calle.

—*Prego* —contestó él.

Era tarde, pero quería conectar con ella. Entonces continuó en francés:

—Un placer.

No era guapa, pero tampoco fea ni mucho menos, y tenía un brillo en la mirada que convencía. Deseó tener más tiempo para pasarlo con ella. Había pulsado el botón del quinto, y ella el de la sexta planta.

—Vamos casi al mismo piso —comentó él.

El ascensor subió por el interior del edificio. La chica italiana no respondió. Tal vez la adrenalina de la tarea que tenía entre manos lo hiciese parecer demasiado directo. Cuando las puertas se abrieron al llegar a su planta, Akim musitó *Bonsoir*, y esa vez ella contestó con un *Oui* al tiempo que él salía. Esperó a que las puertas se cerrasen y se dirigió a la habitación 508.

El pasillo estaba desierto. Llegó a la puerta de Vincent y llamó sin hacer mucho ruido. Oyó el sonido amortiguado de las pisadas en la moqueta y el momento en el que Vincent tocó la puerta con la cabeza al usar la mirilla. Abrió la puerta y lo invitó a entrar.

—¿Dónde está Luc?

Nada de «¿Cómo estás, Akim?» o «¡Qué sorpresa más agradable!», sino «¿Dónde está Luc?». Como si Akim fuese un ciudadano de tercera. Vincent siempre lo había hecho sentirse así.

—Vendrán luego —contestó.

La habitación era bastante grande y olía a tabaco mezclado con la brisa. La ventana estaba abierta y la vara de plástico de la cortina daba golpecitos en el cristal. Vincent llevaba el albornoz blanco del Lutetia encima de los vaqueros e iba descalzo; que Akim recordase, era la primera vez que el hombre tenía aspecto de haber perdido el control.



—¿Qué quieres decir con eso? ¿Cómo que vendrán luego?

Akim se sentó en una silla de cara a la cama de matrimonio. Vincent había hecho un hueco en la almohada de la izquierda con la cabeza, como si un niño le hubiese dado un golpe de kárate. Encima de la colcha estaba el mando a distancia y junto al televisor había dos botellitas de *whisky* del minibar.

—¿Piensas contestarme?

Vincent se colocó entre la cama y la silla, como si Akim tuviese la obligación de decirle todo cuanto necesitase saber.

—¿Cómo se enteraron los británicos de quién era yo? ¿Quién se lo ha dicho? ¿Qué pasa con François?

—Pensaba que François eras tú, Vincent —repuso Akim, porque no consiguió evitarlo.

Todos se habían mofado de que se había tomado el papel muy en serio. Slimane lo llamaba Brando incluso a la cara, porque en la casa no se había salido del papel ni una sola vez.

—¿Estás burlándote de mí? —preguntó Vincent.

Poseía cierta fuerza física y un temperamento volátil, pero carecía de valor. Akim lo sabía. No le tenía ningún respeto.

—Nadie se reiría de ti, Vincent.

Akim vio cómo Cévennes se acercaba a un lado de la cama y se sentaba: el *sex symbol* de la Academia, el chico de oro de la DGSE. Vincent siempre había tenido muy buena opinión de sí mismo.

—¿Dónde está Luc? —repitió Vincent.

Akim, que ya se había aburrido de las preguntas, decidió divertirse un poco.

—¿Y Valerie? ¿No te importa donde está ella?

—Luc es el jefe —repuso Vincent al instante.

—¿Tú crees?

Se hizo un silencio y, en ese espacio de tiempo, Vincent pareció reparar en la anomalía que suponía que Akim estuviera presente en su habitación.

—¿De qué va esto? —preguntó—. ¿Me traes algún mensaje?

—Sí —contestó Akim.

A partir de ahí, todo fue simple. Cuestión de cumplir con los compromisos. Se bajó la cremallera de la chaqueta de motorista, metió la mano, sacó el arma, le apuntó al pecho y disparó un solo tiro con silenciador que levantó a Vincent en el aire y lo lanzó hacia la pared. Akim se levantó y dio un paso. Los ojos de Vincent nadaban en la sorpresa de lo que acababa de ocurrirle; le saltaron las lágrimas. Se quedó pálido y la sangre le borboteó en la garganta. Akim le disparó dos tiros más: uno a la cabeza y otro al corazón. El primero lo apagó como a un muñeco. Akim recogió los casquillos, guardó la pistola en la chaqueta y se acercó a la puerta, desde donde se aseguró de que no se le había caído nada de los bolsillos al sentarse en la silla. Comprobó por la mirilla que delante de la puerta no había nadie y salió al pasillo.

Kell no se molestó en llamar a Amelia a Londres pidiendo permiso para lo que estaba a punto de hacer. Mandó a Vigors que buscara un lugar cerca del ascensor de la quinta planta que las cámaras de seguridad no tuviesen cubierto y esperase a ver si el árabe o algún otro miembro del equipo de la DGSE entraba o salía de la habitación de Vincent. A Aldrich le encargó que esperase fuera con el coche y a Elsa le dijo que subiera a la habitación que Vigors había reservado en el Lutetia.

—Ya no puedes hacer nada más —le dijo—. Duerme un poco. Puede que te necesite por la mañana.

Él esperó fuera del hotel. Se fumó un cigarrillo y dio vueltas. Era lunes en París y ya pasaba de la una de la madrugada, aunque todavía hacía calor y había humedad en el ambiente. Un hombre de entre cincuenta y sesenta años pasó por su lado y entonces subió los escalones del hotel. Todos eran desconocidos, todos una amenaza. Kell se volvió y observó a Aldrich, que seguía tan alerta y responsable como durante el día. El mejor de entre los mejores. Se saludaron con un breve movimiento de cabeza. Un coche de policía con los faros amarillos pasó en dirección norte por Raspail sin mostrar ningún interés en ellos.

El árabe llevaba dentro menos de diez minutos cuando a Kell le vibró el móvil en el bolsillo. Era Vigors.

—Ya se va. Baja por la escalera. Yo estoy dentro del ascensor.

—¿Seguro que era él?

—Es el mismo tío. El de la chaqueta de motorista roja y blanca. Está bajando. Estará ahí...

La llamada se cortó. Kell hizo una señal a Aldrich, que encendió el motor del Peugeot. Miró hacia los escalones de la entrada del hotel y por el cristal de la puerta giratoria alcanzó a ver que se acercaba alguien. Sabía que Vigors estaba diez segundos por detrás de él. Contacto visual con Aldrich. Listos.

El árabe bajó los escalones, vio a Kell a la derecha y, aunque no parecía haberlo reconocido después de lo de Marsella, se apartó hacia la izquierda para evitarlo. Así se acercó al Peugeot. Vigors había salido del ascensor, había atravesado el vestíbulo corriendo y ya estaba fuera. Kell esperó a que el árabe estuviese a dos metros del coche, entonces corrió hacia él, le dio con la mano derecha en la parte de arriba de la cabeza y lo dirigió con la izquierda mientras Vigors pasaba por su lado, abrió la portezuela trasera del Peugeot y se volvía para ayudarlo. Kell recordó el peso del joven, su astucia nervuda, pero Vigors era mucho más fuerte y, con la ventaja de la sorpresa, lo había metido en el asiento de atrás en cuestión de segundos. En cuanto cerraron la puerta, Aldrich salió a toda prisa al boulevard Raspail. Vigors le cogió la cabeza al árabe y se la echó hacia atrás mientras Kell le rodeaba el cuerpo y le atrapaba los brazos contra el pecho. El hombre gritaba y forcejeaba; escupió a Kell.

—Calla de una puta vez o te parto un brazo —le soltó Kell en árabe, y cuando Aldrich dobló a toda prisa la esquina hacia la rue Saint-Sulpice, se dio contra la puerta.

No tenía ni idea de adonde podían llevarlo ni de qué harían después con él. Ni siquiera estaba seguro de que el secuestro hubiese pasado desapercibido, por mucho que fuera de madrugada y en una vía tranquila.

—Tira hacia el sudoeste —ordenó—. Hacia el Panteón o la place d'Italie.

Bajo el cuero grueso de la chaqueta, Kell sentía el contorno duro de un arma.

—Kev, cógele los brazos.

Kell soltó al árabe, Vigors le echó los brazos hacia atrás y se los sujetó a la espalda. Había parado de forcejear, pero tenía las comisuras de los labios cubiertas de saliva blanca que parecía tiza mojada. Kell fue a abrir la cremallera de la prenda, y el joven trató de morderle la mano bajando la barbilla.

—No seas crío —le advirtió Kell, y le echó la cabeza hacia atrás.

Bajó la cremallera, metió la mano en la chaqueta y, de inmediato, encontró la empuñadura. Sacó el arma.

—¿Qué haces con una automática silenciada? —le preguntó en francés. Todos notaron el olor de la cordita—. Para ser más exactos: ¿por qué acabas de dispararla?

Vigors vio que se trataba de una SIG Sauer de 9 mm. Kell le quitó el silenciador. Quedaban ocho balas en el cargador. Se echó hacia delante y dejó la pistola en el suelo, ante el asiento del copiloto, y continuó registrando la chaqueta. Sacó una cartera, un móvil, un paquete de tabaco. Ordenó al árabe que se inclinara para registrarle los bolsillos de atrás. Aldrich, que ya había estacionado el coche a una manzana de distancia del Panteón, se quitó el cinturón y se lo pasó a Vigors, que improvisó con él unas esposas rudimentarias. A continuación, Kell sacó el móvil y envió un mensaje de texto a Amelia.

Necesitamos piso franco cuanto antes. cuco posiblemente eliminado. Sospechoso en el coche. Uno de los dos atacantes de Marsella.

El mensaje obligaba a Amelia a involucrar a la delegación del ssi de París, un paso que era muy reacia a dar. Ampliar el círculo de los que estaban al corriente, incluso en una organización secreta, aumentaba las posibilidades de que los rumores sobre la operación de la DGSE se extendiesen por todo el Servicio. Por ese motivo escogió a alguien joven y ambicioso, un soltero de veintisiete años salido del programa para licenciados de la Administración pública que estaría encantado de echar una mano a la mujer a la que habían nombrado jefa del Servicio Secreto con la esperanza de que sus habilidades y su discreción se viesan recompensadas más adelante.

La llamada despertó a Mike Drummond justo antes de las tres. A las cuatro, se había vestido y ya había conducido veinticinco minutos en dirección sur, desde Invalides hasta Orsay, la ciudad dormitorio donde el ssi tenía alquilado un chalet de dos habitaciones en un barrio residencial tranquilo, a unos minutos de distancia de la estación de trenes. Kell esperó a que Drummond confirmase que estaba en el interior de la propiedad y entonces pidió a Aldrich que continuase hasta la dirección. A las cuatro y cuarto, guiaba a Akim al interior de un salón de mobiliario modesto donde había un televisor de pantalla plana delante de la ventana, jarrones con flores secas encima de una chimenea de gas y una botella empezada de Stolichnaya abandonada en una bandeja cerca de la puerta.

—¿Quieres tomar algo? —preguntó.

—Agua —contestó Akim.

Las cosas se habían calmado cuando aún estaban en el coche. Akim les había dicho su nombre, había negado haber matado al CUCO o tener cualquier relación con el secuestro de François Malot y había amenazado con que sus «amigos» de París irían a buscarlo si no llegaba a casa antes del mediodía. La rabia y la agresividad física habían disminuido, y habían dejado paso a una actitud mucho más confiada que Kell se creía en disposición de explotar.

—¿Y algo de comer? ¿Tienes hambre?

Miró a Drummond, un pelirrojo de Birmingham con pecas y nariz respingona que parecía haber decidido hablar solo cuando se dirigiesen a él.

—Hay comida en el frigorífico, ¿no?

—Claro —respondió Drummond.

Vigors había ido al baño, había preparado tres tazas de café soluble y le había llevado una a Aldrich, que seguía en el coche. La calle estaba sumida en una oscuridad total y no se movía ni un alma; ni un perro callejero ni un gato ni una sola cortina para ver qué ocurría. Se ofreció a cambiarle el puesto a Aldrich, que llevaba casi dos horas al volante. Se sentó a vigilar en el interior del coche mientras el otro entraba en la casa.

—La situación es la siguiente —expuso Kell, y dio la bienvenida a Aldrich con la

mirada sin dejar de hablar—: todos somos agentes del Servicio Secreto de Inteligencia, pero supongo que a ti te sonará más si lo llamo MI6. Tenemos un equipo de doce hombres esperando en París y otro más grande en Londres escuchando esta conversación desde el cuartel general del Támesis. Estás a salvo. En el Lutetia te hemos reducido usando la violencia porque no nos quedaba más remedio, pero esta conversación no va a ser tan incómoda como te imaginas. Tal como te he dicho en el coche, te conozco de Marsella y sé que estabas haciendo tu trabajo. No busco venganza, Akim; a mí no me importa que se haga justicia por el asesinato de Vincent Cévennes.

El joven levantó la mirada, confundido por la estrategia que estaba empleando su interrogador. Drummond, que había ido a la cocina, le pasó un vaso de agua al prisionero y se retiró a una silla sin decir nada. Mientras bebía, a Akim le temblaba la mano.

—En el coche le he echado un vistazo a tu teléfono —continuó Kell.

Se le pasó por la cabeza que Drummond seguramente estaría tomando notas, tanto para mejorar su técnica como para comprobar cuánto alargaría el famoso Testigo X las tácticas amables antes de pasar a las amenazas y a la maldad.

—Necesito hacer una llamada —repuso Akim. Estaban hablando en francés—. Como ya te he dicho, si no les digo que voy a regresar, pasarán a la acción.

—¿Acción? ¿De qué hablamos? ¿Con quién quieres que contactemos?

Kell se lo estaba jugando todo en función de un cálculo que había hecho sobre la personalidad de Akim. Era un matón, sí, alguien capaz de acabar con la vida de alguien siguiendo órdenes, pero tenía decencia. El móvil estaba lleno de fotografías: amigos sonrientes, familiares, niños e incluso paisajes y edificios que le habían llamado la atención al joven árabe. Había mensajes de texto llenos de humor; otros en los que manifestaba su preocupación por la enfermedad de uno de sus abuelos de Toulon; expresiones de devoción a un Dios benévolo. Kell estaba seguro de que Akim era un chaval de la calle al que la inteligencia francesa había sacado de la cárcel y había convertido en lo que un colega de una época pasada en Irlanda había llamado «un idiota útil para la violencia». Poseía el impulso de superación propio de los supervivientes que nacían sin dinero, educación ni esperanzas. Pero tenía una faceta sentimental, como si se hubiese prometido algo mejor.

—Eso no puedo decírtelo —contestó Akim, aunque tampoco esperaba que respondiese sin antes dorarle la píldora.

—Entonces, quizá debería decírtelo yo.

Kell se acercó a la puerta y abrió la botella de vodka: quería beber un buen trago para reavivar los sentidos y aguantar hasta el alba.

—Creo que se llaman Luc Javeau y Valerie de Serres. Creo que hace unas semanas te contrataron para matar a Philippe y a Jeannine Malot en Egipto. —Kell se sorprendió al ver que no refutaba la acusación—. Sabemos que François Malot fue secuestrado poco después del funeral de sus padres, y que un agente de la DGSE

llamado Vincent Cévennes se hizo pasar por él en una operación que pretendía desacreditar a una figura de alto rango de nuestra organización.

Drummond cruzó las piernas y después las separó. Se había dado cuenta de que se refería a Amelia Levene. Aldrich le lanzó una mirada breve, fría y crítica: un veterano con experiencia advirtiéndole en silencio al cachorro que se llevase el secreto a la tumba.

—No sé —contestó Akim, y negó con la cabeza—. Puede que sea verdad o puede que no.

Debajo de la chaqueta de motorista llevaba una camiseta negra de tirantes que le quedaba estrecha y, cuando levantó las manos en su defensa, la tela de nailon le acentuó los músculos de los brazos.

—Nos consta que todo eso es verdad —contestó Kell con firmeza.

En el salón había un sofá y dos sillones. Se levantó del sofá y se acuclilló delante de Akim con el vaso de vodka en la mano.

—Cuando el MI6 descubrió a Vincent, creo que Luc y Valerie se asustaron, ¿verdad? La operación había fracasado y te dijeron que lo matases. Pero ¿qué iban a hacer con François? ¿Matarlo también, o intentar entregárselo a su madre a cambio de un rescate?

Akim apartó la mirada, pero Aldrich y Drummond no le ofrecían consuelo alguno.

—¿Sabías que esta mañana Valerie ha llamado a mi jefa para exigirle cinco millones de euros por devolverle a su hijo sano y salvo?

Al oír la cifra, Akim dirigió la mirada otra vez a Kell, como si se le hubiese atascado algo en la garganta.

—De esos cinco millones, ¿cuánto te han prometido? ¿El cinco por ciento? ¿Diez? ¿Y a tu amigo, el que me hizo esto en el ojo? —Kell se señaló la cicatriz de la ceja y sonrió—. ¿A él le dan más que a ti, o lo mismo?

Akim confirmó el dato con su silencio. No respondía las preguntas de Kell porque no podía hacerlo sin humillarse.

—¿Qué pasa? —Kell se levantó y regresó al sofá—. ¿No te han prometido una tajada?

—No. Solo mis honorarios.

Akim había respondido en árabe, como para ocultar su vergüenza ante Aldrich y Drummond. Kell no sabía si alguno de los dos entendería cuando preguntó:

—¿Cuánto?

—Setenta mil.

—¿Setenta mil euros? ¿Nada más?

—Era mucho dinero.

—Sí, era mucho dinero cuando empezaste, pero ahora ya no, ¿verdad? O sea, que la semana que viene Luc y Valerie se largan con cinco millones, y tú nunca más podrás trabajar para la DGSE. Están utilizándote. Háblame de ellos. Háblame de su

relación. Ya tienes tres muertes en tu conciencia por su culpa, y podrían llegar a ser cuatro si también te ordenan que mates a François.

Akim sonrió con desdén. De pronto tenía la oportunidad de contraatacar.

—No seré yo quien le pegue un tiro a François. Eso lo quiere hacer Slimane.

François oyó el ruido de la llave a las ocho y cuarto. A veces lo despertaban antes y otras —como cuando Akim estaba de guardia—, lo dejaban dormir.

El primer día que pasó allí, Luc le advirtió que siempre que llamasen a la puerta, él debía quedarse en la cama. Si cuando entraban él no estaba sentado, si no tenía las manos levantadas con las palmas abiertas para mostrar que las tenía vacías, le tirarían la comida al suelo y el resto del día no tendría nada que llevarse a la boca. Así que François hizo lo de siempre y esperó en la cama con los brazos por encima de la cabeza, como un soldado en plena rendición.

Esa mañana era Valerie, algo poco habitual. Detrás de ella estaba Luc, pero no había ni rastro de Slimane ni de Akim. En mitad de la noche había oído que un coche se detenía delante de la casa y había creído reconocer la voz del hombre al que Luc saludaba en la entrada. Se trataba de uno de los vigilantes temporales del fin de semana que Slimane y Akim habían ido a Marsella. Un exmiembro de la Legión Extranjera, un macho, un ario de cabeza rapada llamado Jacques que no sabía cocinar como los otros y hacía gala de una estupidez vaga y cruel. Rezó para que Slimane tuviese unos días de descanso. Rezó para no verlo nunca más.

—Tenemos que hacer un vídeo —dijo Valerie, indicando a François que permaneciera en la cama.

Llevaba un periódico. Luc tenía un iPhone en la mano.

—¿De qué tipo?

—Uno que demuestre que estás vivo —respondió Luc sin rodeos.

Mantén con él una actitud brusca, incluso nerviosa. François todo el tiempo había intentado interpretar el comportamiento de sus secuestradores, pues creía que lo ayudaría a comprender mejor su motivación y sus planes. Siempre que se ponían así de secos, siempre que percibía que lo trataban mal, le daba miedo que fuese porque iban a matarlo.

—Sujeta esto —ordenó Valerie, y le dio un ejemplar de *Le Figaro*.

Era la edición de esa mañana. El artículo de la primera plana era sobre Sarkozy y lo acompañaba un anuncio de vacaciones en México y, a mano derecha, algo sobre Obama y la financiación de Washington. Luc acercó a rastras una de las sillas de madera de la entrada, se sentó delante de François y enfocó la cama con la parte trasera del iPhone.

—Di quién eres —le ordenó.

Valerie estaba de pie a su lado y se apartó cuando Luc la avisó de que estaba tapando la luz.

—Me llamo François Malot.

No podía explicar por qué, pero François se sintió como si ya hubiese hecho eso muchas veces. Miró a Valerie, pero ella había fijado la vista en la pared desnuda que él tenía detrás.



—¿Qué día es hoy? —preguntó Luc.

François le dio la vuelta al periódico, recitó la fecha y después mostró la primera plana a la cámara.

—Con esto basta —dijo Valerie, y le indicó a Luc que parase de grabar—. ¿Qué más necesita saber?

François los miró intentando determinar qué pensaban. Sabía que iban a pedir un rescate y le habían dicho que su «madre» pagaría. No sabía nada de ella, solo lo que Slimane le susurraba noche tras noche por la puerta, y no quería creerse ni una palabra. Durante las primeras horas de su secuestro, convencido de ser la víctima de una confusión de identidad, François creía que se habían equivocado de rehén y habían matado a la familia que no era. Ahora, menos de un mes después del asesinato de sus padres, empezaba a sentir que se había librado de ellos y eso le producía vergüenza y culpa. Pensaba que, por mucho que se hubiesen distanciado, él debería seguir llorando su ausencia. ¿Qué clase de hijo se preocupaba solo por su supervivencia y sentía alivio porque fuesen sus padres los que estaban muertos? Quería hablar con alguien sobre eso, con Christophe o con María; quizá se estaba volviendo un poco loco. Ellos jamás lo juzgaban. Siempre comprendían lo que trataba de decir.

—Hoy será la última noche que pasemos en la casa —anunció Valerie—. Nos vamos mañana a esta hora.

—¿Por qué? —preguntó François.

—«¿Por qué?» —repitió Luc, imitando su voz mientras arrastraba la silla hasta la entrada.

Miró por la puerta abierta y descubrió a Slimane en el salón. De pronto se le hizo un nudo en el estómago y tuvo la premonición de que no llegaría a ver la mañana siguiente.

—Porque a esta casa ha venido mucha gente y hay demasiados que saben que has estado aquí —respondió Valerie.

Slimane se giró y sonrió a François como si hubiera estado escuchando la conversación desde el principio.

—Nos estamos dedicando a simplificarlo todo. —Valerie se agachó y entonces le pasó la mano por el pelo—. No te preocupes, pequeñín. Mami vendrá a buscarte enseguida.

Kell se terminó el vodka y se preguntó si habría malinterpretado a Akim. Al oír la frase «Eso lo quiere hacer Slimane», Drummond había reaccionado con una tos de sorpresa que enseguida había disimulado con un carraspeo. Aldrich, que de pronto estaba cansado e irritable, avanzó un paso y redujo el espacio entre ellos como para asegurarse de que Akim no volvía a decir nada parecido.

—¿Te hace gracia? —preguntó Kell en inglés, y se sorprendió al ver que Akim respondía en el mismo idioma.

—No.

Kell hizo una pausa. Se fijó en Drummond y después echó una mirada a Aldrich. Había una abertura estrecha entre las cortinas, y fuera estaba haciéndose de día. «Soy como los americanos con Yassin —se dijo—. Puedo preguntar lo que quiera, hacer lo que me dé la gana. De aquí no saldrá nada». De repente tuvo ganas de pegar a Akim; de partirle la mandíbula de un puñetazo. Sin embargo, se aferró a sus principios, porque sabía que solo averiguaría lo que quería que el árabe le dijese si se tomaba el tiempo suficiente.

—Mike, ¿tú tienes hijos?

Al principio, Drummond no reaccionó, pero después, a pesar de la sorpresa de que se hubiese dirigido a él, contestó tan rápido que no tenía ninguno que a punto estuvo de trabársele la lengua.

—¿Danny?

—Yo dos, jefe —respondió Aldrich.

—¿Niños? ¿Niñas? ¿Uno de cada?

—Un chico y una chica. Ashley tiene ocho, y Kelley, once.

Levantó la mano e indicó la diferencia de estaturas. Kell se dirigió a Akim.

—¿Y tú?

—¿Hijos? ¿Yo? —Era como si Kell le hubiese preguntado si creía en Papá Noel—. No.

—Yo estoy muy a favor de tener hijos —continuó Kell—. Tengo dos, y me cambiaron la vida.

Ni Drummond ni Aldrich podían saber que no era cierto.

—Antes de tenerlos, no comprendía qué era el amor desinteresado. Había querido a mujeres y amo a mi esposa, pero con las chicas siempre esperas algo a cambio, ¿verdad?

Akim frunció el ceño, y Kell pensó que tal vez no estaba explicándose bien en francés, pero entonces el árabe asintió sin decir palabra.

—Cuando regreso a casa después de un viaje largo como este, aunque sea muy tarde, voy a sus dormitorios para ver si están bien. A veces me siento a mirarlos cinco o diez minutos. Me calma. Me consuela saber que en mi vida hay algo más importante que mi propia codicia, que mis preocupaciones absurdas. El regalo que

son mis hijos me renueva.

En esa última frase, usó una palabra árabe a modo de énfasis: *tajdid*.

—Es muy difícil transmitir esa sensación a alguien que no tiene niños pequeños en casa. Ellos te completan. Eso no lo consigue una esposa ni un marido ni los amantes. Son los hijos los que te salvan de ti mismo.

Akim se sacó un pañuelo de papel del bolsillo de los vaqueros y se limpió la boca. Le habían ofrecido una galleta de chocolate de un paquete que había en la cocina y en cuestión de minutos se había zampado tres. Kell se planteó si su estrategia estaba surtiendo efecto.

—¿Tus padres viven, Akim?

—Mi madre murió —respondió él. Antes de que Kell tuviera ocasión de preguntárselo, añadió—: A mi padre no lo conocí.

Kell se abalanzó sobre ese obsequio.

—¿Abandonó a tu madre?

De nuevo, el silencio prolongado de Akim le proporcionó la respuesta.

—Supongo que ahora tampoco te interesaría mucho conocerlo.

Un arrebató rápido de orgullo le recorrió el cuerpo como un paso de baile hasta que dijo:

—Ni hablar.

Al mismo tiempo, durante un instante breve, su mirada pareció una plegaria para que el hombre apareciese de pronto.

—Pero tendrás más familia en Francia, ¿verdad? ¿Hermanos, hermanas, primos?

—Sí.

Quería que pensase en ellos. Que Akim imaginase a la sobrina risueña de la foto que tenía en el móvil, al abuelo enfermo en el hospital de Toulon.

—La madre de François Malot, que es mi amiga y mi compañera, lo dio en adopción cuando ella tenía apenas veinte años. Jamás volvió a ver al bebé. Me cuesta hacerme a la idea incluso a mí, siendo padre. Y entre una madre y su hijo, las cosas son aún más complicadas; es un vínculo que no puedes quitarte de encima: un cordón que llega hasta el vientre. Lo que tu organización ha hecho es mofarse del sentimiento más básico que poseemos, nuestra característica más elemental y decente: el amor de una madre por sus hijos. ¿Entendías eso cuando accediste a ayudar?

Akim se quitó una miga del labio y miró el suelo. Aquel era el momento.

—Voy a hacerte una oferta —dijo Kell—. Dentro de dos horas, una camarera llamará a la puerta de la habitación de Vincent Cévennes en el hotel Lutetia. Pensará que está durmiendo y lo dejará tranquilo, pero regresará al cabo de un par de horas más y entonces encontrará el cadáver. Tres de mis colegas te han visto entrar en el hotel poco antes de que el señor Cévennes fuese asesinado. Puedes estar seguro de que las autoridades francesas se harán con la grabación de circuito cerrado que atestigua tu presencia en el hotel. Lo último que querrán es desatar un escándalo;

pero, si por algún motivo les hace falta echarle la culpa a alguien; si, por ejemplo, en Reino Unido se caldea el ambiente por el secuestro y el asesinato de François Malot y París necesita un cabeza de turco, tal vez consigamos convencerlos de que hagan pública la grabación. Y si nos animamos, a lo mejor les enseñamos pruebas audiovisuales de la conversación que estamos manteniendo desde hace un par de horas.

En un abrir y cerrar de ojos, Akim miró el techo y después la puerta y la ventana, como si fuese a descubrir las cámaras y los micrófonos de los que estaba hablando Kell.

—¿Entiendes en qué situación estás? Este hombre —continuó, y señaló a Drummond— trabaja en la embajada británica de París. En menos de doce horas puede alojarte en una habitación de hotel del aeropuerto de Gatwick. En veinticuatro, puede expedirte una identidad nueva de la Unión Europea y ofrecerte un permiso de residencia permanente en Reino Unido. Si me das lo que necesito, nos ocuparemos de ti. Akim, aquí tú eres una víctima; no te considero un enemigo.

Hubo un silencio largo. Mientras observaba el rostro de Akim, sus ojos inmóviles y distantes, Kell empezó a preguntarse si en algún momento volvería a hablar. Ansiaba las respuestas que podía ofrecerle; ansiaba el éxito, no solo por Amelia, sino también por sí mismo, como bálsamo contra la desdicha y la decepción de los últimos doce meses.

Akim dejó caer la cabeza rapada a un lado, pero después se inclinó hacia Kell, como un boxeador recuperándose a cámara lenta.

—Salles-sur-l'Hers —pronunció en voz baja—. El hijo de la mujer está retenido en una casa cerca de Salles-sur-l'Hers.

Kell estaba en el TGV a Toulouse cuando Amelia lo llamó para decirle que había recibido un vídeo de François en su celda.

—Prueba de vida. La han grabado esta mañana. Te la envío ahora mismo.

Kell cayó en que esa era la primera vez que Amelia le veía la cara a su hijo. No se imaginaba cómo debía de haberse sentido en ese momento. El tirón inmediato de una devoción nueva o la reticencia a exponerse a más dolor, a otra traición. Tal vez François no fuese más que una cara más en una pantalla. ¿Habría sentido alguna emoción después de derrochar tanto amor con Vincent?

—¿Has sabido algo de White? —preguntó Amelia.

La unidad de seguridad compuesta por tres hombres había despegado de Stansted poco antes de las seis de la mañana, y el avión había aterrizado en Carcasona dos horas después. Uno de los miembros —al que se referían como «Jeff»— se había reunido con un contacto de Perpiñán y había recogido armas y equipación básica. White y el tercer componente —Mike— habían ido a Salles-sur-l’Hers para hacer un reconocimiento del lugar y tratar de determinar la cantidad de personas que había en la casa. Después de coger las habitaciones de hotel en Castelnaudary, habían viajado en dirección oeste en coche para esperar la llegada del tren de Kell a la estación de Toulouse a las dos y cuarto.

—Una cosa —le advirtió Amelia—: para ellos yo soy solo una cliente más. Sea cual sea la relación que tuviesen con el Servicio, ya es historia. No controlaremos la operación.

Kell ya lo había dado por sentado.

—Todo saldrá bien —le aseguró. Le pareció oír la voz de George Truscott ladrándole órdenes a algún subordinado de Vauxhall Cross—. Si la información que nos ha dado Akim es correcta, sacaremos a François de allí antes de esta noche.

Kell estaba seguro de que Akim había sido sincero, sobre todo porque las primeras indagaciones que White había hecho en torno a la casa de campo encajaban con la descripción que Akim había hecho del edificio. Además, Mike había entrado en un *tabac* de Villeneuve-la-Comptal, le había enseñado una fotografía del árabe al propietario y a su anciana madre, y ella lo había reconocido. Era uno de los dos jóvenes que a lo largo de las tres semanas anteriores habían ido varias veces a comprar Lucky Strike, periódicos y revistas. Su hijo creía que vivían en una casa algo más arriba, al sudoeste de Salles-sur-l’Hers, que antes ocupaban los hermanos Thébault y ahora pertenecía a un «hombre de negocios de París». Eso bastaba para confirmarlo.

—Esta mañana hemos echado un vistazo a la casa desde un granero que hay al otro lado de la carretera.

White era un exalumno de Eton de noventa kilos, metro ochenta y cinco y

bronceado de Bagdad cuya empresa de seguridad, Falcon, había conseguido beneficios anuales de siete cifras con la carnicería de Irak y Afganistán. Hablaba de la operación como si no tuviese más complicación que una cita con el dentista.

—La planta de la casa coincide con el plano que nos has enseñado. Se sale hacia el este y el oeste por el camino que parte de la d625. El acceso desde el sur es a pie, pero Jeff cree que podemos usar el molino de viento para colocar a un francotirador.

Era evidente que para alguien como él, sacar a un ciudadano francés de una granja mal vigilada en mitad del Languedoc-Rosellón era dinero fácil.

—En el lado oeste de la finca hay una zona vallada. Creemos que François hace ejercicio allí. La piscina está delante, expuesta. Tiene que ser ahí.

—¿Tienes idea de cuántas personas hay dentro? —preguntó Kell. White y Mike lo llevaban en coche hacia Castelnaudary por la autopista A61—. Akim dice que a veces llevan a dos exmiembros de la Legión Extranjera para ayudar con la vigilancia. Sabe que Slimane está allí, pero aparte de ellos podrían estar solo Luc y la mujer.

White adelantó a un 2CV prehistórico y regresó al carril de la derecha sin sobrepasar el límite de velocidad.

—Jeff está vigilando. En estas situaciones, la principal preocupación es que muevan al sujeto con regularidad, y desde que llegamos no hemos visto señales de actividad en la casa. A juzgar por lo que nos has dicho por teléfono, esta gente se ha cuidado de no llamar ni usar ordenadores desde la casa, pero llevan allí mucho tiempo y puede que estén buscando cambiar de aires. ¿Cuántas veces han intentado contactar con Akim desde lo del Lutetia?

Luc le había llamado al móvil poco después de las ocho. Akim había confirmado el asesinato del CUCO por mensaje de texto, pero Valerie había llamado una vez más justo después de que Kell saliese hacia la estación de Austerlitz. Siguiendo las instrucciones de Drummond, Akim no había contestado, y Valerie había repetido la llamada una hora después para dejar un mensaje iracundo.

—Akim debe hablar con ella, o sospecharán —recomendó White—. ¿Ha mencionado algo sobre una segunda ubicación?

Kell negó con la cabeza. El análisis de White contenía una advertencia tácita: «Estamos haciendo esto como un favor a Amelia. Precio de amiga, dos días máximo. No podemos permitirnos quedarnos más tiempo. Si el chico no está allí, nos volvemos a Stansted».

Justo entonces, como si fuera una promesa de éxito, Jeff telefoneó para decir que había visto a un árabe joven paseando por el camino que había junto a las ruinas del molino, a unos trescientos metros al sureste de la casa.

—Slimane —dijo Kell.

También había un coche junto a la casa, un Toyota Land Cruiser blanco que un rato antes no estaba allí. Puede que Luc y Valerie hubiesen regresado de llamar a Akim.

Aquello bastaba para dar luz verde a la operación. White les explicó el plan en las

habitaciones conectadas del hotel de Castelnaudary.

—Dices que al jefe le gusta darse un baño por la tarde.

—Eso es lo que ha dicho Akim, sí.

—Pues entraremos entonces. Nos acercamos a la casa, y Luc sale en bañador a la piscina: esa es la señal. Jeff lo elimina desde el molino. Si se queda dentro, no importa: esperamos a que salga el sol. La señora Levene ha dicho que nada de fogueo; quiere balas de verdad y recuento de víctimas.

—Quiere enviar un mensaje a París —confirmó Kell.

White asintió con la cabeza. Una visita rutinaria al dentista. Entonces expuso más detalles del asalto. Jeff —pelo rizado, cuarenta y tantos, a ojos de cualquiera podía pasar por el propietario campechano de un *pub* de Shropshire— se acercaría por el camino desde el sur y se pondría a cubierto en el molino, a doscientos metros de la piscina. Mike entraría por la puerta principal y cubriría la celda. Al mismo tiempo, White entraría por la zona de ejercicio, retiraría las barras de metal de la entrada trasera de la celda y sacaría a François por atrás. Kell estaría esperando con el coche para salir hacia la D625. A pesar de que White insistía en que la operación era coser y cantar, Kell había reclamado que le asignasen una tarea.

—En cuanto entremos, bloquea el camino en la intersección del este —le indicó White—. Si la cosa sale mal y ellos salen a por el Land Cruiser, bloqueales el camino y desínflales las ruedas. No dispares más arriba del parachoques. Si nos han visto venir, puede que tengan a tu chico ahí dentro.

—¿Os verán llegar?

Jeff se rio. Mike, que aún tenía la forma física y el corte de pelo del regimiento, parecía un vaquero a punto de escupir el tabaco al suelo. White sonrió y le pasó una Glock a Kell.

—¿Has disparado una de estas?

—¿No te ha llegado la circular? —contestó Kell, y acarició el cañón—. Ahora el MI6 solo se dedica a eso. A asesinar.

Cuando oyó a Luc bajar la escalera y decirle a Valerie que salía a bañarse a la piscina, François estaba sentado en la cama. Aún no habían dado las siete de la tarde y debían de faltar unos diez minutos para que Slimane o Jacques le llevaran la cena. La que sería su última comida en aquella celda. Había oído el ruido que hacían al empaquetarlo todo y cargar las cajas en el Land Cruiser de fuera; los golpes del portón trasero, las cremalleras de las maletas. François creía que lo sacarían del cuarto en cualquier momento y lo llevarían a una prisión nueva, un nuevo terror del que jamás regresaría.

Pasaron cinco minutos. Oyó el ruido seco de la puerta del microondas al cerrarse y supo que esa noche le esperaba otro plato de comida congelada: una bolsa de arroz con pedazos de ternera o cerdo llenos de nervios, bañados en salsa de marca blanca. Cómo no, unos minutos más tarde oyó la campanilla y el ruido que hacían Jacques o Slimane al servir la comida en un plato. Uno de los dos le llevaría la bandeja a la celda mientras el otro vigilaba para que François no intentase escapar.

Pasos fuera, golpes de nudillos en la puerta. François alzó las manos por encima de la cabeza y oyó que el candado chocaba contra la puerta al meter la llave. Jacques entró, echó un vistazo al televisor, dejó la bandeja en el suelo y cruzó el cuarto para recoger el cubo de orina.

—Qué peste —se quejó.

La misma canción que François oía cada día.

Slimane iba detrás con cara de estar en otra parte, tal vez un poco fumado. Lo habitual era que farfullase algo, palabras de desprecio cargadas de malicia para distraerse del aburrimiento, un poco de emoción. Sin embargo, esa noche, con el ojo izquierdo aún hinchado y amoratado, tenía la mirada perdida, como si estuviese pensando en otra cosa. Tal vez tuviera un sexto sentido para detectar la derrota inminente.

Un coche pasó por el camino desde el sudeste. Sin duda era alguien que conocía los atajos. Justo entonces, François oyó a una mujer gritar desde el piso de arriba. No era un grito de pánico ni de miedo, sino de rabia; de sorpresa y asombro. Valerie. Jacques dejó el cubo en el suelo, justo delante de François, miró a Slimane y salió a la entrada como si hubiese sonado la alarma antiincendios y no estuviera seguro de si era un simulacro. Entonces François oyó a Valerie correr escaleras abajo. Justo en ese momento, la puerta de entrada se abrió de golpe y algo cayó en el vestíbulo. Un ruido que puso la casa patas arriba. Slimane y François se taparon los oídos mientras la habitación se llenaba de un chirrido insoportable, y Jacques cayó al suelo. Al principio parecía que hubiese tropezado o resbalado, pero François vio sangre en la pared que tenía detrás, el cañón de un rifle y, por último, la silueta de un hombre con chaleco antibalas y un pasamontañas negro. No oía nada. Le había dado un puntapié al cubo y estaba mirando el charco de orina, que se extendía delante de él. Incluso



entonces pensó que Slimane lo obligaría a limpiarlo.

Valerie había llegado al pie de la escalera. Miró dentro de la celda y le gritó a Slimane:

—¡Mátalo!

Apenas un instante después, un chorro de sangre salpicaba la puerta de la celda y el cuerpo de la mujer se derrumbaba junto al de Jacques. El soldado le había disparado en la cabeza a bocajarro.

Slimane se llevó la mano al bolsillo de atrás de los vaqueros. Allí era donde guardaba la pistola, el arma que usaba para mofarse de François, con la que lo amenazaba día y noche.

La sacó y apuntó al pecho del rehén con un simple gesto rápido, fruto del entrenamiento. François miró detrás del joven, al rostro enmascarado del soldado que le había pegado un tiro a Jacques y otro a Valerie. Un instante después, el militar había vuelto el arma hacia Slimane, pero era demasiado tarde: el árabe había dado un paso hacia François, lo había agarrado, había dado media vuelta con absoluta facilidad, como si apenas tuviera que mover la rama de un árbol, y le había apretado el metal frío del cañón en la sien. Slimane le tensó el brazo alrededor del cuello y empezó a arrastrarlo por la celda, alejándose del soldado.

François trató de soltarse, pero Slimane lo sujetó con más fuerza y le apretó la pistola más aún mientras gritaba:

—¡Tira el arma!

No estaba claro si el soldado entendía el idioma.

—¡Sal por la puerta de entrada, joder! —chilló en francés—. Fuera de aquí. Voy a llevarte a este capullo. Nos vamos en el coche.

Por un momento, le soltó el cuello un poco, y François pudo respirar. Tomó una bocanada de aire y tosió. Tenía la cara cubierta de una película resbaladiza de sudor; era como si aquellos dos hombres estuviesen contagiándose el miedo por contacto. François se preocupó al ver que el soldado bajaba el rifle, esquivaba el cadáver de Valerie y caminaba de espaldas hacia la puerta; a todas luces, estaba rindiéndose. Al mismo tiempo, Slimane avanzó con cautela y empujó a François con las caderas, dándole empujones hacia la entrada sin dejar de clavarle la pistola en la sien como si fuese un destornillador.

—Te voy a matar, sabes que te voy a matar, ¿verdad? —le susurró.

Parecía que estuviese divirtiéndose, reavivado por la adrenalina de la escena que tenía lugar ante ellos. Muerto de miedo por si el gatillo cedía, François miró al soldado, que ya alcanzaba la puerta y se preparaba para batirse en retirada. Al mismo tiempo, Slimane obligó a François a salir del calabozo y sorteó los dos cadáveres del suelo.

François percibió el movimiento a su espalda antes que Slimane, quizá por lo acostumbrado que estaba a todos los detalles y características de su celda. Notó que alguien retiraba las barras que cerraban la puerta trasera casi sin hacer ruido y el giro

rápido y repentino del pomo, el empujón en la puerta. Otro soldado entró en el cuarto desde atrás. François se volvió hacia la derecha para ver qué ocurría, y ese movimiento abrió un espacio entre su cabeza y la de su captor que el segundo soldado aprovechó como objetivo. Fue entonces cuando, por fin, François descubrió su valentía, porque forcejeó para soltarse de Slimane y trató de atacarlo justo en el momento en que se daba cuenta de que la cabeza del árabe se desintegraba ante sus ojos. François notó en la boca el sabor de la sangre caliente, del tejido cerebral de su odiado vigilante, y escupió sobre el cadáver de Valerie.

—¿Eres François?! —gritó en francés el soldado que había disparado.

Llevaba chaleco antibalas, pero su rostro bronceado no estaba oculto por ningún pasamontañas. François, que seguía en estado de *shock*, contestó que sí cuando el primer soldado entró en el vestíbulo y disparó un tiro silenciado al pecho de Slimane.

—Ponte detrás de nosotros —le ladró en francés—. ¿Quién más hay aquí?

Thomas Kell había estado atento por si oía el primer disparo desde el molino y justo después de las siete percibió lo que le parecía el chasquido del rifle silenciado de Jeff. Un segundo después, el golpe del cuerpo de Luc al caer a la piscina y el grito de Valerie de Serres, que reaccionaba a lo que acababa de suceder desde su habitación del primer piso. Como si esa fuese su señal, Mike irrumpió en la casa por la puerta principal y lanzó una granada aturdidora en la entrada. Kell calculó que había disparado el arma al menos tres veces seguidas. A treinta metros hacia el este, vio a White avanzando deprisa y agachado por detrás de unos setos; a medida que se acercaba a la entrada trasera de la celda, desapareció detrás de la casa.

Kell tenía instrucciones. Encendió el motor del coche de alquiler, lo metió marcha atrás en el camino de acceso a la vivienda, lo dejó a seis metros de la puerta y abrió las portezuelas traseras de ambos lados. Al salir del vehículo le llegó el barullo del interior: un hombre que le gritaba en francés a Mike que tirase el arma. Kell sacó la Glock de la pistolera; antes de darse cuenta, tenía el cuello y el pecho bañados en sudor: llevaba más de veinte años como agente de inteligencia, pero jamás había disparado un arma estando de servicio. Miró la puerta y vio que Mike salía de la vivienda como si estuvieran empujándolo hacia el borde de un precipicio.

Justo entonces, observó un movimiento a su izquierda. Provenía de la piscina, en el lado norte de la casa: un hombre en bañador, empapado, sangrando de una herida que le atravesaba el cuello y el hombro. El agujero se veía de un rojo brillante, pero a la altura del bañador la sangre ya se había ennegrecido. Luc. Kell se volvió deprisa hacia él, alzó la Glock y le gritó a Javeau que se detuviese, pero era evidente que el francés estaba desorientado y se movía solo por puro instinto de supervivencia. Parecía haber reconocido a Kell del interrogatorio de Marsella, pero entonces dio media vuelta y echó a caminar por el césped sin cortar, tambaleándose hacia el sendero como un borracho. Kell le gritó de nuevo que se detuviera. Subió los

escalones, pero no podía dispararle ni seguirlo, porque en cualquier momento tendría que subirse al coche para llevarse a François de la casa.

Oyó un disparo y, a continuación, la voz ininteligible de White. Kell miró la puerta para ver qué ocurría y después a Luc, que seguía avanzando a trompicones hacia la carretera y ya había recorrido más de setenta metros en esa dirección. En el campo vecino, un tractor araba la tierra, ajeno a todo lo que sucedía. Jeff apareció en el extremo del jardín más próximo al molino abandonado; echó a correr, se llevó el rifle al hombro, le disparó tres tiros a la espalda y lo derribó como a un venado. Kell, aturdido por lo que acababa de ver, dio media vuelta y se acercó al vehículo. Con un movimiento fluido y continuo, Jeff hizo lo mismo y se dirigió a la vivienda.

Primero salió Mike con François escondido tras él. White apareció medio segundo después.

—Sígueme —ordenaba Mike—, no salgas de detrás de mí.

White gritó:

—¡Despejado!

Y todos corrieron al coche. Metieron al hijo de Amelia en el suelo del asiento trasero antes de que Kell hubiese tenido tiempo de cerrar su propia portezuela. Jeff fue el último en subir y disparó una bala a una de las ruedas del Land Cruiser al tiempo que Kell metía primera.

—¿Hay alguien herido? —preguntó.

—Jeff, estado actual —contestó White como si hablase por radio.

—Despejado, jefe. Objetivos abatidos.

Kell aceleró y se alejaron de la casa.

# BEUNE, TRES SEMANAS DESPUÉS

Esperaron en un banco del centro de la plaza: una mujer de cincuenta y tres años que vestía una falda bonita y una blusa de color crema, un hombre de cuarenta y tres con un traje de lino que había visto días mejores y un joven consultor de informática francés que llevaba vaqueros y fumaba un cigarrillo. Podría ser su sobrino, su hijo.

—Llegará enseguida —dijo Amelia.

Era sábado por la mañana, poco antes de las once, y en el parque pequeño que había en una esquina de la plaza unos niños jugaban bajo la mirada atenta y agotada de los padres, que habían prometido unas horas de descanso a sus respectivas esposas y novias. Una niña de unos tres o cuatro años traqueteaba un muñeco desnudo de aquí para allá con un carrito en miniatura por un camino estrecho. En un momento dado, se cayó al suelo, pero se levantó de inmediato sin quejarse ni derramar ni una lágrima, y sin darse cuenta de que François se había levantado a ayudarla.

—¡Qué valiente! —exclamó él en francés, y se sentó de nuevo, pero la niña no parecía haberlo oído.

El tráfico giraba alrededor de la plaza en el sentido de las agujas del reloj. En el otro extremo, los camareros de una brasería trajinaban botellas de Perrier y cafés *au lait* a los clientes que disfrutaban al sol del final del verano. Kell se volvió y miró hacia la rue Carnot antes de comprobar la hora.

—Enseguida llega —dijo Amelia, y le posó la mano a su hijo en la rodilla.

Mientras los observaba, aún sin cansarse de verlos disfrutar tanto de su compañía, Kell reparó en la destreza con la que Amelia había jugado sus cartas. Habían ascendido a Jimmy Marquand, y a esas alturas ya estaba en Washington con un aumento de sueldo considerable, la matrícula del colegio pagada y una mansión de cinco dormitorios en Georgetown que había contribuido a convencerlo de que el ssi quedaba en buenas manos pese a las reticencias que él pudiera tener por dejar a una mujer al mando. Simon Haynes estaba demasiado ocupado agradeciéndole al primer ministro que le hubiera otorgado el título de *sir* como para preguntarse cuánto tiempo hacía que su compañera mantenía en secreto lo de su hijo ilegítimo. Por último, Amelia se había quitado a George Truscott de en medio destinándolo al puesto más importante del ssi en Alemania antes de que pudiera hacer preguntas incómodas sobre la aparición repentina de un tal monsieur François Malot en Londres.

A petición de Amelia, Kell, Elsa y Drummond habían pasado dos semanas investigando una posible conexión entre Truscott y los elementos de la DGSE que habían llevado a cabo el secuestro de Malot, pero no habían encontrado nada; ni siquiera pruebas de que él estuviera al corriente de DENEUVE. Por otro lado, las indagaciones sugerían que Kell estaba en lo cierto al presuponer un vínculo entre la operación y la disminución de la influencia francesa en el norte de África. Elsa había obtenido copias de dos telegramas enviados desde París que confirmaban que altos

cargos de la DGSE estaban «extremadamente preocupados» por el nombramiento de Amelia para el puesto de jefa. Al final se demostró que sus celos eran fundados: apenas unos días después de asumir el cargo y de relevar a Haynes, Amelia cerró diecinueve operaciones en el Cáucaso y en Europa oriental y redirigió más de cuarenta agentes a delegaciones pujantes del ssi de Trípoli, El Cairo, Túnez y Argelia. Como jefe de la delegación de Turquía, Paul Wallinger recibió *carte blanche* para ampliar la influencia del ssi desde Estambul hasta Teherán, de Ankara a Jordania. En Londres, otros aliados de Levene a ambos márgenes del río recibieron instrucciones de venderle esa redistribución regional a un Downing Street que ya estaba dispuesto a cosechar los beneficios económicos y en materia de seguridad posteriores a la Primavera Árabe. Cuando en Egipto reclamaban elecciones, del gobierno francés se dijo que su preocupación por el reclutamiento agresivo de fuentes del ssi entre los miembros de los Hermanos Musulmanes era «paranoica» y que estaban «preocupados en extremo» por la posibilidad de que los recursos petrolíferos libaneses acabasen fuera del control de Total S. A.

París se había embarcado en una investigación interna bochornosa sobre el comportamiento de Luc Javeau, cuyos detalles se filtraron a Vauxhall Cross a través del contacto que Amelia tenía en el DGSE. Se confirmó que Javeau había sido el agente encargado de arreglar el desaguisado que había resultado de la traición de DENEUVE. El escándalo había frenado su carrera, un contratiempo que él atribuía enteramente a Levene y que sus superiores no dudaron en vengar dando luz verde a los planes que él había presentado para la operación Malot. Tras la liberación de François, los canales más oficiales hablaron de un distanciamiento de la DGSE de los «individuos impredecibles que actuaban por su cuenta» y que habían amenazado con romper la «relación formidable y duradera que ambos países tenían en materia de inteligencia». El homónimo de Amelia en París subrayó la importancia de mantener lo sucedido en Salles-sur-l'Hers en secreto, tanto para proteger la intimidad de la señora Levene como para «evitar complicaciones con nuestros respectivos gobiernos». Se daba por sentado que en París estaban indignados ante el asesinato de personal en activo de la DGSE en suelo francés a manos de una unidad de exmiembros de las Fuerzas Especiales británicas de la que nadie se había hecho responsable.

La información sobre Valerie de Serres fue más difícil de obtener, pero se demostró que era una exagente de los grupos de intervención de la Policía Nacional, nacida en Montreal, que había conocido a Luc cuando sus respectivas agencias colaboraron en una operación antiterrorista. Amelia calificó la funesta influencia que había ejercido sobre Luc de «propia de lady Macbeth», y, en general, se dio por buena la idea de que Valerie había convencido a Luc de abandonar la DGSE y pedir un rescate por François a título personal.

En cuanto a Kell, cumplió cuarenta y tres años sin que su situación cambiase de forma significativa. El juicio sobre Yassin estaba programado para inicios del año

siguiente, y Amelia le había dejado claro que, de cara a la galería, no podía readmitirlo en el Servicio sin que los tribunales ratificasen la buena reputación del Testigo X y el incidente se borrara de su expediente. No había sabido nada de Claire desde su regreso de California, así que continuaba viviendo en el pisito de soltero de alquiler en Kensal Rise, alimentándose de comida para llevar y viendo películas antiguas en blanco y negro de la TCM. Amelia había ordenado que se reanudase el pago de su nómina y las aportaciones al fondo de pensiones, pero no estaba demostrándole tanta gratitud por la liberación de su hijo como quizá él hubiera esperado. Kell se sentía como el que acaba de gastar una fortuna en un regalo para un buen amigo y se da cuenta de que este lo ha guardado en un armario sin abrirlo, avergonzado por un acto de tanta generosidad. En esas circunstancias, de vez en cuando Kell sentía cierta molestia por haberse arriesgado tanto por ella, por los secretos que había accedido a guardar, pero el afecto y el respeto que le tenía eran tan grandes que estaba dispuesto a otorgarle el beneficio de la duda. Era de esperar que lo que había sucedido en Francia afectase a su comportamiento; y no solo eso, sino también las exigencias y el estatus de su nuevo puesto como jefa del Servicio. Kell se dijo que, a su debido tiempo, ella lo aceptaría de nuevo en el redil y le ofrecería el puesto en el extranjero que más le apeteciese. Esperaba la llegada de ese día, sobre todo porque significaría un descanso de Londres y de las ruinas de su matrimonio con Claire.

Kell fue el primero en ver al anciano acercarse a paso lento por la calle con un traje de franela gris. Le conocía la cara porque había estado observándolo en ese mismo lugar, tres días antes.

—Aquí viene —susurró.

François se levantó del banco de un brinco, pero Amelia permaneció sentada, como si Kell y François fuesen sus acólitos, sus ángeles de la guarda. Oyó a François preguntar: «¿Dónde?», y levantó la cabeza para ver cómo miraba en la misma dirección que él, entrecerrando los ojos para forzar la vista.

—Viene desde el otro lado de la calle —respondió Kell en voz baja—. Es el hombre de pelo blanco, el del traje gris. ¿Lo ves?

—Sí.

François se apartó de ellos como para darse un poco más de tiempo para absorber lo que estaba viendo. Entonces Amelia se volvió para mirarlo. Kell se diría más tarde que la había oído reprimir un respingo, pero tal vez lo imaginase.

Fue como si Jean-Marc Daumal notara al instante la presencia de Amelia Weldon y se detuvo en un extremo de la plaza como si un fantasma le hubiese tocado el hombro. Miró de frente a las tres figuras del banco, pero parecía incapaz de enfocar la mirada. Avanzó dos pasos. Kell y François no se movieron del sitio, pero Amelia se acercó a él.

En cuanto la vio, se puso a menear la cabeza. Toda la belleza que él recordaba seguía presente en su rostro. Enseguida llegó a unos metros del banco.

—¿Amelia?

—*C'est moi, Jean-Marc.*

Se reunieron y se besaron las mejillas suavemente.

—¿Qué haces aquí?

Miró detrás de ella y observó el rostro de Kell, tal vez dando por sentado que era el hombre que se había ganado el corazón de Amelia. Entonces miró hacia la derecha, al joven, y frunció el ceño como si tratase de recordar si ya se conocían.

—Sabía que te encontraría aquí —dijo Amelia, y le tocó la muñeca.

Le sorprendía lo mucho que había cambiado, y, sin embargo, los años no habían extinguido todo el amor que sentía por él. Es una suerte para cualquiera contar al menos con una persona que le comprenda y se preocupe por uno de esa manera.

—Tienes buen aspecto —admitió ella.

Amelia intercambió con Kell una mirada en un instante de afecto profundo, una recompensa inesperada por todo lo que había hecho por ella. Entonces se volvió hacia su hijo.

—Jean-Marc, quiero presentarte a alguien.



## AGRADECIMIENTOS

Quiero dar las gracias a Julia Wisdom, Emad Akhtar, Oliver Malcolm, Lucy Upton, Roger Cazalet, Kate Elton, Anne O'Brien, Elinor Fewster, Hannah Gamón, Tanya Brennand-Roper, Jot Davies, Kate Stephenson y a todo el equipo de HarperCollins de Londres. A Will Francis, Rebecca Foil and, Claire Paterson, Tim Glistler, Kirsty Gordon y Jessie Botterill de Janklow & Nesbit en Reino Unido, y también a Luke Janklow, Claire Dippel y a Stefanie Lieberman en Nueva York. A Keith Kahla, Hannah Braaten, Dori Weintraub, Matthew Baldacci, Sally Richardson y a todo el equipo de St. Martin's Press. A Jon, Jeremy, Caz, Kerin y Alanna, de *The Week*: gracias por el despacho. A Marwa Che Hata, Theo Tait y a Noomane Fehri por los conocimientos sobre Túnez. A Liss, Stanley y a Iris, a Sarah Brown, Ian Cumming, Tony Omosun, William Fiennes, Jeremy Duns, Joe Finder, Natalie Cohen, Caroline Pilkington, Siobhan Loughran-Mareuse, Mark Pilkington, Christopher y Arabella Elwes, Jeff Abbott, Bard Wilkinson y a Sarah Gabriel, la de la vista de águila ([www.sarahgabriel.eu](http://www.sarahgabriel.eu)).